

CONN IGGULDEN



# EMPERADOR

LAS PUERTAS DE ROMA

*"Julio Cesar en una esplendida novela de acción, de ritmo implacable" Bernard Cornwell*

Lectulandia

Las puertas de Roma es una brillante mezcla de aventuras e historia con la capital imperial como telón de fondo de la juventud de Julio César. La magnífica primera entrega de un relato épico de ambición y rivalidad, de lealtad, arrojo y traición.

En el primer siglo a. C., en una casa de campo cercana a Roma, dos niños sufren juntos los rigores de una educación tradicional, que ha de prepararlos para vivir como soldados, amigos y adversarios. Un día, cuando Cayo y Marco apenas han alcanzado la edad viril, una turba de esclavos rebeldes ataca su casa y ambos, después de demostrar que son capaces de defender su vida con la espada, buscan refugio en Roma. Allá, en los primeros momentos de su nueva vida, los dos jóvenes no tardan en saborear las tentaciones de la Ciudad Eterna y descubrir sus peligros, iniciación que se verá interrumpida por el comienzo de una titánica disputa por el poder, primer asalto de una sangrienta contienda que ha de enfrentar a los ciudadanos y sacudir los cimientos la República. Y Cayo Julio César ha de ser uno de los principales protagonistas. Brillante mezcla de aventuras e historia, Las puertas de Roma, con la capital imperial como telón de fondo de la juventud de Julio César, constituye la magnífica primera entrega de un relato épico de ambición y rivalidad, de lealtad, arrojo y traición.

Lectulandia

Coon Iggulden

# Las puertas de Roma

Emperador - 1

ePUB v1.0

Quillito 14.11.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *Emperor. The Gates of Rome.*  
Coon Iggulden, 2003  
Traducción: Concha Cardeñoso Sáez de Miera  
Ilustraciones: Quinteto  
Diseño/retoque portada: Quillito

Editor original: Quillito (v0.1)  
ePub base v2.0

# I

El sendero del bosque era una calzada ancha para los dos niños que paseaban por allí. Estaban tan sucios de barro negro y espeso que apenas parecían humanos. Los ojos azules del más alto brillaban de forma sobrenatural, contrastando con el barro reseco que le embadurnaba todo el cuerpo.

—Hoy sí que nos matan, Marco —dijo sonriendo. Llevaba en la mano una honda, tensa por el peso de un liso guijarro de río, y la hacía bailar al descuido.

—La culpa la tienes tú, Cayo, fuiste tú quien me empujó. Ya te dije que el lecho del río no estaba seco del todo.

Sin dejar de hablar, el de menor estatura arrojó de un empujón a su amigo contra los arbustos que flanqueaban el camino. Con un grito, echó a correr al tiempo que Cayo salía a rastras del follaje y empezaba a perseguirlo haciendo girar la honda como un disco.

—¡A la batalla! —gritó con voz aguda y firme.

La paliza que les propinarían en casa por echar a perder las túnicas quedaba lejos todavía, y ambos conocían toda clase de tretas para salir del apuro: lo único que importaba era lanzarse a la carga por los senderos del bosque a toda velocidad asustando a los pájaros. Ambos iban descalzos, con callos incipientes en los pies, a pesar de no haber vivido más de ocho veranos.

—Esta vez lo atrapo —se decía Cayo entre jadeos, sin dejar de correr. Para él, era un misterio que Marco, teniendo el mismo número de piernas y brazos, los moviera más deprisa que él. Además, siendo más bajo, su zancada tenía que ser más corta por fuerza, ¿no?

Las hojas le azotaban al pasar y le arañaban los brazos desnudos. Oía a Marco azuzándole un poco más allá. Enseñó los dientes al notar el primer pinchazo en los pulmones.

Súbitamente, irrumpió en un claro y, sorprendido, paró en seco y derrapó. Marco estaba en el suelo tratando de levantarse, con la mano derecha se sujetaba la cabeza. Tres hombres —no, tres chicos mayores— estaban allí, armados con bastones.

Cayo soltó un gruñido al percatarse de la situación. Durante la carrera, habían traspasado los confines de la pequeña propiedad de su padre y habían entrado en la zona del bosque perteneciente al vecino. Debería haber reconocido el sendero que señalaba el linde pero, por una vez, se había enfrascado por completo en atrapar a Marco.

—¿Qué es esto? ¡Un par de barbos de lodazal que han salido arrastrándose del río!

Era Suetonio quien hablaba, el hijo mayor del vecino, un muchacho de catorce años sin más quehacer que matar el tiempo mientras llegaba el momento de alistarse

en las legiones. Tenía una musculatura formada que los otros dos chiquillos no habían empezado a desarrollar, y una mata de pelo rubio coronándole el rostro, minado de granos blanquecinos en las mejillas y la frente, con algunos de un virulento color rojo, que se perdían bajo la toga *praetexta*. Además, tenía a su favor un palo largo y recto que alzaba en ristre, unos amigos a quienes impresionar y una tarde de holganza por delante.

Cayo tenía miedo, se sabía fuera de su terreno. Marco y él habían entrado en una parcela prohibida: lo mínimo que podían esperar era unos cuantos palos, lo peor, una paliza y unos huesos rotos. Miró a Marco, que aún trataba de ponerse en pie. Evidentemente, los chicos mayores le habían golpeado con un objeto contundente cuando topó con ellos.

—Déjanos en paz, Tonio, nos esperan en casa.

—¡Barbos parlantes! ¡Esto vale una fortuna, chicos! Agarradlos, tengo un rollo de cuerda para atar cerdos que también servirá para barbos de lodazal.

Cayo no se planteó echar a correr con Marco en esas condiciones, incapaz de huir. Aquello no era un juego: con un poco de habilidad, podrían reconducir la crueldad de los chicos mayores hablándoles como a escorpiones, listos para atacar por sorpresa.

Los otros dos muchachos se acercaron con los palos en ristre. Cayo no los conocía. Uno obligó a Marco a ponerse de pie y el otro, un chico fornido y con cara de estúpido, clavó el palo a Cayo en el estómago. El dolor repentino le hizo doblarse sobre sí mismo, se quedó sin habla. Oyó reírse al muchacho mientras apretaba su estómago y gruñía para amortiguar el dolor.

—Esa rama servirá. Atadles las piernas y colgadlos. Vamos a ver quién tiene mejor puntería con las jabalinas y las piedras.

—Tu padre conoce al mío —dijo Cayo secamente cuando el dolor del estómago remitió un poco.

—Cierto... pero no es de su agrado. Mi padre es un auténtico patricio, no como el tuyo. Si mi padre quisiera, toda tu familia sería sierva de la mía. Yo mismo obligaría a la loca de tu madre a fregar todas las baldosas.

Por lo menos hablaba. El sicario de la cuerda de crin de caballo se afanaba atando nudos a Cayo en los pies, preparándolo para levantarlo en el aire. ¿Qué podía alegar en contra? Su padre no tenía verdadera influencia en la ciudad. En la familia de su madre había un par de cónsules... y nada más. Su tío Mario era un hombre influyente, o eso decía su madre.

—Somos patricios... no conviene despertar la cólera de mi tío Mario...

De repente, se oyó un grito agudo al tiempo que la cuerda colgada de la rama se tensaba y Marco quedaba suspendido en el aire cabeza abajo.

—Ata la cuerda a ese tocón. Ahora, este otro pez —dijo Tonio riéndose con ganas.

Cayo advirtió que los dos amigos obedecían las órdenes sin chistar. Sería inútil tratar de apelar a cualquiera de ellos.

—¡Bájanos de aquí, saco de pus lleno de granos! —gritó Marco con el rostro oscurecido por el flujo de sangre.

—Marco, idiota —protestó Cayo, seguro de que ahora les matarían por la ofensa—. No le hables de los granos; ya ves que debe de molestarle mucho.

Suetonio enarcó una ceja y la boca se le abrió de asombro. El fornido muchacho se detuvo tras echar la cuerda por la misma rama de la que pendía Marco.

—Has cometido un error, pececillo. Termina de atar a ése, Dedo, voy a hacerle sangrar un poco.

De pronto, el mundo se inclinó vertiginosamente y Cayo oyó el crujir de la cuerda y un pitido grave en los oídos al tiempo que la sangre se le agolpaba en la cabeza. Giró lentamente y vio a Marco en una situación semejante. Tenía un poco de sangre en la nariz, del primer bastonazo.

—Tonio, creo que me has cortado la hemorragia de la nariz. Gracias.

A Marco le tembló un poco la voz, pero sus valientes palabras hicieron sonreír a Cayo.

Cuando fue a vivir con ellos, era un niño nervioso y poco crecido para su edad. Cayo le enseñó la casa y, al final, terminaron en el cobertizo del heno, encaramados en un montón de gavillas. Desde la altura, contemplaron la inestable montaña de paja y Cayo vio que a Marco le temblaban las manos.

—Me tiro yo primero para que veas cómo se hace —dijo Cayo alegremente, lanzándose con los pies por delante y gritando.

Desde abajo, se quedó mirando la cima unos segundos, esperando a que Marco apareciese. Tal como jamás se habría imaginado que sucedería, una figura pequeña salió disparada en el aire de un gran salto. Cayo se apartó en el momento en que Marco caía en el heno, sin aire, jadeando.

—Creía que no te atreverías a hacerlo por miedo —dijo Cayo al bulto hundido boca abajo que parpadeaba entre el polvo.

—Y no me atrevía —replicó Marco en voz baja—, pero me niego a tener miedo. Me niego.

—Señores —la dura voz de Suetonio interrumpió la avalancha de pensamientos de Cayo—, la carne se ablanda a mazazos. Tomad posiciones y que comience el ejercicio, así:

Blandió el palo y golpeó a Cayo en la cabeza por encima del oído. El mundo se volvió blanco, después negro y, cuando abrió los ojos de nuevo, todo daba vueltas al enroscarse la cuerda. Durante un rato notó los golpes y oyó a Suetonio, que contaba en voz alta: «Un, dos, tres. Un, dos, tres...».

Le pareció oír también a Marco, que lloraba, y, después, entre abucheos y

carcajadas, perdió el conocimiento.

Se despertó y volvió a sumirse en la inconsciencia un par de veces mientras duró la luz de día pero, cuando por fin recobró el sentido, anochecía. El ojo derecho era un amasijo pesado de sangre y podía notar que su cara estaba hinchada y pegajosa. Cuando la brisa del crepúsculo empezó a soplar desde la montaña, seguían colgados boca abajo, meciéndose.

—¡Despierta, Marco! ¡Marco!

Su amigo no daba señales de vida. Tenía un aspecto horrendo, como una especie de demonio. La costra reseca de barro del río se había desprendido y sólo quedaba un polvo gris surcado de regueros rojos y morados. Tenía la mandíbula hinchada y un chichón enorme en la sien. La mano izquierda estaba inflamada y parecía azul a la luz agonizante. Cayo trató de mover las manos, sujetas por la cuerda. A pesar del dolor y el agarrotamiento, ambas respondieron y empezó a soltarse retorciéndolas. Su joven cuerpo era resistente, y la preocupación por su amigo pudo más que la nueva acometida de dolor. Tenía que sobreponerse, no había alternativa. Lo primero que debía hacer era bajarse de allí, pensó.

Logró liberar una mano, la estiró hasta el suelo y comenzó a arañar el polvo y las hojas secas con las uñas. Nada. La otra mano se soltó también y Cayo amplió la zona de tanteo girando el cuerpo en un círculo lentamente. Sí, una piedra pequeña con un canto cortante. Ahora, a por la parte más difícil.

—¡Marco! ¿Me oyes? Voy a bajarte, no te preocupes. Después voy a matar a Suetonio y a sus dos amigos gordos.

Marco oscilaba suavemente en silencio, con la boca abierta y flácida. Cayo tomó aire y se preparó para un dolor aún mayor. En circunstancias normales, alzarse y cortar una cuerda gruesa con sólo una piedra afilada habría sido difícil, pero con el abdomen hecho un puro moratón, parecía imposible.

Adelante.

Se aupó con un grito de dolor localizado en el estómago. Alcanzó la rama arqueándose como una carpa y se sujetó a ella con ambas manos, con los pulmones a punto de estallar por el esfuerzo. Se le nubló la vista. Creyó que iba a vomitar y no pudo hacer más que aguantar allí sujeto unos momentos. Después, muy poco a poco, soltó la mano en la que tenía la piedra y se echó atrás lo suficiente como para llegar a la cuerda y empezar a segarla, procurando no rozarse en la parte donde se le hundía en la carne.

La piedra era desesperadamente roma y él no podría aguantar mucho más. Intentó soltarse antes de que las manos se le resbalaran, y controlar así la caída, pero era muy difícil.

—Todavía tienes la piedra —murmuró para sí—. Inténtalo otra vez, antes de que vuelva Suetonio.



Otro pensamiento le vino de pronto a la cabeza. Quizá su padre hubiera vuelto de Roma. Tenía que volver cualquier día de éstos. Oscurecía y estaría preocupado. A lo mejor había salido a buscarlos y se estaba acercando a aquel sitio llamándolos a voces. No podía encontrarlos así, sería muy humillante.

—¡Marco! Hay que decir a todo el mundo que nos caímos. No quiero que mi padre se entere de esto.

Ajeno a todo, Marco describió otro círculo y la rama crujió.

Cayo soportó la tensión de auparse y raer la cuerda cinco veces más, antes de que ésta cediera. Se precipitó al suelo casi de bruces y los pinchazos y los espasmos de sus torturados y retorcidos músculos le arrancaron un gemido.

Trató de bajar a Marco al suelo, pero era mucho peso para él solo y se estremeció al oír el golpetazo. Cuando Marco llegó al suelo, abrió los ojos al notar un dolor nuevo.

—La mano —musitó con voz ronca.

—Diría que te la has roto. No la muevas. Tenemos que salir de aquí, por si Suetonio vuelve o mi padre sale a buscarnos. Ya es casi noche cerrada. ¿Puedes ponerte de pie?

—Creo que sí, aunque me fallan un poco las piernas. Ese Tonio es un bastardo —musitó. Hablaba procurando no abrir la inflamada mandíbula, moviendo sólo los labios, abultados y heridos.

—Cierto... —asintió Cayo con seriedad—. Esto no quedará así, te lo aseguro.

Marco sonrió y el pinchazo de los cortes le hizo estremecerse.

—Pero antes nos curamos un poco, ¿eh? No estoy en condiciones de enfrentarme a él ahora mismo.

Apoyados el uno en el otro, los dos niños emprendieron el camino hacia casa en la oscuridad, entre huertos de mijo y cabañas de esclavos del campo, hasta llegar a los edificios principales. Como pensaban, las lámparas de aceite que rodeaban los muros de la casa principal todavía estaban encendidas.

—Tubruk estará esperándonos; no duerme nunca —musitó Cayo al pasar bajo los pilares de la entrada exterior.

Una voz entre las sombras los sobresaltó.

—¡Por fortuna! No me habría perdido este espectáculo por nada. Suerte tenéis de que tu padre no esté aquí. Os habría despellejado la espalda por haber vuelto a casa con esas pintas. ¿Qué ha pasado ahora?

Tubruk se situó bajo la luz amarillenta de las lámparas y se inclinó hacia delante. Era de constitución muy fuerte, pues había sido gladiador; había comprado el puesto de administrador de la pequeña propiedad rural romana y jamás había vuelto la vista atrás. El padre de Cayo decía que era único entre mil para organizar las tareas. Los esclavos trabajaban bien a sus órdenes, unos por miedo y otros por afecto. Miró a los

dos chiquillos con desdén.

—Nos caímos al río, ¿no? Oléis a río. —Los chicos asintieron alegremente ante tal explicación.

—¡No me digáis! Esas señales de palos no os las hicisteis en el fondo del río, ¿verdad? Fue Suetonio, ¿no es así? Tenía que haberle dado una patada en el culo hace años, cuando más le habría aprovechado. Bueno, ¿qué?

—No, Tubruk, discutimos y nos peleamos los dos. No había nadie más y, aunque hubiera habido alguien más, preferimos solucionar las cosas nosotros solos, ¿entiendes?

Tubruk sonrió al oír semejante argumento en boca de un niño tan pequeño. Él tenía cuarenta y cinco años, peinaba canas desde los treinta. Había sido legionario en África, con la legión Tercera Cirenaica y había librado casi cien batallas como gladiador, en las que había cosechado la multitud de cicatrices que le marcaban el cuerpo. Alargó una manaza como una pala de dedos cuadrados y revolvió el pelo a Cayo.

—Entiendo, lobežno. Eres hijo de tu padre. Sin embargo, todavía no puedes solucionarlo todo, no eres más que un chiquillo, de momento, y Suetonio, o quien fuera, se está haciendo todo un guerrero, según dicen. Andad con cuidado, su padre es muy poderoso, no conviene tenerlo como enemigo en el senado.

Cayo se estiró en toda su estatura y trató de afianzar su posición hablando con tanta formalidad como supo.

—En ese caso, es una suerte que ese tal Suetonio no tenga nada que ver con nosotros —replicó.

Tubruk asintió con un gesto como si aceptara la proposición, procurando que no se le escapara la sonrisa, y Cayo continuó, más seguro de sí.

—Mándame a Lucio, que venga a mirarnos las heridas. Tengo la nariz rota y casi seguro que Marco se ha roto la mano también.

Tubruk los siguió con la mirada hasta que entraron en la casa principal y volvió a ocupar su puesto entre las sombras, el primer turno de guardia en las puertas, como todas las noches. Dentro de poco, sería pleno verano y haría un calor casi inaguantable. Se alegraba de estar vivo bajo un cielo tan claro y con un trabajo honrado en perspectiva.

La mañana siguiente fue un tormento de músculos entumecidos, cortes y articulaciones doloridas; dos días después, aún fue peor. Marco contrajo unas fiebres que, según el médico, le habían llegado a la cabeza desde el hueso roto de la mano, que se le hinchó desproporcionada y asombrosamente, vendada y entablillada como estaba. Pasó muchos días con fiebre alta, siempre a oscuras, mientras Cayo aguardaba inquieto en la escalinata del jardín.

Prácticamente una semana después del ataque en el bosque, Marco dormía, débil todavía pero en vías de recuperación. Cayo aún notaba dolor al estirar los músculos y su rostro era un muestrario completo de contusiones amarillas y moradas, con partes brillantes y tersas a medida que iban curándose. Así pues, ya era hora: la hora de ir al encuentro de Suetonio.

Se adentró en el bosque propiedad de su familia con la cabeza llena de pensamientos de temor y dolor. ¿Y si no encontraba a Suetonio? No tenía motivos para pensar que acudiera al bosque regularmente. ¿Y si estaba otra vez con sus amigos? Lo matarían, sin duda, aunque en esa ocasión llevaba un arco consigo y, mientras caminaba, hacía prácticas de tiro. Era un arco de adulto, muy grande para él, pero descubrió que podía apoyar un extremo en el suelo y tensarlo lo suficiente, cargado con una flecha, como para asustar a Suetonio en caso de que se negara a retroceder.

—Suetonio, eres un saco de mierda lleno de pus. Si te pillo en tierras de mi padre, te atravieso la cabeza con una flecha.

Habló en voz alta por el camino. Hacía un día magnífico para pasear por el bosque, y lo habría disfrutado de no haber sido por el propósito tan serio que lo impulsaba. Además, llevaba su pelo castaño limpio y bien aceitado, pegado al cráneo, y ropa sencilla que le permitiría moverse con facilidad y tensar el arco con libertad.

Todavía no había traspasado los límites de la propiedad, cuando se sobresaltó al oír ruido de pasos un poco más allá y, de repente, vio aparecer a Suetonio en el ancho sendero con una muchacha risueña.

—Has invadido una propiedad privada —le espetó Cayo, satisfecho de oírse la voz segura, aunque fuera tan aguda—. Estás en tierras de mi padre.

Suetonio, sorprendido, dio un respingo y lanzó un juramento. Al ver que Cayo plantaba un extremo del arco en el camino, comprendió la amenaza y estalló en carcajadas.

—¡Vaya, ahora eres un lobezno! Al parecer, adoptas muchas formas. ¿No tuviste bastante con la paliza de la otra vez, lobezno? —A Cayo, la muchacha le parecía muy bonita, pero deseaba que se marchase y se desentendiera de ellos. No se había imaginado la presencia de una mujer en ese encuentro y percibió una nueva clase de peligro en su enemigo.

—Cuidado, mi preciado bien —dijo Suetonio rodeando a la muchacha por los hombros con gesto dramático—. Es un luchador peligroso, sobre todo cuando está cabeza abajo, en cuyo caso no hay quien lo detenga. —Rió su propia broma y la muchacha se rió también.

—¿Es el chico de quien me hablaste, Tonio? ¡Mira qué carita de enfadado pone!

—Si vuelvo a verte por aquí, te clavo una flecha en el cuerpo —respondió Cayo, inmediatamente, con palabras atropelladas. Tensó el arco un poco—. Márchate ahora

o disparo.

Suetonio dejó de sonreír mientras sopesaba la situación.

—Está bien, lobato. Voy a darte lo que necesitas.

Sin previo aviso, echó a correr a su encuentro y Cayo soltó la flecha precipitadamente. El venablo sólo rozó la túnica del muchacho mayor y cayó a tierra sin herirle. Suetonio lanzó un grito de victoria y siguió corriendo con las manos tendidas y la mirada cruel. Cayo, aterrorizado, blandió el arco y golpeó al muchacho en la nariz. Tonio empezó a sangrar y gritó de rabia y dolor mientras los ojos se le llenaban de lágrimas. Cuando Cayo levantó el arco nuevamente, Tonio lo agarró con una mano y, con la otra, sujetó al chiquillo por la garganta y lo arrastró seis o siete pasos por la pura fuerza de su furiosa carga.

—¿Alguna otra amenaza? —inquirió con un gruñido, sin dejar de apretar a la presa. La nariz le sangraba y le manchaba la toga *praetexta*. Arrancó el arco a Cayo y empezó a descargar sobre él un alud de golpes sin soltarle la garganta.

«Va a matarme, y después dirá que fue un accidente —pensó Cayo con desesperación—. Se lo veo en los ojos. No puedo respirar».

Empezó a propinar puñetazos, pero sus brazos no eran suficientemente largos como para hacer daño de verdad. Dejó de ver los colores y todo se convirtió en un sueño, dejó de oír los sonidos también. Perdió el conocimiento en el momento en que Tonio lo tiraba al suelo, cubierto de hojas húmedas.

Tubruk lo encontró en el sendero una hora después y lo despertó arrojándole agua en la magullada y golpeada cabeza. Una vez más, todo era un lío. El ojo, curado a duras penas, se le llenó de sangre nuevamente, de modo que por ese lado todo estaba oscuro. Tenía la nariz rota y el resto era un puro hematoma.

—¡Tubruk! —musitó, mareado—. Me caí de un árbol.

La risa del hombretón levantó ecos en la intimidad del denso bosque.

—Muchacho, ya sabes que nadie pone en duda tu arrojo. De lo que no estoy seguro es de tu habilidad en la lucha. Es hora de que recibas un buen adiestramiento, antes de que acaben contigo. Cuando tu padre vuelva de la ciudad, le plantearé la cuestión.

—¿No le contarás que... me caí de un árbol? Es que choqué con muchas ramas, en la caída. —Cayo notaba sabor de sangre en la boca, que le llegaba desde la nariz rota.

—¿Lograste golpear tú al árbol, aunque sólo fuera una vez? —preguntó Tubruk mirando las huellas de las hojas y haciendo conjeturas en su fuero interno.

—Yo diría que al árbol le ha quedado la nariz como a mí —contestó Cayo tratando de sonreír, pero al punto vomitó entre los arbustos.

—Hum. ¿Entonces, crees que ya habéis zanjado el asunto? No puedo consentir

que sigas por ese camino y termines tullido o muerto. Cuando tu padre se ausenta, espera que empieces a aprender tus responsabilidades de heredero y patricio, no que te conviertas en un pilluelo buscapleitos. —Tubruk hizo una pausa y recogió del suelo el arco vapuleado. La cuerda se había roto y la miró con una mueca de desaprobación.

—Encima tendría que darte una azotaina por robar este arco. —Cayo asintió, apabullado—. Se acabaron las peleas, ¿de acuerdo?

Tubruk lo puso de pie y le quitó un poco de barro de la ropa.

—Se acabaron las peleas. Gracias por venir a buscarme —replicó Cayo.

El chiquillo se tambaleó y a punto estuvo de caerse al tiempo que hablaba; el viejo gladiador suspiró. Con un movimiento rápido, se lo cargó al hombro y se lo llevó a la casa principal advirtiéndole que bajara la cabeza cada vez que se encontraran con ramas bajas.

A la semana siguiente, Marco se había recuperado casi por completo, aunque aún tenía la mano entablillada. Era más bajo que Cayo, de pelo castaño y piernas y brazos fuertes. Tenía los brazos un poco desproporcionados, motivo por el que decía que sería un gran espadachín cuando creciera, porque tendría mayor alcance. Sabía hacer malabarismos con cuatro manzanas, y lo habría intentado con cuchillos si las esclavas de la cocina no se lo hubieran comunicado a Aurelia, la madre de su amigo Cayo. La mujer no dejó de gritarle hasta que el chico le prometió no volver a hacerlo. El recuerdo todavía le asaltaba cada vez que tomaba un cuchillo en la mesa.

Cuando Tubruk llegó a la casa con Cayo semiinconsciente, Marco se había levantado de la cama y se había colado subrepticamente en el amplio recinto de las cocinas. Estaba metiendo los dedos en las cazuelas untadas de grasa cuando oyó las voces, y emprendió la carrera entre sólidos hornos de ladrillo en dirección a la enfermería de Lucio.

Como de costumbre, cada vez que se hacían daño, Lucio, el esclavo médico, les curaba las heridas. Cuidaba tanto a los esclavos como a los miembros de la familia, vendaba hinchazones, aplicaba emplastos de gusano a las infecciones, sacaba muelas con sus tenazas y cosía cortes. Era un hombre silencioso y paciente que siempre respiraba por la nariz cuando se concentraba. El suave silbido del aire en las fosas nasales del anciano médico había llegado a significar paz y seguridad para los niños. Cayo sabía que Lucio sería libre cuando su padre muriese, como recompensa por haber cuidado a Aurelia con tanta discreción.

Marco se sentó a comer pan con grasa negra mientras Lucio arreglaba la nariz de su amigo, rota por segunda vez.

—¿Así que Suetonio volvió a pegarte? —preguntó.

Cayo asintió, incapaz de hablar ni ver, con los ojos llenos de lágrimas.

—Tenías que haberme esperado, entre los dos le habríamos vencido.

Cayo no podía hacer ni un gesto de asentimiento. Lucio terminó de palpar el cartílago nasal y, con un tirón seco, colocó la pieza suelta en su sitio. Sangre fresca cayó encima de la mezclanza pegajosa de todo el día.

—¡Lucio, por los templos sangrientos, ten cuidado! ¡Casi me arrancas la nariz, caray!

Lucio sonrió y empezó a cortar tiras de tela limpia para colocarle un vendaje alrededor de la cabeza. Durante el respiro, Cayo se dirigió a su amigo.

—Tienes una mano rota y entablillada y las costillas machacadas o resentidas. No puedes pelear.

—Es posible —dijo Marco mirándolo pensativamente—. ¿Vas a intentarlo otra vez? Si lo intentas, te matará, ya lo sabes.

Cayo lo miró con calma entre los vendajes, mientras Lucio recogía su instrumental y se disponía a marcharse.

—Gracias, Lucio. No va a matarme porque voy a ganarle. Lo único que tengo que hacer es adaptar la estrategia, nada más.

—Te matará —insistió Marco al tiempo que mordía una manzana seca robada de las despensas de invierno.

Una semana después de ese día, Marco se levantó de madrugada y empezó a hacer sus ejercicios, pues creía que le ayudarían a mejorar los reflejos necesarios para ser un buen espadachín. Su habitación era una celda sencilla de piedra blanca donde sólo había una cama y un baúl con sus pertenencias personales. Cayo dormía en la habitación de al lado y, mientras se dirigía a las letrinas, Marco dio una patada en su puerta para despertarlo. Entró en el reducido evacuatorio y escogió uno de los cuatro orificios bordeados de piedra que comunicaban con un sumidero por donde el agua corría constantemente, una maravilla de ingeniería que conseguía que allí prácticamente no oliera a desechos nocturnos, pues eran arrastrados al momento hacia el río que recorría el valle. Levantó la tapa de piedra y se subió el camisón.

Al volver, vio que Cayo no se había movido y abrió la puerta para recriminarle por su holgazanería. La estancia estaba vacía y tuvo una decepción.

—Tenías que haberme avisado para ir contigo, amigo mío. No tenías por qué demostrar tan claramente que no me necesitabas.

Se vistió enseguida y salió en busca de Cayo cuando el sol se asomaba por el límite del valle, iluminando las tierras y a los esclavos del campo, que ya doblaban la espalda sobre las primeras tareas.

La poca bruma que había se evaporó rápidamente, incluso en el fresco bosque. Marco encontró a Cayo en el límite de los dos terrenos colindantes. Estaba desarmado.

Cuando se le acercó por detrás, Cayo se volvió con una expresión de horror en la

cara. Al ver que era su amigo, se tranquilizó y sonrió.

—Me alegro de que hayas venido, Marco. Como no sé a qué hora pasará por aquí, llevo un rato esperando. ¡Qué susto me has dado! Creí que eras él.

—Habría venido a esperarle contigo, lo sabes. Somos amigos, no lo olvides. Además, yo también le debo una paliza.

—Tienes la mano rota, Marco. De todos modos, yo le debo dos palizas contra una tuya.

—Cierto, pero yo podría haber saltado sobre él desde un árbol, o ponerle la zancadilla cuando echara a correr.

—Las batallas no se ganan a base de trucos. Lo venceré con mis propias fuerzas —añadió Cayo con contundencia. Marco guardó silencio unos momentos. Había algo frío e implacable en el compañero, generalmente risueño, que tenía delante.

El sol salió poco a poco, las sombras cambiaron. Marco se sentó, primero en cuclillas y después con las piernas extendidas hacia delante. No sería él quien hablase primero. Cayo había convertido la situación en un concurso de seriedad. No podía pasarse horas de pie, como parecía que pretendía su amigo. Las sombras se movieron. Marco puso unos palos en el suelo para observar el paso de la sombra y calculó que habían transcurrido tres horas cuando Suetonio apareció por el sendero silenciosamente. Al verlos, sonrió con lentitud y se detuvo.

—Empiezo a tomarte aprecio, lobezno. Creo que hoy te mataré, o a lo mejor te parto una pierna. ¿Qué crees que sería lo justo?

Cayo sonrió y se irguió en toda su estatura, tan tieso como pudo.

—Si estuviera en tu lugar, mataría al lobezno. Si no lo haces, seguiré luchando contra ti hasta que crezca y me haga fuerte para matarte yo. Y me quedaré con tu mujer después de dejársela a mi amigo.

Marco escuchó con horror las palabras de Cayo. Quizá lo mejor fuera echar a correr, los dos. Suetonio miró a los chicos entrecerrando los ojos y sacó una amenazadora espada pequeña y corta del cinturón.

—Lobezno, barbo de lodazal... sois tan estúpidos que no vale la pena enfadarse con vosotros, pero ladráis como cachorrillos. Voy a cerraros la boca otra vez.

Echó a correr hacia ellos. Un momento antes de alcanzarlos, el suelo cedió con un chasquido y Suetonio desapareció de la vista entre un revuelo de aire y una explosión de polvo y hojas.

—Te he preparado una trampa para lobos, Suetonio —gritó Cayo jubilosamente.

El muchacho de catorce años intentaba alcanzar el vértice de la fosa; Cayo y Marco pasaron unos instantes de gran alborozo pisándole las manos cada vez que buscaba asidero en la tierra seca. Los insultó cuanto pudo, mientras ellos se daban palmadas en la espalda mutuamente y se burlaban de su presa.

—He pensado tirarte una piedra bien grande, como hacen en el norte con los

lobos —dijo Cayo en voz baja cuando Suetonio, rabioso y huraño, pareció encerrarse en sí mismo—. Pero tú no me mataste, así que yo tampoco te mataré a ti. A lo mejor ni siquiera cuento a nadie cómo caíste en una trampa para lobos. ¡Buena suerte para salir de ahí!

De repente, soltó un grito de guerra que Marco secundó al punto; los aullidos y las exclamaciones de victoria fueron desapareciendo en el bosque a medida que los niños se alejaban a toda velocidad, gozosos como si estuviesen en el séptimo cielo.

—¿No habías dicho que lo vencerías con tus propias fuerzas?

—Preguntó Marco mirando atrás, sin dejar de correr y alborotar por los senderos.

—Y así ha sido. No he dormido en toda la noche, estuve cavando el agujero.

El sol brillaba entre los árboles y los chiquillos se sentían con fuerzas para correr todo el día.

Abandonado a su suerte, Suetonio trepó por la pared, se sujetó al borde, se levantó a pulso y salió de la trampa. Se quedó allí sentado un rato, contemplándose el barro de las calzas y la toga. Volvió a casa con el ceño fruncido casi todo el camino, pero cuando salió a campo abierto y a la luz del sol, empezó a reírse.



## II

Cayo y Marco seguían a Tubruk, que iba delimitando un nuevo terreno de cultivo. A cada cinco pasos, tendía la mano y Cayo le daba una estaca de una cesta pesada. Tubruk llevaba un gran ovillo de cuerda devanada alrededor de un huso de madera. Con su paciencia característica, ataba la cuerda alrededor de la estaca y luego se la pasaba a Marco para que la sujetara mientras él clavaba la estaca con un martillo en el duro suelo. De vez en cuando, Tubruk miraba hacia la cuerda ya tendida y los mojones que había colocado, y soltaba un gruñido de satisfacción antes de continuar.

Era una tarea aburrida y los chiquillos querían escaparse al Campo de Marte, una gran extensión de las afueras de la ciudad, donde podían montar y participar en otros juegos.

—Sujeta fuerte —dijo Tubruk a Marco secamente, en un momento en que el niño se distrajo.

—¿Cuánto falta, Tubruk? —preguntó Cayo.

—Lo que sea necesario para terminar bien el trabajo. Hay que delimitar los campos para que el arador no se equivoque, y luego clavar bien las estacas para señalarlos. Tu padre quiere aumentar las rentas de las tierras y estos campos pueden dar buenos higos, que se pueden vender en los mercados de la ciudad.

Cayo echó una mirada a las laderas verdes y doradas que constituían las propiedades de su padre.

—Entonces, ¿tenemos unas tierras ricas?

—Sirven para vestirte y darte de comer —contestó Tubruk chasqueando la lengua—, pero tenemos poco terreno para plantar grandes cosechas de cebada o trigo para pan. Nuestras cosechas tienen que ser pequeñas, y eso quiere decir que hay que dedicarlas a los productos que piden los de la ciudad. Los jardines de flores producen semillas que, una vez machacadas, dan aceites para la cara de las señoras de alta cuna de la ciudad, y tu padre ha comprado una docena de colmenas para albergar nuevas colonias de abejas. Chicos, dentro de unos meses, tendréis miel en todas las comidas, y también la miel se paga a buen precio.

—¿Podremos ayudar en las colmenas, cuando lleguen los enjambres nuevos? —preguntó Marco con repentino interés.

—Es posible, aunque hay que tratarlas con mucho cuidado. El viejo Tadio criaba abejas antes de convertirse en esclavo. Confío en él para la recogida de la miel. A las abejas no les gusta que les roben las provisiones de invierno, y hace falta una mano ducha en la tarea. Ahora, sujeta fuerte esta estaca: bien, aquí tenemos un estadio, dos millas. Aquí ponemos la esquina.

—¿Hace falta que nos quedemos mucho rato, Tubruk? Queríamos ir a la ciudad en los potros para intentar oír el debate del senado.

Tubruk soltó un bufido.

—Eso quiere decir que queréis entrar a caballo en el Campo de Marte y chocar contra otros chicos, ¿no? Sólo nos queda este lado por señalar, de momento. Mañana, puedo mandar a algunos hombres para que coloquen las estacas altas. Creo que acabaremos en una o dos horas.

Los chiquillos se miraron sombríamente. Tubruk dejó en el suelo el huso y el mazo y estiró la espalda con un suspiro. Dio unas palmadas a Cayo en el hombro.

—No olvides que estamos trabajando en tus tierras. Fueron del padre de tu padre y, cuando tú tengas hijos, serán para ellos. Mira esto.

Tubruk se agachó hincando una rodilla en el suelo y resquebrajó la tierra dura con una estaca y el mazo, golpeando hasta que salió a flote la tierra negra y revuelta. Metió la mano en la tierra, sacó un puñado de la oscura sustancia y la inspeccionó de cerca.

Cayo y Marco observaron con desconcierto cómo la deshacía entre los dedos.

—Hace cientos de años que hay romanos aquí, donde estamos ahora. Esta tierra es algo más que tierra a secas. Es nosotros mismos, el polvo de los hombres y las mujeres que vivieron antes que nosotros. De aquí venís, y aquí volveréis. Y otros caminarán sobre vosotros y jamás sabrán que un día estuvisteis aquí, tan vivos como ellos.

—Las tumbas de la familia se encuentran en el camino a la ciudad —musitó Cayo, nervioso ante la repentina vehemencia de Tubruk. El viejo gladiador se encogió de hombros.

—Desde hace poco, pero nuestro pueblo lleva aquí más años de los que conoce la propia ciudad. Nos hemos desangrado y hemos muerto en estos campos en guerras ya olvidadas. Y quizá volvamos a hacer lo mismo en guerras por venir. Mete la mano en la tierra.

Estiró el brazo al chiquillo, le tomó la mano y se la introdujo en el hueco abierto en la tierra obligándole a cerrar el puño sobre ella al tiempo que la retiraba.

—Tienes historia en la mano, muchacho. Tierra que ha visto cosas que nosotros no podemos ver. Tienes en la mano a tu familia, a Roma. Ella nos dará cosechas, nos dará de comer y nos dará dinero para que disfrutemos de otros lujos. Sin ella no somos nada. La tierra lo es todo y, vayas donde vayas, sólo esta tierra será verdaderamente tuya. Sólo esta simple tierra negra que tienes en la mano será un hogar para ti.

Marco observaba la lección con expresión seria.

—¿Y para mí también será un hogar? —preguntó Marco.

Tubruk tardó unos momentos en responder, pues sostenía la mirada a Cayo mientras el chiquillo mantenía la tierra apretada en el puño. Después, se volvió hacia él y sonrió.

—Pues claro, muchacho. ¿Acaso no eres romano? ¿Acaso la ciudad no es tan tuya como de cualquiera? —La sonrisa se borró de su rostro y volvió a mirar a Cayo—. Pero esta propiedad es de Cayo y un día será el señor de ella, y contemplará los sombreados huertos de higueras y las colmenas zumbadoras, y recordará el tiempo en que no era más que un niño y lo único que quería era lucirse haciendo cabriolas nuevas a lomos de su potro ante los demás niños del Campo de Marte.

No vio la tristeza que por un momento ensombreció el rostro de Marco.

Cayo abrió la mano, dejó la tierra en el hueco que Tubruk había hecho y la aplastó pensativamente.

—Bien, vamos a terminar de delimitar el campo —dijo. Tubruk asintió y se puso de pie.

El sol descendía cuando los dos niños entraron cabalgando en el Campo de Marte. Tubruk les había obligado a lavarse y a cambiarse la túnica antes de salir, pero a pesar de lo tarde que era, el vasto espacio estaba animado todavía por grupos de jóvenes romanos que se dedicaban a lanzar el disco o la jabalina, daban patadas a una pelota pasándosela entre ellos o montaban potros y caballos gritando palabras de ánimo. Era un lugar ruidoso y los chiquillos disfrutaban viendo los combates de lucha y las prácticas de carros.

A pesar de su corta de edad, ambos montaban con seguridad en sus altas sillas, sujetos por los riñones y los glúteos, libres para maniobrar a su gusto. Las piernas les colgaban, largas, sobre el costillar de las monturas y se aferraban con fuerza en las vueltas para aumentar la estabilidad.

Cayo miró entre la multitud y se alegró de no ver a Suetonio por allí. No habían vuelto a encontrarse después de tenderle la trampa para lobos, y así quería Cayo que quedaran las cosas: la batalla ganada y pasada. Otros encontronazos sólo causarían problemas.

Marco y él se acercaron a un grupo de niños de su edad y los saludaron; desmontaron pasando una pierna por encima del lomo del potro. No vieron por allí a ningún conocido, pero el grupo les abrió paso cuando se acercaron y el ambiente era acogedor; todos estaban pendientes de un hombre que sujetaba un disco en la mano.

—Es Tani. Es el campeón de la legión —dijo un niño a Cayo entre dientes, pero en voz alta.

Mientras lo observaban, Tani tomó impulso girando en su sitio y lanzó el disco hacia el sol poniente. Se oyeron silbidos de admiración durante el vuelo y un par de niños aplaudió. Tani les hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Tened cuidado. Dentro de un momento volverá por ahí.

Cayo vio que otro hombre corría hacia donde había caído el disco y lo recogía para lanzarlo de nuevo. Lo arrojó describiendo un ángulo amplio y la multitud se dispersó al verlo volar hacia ellos. Un niño fue más lento que los demás y, cuando el

disco golpeó en el suelo y rebotó, fue a darle secamente en un costado en el momento en que trataba de esquivarlo. Cayó al suelo sin respiración y gimió, mientras Tani corría hacia él.

—Buena parada, muchacho. ¿Te encuentras bien? —El niño asintió y se puso de pie como pudo, agarrándose el lado que le dolía. Tani le dio unas palmaditas en el hombro, se agachó ágilmente a recoger el disco del suelo y volvió a su puesto para realizar otro lanzamiento.

—¿Hoy no hay carreras de cuadrigas? —preguntó Marco. Algunos se volvieron y lo miraron de arriba abajo, y también al fornido potro que Tubruk le había escogido.

—Hasta ahora no. Hemos venido a ver los combates de lucha, pero terminaron hace una hora. —El que hablaba señaló hacia un espacio pisoteado, no lejos de allí, donde habían acotado un cuadrado en la hierba; por esa zona todavía quedaban algunos grupos de hombres y mujeres charlando y merendando.

—Yo sé luchar —terció Cayo rápidamente, muy animado—. Podríamos organizar una competición entre nosotros.

Se levantaron murmullos de interés en el grupo.

—¿Por parejas?

—¿Todos al mismo tiempo... y gana el último que quede en pie? —replicó Cayo—. Pero nos falta el premio. ¿Y si cada uno ponemos el dinero que llevemos y el vencedor gana la colecta?

Los chicos discutieron sobre la propuesta y muchos empezaron a hurgarse la túnica en busca de monedas sueltas; se las dieron al más alto de todos, que fue paseándose con aplomo entre todos recogéndolas en un montón creciente en las manos.

—Yo soy Petronio. Aquí hay unos veinte cuadrantes. ¿Cuánto tienes tú?

—¿Tienes algún denario, Marco? Yo tengo un par de monedas de bronce. —Cayo las añadió al montón y Marco puso otras tres. Petronio las contó de nuevo asintiendo con la cabeza al mismo tiempo.

—Bonita suma. Pero yo también voy a participar, de modo que necesito que alguien la guarde hasta que me la gane.

—Te la guardo yo, Petronio —dijo una niña, y recibió las monedas en sus pequeñas manos.

—Es Lavia, mi hermana —dijo éste. La niña saludó a Cayo y a Marco; era un duplicado a menor escala de su fornido hermano.

Charlando animadamente, el grupo se encaminó hacia el cuadrilátero señalado en la hierba, y sólo unos pocos se quedaron fuera a mirar. Cayo contó a otros siete chicos, además de Petronio, que hacían ejercicios de calentamiento con confianza en sí mismos.

—¡Reglas! —dijo Cayo al tiempo que se desentumecía las piernas y la espalda. A

un gesto de Petronio, el grupo se reunió.

—No valen puñetazos. El que caiga de espalda queda eliminado. ¿De acuerdo?

Los chicos asintieron con seriedad y empezaron a mirarse unos a otros; el ambiente se cargó de hostilidad.

—Yo daré la señal —dijo Lavia desde un lado—. ¿Preparados?

Los participantes asintieron. Cayo se dio cuenta de que algunas personas más se acercaban, siempre dispuestas a asistir a cualquier clase de concurso o a apostar. El aire olía a frescura, a hierba, y el joven Cayo se sintió lleno de vida. Frotó los pies contra el terreno y recordó lo que Tubruk le había dicho sobre la tierra. Tierra romana, alimentada con la sangre y los huesos de sus antepasados. Percibió su fuerza bajo los pies y se preparó. El tiempo se detuvo unos instantes y, cerca de allí, vio a Tani, el campeón de disco, que giraba y soltaba el disco otra vez, y éste volaba por la altura, recto, cruzando el Campo de Marte. El sol se inflamó al ponerse tras el horizonte, y derramó una luminosidad cálida sobre los tensos chiquillos del cuadrilátero.

—¡Empezad! —gritó Lavia.

Cayo flexionó una rodilla y frustró el derechazo que le pasó por encima de la cabeza. Entonces contraatacó con toda la fuerza de sus muslos, alzó al otro chico en el aire y lo dejó planchado en la hierba polvorienta. Al levantarse, recibió un golpe por un lado, pero se volvió a caer, de forma que el contrincante desconocido se derrumbó en el suelo antes que él, con la respiración cortada por el peso de Cayo.

Marco y Petronio se dieron un abrazo de prueba apretándose por las axilas y los hombros. Otro concursante, empujado a ciegas, chocó contra Petronio y la pareja se precipitó al suelo bruscamente, pero ese momento de distracción costó a Cayo que un brazo le envolviese el cuello por la espalda y le apretara la tráquea. Dio una patada hacia atrás y golpeó con la sandalia a alguien en la barbilla, al mismo tiempo que soltaba un codazo. La fuerza del brazo que lo ahogaba disminuyó, pero ambos contrincantes dieron de bruces en el suelo, arrollados por un apretado embrollo de participantes. Cayo se hizo daño en la caída y, arrastrándose, alcanzó un lado del cuadrilátero, pero, en el trayecto, alguien le hizo un arañazo en la mejilla de un patada.

Se inflamó de rabia un momento, pero vio que el atacante ni siquiera había reparado en él, y se retiró a un lado a animar a Marco, que había vuelto a ponerse de pie. Petronio había caído y estaba eliminado, fuera de combate, sólo Marco y dos chicos más seguían compitiendo. La multitud que se había congregado a mirar los animaba con gritos y hacía apuestas. Marco agarró a uno de ellos por la entrepierna y el cuello y quiso alzarlo en vilo para tirarlo al suelo. El chico se debatió desesperadamente cuando notó que era alzado en volandas, y Marco avanzó con él cuanto pudo hasta que el último concursante lo sujetó por el pecho y lo tiró de

espalda entre un lío de brazos y piernas.

El desconocido se puso en pie con un grito y dio la vuelta al cuadrilátero con las manos en alto. Cayo oyó reírse a Marco y respiró hondo el aire estival al ver que su amigo se reincorporaba y se sacudía el polvo.

A media distancia, más allá del vasto Campo, Cayo contempló la ciudad construida sobre siete antiguas colinas hacía siglos. Alrededor, todo eran gritos y aullidos de su pueblo y, firme bajo los pies, podía sentir aquella tierra de sus ancestros.

En la tórrida oscuridad, alumbrada sólo por el cuarto creciente que señalaba el final de mes, los dos niños se encaminaron a casa por los campos y caminos de la propiedad. El aire olía a fruta y a flores, y los grillos cantaban entre los arbustos. Caminaron sin hablar hasta llegar al lugar donde habían estado con Tubruk ese mismo día, unas horas antes, en la esquina del nuevo campo delimitado con estacas pequeñas.

Como la luna apenas alumbraba, Cayo tuvo que seguir la cuerda a tientas hasta llegar al hueco abierto en la esquina; entonces, de pie, sacó del cinturón un cuchillo que había robado en las cocinas. Concentrado, se pasó la afilada hoja por la yema del pulgar, pero la hundió más de lo que pretendía y la sangre se derramó por toda la mano. Pasó el cuchillo a Marco y mantuvo el pulgar en alto, un poco preocupado por la herida, pensando en detener la hemorragia.

Marco también se pasó el cuchillo por el pulgar un par de veces hasta hacerse un araño, de donde sacó unas gotitas de sangre cada vez más gruesas.

—¡Casi me corto el pulgar de cuajo! —comentó Cayo con irritación. Marco trató de mantener la seriedad, pero no lo consiguió. Alzó la mano y, en la oscuridad, los niños unieron los pulgares y mezclaron su sangre. Después, Cayo hundió el pulgar herido en la tierra con un estremecimiento. Marco se quedó mirándole antes de secundarle.

—Ahora tú también formas parte de esta tierra, y somos hermanos de sangre —dijo Cayo.

Marco asintió; en silencio, reanudaron el camino de regreso a los edificios blancos de la casa de campo diseminados por la propiedad. A Marco se le humedecieron los ojos en la penumbra de la noche, y rápidamente se pasó la mano por ellos dejándose un rastro oscuro de sangre en la piel.

Cayo se encaramó a la verja de la casa, se colocó las manos a modo de visera para proteger los ojos del brillo del sol y miró hacia Roma. Tubruk había dicho que su padre volvería de la ciudad ese día y quería ser el primero en avistarlo por el camino.

Se escupió en las manos y se alisó el oscuro pelo pasándoselas por la cabeza.

Se alegró de haberse zafado de las tareas y cuidados de su tierna vida. Los esclavos de abajo apenas levantaban la mirada cuando iban de un edificio a otro, y observar sin ser observado le proporcionaba una sensación peculiar; eran momentos de intimidad y quietud. En alguna parte, su madre estaría buscándole para darle una cesta e ir juntos a recoger fruta; o quizá sería Tubruk quien querría mandarle encerar y engrasar los arreos de cuero de los caballos y bueyes, o cualquier otra de las mil pequeñas tareas. La idea de no estar haciendo esas cosas le levantó el ánimo. No darían con él allí, en su escondite particular, vigilando el camino de Roma.

Vio un rastro de polvo y se puso de pie en el poste de la verja. No estaba seguro. El jinete todavía estaba lejos, pero por ese camino no se iba a muchas fincas, de modo que casi seguro...

Pocos instantes después logró distinguir a un hombre a caballo claramente y, con un grito de alegría, bajó al suelo moviendo brazos y piernas aparatosamente. La verja era sólida, pero Cayo se lanzó sobre ella con todo su peso y la abrió lo suficiente como para salir y echar a correr camino abajo al encuentro de su padre.

Las pequeñas sandalias golpeaban el duro suelo y el niño movía los brazos con entusiasmo en la veloz carrera hacia la silueta que se aproximaba. Su padre había estado ausente un mes, y Cayo quería enseñarle lo mucho que había crecido entre tanto, según decía todo el mundo.

—¡Papá! —gritó, y su padre, al oírlo, frenó la marcha al tiempo que el niño llegaba corriendo. Estaba cansado y cubierto de polvo, pero lo que Cayo vio fue el inicio de una sonrisa que llegaba hasta sus ojos azules.

—¿Es un mendigo o un pilluelo, lo que veo en el camino? —dijo su padre, al tiempo que le tendía la mano para subirlo a la silla.

Cayo se rió, suspendido en el aire, y se agarró a la espalda de su padre mientras el caballo reanudaba una marcha más pausada hasta los muros de la casa.

—Has crecido desde la última vez que te vi —dijo su padre en tono ligero.

—Un poco. Tubruk dice que crezco como el mijo.

El padre respondió con un gesto de asentimiento y se hizo entre ambos un silencio cordial que se prolongó hasta que llegaron a las puertas. Cayo se apeó del caballo y empujó la verja lo suficiente para permitir el paso a su padre.

—¿Te quedarás mucho tiempo esta vez?

El padre desmontó y le revolvió el pelo, estropeando así la perfección ensalivada que le había costado tanto conseguir.

—Unos días... una semana, tal vez. Ojalá fuera más, pero siempre hay trabajo que hacer por la República. —Dio las riendas a su hijo—. Lleva al viejo *Mercuri* a los establos y lávalo a fondo. Volveremos a vernos después de que haya inspeccionado al personal y hablado con tu madre.

La expresión abierta de Cayo se tensó al oír hablar de Aurelia, y su padre lo captó. El hombre suspiró, puso la mano en el hombro del niño y le obligó a mirarle a los ojos.

—Me gustaría pasar más tiempo fuera de la ciudad, muchacho, pero lo que hago es importante para mí. ¿Entiendes lo que significa «República»? —Cayo asintió, pero su padre lo miró con escepticismo—. Lo dudo. Pocos compañeros del senado parecen entenderlo. Vivimos un ideal, un sistema de gobierno que permite a todos expresar su opinión, incluso al hombre común. ¿Comprendes lo excepcional que es? En cualquiera de los pequeños países que he conocido, siempre hay un rey o jefe que lo gobierna. Él otorga tierras a sus amigos y se queda con el dinero de los que están bajo su protección. Es como dejar a un niño suelto con una espada.

»En Roma, nos guiamos por la Ley. Todavía no es perfecta, ni tan justa como me gustaría, pero es a lo que tiende, y por eso le entrego mi vida. Creo que la merece... y también la tuya, cuando llegue el momento.

—Pero yo te echo de menos —replicó Cayo, sabiendo que era egoísta. La mirada de su padre se endureció un poco, pero enseguida le revolvió el pelo otra vez.

—Y yo a ti. Tienes las rodillas sucias y esa túnica es más propia de un niño de la calle, pero yo también te echo de menos. Ve a lavarte... pero antes cepilla a *Mercuri* a conciencia.

Se quedó mirando a su hijo, que se alejaba llevando al caballo por las riendas, y sonrió con arrepentimiento. Era verdad, había crecido un poco, Tubruk tenía razón.

En los establos, Cayo cepilló los flancos al caballo y le quitó el sudor y el polvo pensando en las últimas palabras de su padre. La idea de una república sonaba muy bien, pero ser rey era mucho más emocionante, sin duda.

Cada vez que Julio, el padre de Cayo, volvía de una ausencia larga, Aurelia insistía en agasajarle con un banquete formal en el *triclinium*. Los chiquillos se sentaban en sendos taburetes infantiles junto a los largos divanes en los que Aurelia y su esposo se reclinaban descalzos, mientras los esclavos de la casa les servían la comida en mesas bajas.

Cayo y Marco odiaban esas comidas. Les prohibían hablar y tenían que permanecer en silencio forzosamente durante todos los platos; sólo se les permitía que los criados del comedor les frotaran un poco los dedos entre plato y plato, antes de hundirlos de nuevo en la comida. Aunque ambos tenían buen apetito, habían aprendido a no ofender a Aurelia comiendo deprisa, tenían que masticar y tragar tan despacio como los adultos, mientras las sombras de la tarde iban alargándose.

Ya se había bañado y se había puesto ropa limpia, pero tenía mucho calor y se sentía incómodo con sus progenitores. Su padre había olvidado el encuentro informal que habían tenido en el camino y conversaba con su esposa como si los dos niños no existieran. Cayo observaba atentamente a su madre cuando tenía ocasión, pendiente



del temblor que anunciaba un nuevo ataque. Al principio, le aterrorizaban y no podía parar de llorar pero, con los años, había acabado curtiéndose emocionalmente y, algunas veces, incluso deseaba que comenzara el temblor para que les mandaran salir del comedor a los dos.

Procuró interesarse por la conversación y prestar atención, pero sólo hablaban del desarrollo de las leyes y las ordenanzas de la ciudad. Su padre nunca volvía a casa con relatos emocionantes sobre ejecuciones o delincuentes callejeros famosos.

—Tienes demasiada fe en el pueblo, Julio —decía Aurelia—. El pueblo necesita que cuiden de él como un niño necesita a su padre. Algunos poseen inteligencia e ingenio, lo reconozco, pero la mayoría necesita protección... —Su voz fue bajando hasta el silencio.

Julio levantó la mirada y Cayo vio una expresión de tristeza en su rostro que le hizo desviar la mirada, cohibido, como si hubiera interrumpido un momento de intimidad.

—¡Relia!

Al oír la voz de su padre, Cayo miró a su madre, que yacía como una estatua, con los ojos fijos en alguna imagen lejana. Le temblaba la mano y, súbitamente, la cara se le contrajo como a un niño pequeño. El temblor que había comenzado en la mano se generalizó; la mujer se convulsionaba en pleno espasmo, tirando los cuencos de la mesa al suelo con un brazo incontrolable. La voz surgió violentamente de su garganta como un torrente de chillidos, y los niños se encogieron y se estremecieron en sus asientos.

Julio se levantó ágilmente de su asiento y tomó a su esposa en brazos.

—Dejadnos —ordenó, y Cayo y Marco salieron con los esclavos mientras el hombre se quedaba con la convulsa mujer en brazos.

A la mañana siguiente, Tubruk despertó a Cayo sacudiéndolo por el hombro.

—¡Arriba, muchacho! Tu madre quiere verte —le dijo. Cayo protestó casi como para sí mismo, pero Tubruk pudo oírle.

—Siempre está muy tranquila después de... pasar una mala noche.

Cayo asintió mientras se vestía y luego miró al viejo gladiador.

—A veces la odio.

Tubruk suspiró suavemente.

—Ojalá la hubieras conocido tal como era antes de la enfermedad. Siempre cantaba y llenaba la casa de alegría. Tienes que pensar que tu madre sigue ahí, pero no puede salir a tu encuentro. Te quiere, ¿lo sabes?

Cayo asintió y se peinó descuidadamente con la mano.

—¿Mi padre ha vuelto a marcharse a la ciudad? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta. Su padre no soportaba sentirse inútil.

—Partió al amanecer —contestó Tubruk. Sin una palabra más, Cayo lo siguió por

los frescos corredores hasta las habitaciones de su madre.

Estaba sentada en la cama, con la cara recién lavada y el cabello recogido en una trenza a la espalda. Tenía la tez pálida, pero sonrió a su hijo al verlo entrar, y él logró sonreír a su vez.

—Acércate más, Cayo. Sentiría mucho que anoche te asustaras.

El niño se acercó y se dejó abrazar sin sentir nada. ¿Cómo iba a decirle que ya no se asustaba? Lo había visto tantas veces, y cada una peor que la anterior. Por un lado, sabía que su madre empeoraría, que ya estaba dejándolos. Pero en eso no podía pensar... mejor guardarlo dentro, sonreír, abrazarla y marcharse sin que nada le afectara.

—¿Qué vas a hacer hoy? —le preguntó al tiempo que lo soltaba.

—Tareas de la casa, con Marco —contestó. La mujer asintió y pareció olvidarse del niño. Cayo aguardó unos instantes y, como no hubo más palabras, dio media vuelta y salió de la estancia.

Cuando el punto negro de sus pensamientos se disolvió y Aurelia volvió a fijarse en la habitación, la encontró ya vacía.

Se encontró con Marco en la verja; llevaba un nido de pájaros. Miró a su amigo a los ojos y habló en tono ligero y alegre.

—Creo que hoy voy a tener buena suerte. Vamos a cazar un halcón... dos halcones. Los amaestramos hasta que se nos posen en los hombros y ataquen cuando se lo mandemos. Ya verás cómo echa a correr Suetonio en cuanto nos vea.

Cayo se rió entre dientes y suprimió los pensamientos sobre su madre. Ya añoraba a su padre, pero el día iba a ser largo y siempre había algo que hacer en el bosque. No creía que la idea de cazar halcones pudiera funcionar, pero lo intentaría hasta que el día no diera más de sí y hubieran recorrido todos los senderos.

La verde umbría casi evitó que pudieran ver a un cuervo que se había posado en una rama baja, no lejos de los campos iluminados por el sol. Marco se detuvo en seco al verlo y dio el alto a Cayo poniéndole una mano en el pecho.

—¡Fíjate qué tamaño! —murmuró al tiempo que desenvolvía una red de cazar pájaros.

Se acuclillaron y siguieron avanzando a rastras, observados con interés por el ave. Era un ejemplar grande que abrió unas potentes alas negras cuando los chicos se aproximaron, y después hizo el amago de saltar al árbol siguiente con un aleteo perezoso.

—Tú rodéalo —susurró Marco, emocionado, e ilustró sus palabras describiendo círculos con los dedos.

Cayo le sonrió y se desvió sigilosamente hacia un lado ocultándose entre la maleza. Dio un gran rodeo procurando no perder de vista el árbol ni pisar ramas secas u hojas crujientes.

Cuando salió por el lado opuesto, vio que el cuervo había saltado a otro árbol y se había posado en un gran tronco caído desde hacía años. Era fácil trepar por la suave pendiente del tronco y Marco había empezado a subir por él poco a poco en dirección al pájaro.

Cayo se acercó con sigilo a la base del tronco, por donde Marco trataba de avanzar mientras asía la red suelta en la mano.

«¿Por qué no levantará el vuelo?», pensó mirando al cuervo. El ave inclinó la cabeza a un lado y abrió las alas otra vez. Los dos niños permanecieron inmóviles hasta que el pájaro pareció tranquilizarse y, después, Marco prosiguió el avance a horcajadas sobre el tronco.

Se encontraba a un paso del ave cuando a ésta se le ocurrió volver a cambiar de sitio. Dio unos saltitos sobre el tronco y las ramas sin demostrar temor alguno. Marco preparó la red, una malla de cuerda basta que usaban en la cocina de la casa para colgar las cebollas, pero en sus manos, se convirtió al instante en un instrumento temible para atrapar pájaros.

Conteniendo la respiración, la arrojó sobre el ave y el cuervo levantó el vuelo con un graznido de indignación. Aleteó una vez más y se posó en las tiernas ramas de un retoño que crecía al lado de Cayo, el cual echó a correr hacia la presa sin pensarlo.

Mientras Marco bajaba del tronco, Cayo sacudió el arbolillo y notó que cedía con un crujido repentino atrapando al pájaro entre el follaje y el suelo. Mientras Cayo sujetaba el pequeño árbol contra el suelo, Marco logró llegar allí y atrapar al ave fuertemente entre ambas manos. La alzó victorioso, pero luego tuvo que emplear toda su maña para evitar que se le escapara.

—¡Ayúdame! ¡Es muy fuerte! —gritó, y Cayo agarró también al animal, que forcejaba por liberarse. De pronto, Cayo sintió un dolor tremendo. El cuervo tenía el pico largo y curvo como una lanza de madera negra, y le agujereaba la mano con picotazos en la blanda carne que une el pulgar al índice.

—¡Apártamelo! —gritó—. Me ha cogido la mano, Marco. —El dolor era insoportable y ambos se asustaron, Marco tratando de no perder la presa y Cayo procurando deshacerse del pico cruel que se le hundía en la piel.

»¡No puedo quitar la mano, Marco!

—Tira de ella —replicó Marco denodadamente, congestionado por el esfuerzo de sujetar a la rabiosa ave.

—No puedo, es como un cuchillo. Suéltalo.

—Ni lo sueñes. Este cuervo es nuestro. Lo hemos atrapado en el bosque, como los cazadores.

Cayo soltó un gruñido de dolor.

—Querrás decir que nos ha atrapado él a nosotros. —La mano le dolía espantosamente; el cuervo lo soltó de improviso para lanzarse sobre un dedo, pero

Cayo, con un ahogado suspiro de alivio, retiró la mano al instante, se la llevó a la ingle y dobló el tronco sobre las piernas, apretándosela.

—¡De todos modos, es un gran luchador! —dijo Marco con una sonrisa, y mientras seguía sujetándolo de forma que la cabeza picoteadora no viera lo que la retenía.

—Desde luego. Nos lo llevamos a casa y lo amaestramos. Los cuervos son inteligentes, según dicen. Aprenderá a hacer algunas cosas y nos acompañará al Campo de Marte.

—Hay que ponerle un nombre, algo que suene a guerra —contestó Cayo lamiéndose la mano despellejada.

—¿Cómo se llama ese dios que se transforma en cuervo o que lleva un cuervo?

—No sé, un dios griego, me parece. ¿Zeus?

—No, ése es una lechuza, creo. Hay alguno que tiene una lechuza.

—No me acuerdo de ninguno que tenga un cuervo, pero Zeus me gusta.

Los muchachos se sonrieron mutuamente, y el cuervo se calmó y empezó a mirar a los lados con aparente tranquilidad.

—Pues que sea Zeus.

Volvieron a casa por los campos, Marco sujetaba al pájaro con fuerza.

—Tenemos que buscar un sitio donde esconderlo —dijo—. A tu madre no le gusta que cacemos animales. ¿Te acuerdas cuando se enteró de lo del zorro? —Cayo asintió mirando al suelo.

—Cerca de los establos hay una jaula de pollos vacía. Podríamos ponerlo allí. ¿Qué comen los cuervos?

—Carne, creo. Van a comer a los campos de batalla. Cogemos unas cuantas cosas en la cocina y ya veremos cuáles se come. Eso no es problema.

—Tenemos que atarle las patas con una cuerda, para domesticarlo, si no, echará a volar —dijo Cayo pensativamente. Marco asintió.

Tubruk estaba charlando con tres carpinteros que reparaban el tejado de la casa. Vio llegar a los chiquillos al patio y les hizo una señal para que se acercaran. Los niños se miraron preguntándose si podrían echar a correr, pero Tubruk no les dejaría alejarse más de unos pocos pasos, aunque pareciera que no les prestaba mucha atención porque se había dado media vuelta y seguía hablando con los peones.

—No pienso quedarme sin *Zeus* —musitó Marco ásperamente. Cayo se limitó a asentir, mientras se acercaban al grupo de hombres.

—Vuelvo dentro de unos instantes —dijo Tubruk a los hombres, que se reincorporaban al trabajo—. Id retirando la tejas de ese lado hasta que vuelva. —Entonces, se dirigió a los niños—. ¿Qué es eso? ¿Un cuervo? Si lo habéis atrapado, será que está enfermo.

—Lo cazamos en el bosque. Lo seguimos y lo atrapamos —dijo Marco con voz

desafiante.

Tubruk asintió como si comprendiera y acarició el largo pico del ave. Parecía que hubiera perdido toda la energía y jadeaba casi como un perro, enseñando una lengua delgada entre las duras partes del pico.

—Pobre bicho —musitó Tubruk—. Parece aterrorizado. ¿Qué pensáis hacer con él?

—Se llama *Zeus*. Vamos a amaestrarlo como a los halcones.

Tubruk negó con la cabeza una vez, despacio.

—No se pueden amaestrar pájaros silvestres, muchachos. A los halcones los amaestra un experto, y desde pequeños, e incluso entonces siguen siendo salvajes. Hasta el mejor amaestrador pierde uno de vez en cuando, el ave se va volando y no vuelve. Zeus es adulto; si lo encerráis, morirá.

—Podemos ponerlo en una jaula vieja de pollos —insistió Cayo—. Ahora no hay nada en ella. Le daremos de comer y le dejaremos volar atado con una cuerda. — Tubruk soltó un bufido.

—¿Sabéis lo que hacen las aves libres cuando las enjaulan? —les preguntó—. No soportan estar entre paredes, y menos aún en un espacio tan reducido como una jaula de pollos. Se desaniman por completo y se van desplumando poco a poco de desesperación. Se niegan a comer y se hieren a sí mismos hasta la muerte. Vuestro *Zeus* prefiere la muerte al cautiverio. Lo mejor que podéis hacer por él es soltarlo. Creo que lo habéis atrapado sólo porque debe de estar enfermo, o sea que a lo mejor se está muriendo ya, de todos modos; pero al menos, dejadle que pase sus últimos días en el bosque, al aire libre, que es su verdadero hogar.

—Pero... —Marco no dijo nada más y se quedó mirando al cuervo.

—Vamos —dijo Tubruk—. Vamos al campo a ver cómo vuela.

Apesadumbrados, los niños asintieron, volvieron a salir por la verja, mirando la pendiente de la colina.

—Suéltalo, muchacho —dijo Tubruk, en un tono de voz que atrajo la mirada de los dos niños. Marco levantó las manos y las abrió, y Zeus se alzó en el aire desplegando sus grandes alas negras, esforzándose por tomar altura. Se alejó graznando de disgusto hasta convertirse en un punto en el cielo, a la altura del bosque. Después, lo vieron descender y desapareció.

Tubruk puso sus rudas manos en el cogote de ambos niños.

—Un acto noble. Bien, hay unas cuantas cosillas que hacer y, como no os he visto en todo el día, se os han amontonado y os esperan con impaciencia. Vamos dentro.

Encaminó a los niños hacia la verja y el patio y, antes de seguirlos, echó una última mirada a los campos y el bosque.

### III

Aquel mismo verano comenzó la educación formal de los niños. Recibieron el mismo trato desde el principio y así, a Marco también le enseñaron todo lo necesario para organizar una propiedad compleja, si bien aquélla no lo era. Además de continuar con el latín culto que les metían en la cabeza desde el nacimiento, les aleccionaron sobre batallas famosas y tácticas de guerra, así como sobre la organización de ejércitos y la administración del dinero y las deudas. Al año siguiente, cuando Suetonio partió para ser oficial en la legión africana, Cayo y Marco habían empezado a aprender retórica griega y oratoria, útiles herramientas de debate que necesitarían más adelante, cuando, como jóvenes senadores, decidieran acusar o defender a algún ciudadano por cuestiones legales.

Aunque los trescientos miembros del senado se reunían solamente dos veces cada mes lunar, Julio, el padre de Cayo, permanecía en Roma períodos más largos para resolver las dificultades de la República con las nuevas colonias y con el poder y la riqueza crecientes. Los únicos adultos a los que veían Cayo y Marco durante meses eran Aurelia y los tutores, quienes llegaban a la casa al amanecer y se marchaban con el sol y unos denarios tintineando en la bolsa. También Tubruk estaba siempre presente, una presencia amigable que no les consentía disparates de ninguna especie. Antes de que Suetonio se marchara, el viejo gladiador había recorrido la larga distancia que los separaba de la casa principal de la finca vecina y había aguardado once horas, desde el amanecer hasta el crepúsculo, hasta que el hijo menor de la casa lo recibió. No contó a Cayo lo que le habían dado a entender, pero volvió con una sonrisa en los labios y revolvió el pelo al chiquillo con su manaza, antes de ir a los establos a ver las yeguas nuevas que iniciaban la época de celo.

De las horas que pasaban con los diversos tutores, las más divertidas para Cayo y Marco eran las que transcurrían en compañía de Vepax. Era un joven griego, alto y delgado, que vestía siempre con toga. Llegaba a la finca a pie y contaba cuidadosamente las monedas que ganaba antes de volver andando a la ciudad. Se reunían con él dos horas semanales en una estancia pequeña que el padre de Cayo había destinado a las lecciones. Era un espacio desnudo, de suelo de losas de piedra y paredes sin adornos. Con los demás tutores, entre cantinelas de versos de Homero y gramática latina, los niños se revolvían inquietos en los bancos de madera o dejaban vagar la mente fingiendo gran concentración, hasta que el tutor lo percibía y los hacía volver al mundo con fuertes golpes de vara. Casi todos eran estrictos y resultaba difícil no prestar atención, siendo sólo dos para distraer al profesor. En una ocasión, Marco dibujó con el estilo un cerdo con la barba y la cara del profesor. El profesor lo sorprendió cuando trataba de enseñárselo a Cayo, y tuvo que poner la mano para que se la golpearan con la vara, soportando el humillante dolor de tres fuertes golpes.

Vepax no usaba vara. Lo único que llevaba siempre era una pesada bolsa de tela llena de tablillas y figuras de arcilla azules y rojas, que representaban a los dos bandos. A la hora convenida, el maestro había apartado los bancos hacia un lado de la habitación y había dispuesto las figuras en orden para ilustrar alguna batalla famosa del pasado. Al cabo de un año, lo primero que tenían que hacer era identificar el orden de batalla y decir el nombre de los generales que habían participado en ella. Sabían que Vepax no se limitaría a las batallas romanas; a veces, los diminutos caballos y legionarios representaban a Partia, a la Grecia antigua o a Cartago. Como los niños sabían que el profesor era griego, le habían animado a que les enseñara las batallas de Alejandro, entusiasmados por las leyendas y los logros conseguidos a pesar de su juventud. Al principio, Vepax rehusaba, pues no quería que pareciera que favorecía la historia de su propio pueblo, pero se dejó convencer y les enseñó las batallas más señaladas de las que se conservaban crónicas y mapas. En lo referente a las guerras griegas, Vepax jamás abría un libro, y colocaba y movía las figuras de memoria.

Decía a los niños el nombre de los generales y de los participantes decisivos de cada conflicto, además de la historia y la política del momento cuando tenían una implicación directa en la efeméride. Dotaba de vida a las figuritas de arcilla, para deleite de Cayo y Marco, y cada vez que se agotaba la sesión de dos horas, los chicos se quedaban mirándolas con añoranza mientras el maestro las guardaba en sus bolsas lenta y cuidadosamente.

Un día, al llegar a la estancia donde asistían a las clases, se encontraron con un despliegue de personajes de arcilla que ocupaba casi todo el espacio. Se trataba de una gran batalla; Cayo contó las figuras azules rápidamente en primer lugar, y después las rojas, multiplicando el resultado mentalmente como le había enseñado el tutor de aritmética.

—Dime lo que ves —dijo Vepax a Cayo en voz baja.

—Dos ejércitos, uno de más de cincuenta mil y otro de casi cuarenta mil. El rojo es... el rojo es romano, a juzgar por la numerosa infantería situada al frente en formación de cuadros de legión. Les apoya la caballería por el flanco derecho e izquierdo, pero la caballería azul a la que se enfrenta los iguala. En el bando azul hay hondas y lanzas, pero no veo arcos, de modo que las cargas con arma arrojada serán a muy corta distancia. Parece que las fuerzas están equilibradas, más o menos. Podría ser una batalla larga y difícil.

Vepax asintió.

—El bando rojo es romano, ciertamente, formado por disciplinados veteranos de muchas batallas. ¿Y si te dijera que los azules son una mezcla de galos, hispanos, numidios y cartagineses? ¿Crees que eso influiría en el resultado?

A Marco le brillaban los ojos de interés.

—Significaría que se trata del ejército de Aníbal. Pero ¿dónde están sus famosos elefantes? ¿No hay elefantes en la bolsa? —Marco miró esperanzado la vacía bolsa de tela.

—Efectivamente, son los romanos frente a Aníbal, pero en esta batalla había perdido ya todos los elefantes. Más tarde se hizo con otras manadas, cuya carga era terrorífica, pero aquí tuvo que arreglárselas sin ellos. Los romanos le superan por dos legiones. Su ejército es una mezcla heterogénea, mientras que el romano está unificado. ¿Qué otros factores pueden influir en el resultado?

—El terreno —gritó Cayo—. ¿Está en una montaña? Con la caballería, podría aplastar...

Vepax hizo un suave gesto de contención con la mano.

—La batalla tuvo lugar en una llanura. Hacía frío y el cielo estaba despejado. Aníbal tenía forzosamente que perder. ¿Os gustaría saber cómo venció?

Cayo se quedó mirando el despliegue de piezas. Todo estaba en contra de las fuerzas azules. Levantó la mirada.

—¿Podemos ir moviendo las piezas a medida que nos lo cuentas?

Vepax sonrió.

—Por descontado. Hoy os necesito a los dos para mover la batalla tal como se desarrolló en su día. Cayo, ponte en el lado romano. Marco y yo nos encargaremos del ejército de Aníbal.

Sonrientes, se colocaron unos enfrente de otros al lado de las filas de figuras.

—Batalla de Cannas, hace ciento veintiséis años. Todos los hombres que lucharon son polvo ahora, y de las espadas no queda nada, pero todavía tenemos lecciones que aprender.

Vepax debía de haber llevado hasta el último soldado y el último caballo que tenía para esa batalla, pensó Cayo. A pesar de que cada pieza valía por quinientas, ocupaban la habitación casi por completo.

—Cayo, eres Emilio Paulo y Terrentio Vallo, expertos generales romanos. Avanza directo hacia el enemigo fila a fila sin permitir desvíos ni flaquezas en la disciplina. Tu infantería es magnífica y debería salir victoriosa del encuentro con las filas de espadachines extranjeros.

Pensativamente, Cayo empezó a mover la infantería hacia delante de grupo en grupo.

—Apóyalos con la caballería, Cayo; no la dejes atrás porque podrían rodearte por el flanco.

Cayo asintió y acercó los caballos de arcilla a la nutrida caballería comandada por Aníbal.

—Marco. Nuestra infantería tiene que aguantar. Saldremos a su encuentro, y nuestra caballería se enfrenta a la romana por los flancos y retiene su avance.



Las jóvenes asintieron, los tres movieron las piezas en silencio hasta que los ejércitos se encontraron cara a cara. Cayo y Marco se imaginaban los relinchos de los caballos y los gritos de guerra que llenarían el aire.

—Y ahora, empiezan a morir hombres —murmuró Vepax—. Nuestra infantería empieza a ceder por el centro, al enfrentarse al enemigo mejor adiestrado con que se han encontrado jamás. —Sus manos volaron por encima de las figuras cambiándolas de posición, animando a los niños.

En el suelo, las legiones romanas hacían retroceder a la parte central de la formación de Aníbal, que cedía la embestida al borde de la derrota.

—No pueden resistir —musitó Cayo al ver el semicírculo que aumentaba y se cerraba cada vez más, a medida que las legiones romanas se abrían paso. Se detuvo a mirar todo el campo de batalla. La caballería estaba inmovilizada, manteniendo un cruento combate con el enemigo. Se le abrió la boca al ver la forma en que Marco y Vepax movían las piezas y, de repente, vio el plan con claridad.

—Yo no seguiría adentrándome —dijo, y Vepax levantó la cabeza con una expresión socarrona en el rostro.

—¿Tan pronto, Cayo? ¿Ya has visto el peligro que ni Paulo ni Vallo vieron hasta que fue demasiado tarde? Sigue adelante con tus hombres, la batalla continúa. —Se estaba divirtiendo, sin duda, pero a Cayo le irritó un tanto tener que seguir haciendo movimientos que le llevarían a la destrucción de sus ejércitos.

Las legiones avanzaban entre las fuerzas cartaginesas y el enemigo no le cerraba el paso, reculaba rápidamente, sin precipitarse, perdiendo el menor número posible de hombres ante el frente que continuaba la marcha. Los hombres de Aníbal empezaron a desplegarse desde el fondo del campo hacia los lados reforzando la trampa y, en sólo un par de horas, según dijo Vepax, todo el ejército romano se vio rodeado de enemigos por tres lados; lados que poco a poco fueron cerrándose tras ellos hasta quedar prisioneros en una jaula ideada por Aníbal. La caballería romana seguía resistiendo ante una fuerza semejante y la escena final requirió pocas explicaciones para demostrar todo el horror del desenlace.

—La mayoría de los romanos no podía luchar; estaban atrapados en medio de sus propias filas apretadas. Los hombres de Aníbal mataron durante toda la jornada y fueron cerrando la trampa más y más hasta que no quedó un romano vivo. Fue una aniquilación de tal magnitud como raramente se había visto hasta entonces o se vería en el futuro. En muchas batallas hay supervivientes, al menos los que logran huir, pero estos romanos, rodeados por los cuatro costados, no tenían escapatoria.

El silencio se prolongó un rato, mientras los dos niños asimilaban los detalles con la mente y con la imaginación.

—Se nos ha terminado el tiempo por hoy, chicos. La próxima semana os enseñaré lo que aprendieron los romanos de ésta y otras derrotas que sufrieron a manos de

Aníbal. Aunque aquí no utilizaron la imaginación, nombraron a un nuevo jefe, famoso por sus innovaciones y su osadía. Se enfrentó a Aníbal en la batalla de Zama, catorce años más tarde, y el resultado fue muy diferente.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Marco, entusiasmado.

—Tenía más de un nombre. El primero era Publio Escipión, pero las batallas que ganó contra Cartago le valieron el sobrenombre de Escipión el Africano.

Cuando Cayo se acercaba a su décimo cumpleaños, se estaba convirtiendo en un muchacho atlético y con buena coordinación. Era capaz de manejar cualquier caballo, incluso los que requerían una mano dura. Las nobles bestias parecían tranquilizarse con su roce. Sólo uno se negó a dejarle permanecer en la silla; llegó a tirarlo al suelo once veces, hasta que Tubruk lo vendió antes de que uno de los dos muriese en el intento.

En gran parte Tubruk administraba la economía de la propiedad durante las ausencias del padre de Cayo. Decidía en qué gastar con mayor provecho los beneficios del cereal y el ganado según su propio criterio. Era una muestra de gran confianza que se veía en raras ocasiones. Sin embargo, contratar a luchadores especialistas para enseñar a los niños el arte de la guerra no dependía de él. Era decisión del padre, como todos los demás aspectos de la educación de los chicos. Según la ley romana, el padre de Cayo podría haber estrangulado a los chicos o haberlos vendido como esclavos, si no le hubieran complacido. La figura paterna detentaba un poder absoluto en su casa y no convenía poner a prueba su buena voluntad.

Julio volvió a casa el día de la fiesta de aniversario de su hijo. Tubruk lo ayudó a quitarse el polvo del camino en el baño de agua termal. Aunque Julio era diez años mayor que él, al entrar en el agua, el gladiador observó que su cuerpo bronceado encajaba bien el paso del tiempo. El vapor se elevó en nubecillas cuando un chorro repentino de agua salió de una tubería y fue a caer a las plácidas aguas del baño. Tubruk tomó nota mentalmente de las muestras de salud y se sintió satisfecho. En silencio, esperó a que Julio terminase la lenta inmersión y descansara en los escalones sumergidos de mármol cercanos a la tubería de entrada de agua, donde la profundidad era menor y la temperatura más elevada.

Julio se tumbó de espalda sobre los frescos salientes de la terma y miró a Tubruk enarcando una ceja.

—Infórmame —dijo cerrando los ojos.

Tubruk se puso en pie rígidamente y recitó las ganancias y las pérdidas del mes anterior. Mantenía la vista fija en la pared de enfrente y hablaba con soltura de problemas y éxitos minuciosos sin consultar sus apuntes ni una sola vez. Por fin, concluyó la relación y guardó silencio otra vez. Al cabo de un momento, los ojos

azules del único hombre que le había dado empleo sin poseerlo como esclavo se abrieron de nuevo y se clavaron en él con una expresión que el calor del baño no había ablandado.

—¿Cómo está mi esposa?

Tubruk mantuvo una expresión imperturbable. ¿Serviría de algo comunicarle que Aurelia había empeorado aún más? Había sido una mujer muy bella, hasta que el alumbramiento de su hijo la sumió en un estado próximo a la muerte durante meses. Desde que Cayo había llegado al mundo, Aurelia había perdido seguridad en las piernas y ya no llenaba la casa de risas y flores, que antes recogiera personalmente en los campos lejanos.

—Lucio la atiende bien, señor, pero no ha mejorado... He tenido que mantener a los niños alejados de ella algunos días, cuando le sobreviene la crisis.

La expresión de Julio se endureció y una vena del cuello, inflamada por el calor, empezó a moverse al recibir una furiosa carga de sangre caliente.

—¿Es que los médicos no pueden hacer nada? ¿Aceptan mis áureos sin el menor escrúpulo, pero ella está peor cada vez que la veo!

Tubruk apretó los labios con expresión de condolencia. Sabía que, ante algunas cosas, sólo cabía resignarse. El látigo golpea y hace daño, pero es preciso esperar en silencio que no vuelva a fustigarnos.

A veces, Aurelia se rasgaba las vestiduras, se las hacía jirones y se quedaba acurrucada en un rincón hasta que el hambre la obligaba a salir de sus habitaciones. En otras ocasiones, casi volvía a ser la mujer que había conocido y de la que se había enamorado en cuanto llegó a la casa de campo, pero luego volvía a caer en largos períodos de ensimismamiento. Podía estar hablando de la cosecha y, de repente, como si hubiera hablado otra voz, inclinaba la cabeza a un lado y escuchaba; entonces, aunque uno abandonara la habitación, ella no se daba cuenta de nada.

Otro chorro de agua caliente rompió el silencio marcado por el goteo del agua y Julio exhaló un suspiro como un fognazo de vapor.

—Dicen que los griegos poseen muchos conocimientos de medicina. Contrata a un griego y despide a los inútiles que tan escaso beneficio le procuran. Y si alguno de ellos se atreve a decir que sólo gracias a sus cuidados no ha empeorado, que lo azoten y lo arrojen al camino de la ciudad. Busca también a una partera. A veces, una mujer comprende a otra mejor que nosotros... padecen tantos trastornos que los hombres desconocemos...

Los ojos azules volvieron a cerrarse y fue como si se cerrara la puerta de un horno. Sin ese rasgo de personalidad, el cuerpo sumergido podría haber sido el de cualquier romano. Tenía el porte de un soldado y unas finas arrugas blancas señalaban las cicatrices de antiguas batallas. No convenía despertar su furia, Tubruk sabía que en el senado tenía fama de feroz. Sus intereses no eran de gran altura y,

aunque los defendía por encima de todo, los que detentaban el poder no lo consideraban una amenaza y no se molestaban en oponerse a las cuestiones en las que él se hacía fuerte. La casa de campo se mantenía prósperamente y les permitiría pagar los servicios de los médicos más caros que Tubruk encontrara. Dinero malgastado, estaba seguro, pero ¿para qué servía el dinero, sino para utilizarlo cuando era necesario?

—Señor, quiero plantar un viñedo en los límites del sur. El terreno es perfecto para un buen tinto.

Hablaron de los negocios de la casa y, una vez más, Tubruk no tomó apuntes, no lo necesitó, después de tantos años de informar y de discutir las cuestiones. Dos horas después de haber iniciado el baño, Julio sonrió por fin.

—Has obrado correctamente. Prosperamos y nos mantenemos fuertes.

Tubruk asintió y sonrió a su vez. A lo largo de toda la conversación, Julio no se había interesado ni una sola vez por su salud ni por su bienestar. Ambos sabían que se hablaría de problemas graves, y que los menores se resolverían en privado. Mantenían una relación de confianza, no de igual a igual, sino de amo y empleado cuya capacidad se respeta. Tubruk ya no era esclavo, era un liberto y jamás podría obtener la confianza total de los que habían nacido libres.

—Queda una cuestión de cariz más personal —prosiguió Julio—. Ha llegado el momento de iniciar a mi hijo en el arte de la guerra. He descuidado mis deberes de padre hasta cierto punto, pero no hay mejor ejercicio para las dotes de un hombre que criar a su propio hijo. Quiero sentirme orgulloso de él y me preocupa que mis ausencias, prontas a alargarse, lo desequilibren.

Tubruk asintió, satisfecho de las palabras.

—Hay muchos expertos en la ciudad que preparan a los niños y a los jóvenes de las familias ricas, señor.

—No. Los conozco e incluso me han recomendado a algunos. He comprobado el resultado de esa preparación, porque he visitado algunas villas de la ciudad con intención de conocer a la nueva generación. No me impresionó, Tubruk. He visto a jóvenes contagiados de un nuevo aprendizaje filosófico que favorece excesivamente el adiestramiento de la mente en detrimento del cuerpo y el corazón. ¿De qué sirve la habilidad de aplicar la lógica al juego si el ánimo flaquea ante la dificultad? No; las modas de Roma sólo producirán hombres débiles, eso puede verse claramente, quizá con algunas honrosas excepciones. Quiero que Cayo reciba adiestramiento con alguien que merezca mi confianza... contigo, Tubruk, no confiaré tan seria tarea a nadie más.

Tubruk se mesó la barbilla con expresión preocupada.

—No puedo enseñar lo que aprendí como soldado y gladiador, señor. Sé lo que sé, pero no me creo capaz de transmitirlo.

La contradicción le hizo fruncir el ceño, pero no insistió. Tubruk nunca hablaba por hablar.

—Entonces, emplea tiempo en endurecerlo como a una roca.

Haz que corra y cabalgue muchas horas todos los días, una y otra vez, hasta que esté preparado para representarme. Buscaremos a otros para que le enseñen a matar y a mandar a los hombres en la batalla.

—¿Y el otro muchacho, señor?

—¿Marco? ¿Qué hay de Marco?

—¿Habrá adiestramiento para él también?

Julio frunció el ceño más aún y se quedó considerando el pasado unos momentos.

—Sí. Se lo prometí a su padre en el lecho de muerte. Su madre no era apta para el muchacho, su huida fue lo que prácticamente mató al pobre hombre. Era demasiado joven para él. Lo último que supe de ella es que era poco más que una ramera de fiestas en uno de los barrios interiores, por eso el niño está en mi casa. Tengo entendido que Cayo y él siguen siendo amigos.

—Como espigas de trigo gemelas. Siempre se buscan problemas.

—Se acabó. A partir de ahora, aprenderán disciplina.

—Procuraré que así sea.

Cayo y Marco escuchaban detrás de la puerta. A Cayo le brillaban los ojos al oír lo que estaban diciendo. Se giró hacia Marco sonriendo, pero su sonrisa se borró tan pronto como vio la palidez de su amigo y la seriedad de su expresión.

—¿Qué te pasa, Marco?

—Ha dicho que mi madre es una ramera —contestó entre dientes. En sus ojos brillaba un destello peligroso y Cayo cortó en seco la primera réplica burlona.

—Ha dicho que es lo que ha sabido de ella... no es más que un rumor. Estoy seguro de que no es así.

—Me dijeron que había muerto, como mi padre. Pero huyó y me abandonó. — Sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas—. Espero que sea una ramera. Espero que sea esclava y se esté muriendo con los pulmones podridos. —Dio media vuelta y echó a correr moviendo las piernas y los brazos con apesadumbrada soltura.

Cayo suspiró y rechazó la idea de ir tras él. Probablemente, Marco se refugiaría unas horas en los establos, entre la paja, a la sombra. Si iba a buscarlo antes de tiempo, tendrían malas palabras e incluso se pelearían. Si lo dejaba en paz, se le pasaría con el tiempo y el humor le cambiaría de repente, tan pronto como sus pensamientos se detuvieran en otra cosa.

Así era Marco, y no iba a cambiar. Cayo volvió a acercar la cabeza a la rendija que quedaba entre la puerta y las jambas, por donde oía hablar a los dos hombres de su futuro.

... sueltos, sin cadenas, por primera vez. Creo que será un gran espectáculo. Acudiré Roma en pleno. No todos los gladiadores serán esclavos forzados... algunos son libertos que acuden atraídos por los áureos. Según las murmuraciones, Renio estará presente.

—¡Renio..., tiene que ser un viejo ya! Luchaba cuando yo era joven —musitó Julio, incrédulo.

—Es posible que necesite dinero. Algunos hombres viven con más opulencia de la que pueden permitirse, ya sabes lo que quiero decir. La fama le permitiría contraer deudas mayores, pero al final, todo hay que pagarlo.

—No sería mala idea contratarlo para adiestrar a Cayo... creo recordar que tuvo algunos pupilos, aunque fue hace tanto tiempo... No puedo creer que vuelva a luchar. En ese caso, compra cuatro entradas; la cuestión ha despertado mi interés. A los chicos les gustará ir a la ciudad.

—Bien... pero esperemos a que los leones magullen un poco al viejo Renio, antes de ofrecerle el empleo. Será barato, si sangra un poco.

—Y más barato aún si muere. No me gustaría verlo morir. Cuando yo era joven, era imparable. Lo vi luchar en demostraciones contra cuatro y cinco hombres. En una ocasión, incluso peleó con los ojos vendados contra dos hombres. Los liquidó en dos golpes.

—Yo le vi prepararse para esas competiciones. La venda que usaba permitía suficiente paso de luz como para distinguir las siluetas. Eso era todo lo que precisaba. Al final, sus contrincantes pensaban que era ciego.

—Lleva una bolsa generosa para contratar adiestradores. En el circo los encontraremos, pero quiero que tú los supervises, por los músculos y el honor.

—Confía en mí, señor, como siempre. Esta noche mandaré un mensajero a buscar las entradas por cuenta de la casa. Si no dispones nada más...

—Sólo agradecértelo. Sé que mantienes este lugar a flote con gran habilidad. Mientras mis colegas del senado se preocupan por la erosión de su patrimonio, yo me permito sonreír serenamente ante sus preocupaciones. —Se puso en pie y se dieron la mano con el apretón de muñecas que todos los legionarios aprendían. A Tubruk le gustó que la mano aún tuviera fuerza. Al viejo toro todavía le quedaban unos cuantos años.

Cayo se escabulló y fue corriendo a los establos a buscar a Marco, pero se detuvo al cabo de unos pasos y se apoyó contra la fría pared blanca. ¿Y si todavía estaba enfadado? No, seguramente, la perspectiva de ir al circo... ¡con leones sueltos, sin cadenas, nada menos! Seguro que eso bastaría para enjugar su pena. Con entusiasmo renovado y el sol dándole en la espalda, corrió cuesta abajo en dirección a los edificios anexos de teca y yeso que albergaban a la caballería y a los bueyes de la finca. Oyó la voz de su madre a lo lejos, que lo llamaba, pero hizo caso omiso, como

si se tratara del grito estremecido de un ave. Era un sonido que resbalaba por su cuerpo y pasaba sin afectarle.

Los niños encontraron el cadáver del cuervo cerca del lugar donde lo habían encontrado la vez anterior, junto a la parte del bosque que lindaba con sus tierras. Yacía sobre la hojarasca húmeda, tieso y oscuro; fue Marco quien lo vio en primer lugar y el hallazgo le hizo olvidar la tristeza y la rabia.

—*Zeus* —musitó—. Tubruk dijo que estaba enfermo. —Se acuclilló junto al sendero y acarició con la mano el plumaje, lustroso todavía. Cayo se agachó a su lado. Los dos chicos notaron el frescor del bosque al mismo tiempo y Cayo se estremeció ligeramente.

—No olvides que los cuervos son de mal agüero —murmuró.

—*Zeus* no. Sólo andaba buscando un sitio donde morir.

Impulsivamente, Marco recogió el cuerpo de nuevo y lo sostuvo en las manos como la primera vez. El contraste entristeció a los dos chicos. Ya no había lucha por la vida y la cabeza caía inerte, sujeta sólo por la piel. Tenía el pico abierto y los ojos no eran más que dos pozos marchitos y huecos. Marco siguió acariciando las plumas con un dedo.

—Tendríamos que hacerle una pira... darle un funeral honorable —dijo Cayo—. Puedo volver corriendo a las cocinas y traer aceite de lámparas. Le construiremos una pira y la regaremos con el aceite. Será una despedida honrosa.

Marco asintió y colocó a *Zeus* cuidadosamente en el suelo.

—Era un luchador. Merece algo más que pudrirse ahí poco a poco. Por aquí hay mucha leña seca. Yo me quedo y empiezo a construir la pira.

—Me daré tanta prisa como pueda —contestó Cayo echando a correr—. Piensa en alguna oración.

Partió a toda velocidad hacia los edificios de la casa y Marco se quedó solo con el pájaro. Sentía una solemnidad extraña, como si estuviera oficiando una ceremonia religiosa. Con pausa y esmero, fue reuniendo palos secos y colocándolos en forma de cubo, empezando con ramas gruesas, secas de hacía tiempo, y poniendo encima hojarasca y palos más finos. Le parecía correcto no apresurarse.

Cuando Cayo volvió, el bosque estaba tan silencioso como siempre. También él avanzaba lentamente, protegiendo la pequeña llama del pringoso cabo allí donde sobresalía del candil de la cocina. Encontró a Marco sentado en el sendero seco, junto al cuerpo azabache de *Zeus* depositado sobre la ordenada pila de leña seca.

—Hay que mantener la llama encendida mientras se echa el aceite, para que prenda enseguida. Será mejor que digamos ya las oraciones.

A medida que la tarde se oscurecía, parecía que la llama amarilla iluminara con más fuerza los rostros que rodeaban el cadáver.

—Júpiter, dios de los dioses, permite a este ser seguir volando por el más allá. Fue un luchador y murió en libertad —dijo Marco, con voz segura y grave.

Cayo se preparó para derramar el aceite. Sujetó el cabo limpiamente evitando tocar la llamita y vertió el combustible sobre el ave y las ramas. Después, acercó la llama a la pira.

Durante unos largos momentos, no sucedió nada más que un siseo desvaído, pero de pronto, una llama brotó y ardió con luz mortecina. Los chicos se levantaron y dejaron el candil en el camino. Observaron con interés cómo prendían las plumas despidiendo un hedor espantoso. El fuego envolvió al cadáver y la grasa humeaba y estallaba en el fuego. Aguardaron pacientemente.

—Después, podríamos recoger las cenizas y enterrarlas, o esparcirlas por el camino o en el río —susurró Cayo. Marco asintió en silencio.

Para que el fuego no decayera, Cayo vertió el aceite que quedaba en el candil y la pequeña luz se apagó. Botaron las llamas de nuevo, casi todas las plumas habían ardido, excepto las que rodeaban la cabeza y el cuello, que permanecían obstinadamente incólumes.

Por fin, los últimos restos de aceite se consumieron y el fuego quedó reducido a unas ascuas brillantes.

—Me parece que lo hemos asado —musitó Cayo—. No ha habido suficiente fuego.

Marco tomó un palo largo y removió el cuerpo, cubierto por cenizas de leña pero con forma reconocible de cuervo, todavía. El palo empujó el cuerpo fuera de las brasas y Marco pasó unos momentos intentando devolverlo a su sitio, pero no lo consiguió.

—Es inútil. En esto no hay dignidad de ninguna clase —dijo con rabia.

—Mira, hemos hecho cuanto hemos podido. Tapémoslo con hojas.

Los chicos reunieron puñados de hojarasca y el cuervo quemado no tardó en quedar oculto a la vista. Volvieron a casa en silencio, pero el ánimo reverente había desaparecido.



## IV

Cornelio Sila, una joven promesa de las filas de la sociedad romana, era el promotor del circo. El rey de Mauritania había sido anfitrión del joven senador cuando éste comandaba la legión Segunda Alaudae en África. Para complacerlo, el rey Bocchus mandó cien leones y veinte de sus mejores lanceros a la capital. Con ese núcleo de partida, Sila pudo organizar un programa de cinco días de pruebas y emocionantes exhibiciones.

Iba a ser el mayor circo habido en Roma hasta el momento, y su éxito serviría para asegurar la fama y la posición de Cornelio Sila. Incluso se elevaron peticiones en el senado relativas a la instalación de una estructura permanente para la celebración de los juegos. Los bancos de madera, que se atornillaban y se enganchaban unos a otros con ocasión de grandes acontecimientos, resultaban inadecuados y verdaderamente insuficientes para la cantidad de público que quería ver a los leones de la misteriosa África. Se presentaron proyectos para un enorme anfiteatro circular donde pudiera contenerse agua a fin de poner en escena batallas navales, pero el coste era inmenso y los tribunos de la plebe vetaron los proyectos sistemáticamente.

Cayo y Marco apuraban el paso detrás de los dos adultos. Debido a la falta de salud de la madre de Cayo, rara vez se permitía a los chicos acudir al centro de la ciudad, pues la mujer se inquietaba sobremanera pensando en lo que podría suceder a su hijo en esas perversas calles. El bullicio de la multitud era como aire fresco para ellos, y los ojos se les encendían de interés.

La mayor parte de los senadores se trasladaba al lugar de los juegos en carruajes empujados o tirados por esclavos y caballos. El padre de Cayo tachó de ridículos tales alardes y prefirió acudir andando entre el gentío. Dicho esto, la imponente estatura de Tubruk, que caminaba a su lado completamente armado, les evitaba los empujones más duros de la plebe.

La gran afluencia de gente había convertido el barro de las estrechas calles en un caldo maloliente y, al cabo de unos momentos, tenían las piernas salpicadas de suciedad casi hasta las rodillas, y las sandalias completamente embarradas. Todas las tiendas por las que pasaban rebosaban de clientes, siempre había un gentío delante de ellos y una multitud empujando por detrás. De vez en cuando, el tránsito de carretas de vendedores que recorrían la ciudad con sus productos bloqueaba la vía principal, y entonces el padre de Cayo se desviaba por las calles laterales, donde la presencia de pobres y mendigos, ciegos o tullidos sentados en los portales pidiendo caridad era abrumadora. Los edificios de piedra se elevaban en el aire hasta alturas de cinco o seis pisos y, en una ocasión, Tubruk tuvo que apartar a Marco súbitamente cuando alguien arrojó una bacinilla de inmundicias a la calle desde una ventana abierta.

El padre de Cayo avanzaba con gesto adusto pero sin detenerse, guiándose por su

sentido de la orientación y conduciéndolos a todos por el laberinto de callejuelas hacia las calles principales otra vez, que llevaban al circo. El ruido de la ciudad se intensificaba a medida que se acercaban, las voces de los vendedores de comida caliente competían con el martilleo de los artesanos del cobre y el griterío y la algarabía de los mocosos que las madres cargaban en la cadera.

En todas las esquinas había malabaristas y hechiceros, cómicos y encantadores de serpientes que actuaban por las monedas que les arrojaban. Aquel día, los beneficios eran escasos, a pesar del numeroso gentío. ¿Para qué derrochar el dinero en cosas que podían verse todos los días, habiendo función en el anfiteatro?

—No os separéis de nosotros —dijo Tubruk a los chicos, que se distraían con los colores, los olores y el bullicio. Se rió al verlos con la boca abierta de asombro—. Me acuerdo de la primera vez que vi el circo... el Vespia, cuando me disponía a librar mi primer combate, desentrenado y lento como era. Un esclavo con una espada, simplemente.

—Pero venciste —replicó Julio con una sonrisa, sin dejar de caminar.

—Me traicionó el estómago, así que estaba de un humor terrible. —Ambos se rieron.

—No me gustaría enfrentarme a un león —prosiguió Tubruk—. Vi a un par de ellos sueltos en África. Se mueven como caballos a la carga, cuando quieren, pero caballos con colmillos y zarpas como clavos de hierro.

—Tienen cien ejemplares, y dos espectáculos al día durante cinco días, por lo tanto, supongo que veremos a diez de ellos contra una selección de luchadores. Siento mucha curiosidad por ver a los lanceros negros en acción. Será interesante comprobar si están a la altura de las jabalinas de nuestras legiones, en lo que a puntería se refiere.

Pasaron bajo el arco de la entrada y se detuvieron ante una serie de bañeras de madera llenas de agua. Por una moneda pequeña, les limpiaron el barro de las sandalias y las piernas. Fue agradable sentirse limpio otra vez. Con ayuda de un acomodador, encontraron los asientos que un esclavo de la casa les había reservado, quien se había trasladado la víspera para esperarlos allí. Una vez acomodados, el esclavo se levantó e inició de nuevo el recorrido que le separaba de la casa. Tubruk le entregó otra moneda para que se comprara comida en el camino y el hombre sonrió animadamente, contento de haberse librado por una vez de la tarea deslomadora de los campos.

Los asientos de alrededor estaban ocupados por familias patricias y sus esclavos. Aunque el senado sólo contaba con trescientos representantes, debían de haberse congregado unas mil personas más. Los legisladores romanos se habían tomado el día libre para asistir a los primeros encuentros, que durarían cinco días. En el gran foso, la arena estaba lisa y rastrillada y en el graderío de madera se agolpaban trece mil romanos de toda la escala social. El calor de la mañana se intensificaba por

momentos y el aire adquiriría una densidad incómoda que el público pasaba por alto.

—¿Dónde están los luchadores, padre? —preguntó Cayo, sin dejar de buscar indicios de leones y jaulas.

—Están en aquel cobertizo de allí. ¿Ves dónde están las verjas? Pues allí.

Desplegó el programa que había comprado a un esclavo en la entrada.

—El organizador de los juegos nos dará la bienvenida y probablemente agradecerá la iniciativa de Cornelio Sila. Todos aclamaremos a Sila por su inteligencia, que ha hecho posible semejante espectáculo. Después, habrá cuatro combates de gladiadores, sólo a primera sangre. A continuación, uno a muerte. Renio hará una exhibición y, más tarde, los leones camparán «por los paisajes de su África natal», que no sé que quiere decir exactamente. Creo que será un espectáculo impresionante.

—¿Has visto un león alguna vez?

—Una, en el circo. Pero nunca me he enfrentado a ninguno. Tubruk dice que son terribles en combate.

Se hizo el silencio en el anfiteatro cuando se abrió la verja y entró un hombre con una toga tan blanca que casi relumbraba.

—Parece un dios —musitó Marco.

Tubruk se inclinó hacia el muchacho.

—Recuerda que blanquean el paño con orina humana. Alguna enseñanza se desprenderá de ahí.

Marco miró sorprendido a Tubruk un momento preguntándose si no sería una broma. Pero enseguida se olvidó de todo, atraído por las palabras de un hombre que hablaba desde el centro de la arena. Sabía proyectar la voz, y el cuenco que describía el anfiteatro funcionaba como un amplificador perfecto. No obstante, una parte del anuncio se perdió entre ruido de pies que se arrastraban, cuchicheos de gente y susurros de quienes reclamaban silencio.

... recibamos como se merece... fieras africanas... ¡Cornelio Sila!

Las últimas palabras fueron pronunciadas en voz más alta y arrancaron al público las aclamaciones de rigor, aunque más entusiastas de lo que Julio y Tubruk se esperaban. Cayo oyó las palabras del viejo gladiador al inclinarse un poco más hacia su padre.

—Creo que habrá que tener cuidado con ese hombre.

—O cuidarse de él —replicó su padre con una mirada significativa.

Cayo se esforzó por ver al hombre que se levantaba de su asiento y saludaba con una inclinación de cabeza. También llevaba una toga sencilla con remate bordado de oro. Se encontraba suficientemente cerca como para apreciar que en verdad parecía un dios. Su rostro tenía el sello de la fortaleza, era hermoso y con la tez dorada. Saludó y volvió a sentarse, sonriendo, complacido por el júbilo de las masas.

El público se sentó de nuevo en espera del espectáculo principal, y las conversaciones se reanudaron por todas partes. Se hablaba de política y economía. Los patricios repasaban y daban vueltas a los casos que se discutían en los tribunales. Eran depositarios del máximo poder de Roma y, por tanto, del mundo y, aunque los tribunos de la plebe, con su derecho de veto, les habían recortado la autoridad, seguían detentando el poder de vida y muerte sobre la mayor parte de los ciudadanos de Roma.

La primera pareja de luchadores entró ataviada con túnicas azules y negras. Ninguno de los contrincantes iba excesivamente armado, puesto que se trataba de una demostración de velocidad y pericia, y no de crueldad. En esa clase de torneos morían algunos hombres, pero no era lo habitual. Tras saludar al organizador y al promotor de los juegos, comenzaron a moverse blandiendo firmemente espadas cortas y haciendo bailar los escudos a un ritmo hipnótico.

—¿Quién va a ganar, Tubruk? —inquirió súbitamente el padre de Cayo.

—El de menor estatura, el de azul. Tiene un juego de pies excelente.

Julio llamó a uno de los corredores de apuestas del circo y le dio un áureo de oro, a cambio recibió una pequeña ficha azul. En menos de nada, el luchador de menor estatura esquivó lateralmente un ataque demasiado largo, al mismo tiempo clavó levemente la hoja a su oponente en el estómago. La sangre brotó como una copa que se desborda y el público estalló en aclamaciones y maldiciones por igual. Julio había ganado dos áureos en la apuesta y se embolsó el beneficio animadamente. En cada uno de los combates que siguieron, preguntó a Tubruk quién iba a ganar en el momento en que iniciaban las primeras fintas y movimientos. Naturalmente, las apuestas bajaban una vez comenzado el combate, pero ese día la vista de Tubruk fue infalible. En el cuarto encuentro, todos los espectadores vecinos estiraban el cuello para oír el vaticinio de Tubruk y luego llamaban a gritos a los esclavos de las apuestas para entregarles dinero.

Tubruk se divertía.

—El próximo es a muerte. Las apuestas están a favor del luchador corinto, Alexandros. Jamás han podido con él, pero su contrincante, procedente del sur de Italia, también es temible y jamás ha sido herido a primera sangre. En este momento, no puedo escoger entre ambos.

—Dímelo tan pronto como lo sepas. Tengo diez áureos preparados para el corredor..., todas las ganancias más las apuestas iniciales. Hoy tienes la visión perfecta.

Julio llamó al esclavo de la apuestas y le dijo que permaneciera cerca de ellos. Ninguno de los vecinos quiso apostar tampoco, sabían que la suerte estaba en juego y preferían esperar la señal de Tubruk. Todos lo observaban, algunos conteniendo la respiración, listos para la primera señal. Cayo y Marco miraban a la multitud.

—Estos romanos son una pandilla de codiciosos —musitó Cayo, y los dos sonrieron.

La verja se abrió de nuevo y dio paso a Alexandros y a Enzo. Enzo, el romano, llevaba la malla habitual que cubría el brazo derecho desde la mano hasta el cuello y un casco de bronce, además de la coraza de oscuras placas de hierro. En la mano izquierda tenía un escudo rojo. El resto del vestuario consistía en un taparrabos y unas vendas de tela alrededor de los pies y los tobillos. Era de constitución fuerte y tenía pocas cicatrices, aunque una línea hundida le señalaba el antebrazo izquierdo desde la muñeca hasta el codo. Se inclinó ante Cornelio Sila, y fue el primero en saludar a la multitud, antes que el extranjero.

Alexandros avanzó hacia el centro del anfiteatro con agilidad, equilibrio y seguridad. Iba ataviado de idéntica forma que su adversario, salvo por el color del escudo, que era azul.

—No es fácil distinguirlos —dijo Cayo—. Por las armas, podrían ser hermanos.

—Sólo que no tienen la misma sangre —replicó su padre con un bufido—. El griego no es como el romano. Él cree en otros dioses, y son falsos. Creen en cosas que ningún romano decente defendería jamás. —Habló sin volver la cabeza, pendiente de los dos hombres del coso.

—Pero ¿apostarías por un hombre así? —prosiguió Cayo.

—Sí, en caso de que Tubruk piense que va a ganar —fue la respuesta, acompañada de una sonrisa.

El concurso empezaría cuando sonara un cuerno de carnero que se encontraba en un soporte de cobre en la primera fila de asientos; un hombre de baja estatura esperaba una señal para llevárselo a la boca. Los gladiadores se acercaron el uno al otro y el sonido del cuerno resonó por toda la arena.

Antes de que Cayo supiera si el sonido se había apagado o no, la multitud empezó a aullar y los contrincantes comenzaron su intercambio de golpes. Durante los primeros momentos de contraataque tras ataque certero, alguna herida, alguna caricia de filo de acero se hizo súbitamente resbaladiza con el primer brillo de sangre.

—¿Tubruk? —oyó decir a su padre. Las gradas de alrededor no sabían si seguir la fantástica demostración de fiereza o apuntarse a las apuestas.

Tubruk frunció el ceño con la barbilla hundida en el puño.

—Todavía no. No lo sé. Están muy igualados.

Los dos hombres se separaron un momento, incapaces de mantener el ritmo del primer momento. Ambos sangraban y tenían salpicaduras de polvo pegadas a la piel con el sudor.

Alexandros cargó con el escudo azul por debajo de la guardia de su oponente y le hizo perder el ritmo y el equilibrio. El brazo de la espada subió y atacó buscando hacer diana en un blanco alto. Enzo reculó indignamente para zafarse del golpe y, al

hacerlo, el escudo se le cayó al suelo. La multitud, avergonzada de su representante, lo abucheó. El luchador se incorporó y atacó de nuevo, aguijoneado quizá por los comentarios de sus paisanos.

—¿Tubruk? —dijo Julio tocándole el brazo. El combate podía terminar en unos instantes y, si se detectaba una ventaja palpable a favor de algún contrincante, las apuestas se cerrarían.

—Todavía no. Todavía... no... —Tubruk era un auténtico estudio de concentración.

En el coso, la zona de alrededor de los luchadores tenía salpicaduras oscuras de la sangre derramada. Ambos se desplazaron hacia la izquierda, después hacia la derecha y luego se precipitaron cortando y rebanando, desviando y parando, golpeando y tratando de hacerse tropezar el uno al otro. Alexandros detuvo la espada del romano con el escudo. El arma quedó parcialmente destrozada con la fuerza del golpe y la hoja se hundió en el metal más blando del rectángulo azul. El escudo fue arrojado a la arena, como el otro, y los contrincantes se enfrentaron de costado, moviéndose como cangrejos, buscando la protección de los respectivos guardabrazos. Las espadas estaban melladas y despuntadas, y el esfuerzo bajo el implacable calor romano comenzaba a hacer estragos.

—Apuéstalo todo por el griego, rápido —dijo Tubruk. El esclavo de las apuestas pidió la aprobación de su dueño, que se encontraba a su espalda. Se estableció el porcentaje en un susurro y las apuestas continuaron entre gran parte del público, que también quería llevarse su tajada.

—Cinco a uno por Alexandros... habría sido más sustancioso si nos hubiéramos decidido antes —comentó Julio en voz baja, sin dejar de mirar a los luchadores. Tubruk no dijo nada.

Uno de los gladiadores entró a fondo y se recuperó tan velozmente que el otro no pudo evitarlo. La espada cargó desde atrás contra su costado e hizo brotar un chorro de sangre. La respuesta fue de una inmediatez feroz y penetró en uno de los músculos principales de la pierna. Una pierna se combó y, cuando el hombre caía, el oponente le castigó en el cuello una y otra vez, cebándose incluso cuando ya era cadáver. Luego quedó tumbado en un charco de sangre, que la sedienta arena iba absorbiendo, y su pecho se agitaba todavía de dolor y esfuerzo.

—¿Quién ha ganado? —preguntó Cayo con gran impaciencia. La mitad del público se preguntaba lo mismo. Sin los escudos, no estaba claro, y un murmullo se elevó de las gradas repitiendo sin cesar la misma pregunta. ¿Quién había ganado?

—Creo que ha muerto el griego —dijo el esclavo de las apuestas. Su amo pensaba que era el romano, pero nadie lo sabría con certeza hasta que el vencedor se levantara y se retirase el casco.

—¿Qué pasa si mueren los dos? —preguntó Marco.

—Que se pierden todas las jugadas —replicó el propietario y financiero del esclavo de las apuestas. Seguramente, también él tendría mucho dinero pendiente del resultado; lo cierto es que parecía tan tenso como los demás.

El gladiador superviviente permaneció tumbado un largo rato, exhausto, desangrándose. La multitud gritaba cada vez más pidiéndole que se levantara y se quitara el casco. Lentamente, con claro sufrimiento, agarró su espada y se incorporó apoyándose en ella. De pie, se tambaleó ligeramente y se agachó de nuevo a coger un puñado de arena; se frotó la herida con ella y contempló cómo caía otra vez al suelo en blandos grumos rojos. Tenía las manos empapadas de sangre cuando las levantó para quitarse el casco.

Alexandros el griego, en pie, sonrió, pálido por la pérdida de sangre. La multitud insultó al hombre que se tambaleaba y arrojó monedas que brillaban al sol, pero no para recompensarlo, sino con intención de hacerle daño. Entre maldiciones, comenzó el intercambio de monedas en todo el anfiteatro y nadie prestó más atención al gladiador, que cayó de rodillas de nuevo y tuvo que recibir la asistencia de unos esclavos para abandonar el coso.

Tubruk se quedó mirándolo con una expresión inescrutable.

—¿Merece la pena proponerle el adiestramiento? —preguntó Julio mientras se embolsaba las ganancias con gran satisfacción.

—No..., no durará ni una semana, creo. De todos modos, su técnica tiene poca escuela, es pura velocidad y reflejos.

—Para ser griego —terció Marco, queriendo participar.

—Sí, buenos reflejos, para ser griego —replicó Tubruk pensando en otra cosa.

Mientras limpiaban la arena con rastrillos, el público seguía con sus negocios, aunque Cayo y Marco vieron a uno o dos espectadores imitando los ataques de los gladiadores con gritos y gemidos burlones de dolor. También se fijaron en que Julio daba unas palmadas a Tubruk en el brazo para llamarle la atención sobre un par de hombres que se acercaban entre las filas. Parecían un tanto fuera de lugar, en el circo, con sus togas de lana basta y sin adornos de joyería de metal.

Julio y Tubruk se pusieron de pie y los chicos los imitaron. El padre de Cayo tendió la mano para saludar al primero que se les acercó, el hombre inclinó la cabeza levemente al entrar las manos en contacto.

—Saludos, amigos míos. Sentaos, por favor. Estos son mi hijo y un muchacho que tengo bajo mi custodia. Seguro que pueden ir en un momento a buscar algo de comer.

Tubruk les dio una moneda, el mensaje estaba claro. De mala gana, se alejaron por entre las filas de asientos y se colocaron en la cola del puesto de comida. Miraron a los cuatro hombres, cuyas cabezas inclinadas se unían en conciliábulo, aunque sus

palabras se perdían entre la multitud.

Poco después, mientras Marco compraba naranjas, Cayo vio que los dos desconocidos daban las gracias a su padre y le tendían la mano de nuevo. Después, se dirigieron por turno a Tubruk, quien les puso unas monedas en la mano al despedirse.

Marco compró una naranja para cada uno y, cuando volvieron a su sitio, las repartió.

—¿Quiénes eran esos hombres, padre? —preguntó intrigado.

—Clientes míos. Hay algunos hombres en la ciudad que me deben lealtad —contestó Julio, pelando la naranja limpiamente.

—Pero ¿qué hacen? No les había visto nunca.

Julio se volvió hacia su hijo al percibir su interés y sonrió.

—Son hombres útiles. Votan a candidatos que reciben mi apoyo o me defienden en terrenos peligrosos. Llevan mensajes cuando se lo pido y... mil cosas más. A cambio, cada uno recibe seis denarios cada día. —Marco soltó un silbido de admiración.

—Pues al final será una fortuna —comentó.

Julio prestó atención a Marco, que bajó la mirada y empezó a jugar con la piel de la naranja.

—Es dinero bien empleado. En esta ciudad, resulta útil disponer de hombres a los que poder llamar en caso de emergencia para cualquier cometido repentino. Algunos miembros ricos del senado tienen hasta cien clientes. Forma parte de nuestro sistema.

—¿Y esos clientes tuyos son de confianza? —terció Cayo.

—Sólo la confianza que merezcan seis denarios al día —contestó Julio con un gruñido.

Renio apareció sin ser anunciado. El público charlaba y el redondel de arena sucia seguía vacío cuando, de repente, se abrió una portezuela por la que salió un hombre. Al principio nadie se dio cuenta, pero la gente no tardó en empezar a señalarle y a ponerse de pie.

—¿Por qué vitorean tanto? —preguntó Marco entrecerrando los ojos para ver mejor la figura solitaria que apareció bajo el sol.

—Porque ha vuelto otra vez. Ahora podréis decir que habéis visto luchar a Renio, cuando tengáis hijos —contestó Tubruk con una sonrisa.

Alrededor de ellos, todo el mundo parecía muy animado por el espectáculo. Un grito unánime comenzó a elevarse y a tomar fuerza: «Renio..., Renio». —El griterío ahogó todo el trasiego de pasos y el recrujir de ropa. Lo único que se oía en esos momentos era el nombre del viejo luchador.

El hombre saludó levantando la espada. A pesar de la distancia, se veía que la edad todavía no le había afectado irreversiblemente.

—Tiene buen aspecto, para sus sesenta años. De todos modos, redondea por el



vientre. Fíjate en la anchura del cinturón —musitó Tubruk como para sí—. Te has abandonado un poco, viejo necio.

Mientras el viejo luchador recibía el homenaje del público, una fila de esclavos entró en el redondel. Llevaban un taparrabos que les permitía libertad de movimientos y un *gladius* corto, nada más, ni armadura ni escudo. La multitud romana guardó silencio mientras los hombres se situaban formando un rombo alrededor de Renio. Tras un momento de silencio total, se abrió el recinto de las fieras.

Se oyeron unos rugidos breves y cortantes antes de que la jaula fuera arrastrada a la arena. El público murmuraba con impaciencia. Tres leones se paseaban encerrados en una jaula que unos esclavos sudorosos sacaron al exterior. Resultaba indecente presentar de ese modo a semejantes ejemplares de espalda enorme y musculosa, cabeza y mandíbula impresionantes y cuerpo que iba estrechándose como a destiempo hasta los cuartos traseros. Eran verdaderas máquinas de aplastar vidas entre sus potentes fauces. Lanzaban zarpazos al aire, enfurecidos sin objeto, mientras la jaula chirriaba, hasta que por fin se detuvo.

Los esclavos levantaron en alto unos martillos para desencajar las estaquillas de madera de la parte delantera de la jaula. La multitud se pasó la lengua por los labios resecos. Golpearon los martillos y la reja de acero cayó a la arena con un ruido que resonó claramente en el silencio. Uno a uno, los grandes felinos salieron de la jaula a pasos tan veloces y resueltos que daban miedo.

El de mayor tamaño rugió desafiante al grupo de hombres que lo miraba desde el lado opuesto de la arena. Como no se movían, el león empezó a pasearse fuera de la jaula de un lado a otro, sin perderlos de vista. Sus compañeros rugían y describían círculos y la gran fiera se sentó sobre los cuartos traseros.

Sin una señal, sin previo aviso, echó a correr hacia los hombres, que recularon apreciablemente. La muerte se les acercaba.

Se oyó la voz de Renio gritando órdenes. Un lado del rombo compuesto por tres hombres se preparó para la carga con las espadas en ristre. En el último momento, el león despegó del suelo con un salto rápido y derrumbó a dos esclavos golpeando a cada uno en el pecho con una zarpa. Ninguno de los dos se movió, tenían el pecho reducido a esquirlas y puntas de hueso. El tercero de ellos descargó un golpe en la abundante melena sin causar graves daños. Las fauces se cerraron de golpe sobre su brazo como una serpiente al ataque. El hombre gritó y siguió gritando mientras se alejaba tambaleándose, sujetándose los palpitantes restos de una mano con la otra. Una espada arañó al león en un costado a la altura del costillar y otra le cortó un corvejón, de forma que le fallaron los cuartos traseros súbitamente. La fiera se enfureció y comenzó a morderse a sí mismo en ardiente confusión. Renio aulló una orden y los demás retrocedieron para que él lo rematara.

En el momento en que asestó el golpe fatal, los otros dos ejemplares atacaron.

Uno atrapó por la cabeza al herido que se había apartado. Todo concluyó con un rápido crujido de fauces. Ese león no se movió del lado del cadáver e, hincando los dientes en el blando abdomen de su presa, empezó a comer sin prestar atención al resto de los esclavos. Murió enseguida, asaeteado por tres espadas en la boca y en el pecho.

Renio se enfrentó al tercer león, que cargó por la izquierda. El esclavo que le servía de escudo cayó bajo la embestida y el felino saltó por encima de Renio chasqueando las tremendas fauces con toda su rabia. Lanzaba zarpazos y sus enormes garras negras sobresalían como puntas de lanza, buscando una presa que sujetar y desgarrar. Renio recuperó el equilibrio y atacó al pecho. Abrió una herida por la que brotó un chorro de sangre oscura y pegajosa, pero la hoja resbaló en el esternón de la fiera, Renio recibió un zarpazo en un hombro y sólo la suerte quiso que las fauces se cerrasen en el aire que él acababa de dejar libre. Rodó por el suelo y se levantó en buenas condiciones, con la espada todavía en la mano. Cuando la fiera se detuvo y se dispuso a atacarlo de nuevo, ya estaba preparado y le clavó la espada por la axila hasta el desbocado corazón. En un instante, el animal perdió toda la fuerza, como si el acero hubiera sajado un divieso. Se quedó inmóvil en la arena, desangrándose, consciente todavía, resollando pero digno de lástima. Un débil gruñido salió de las profundidades del pecho ensangrentado cuando Renio se aproximó desenvainando una daga del cinturón. Un reguero de saliva roja empezó a caer en la arena, al tiempo que los destrozados pulmones se esforzaban por llenarse de aire.

Renio habló al animal quedamente, sus palabras no se oyeron en las gradas. Colocó una mano sobre la melena del león y le dio unas palmadas con actitud ausente, como si fuera su perro predilecto. Entonces, le hundió la hoja en la garganta y todo terminó.

Se habría dicho que la multitud respiraba por primera vez después de un largo rato, y luego rompió a reír tras el fin de la tensión. En la arena yacían cuatro hombres, pero Renio, el viejo guerrero, seguía en pie, aunque parecía agotado. Empezaron a aclamarle, pero él hizo una rápida inclinación, abandonó el redondel y entró a grandes pasos por las sombras de la puerta en dirección a la oscuridad.

—Vete enseguida, Tubruk. Ya sabes el precio máximo que estoy dispuesto a pagar. Un año, fíjate bien... un año entero de servicios.

Tubruk desapareció entre la multitud y los chicos se quedaron allí, obligados a dar conversación a su padre. Sin embargo, sin Tubruk como catalizador, la conversación no tardó en decaer. Julio quería a su hijo, pero nunca le había gustado charlar con los jóvenes. Cotorreaban y no tenían noción del decoro y la contención.

—Será un maestro inflexible si la fama le hace justicia. Hubo un tiempo en que no tenía rival en el Imperio, pero Tubruk cuenta las anécdotas mejor que yo.

Los chicos asintieron con entusiasmo y resolvieron pedir a Tubruk que les contara

cosas en cuanto se les presentara la ocasión.

Los chicos no volvieron a ver a Renio hasta que el otoño empezó a insinuarse en la casa de campo, pero al fin lo vieron desmontar de un caballo castrado en el patio de piedra de los establos. Montar como los generales y los miembros del senado era una prerrogativa de su rango. Los chicos se encontraban en el pajar anexo, habían estado dando saltos desde las balas más altas hasta la paja suelta. Llenos de polvo y paja como estaban no podían presentarse ante él, de modo que observaron al recién llegado desde un rincón. El hombre echó un vistazo alrededor, Tubruk salió a recibirlo y tomó las riendas de su montura.

—Te recibirán en cuanto te refresques del trayecto.

—Han sido menos de nueve millas. No estoy sucio ni sudoroso como un animal. Llévame adentro ahora mismo o me busco el camino yo solo —espetó el viejo soldado frunciendo el ceño.

—Ya veo que no has perdido encanto ni donaire de modales desde que me enseñaste.

Renio no sonrió y, por un segundo, los chicos creyeron que iba a sacudir un bofetón a Tubruk o a contestarle violentamente.

—Ya veo que no has aprendido a tratar a tus mayores con respeto. Esperaba algo mejor.

—Todo el mundo es más joven que tú. Sí, ya sé cómo serían las cosas a tu gusto.

Renio pareció petrificarse un momento; parpadeó despacio.

—¿Quieres que saque la espada?

Tubruk no se movió y Marco y Cayo se fijaron entonces en que también él llevaba su viejo *gladiu* en la vaina.

—Sólo quiero que no olvides que soy responsable de esta finca y que soy libre, como tú. El acuerdo nos beneficia a ambos; aquí nadie hace favores a nadie.

Entonces, Renio sonrió.

—Es cierto. Llévame, pues, ante el amo de la casa. Me gustaría conocer al hombre que da trabajo a tipos tan interesantes.

Mientras se alejaban, Cayo y Marco se miraron con los ojos encendidos de entusiasmo.

—Va a ser un maestro muy duro, pero no tardará en quedarse impresionado al comprobar las dotes que tenemos... —musitó Marco.

—Se dará cuenta de que seremos su última gran obra, antes de caerse muerto —prosiguió Cayo, encantado con la idea.

—Seré el mejor espadachín de la tierra, gracias a que me estiro los brazos todas las noches desde que era un bebé —continuó Marco.

—¡Te llamarán el mono luchador! —añadió Cayo con admiración. Marco le

arrojó un puñado de paja a la cara, se enzarzaron en una feroz pelea fingida y rodaron un momento por el suelo hasta que Cayo terminó encima de Marco y se le sentó pesadamente sobre el pecho.

—Y yo, el espadachín ligeramente superior, pero demasiado modesto como para ponerte en evidencia ante las damas.

Adoptó una postura orgullosa y Marco lo tiró otra vez a la paja. Se sentaron jadeando y soñando un momento más. Después, habló Marco.

—En realidad, tú te harás cargo de estas tierras, como tu padre. Yo no tengo nada y ya sabes que mi madre es una ramera... no, no digas nada. Los dos se lo oímos decir a tu padre. No tengo más herencia que mi nombre, y está mancillado. Sólo me imagino un futuro brillante en el ejército, donde al menos la nobleza de mi origen me permitirá alcanzar una posición elevada. A los dos nos ayudará tener a Renio de maestro, pero sobre todo a mí.

—Siempre serás amigo mío, ya lo sabes. Nada podrá interponerse entre nosotros. —Cayo habló claramente, mirándole a los ojos.

—Juntos encontraremos el camino.

Los dos asintieron y se dieron la mano como sellando el pacto. Cuando se soltaron, la mole familiar de Tubruk apareció metiendo la cabeza en el pajar.

—Id a adecentaros. En cuanto Renio termine con tu padre, querrá echaros un vistazo. —Se levantaron con palpable nerviosismo.

—¿Es cruel? —preguntó Cayo.

—Sí, es cruel —contestó Tubruk sin sonreír—. Es el hombre más severo que he conocido en mi vida. Gana batallas porque el resto de los hombres siente dolor y teme a la muerte y al desmembramiento. Él es más una espada que una persona, y os convertirá en hombres tan curtidos, como él. Es probable que jamás se lo agradezcáis... lo odiaréis, pero lo que os dé os salvará la vida en más de una ocasión.

—¿Tú ya le conocías? —le preguntó Cayo mirándole socarronamente.

Tubruk rompió a reír, una carcajada desabrida como un ladrido.

—Diría que sí. Me adiestré para el circo en mis tiempos de esclavitud. —Sus ojos despidieron un destello al dar media vuelta y desapareció.

Renio estaba plantado con las piernas separadas, cada pie a la altura del hombro correspondiente, con las manos unidas a la espalda. Miraba ceñudamente a Julio, que permanecía sentado.

—No. Si alguien interfiere, abandono en ese mismo momento. Quieres que tu hijo y el cachorro de la ramera se conviertan en soldados. Sé lo que tengo que hacer; es lo que he hecho, de una forma u otra, durante toda mi vida. Unos sólo aprenden cuando el enemigo carga, otros no aprenden jamás; a algunos de éstos los he dejado en tumbas extranjeras poco profundas.

—A Tubruk le gustaría hablar contigo del progreso de los chicos. Normalmente,

su juicio es de primera categoría. Al fin y al cabo, también él fue pupilo tuyo —dijo Julio, tratando de recuperar todavía la iniciativa que creía haber perdido.

Ese hombre era arrollador. Desde el momento en que entró en la estancia, se hizo dueño de la conversación. En vez de sentar las bases de la educación de su hijo, como era su intención, Julio se encontró hablando a la defensiva, respondiendo a preguntas sobre las tierras y las instalaciones para el adiestramiento. En esos momentos, sabía mejor lo que le faltaba que lo que tenía.

—Son muy jóvenes y...

—Si esperan un poco más, ya será tarde. Bien, siempre se puede tomar a un hombre de veinte y convertirlo en un soldado competente, adecuado y endurecido. Sin embargo, a los niños se les puede moldear hasta hacerlos inquebrantables como el metal. Hay quien opinaría que han esperado más de lo debido, que el verdadero adiestramiento debería comenzar a los cinco años. En mi opinión, diez años es la edad idónea para asegurar un desarrollo adecuado de los músculos y la capacidad pulmonar. Más temprano, puede quebrantarles el espíritu, más tarde, ya tienen el espíritu encaminado por la mala senda.

—Estoy de acuerdo hasta cier...

—¿Eres el padre natural del hijo de la ramera? —preguntó Renio secamente pero con calma, como si preguntara por el tiempo.

—¿Cómo? ¡Dioses, no! Yo...

—Bien. Eso habría complicado las cosas. En tal caso, acepto el contrato de un año. Tienes mi palabra. Manda a los chicos que se presenten a inspección en el patio de los establos dentro de un momento. Me vieron llegar, así que supongo que estarán preparados. Vendré a informar trimestralmente, a esta misma sala. Si no puedes asistir, ten la amabilidad de hacérmelo saber. Buenos días.

Dio media vuelta y salió de la estancia. Atrás quedaba Julio, que soltó un bufido con los carrillos hinchados, entre perplejo y satisfecho.

—Podría ser exactamente lo que quería —dijo, y sonrió por primera vez en toda la mañana.

## V

Lo primero que se les dijo fue que iban a dormir muy bien por la noche. Los dejaban en paz ocho horas, desde antes de medianoche hasta la salida del sol. El resto del tiempo, recibían enseñanzas o adiestramiento, comían a toda prisa y robaban breves instantes de descanso.

A Marco se le pasó la emoción el primer día, cuando Renio lo tomó por la barbilla con su correosa mano y lo miró detenidamente.

—Débil de espíritu, como su madre.

En ese momento no añadió nada más, pero a Marco le quemaba la idea humillante de que el soldado cuyo aprecio deseaba ganarse hubiera podido conocer a su madre en la ciudad. Desde el primer momento, el deseo de complacer a Renio se convirtió en su motivo de vergüenza. Sabía que tenía que destacar en el adiestramiento, pero no de una forma que complaciese al maldito viejo.

Era fácil odiar a Renio. Desde el primer momento, llamó a Cayo por su nombre, mientras que para referirse a Marco decía sólo «el chico» o «el chico de la ramera». Cayo comprendía que lo hacía deliberadamente, que utilizaba el odio como herramienta para mejorarlos. Sin embargo, le irritaba irremediamente ver a su amigo humillado una y otra vez.

Un arroyo cruzaba las tierras llevando sus aguas frías hacia el mar. Un mes después de su llegada, se los llevó al agua antes del mediodía. Renio se limitó a señalar una poza oscura.

—Adentro —dijo.

Los chicos se miraron con un encogimiento de hombros. El frío era entumecedor desde los primeros momentos.

—Quedaos ahí hasta que vuelva a buscaros —fue la orden que lanzó Renio por encima del hombro emprendiendo ya el camino de regreso a la casa, donde tomó un desayuno ligero y se bañó antes de dormir toda la tórrida tarde.

A Marco le afectaba el frío mucho más que a su amigo. Al cabo de sólo dos horas, tenía la cara amoratada y era incapaz de hablar a causa del temblor. A medida que la tarde transcurría, se le durmieron las piernas, y los músculos de la cara y el cuello le dolían de tanto soportar los escalofríos. Castañeteando, hablaban de cualquier cosa con tal de borrar el frío del pensamiento. Las sombras se movieron y la conversación cesó. Cayo no estaba en tan malas condiciones como su amigo. Hacía mucho rato que se le habían entumecido los brazos y las piernas, pero todavía respiraba bien, mientras que Marco respiraba a bocanadas cortas y entrecortadas.

La tarde refrescó imperceptiblemente en el exterior, más allá del frío eterno de la zona umbría del rápido curso de agua. Marco descansaba inclinando la cabeza a un lado u otro, con un ojo medio sumergido y parpadeando lentamente, sin ver nada.

Perdía la noción de sí mismo hasta que el agua le cubría la nariz, y entonces escupía y se incorporaba de nuevo. Después, volvía a hundirse, a medida que el dolor aumentaba. Hacía mucho rato que no hablaban. Aquello se había convertido en una batalla particular, pero no del uno contra el otro. Permanecerían allí hasta que los llamaran, hasta que Renio volviera y les ordenara salir.

Mientras el día tocaba a su fin, los dos comprendieron que no podrían salir. Aunque Renio apareciese en ese instante y los felicitara, tendría que sacarlos él mismo, y mojarse y llenarse de barro, si es que los dioses veían algo.

Marco se despertaba, se adormecía y volvía a despertarse con un sobresalto repentino, al darse cuenta de que la corriente se lo había llevado del frío y la oscuridad. Entonces se preguntaba si moriría en el río.

En uno de los momentos de adormecimiento, soñó que notaba calor y oyó el agradable crepitar de un buen fuego de leña. Un anciano removía los leños ardientes con el pie, sonriendo cuando saltaban chispas. Se volvió hacia él, y pareció percatarse de que el chico blanco y perdido lo miraba.

—Acércate al calor, muchacho, no te haré daño.

La cara del hombre tenía las arrugas y la suciedad de años de trabajo y preocupaciones. Estaba cubierto de cicatrices y remiendos como un bolso recosido. Las venas de las manos parecían cuerdas que se movían bajo la piel con los movimientos de los nudillos. Iba vestido de viajero, con ropa remendada y un paño rojo oscuro alrededor de la garganta.

—¿Qué es esto? ¡Un barbo de lodazal! Raro, por estos pagos, pero comestible, según dicen. Si te cortas una pierna, comeremos los dos. Yo te pararé la hemorragia, muchacho, artimañas no me faltan.

Las enormes cejas se erizaron como púas, animadas por la perspectiva. Los ojos brillaron y la boca se abrió enseñando unas encías blandas, húmedas y arrugadas. El hombre se palpó las vestiduras y la sombra imitó sus movimientos, manotazos que palpaban las paredes de color amarillo oscuro iluminadas sólo por las llamas.

—Estate quieto, chico, tengo un cuchillo con filo de sierra para ti... —Una mano como una piedra áspera, súbitamente más ancha de lo que cualquier mano tenía derecho a ser, le atrapó la cara entera.

Notó el aliento caliente de hombre en el oído, un hedor nauseabundo de dientes podridos.

Se despertó atragantado, jadeando secamente. Tenía el estómago vacío y había salido la luna. Cayo seguía a su lado, con el rostro apenas por encima del cristal negro del agua, moviendo la cabeza de la luz a la sombra.

Era suficiente. Si la cuestión era fracasar o morir, fracasaría sin importarle las consecuencias. Tácticamente, era la mejor elección. A veces es mejor retirarse y reunir fuerzas. Eso es lo que el viejo quería que aprendieran. Quería que se dieran por

vencidos y seguramente estaría espiándolos allí cerca, esperando a que aprendieran esa lección tan importante.

Ya no se acordaba del sueño, sólo de la angustia de asfixiarse, pues todavía la notaba. Tenía la sensación de que su cuerpo había perdido la forma propia y estaba simplemente sentado, pesado y calado hasta los huesos debajo de la superficie. Se había convertido en una especie de pez de piel resbaladiza que vivía en el fondo. Se concentró y la boca se le abrió sola, y sorbió agua tan fría como él mismo. Se inclinó hacia delante y levantó un brazo para asirse a una raíz. Era la primera vez en once horas que sacaba del agua una parte del cuerpo. Notó el frío de la muerte sobre sí, pero ningún remordimiento. Ciertamente, Cayo seguía en la poza, pero cada cual tenía su fuerza. Marco no pensaba morir para complacer a un viejo gladiador picado de viruela.

Salió deslizándose palmo a palmo, llenándose de barro la cara y el pecho al arrastrarse hacia la orilla. El estómago hinchado parecía flotar en el agua, como si lo inflara desde dentro. Cuando por fin descargó todo el peso del cuerpo en el duro suelo, tuvo una sensación de placer. Permaneció allí retorciéndose entre arcadas espasmódicas. Un hilo de bilis amarilla le salía por la boca y se mezclaba con el barro negro. La noche estaba serena y Marco tuvo la impresión de que acababa de escapar de la tumba.

Al amanecer, seguía allí, y una sombra tapaba el sol. Era Renio, que miraba con el ceño fruncido, pero no a él, sino al pequeño bulto pálido que permanecía en el agua, con los ojos cerrados y los labios morados. Marco vio el pétreo rostro conmovido por un súbito espasmo de preocupación.

—¡Chico! —dijo secamente la voz que había empezado a odiar—. ¡Cayo! —El cuerpo del agua se bamboleaba en la corriente, pero no respondía. Un músculo de la mandíbula del viejo soldado se tensó y el hombre se metió en la poza hasta los muslos; alargó el brazo, recogió al chiquillo de diez años y se lo cargó al hombro. El chico abrió los ojos con la brusquedad del movimiento, pero no miraba a ninguna parte. Marco se puso de pie cuando el viejo se alejó con su carga en dirección a la casa y lo siguió a paso ligero, a pesar del dolor de los músculos.

Detrás de ellos, Tubruk permaneció entre las sombras de la orilla opuesta, oculto todavía tras el follaje, donde había pasado toda la noche. Miraba con los ojos entrecerrados y una expresión fría como el río.

Se habría dicho que a Renio lo animaba una furia constante. Tras meses de adiestramiento, los chicos no le habían visto sonreír sino para burlarse. Cuando tenía mal día, se frotaba el cuello al dirigirse rudamente a ellos y daba la impresión de que fuera a estallar en cualquier momento. Era peor incluso al sol del mediodía, cuando la piel se le moteaba de irritación por el menor error.



—¡Mantened la piedra firmemente al frente! —ordenó a Marco y a Cayo, que sudaban a pleno sol. El ejercicio de aquella tarde consistía en estar de pie con los brazos estirados al frente, sujetando una piedra del tamaño de un puño en las manos. Al principio fue fácil.

A Cayo le dolían los hombros y notaba la situd en los brazos. Intentó tensar los músculos, pero parecía que no podía controlarlos. Sudando, vio que la piedra descendía un poco y notó una corriente de dolor en el estómago en el momento en que Renio lo fustigó con un látigo corto. Los brazos le temblaron y los músculos se le estremecieron de dolor. Se concentró en la piedra y se mordió los labios.

—No la dejes caer. Sobreponete al dolor. No la dejes caer.

Renio repetía la seca cantinela mientras daba vueltas alrededor de los chicos. Era la cuarta vez que levantaban las piedras, y cada una era peor que la anterior. Apenas les concedía un instante para que los doloridos brazos descansaran, y enseguida volvía a ordenarles que la levantasen.

—Abajo —dijo Renio observando si el descenso era controlado, con el látigo preparado. Marco jadeaba y Renio frunció los labios.

»Llegará el día en que creáis que no podéis soportar más el dolor, pero la vida de los hombres dependerá de ello. Puede que estéis sujetando una cuerda por donde otros escalan, o recorriendo cuarenta millas con todo el equipo a cuestas para rescatar a unos compañeros. ¿Estáis escuchando?

Los chicos asintieron con un gesto, tratando de no jadear de agotamiento, conformes con que hablase en vez de darles la orden de levantar las piedras otra vez.

—He visto a hombres morir andando, caerse en el camino sin dejar de mover las piernas, tratando de levantarse. Fueron enterrados con honor.

»He visto a hombres de mi legión mantener la fila y avanzar en formación sujetándose las tripas con las manos. Fueron enterrados con honor. —Se detuvo a considerar sus palabras frotándose la base del cuello como si le hubiera picado un bicho.

»Habrás momentos en que no desearás hacer nada más que sentaros, rendiros. En que el cuerpo os diga que no puede más y el ánimo se os debilite.

»Es falso. Los salvajes o los animales del campo se derrumban, pero nosotros seguimos adelante.

»¿Creéis que ya no podéis más? ¿Os duelen los brazos? Pues yo os digo que levantaréis esas piedras doce veces más ahora mismo, y que las sostendréis. Y otras doce si las dejáis bajar más de un palmo.

Una joven esclava estaba quitando el polvo de la pared de un lado del patio. En ningún momento miró a los chicos, pero de vez en cuando se sobresaltaba ligeramente, cuando el viejo gladiador daba una orden. Cayo vio que también la joven parecía cansada, pero se había fijado en lo atractiva que estaba con el largo

cabello oscuro y el vestido suelto de esclava. Tenía el rostro delicado, los ojos negros y los labios gruesos pero apretados formando una línea, por la concentración en el trabajo. Creía que se llamaba Alexandria.

Mientras Renio hablaba, la muchacha se agachó a mojar el paño en el cubo y a restregarlo para quitarle la suciedad. Ese movimiento abrió el escote del vestido y Cayo vio la piel aterciopelada de la garganta que descendía hacia las suaves curvas de los senos. Creyó atisbar hasta la piel del estómago y se imaginó los pezones rozándose suavemente contra la tela con los movimientos.

En ese momento, se olvidó de Renio a pesar del dolor de los brazos.

El viejo dejó de hablar y dio media vuelta, para ver qué era lo que distraía a los chicos de la lección. Soltó un bufido al ver a la esclava y, en tres rápidas zancadas, se puso a su lado y la agarró por el brazo tan sañudamente que le arrancó un grito de dolor. Entonces le dijo con voz estentórea:

—¡Estoy enseñado a estos niños una lección que puede salvarles la vida y tú andas enseñándoles las tetas como una puta barata!

La muchacha se encogió ante tanta furia y se alejó cuanto pudo de la muñeca por la que la sujetaba.

—Yo... —titubeó, aturdida, pero Renio soltó un juramento y la agarró por el cabello. Ella se estremeció de dolor y él se la enseñó a los muchachos, así sujeta.

—No me importa que haya mil como ésta detrás de mí. ¡Estoy enseñándoos concentración!

Con un movimiento brutal, le propinó un puntapié en la pierna y la muchacha cayó al suelo. Sin soltarle el cabello, alzó el látigo con la otra mano y la golpeó secamente al ritmo de las palabras.

—No distraigas a estos chicos durante las clases.

La muchacha lloraba cuando Renio la soltó. Avanzó un par de pasos arrastrándose, después se acuclilló y se marchó del patio corriendo y gimiendo.

Marco y Cayo miraban a Renio atónitos, cuando se dirigió a ellos con expresión asesina.

—Cerrad la boca, chicos. Esto nunca ha sido un juego. Cuando me vaya, os habré convertido en hombres duros, aptos para servir a la República. No consiento debilidad de ninguna clase. Ahora, levantad las piedras y sujetadlas hasta que os diga lo contrario.

Una vez más, los chicos levantaron los brazos sin atreverse siquiera a intercambiar una mirada.

Aquella noche, cuando la casa estaba en silencio y Renio se había marchado a la ciudad, Cayo retrasó el momento habitual de caerse dormido para hacer una visita a las habitaciones de los esclavos. Al llegar allí, se sintió culpable y aguzó la vista por

si descubría la sombra de Tubruk, aunque no sabía por qué.

Los esclavos domésticos dormían bajo el mismo techo que la familia, en un ala de habitaciones sencillas. Era un mundo que desconocía y recorrió los pasillos en penumbra con inquietud, preguntándose si debía llamar a las puertas o a la esclava, si es que en realidad se llamaba Alexandria.

La encontró sentada en un poyo, junto a una puerta abierta. Parecía abstraída en sus pensamientos y Cayo se aclaró la garganta discretamente al reconocerla. La muchacha se puso de pie atemorizada y después se quedó inmóvil, mirando al suelo. Su piel, limpia de la suciedad de todo el día, tenía un aspecto aterciopelado y claro a la luz del crepúsculo. Se había recogido el pelo en la nuca con una tira de tela y la escasez de luz le agrandaba los ojos.

—¿Te llamas Alexandria? —le preguntó en voz baja. Ella asintió—. He venido a decirte que siento mucho lo de hoy. Me quedé mirándote cuando hacías tu trabajo y Renio pensó que nos estabas distrayendo.

La muchacha permanecía absolutamente inmóvil, con la mirada baja. El silencio se alargó un momento y Cayo, sin saber cómo continuar, se ruborizó.

—Oye, lo siento. Renio fue cruel.

Ella seguía sin decir nada. Estaba afligida, pero se trataba del hijo de la casa. «Soy esclava —le habría gustado decir—. Cada día trae dolor y humillación. No tienes nada que decirme».

Cayo esperó un poco más y luego se alejó, arrepentido de haber acudido allí.

Alexandria se quedó mirándolo, observando el paso seguro y la fuerza que Renio le estaba transmitiendo. Cuando creciera, sería tan cruel como el viejo gladiador. Era un romano libre, la compasión era producto de la juventud, pero esa juventud se estaba quemando rápidamente en el patio de instrucción. La furia que no había osado mostrar le ardía en la cara. No haberle contestado era una pequeña victoria, pero se felicitó por ella.

Renio acudió a informar de los progresos de los chicos al tercer mes, al sexto y al noveno. La víspera del día acordado, el padre de Cayo volvía de la capital y Tubruk le informaba del estado de las cuentas de la propiedad. Veía a los chicos y pasaba algunos ratos a solas con su hijo. Al día siguiente, recibía a Renio al amanecer y los chicos dormían un poco más, agradecidos del alto en la rutina.

El primer informe fue de una brevedad decepcionante.

—Los dos han dado el primer paso. Los dos tienen cierto temple —dijo Renio secamente.

Tras una larga pausa, Julio comprendió que no iba a escuchar ningún comentario más.

—¿Son obedientes? —preguntó, sin comprender el motivo de tan parca

información. ¿Para eso pagaba tanto oro?

—Por supuesto —replicó Renio con una expresión de desconcierto.

—Y, bien... ¿prometen? —insistió Julio; se negaba a permitir que la conversación tomara los mismos derroteros que la vez anterior, aunque todavía se sentía como si se dirigiera a uno de sus antiguos tutores, en vez de a un empleado.

—Se ha dado el primer paso. Este trabajo no se hace en dos días.

—Nada de valor se consigue en dos días —replicó Julio en voz baja.

Se miraron el uno al otro serenamente un momento y ambos hicieron un gesto de asentimiento. La entrevista había concluido. El viejo guerrero le dio un apretón de manos, un roce breve de piel seca y un apretón rápido y fuerte, y se marchó. Julio se quedó de pie, mirando la puerta que se cerraba tras él.

Tubruk opinaba que los métodos de entrenamiento eran peligrosos y se refirió a un incidente en el que los chicos habrían podido ahogarse en el río sin vigilancia de nadie. Julio se estremeció. Sabía que hablar con Renio de esa preocupación acarrearía la ruptura del contrato. Prevenir los excesos del viejo asesino sería responsabilidad del administrador de la casa.

Con un suspiro, se sentó a pensar en los problemas con los que se enfrentaba en Roma. El aumento de poder de Cornelio Sila continuaba, con la incorporación a Roma de algunas ciudades del sur del país y el subsiguiente alejamiento del control de sus mercaderes. ¿Cómo se llamaba la última? Pompeya, una especie de ciudad de la montaña. Gracias a esos pequeños triunfos, Sila conseguía que la plebe tuviera su nombre siempre presente. Manipulaba a un grupo de senadores por medio de una red de mentiras, sobornos y halagos. Todos eran jóvenes, y al antiguo soldado le producía escalofríos pensar en algunos de ellos. ¿En eso iba a convertirse Roma, y él tendría que presenciarlo?

En vez de tomarse en serio los asuntos del Imperio, parecían vivir únicamente por los placeres sórdidos de la peor especie, rezaban en el templo de Afrodita y se llamaban a sí mismos «nuevos romanos». Había pocas cosas que todavía escandalizaran en los templos del capitolio, pero ese grupo nuevo parecía empeñado en llegar a los límites y romperlos uno a uno. Se había descubierto el asesinato de un tribuno de la plebe, un hombre que se oponía a Sila siempre que le era posible. El hecho no habría sido notable en sí mismo; lo habían encontrado en un estanque, flotando en el agua teñida de rojo, de la sangre perdida por una vena de la pierna abierta con habilidad, una forma de morir que no se salía de lo común. El problema fue que también habían dado muerte a sus hijos, y así el caso adquiría visos de advertencia a los demás. No se hallaron pistas ni testigos. No parecía fácil que pudieran descubrir al asesino, pero antes de que fuera elegido otro tribuno, Sila había logrado imponer una resolución que garantizaba mayor autonomía general de acción. Él mismo habló de la necesidad de que así fuera con elocuente y apasionado poder

persuasivo. El senado votó, y su poder aumentó un poco más, a costa del poder de la República.

Hasta el momento, Julio había logrado mantenerse neutral, pero como estaba relacionado por matrimonio con otro de los participantes en el poder, Mario, el hermano de su esposa, sabía que tarde o temprano tendría que tomar partido. Cualquier hombre despierto podía prever los cambios que se acercaban, pero le entristecía que un número cada vez mayor de exaltados del senado pensarán que la igualdad que defendía la República era una cadena que les frenaba. También Mario creía que los poderosos podían utilizar la Ley, en vez de obedecerla. Según la Ley romana, un cónsul sólo podía ser elegido una vez por el senado, después tenía que abandonar el cargo. Mario acababa de asegurarse la reelección por tercera vez gracias a las victorias marciales contra las tribus cimbrias y teutonas, a las que había machacado con la legión Primigenia. Todavía era un león de la Roma emergente y Julio tendría que buscar protección a su sombra si Cornelio Sila continuaba acumulando poder.

Debería favores y perdería algo de autonomía si sumaba sus colores al campo de Mario, pero quizá fuera la única posibilidad viable. Le habría gustado consultarlo con su esposa y escuchar la rápida disección de los problemas que su mente solía hacer. Siempre encontraba una forma de enfocar las cuestiones, un punto de vista que nadie más veía. Echaba de menos su sonrisa irónica y la forma en que le presionaba los ojos con las palmas de las manos cuando estaba cansado, proporcionándole así una frescura y una paz maravillosas...

Recorrió presuroso los pasillos hasta las habitaciones de Aurelia y se detuvo ante la puerta a escuchar su respiración, profunda y lenta, audible apenas en el silencio.

Entró sigilosamente, se acercó a la silueta dormida y la besó levemente en la frente.

Dormida, parecía la mujer que recordaba. En cualquier momento se despertaría y sus ojos se llenarían de inteligencia e ingenio. Se reiría al verlo allí sentado en la oscuridad y retiraría los cobertores invitándole a acercarse a su calidez.

—¿A quién recorro, mi amor? —musitó—. ¿A quién tendría que apoyar y en quién podría confiar para salvaguardar la ciudad y la República? Creo que a tu hermano Mario le importa tan poco la idea como al propio Sila. —Se frotó la mandíbula y se notó la barba sin afeitar.

»¿Dónde está la seguridad para mi esposa y mi hijo? ¿Ofrezco mi casa al lobo o a la serpiente?

Sólo el silencio le respondió, y Julio sacudió la cabeza lentamente. Se levantó y besó a Aurelia; por un momento se imaginó que si abriera los ojos, lo miraría una persona a la que conocía. Después salió sin hacer ruido y cerró la puerta tras de sí.

Cuando Tubruk hacía su ronda, unas horas más tarde, las últimas bujías se habían

agotado y las habitaciones estaban a oscuras. Julio seguía sentado en la silla, pero tenía los ojos cerrados y el pecho le subía y le bajaba lentamente, con un suave silbido de la nariz. Tubruk asintió para sí mismo, satisfecho de verlo descansar un poco de tantas preocupaciones.

A la mañana siguiente, Julio desayunó con los dos chicos, una comida frugal de pan, fruta y una tisana caliente para combatir el frío de la madrugada. Había dejado a un lado los tristes pensamientos del día anterior, y estaba sentado con la espalda recta y la mirada clara.

—Os veo fuertes y saludables —dijo a los chicos—. Renio os está convirtiendo en hombres. —Los chicos se sonrieron el uno al otro un momento.

—Renio dice que pronto estaremos preparados para iniciarnos en la lucha. Le hemos demostrado que somos capaces de soportar el calor y el frío y que hemos empezado a encontrar nuestros puntos fuertes y nuestras debilidades. Todo esto es interior, y dice que lo interior es el fundamento de la preparación exterior. —Cayo hablaba animado, moviendo las manos ligeramente al mismo tiempo. Ambos chicos iban ganando confianza en sí mismos, y a Julio le dolió en ese momento no poder asistir más de cerca a su desarrollo. Mirando a su hijo, pensó si algún día se encontraría con un desconocido al volver a casa.

—Eres hijo mío. Renio ha preparado a muchos, pero nunca a un hijo mío. Creo que lo sorprenderás. —Julio se fijó en la expresión de asombro de su hijo sabiendo que el chico no estaba acostumbrado a recibir alabanzas ni muestras de admiración.

—Lo intentaré. Marco también lo sorprenderá, espero.

Julio no miró al otro chico que había en la mesa, aunque notó que éste lo miraba a él. Contestó como si el otro chico no estuviera presente, quería que su hijo no lo olvidara y no le gustó que tratara de colar a su amigo en la conversación.

—Marco no es hijo mío. Eres tú quien lleva mi nombre y mi reputación, tú únicamente.

Cayo inclinó la cabeza, avergonzado e incapaz de sostener la imperiosa y extraña mirada de su padre en ese momento.

—Sí, padre —musitó, y siguió comiendo.

A veces, deseaba que hubiera más chicos, hermanos y hermanas con quienes jugar, y repartir la carga de las expectativas de su padre. Lógicamente, no renunciaría a las tierras por ellos, las tierras eran suyas solamente, siempre lo habían sido, pero a veces la presión suponía un peso fastidioso. Su madre en particular, cuando estaba tranquila y plácida, le decía con voz suave que él era el único hijo que le había sido concedido, un ejemplo perfecto de vida. Muchas veces le decía que le habría gustado tener hijas a las que vestir y a las que transmitir su saber, pero que las fiebres que le habían sobrevenido al alumbrarlo a él le habían arrebatado esa posibilidad.

Renio entró en la cálida cocina. Llevaba sandalias abiertas, túnica roja de soldado y calzas cortas hasta la pantorrilla, que le ceñían los grandes músculos de una forma casi obscena, herencia de la vida en la infantería de las legiones. A pesar de la edad, parecía rebosante de salud y vitalidad. Se detuvo ante la mesa con la espalda recta y los ojos brillantes e interesados.

—Con tu permiso, señor, está saliendo el sol y los chicos tienen que correr cinco millas antes de que el astro se despegue de las montañas.

Julio asintió, los chicos se levantaron inmediatamente y se quedaron esperando la orden de marcharse.

—Id... ejercitaos a fondo —dijo con una sonrisa. Su hijo parecía entusiasmado, el otro... en esos ojos oscuros y en ese ceño había algo más. ¿Rabia? No, ya había desaparecido. La pareja salió corriendo y los dos hombres se quedaron a solas una vez más. Julio le señaló la mesa.

—Tengo entendido que piensas empezar pronto a prepararlos para la lucha.

—Todavía no han desarrollado la fuerza necesaria, es posible que no sea este año, pero al fin y al cabo, no soy sólo un instructor de gimnasia para ellos.

—¿Has pensado en seguir preparándolos cuando termine el año de contrato? —preguntó Julio, con la esperanza de disimular el interés hablando en tono informal.

—El año que viene me retiro al campo. Nada me hará cambiar de opinión.

—Entonces, estos dos son tus últimos alumnos... tu último legado a Roma —replicó Julio.

Renio se quedó inmóvil un instante y Julio no permitió que el menor rastro de emoción asomara a su rostro.

—Eso tengo que pensarlo —dijo por fin, antes de dar media vuelta y salir al gris amanecer. Julio sonrió a su espalda como un lobo.

## VI

—Como jefes, acudiréis a la batalla a caballo, pero la lucha a caballo no es nuestra fuerza principal. Aunque utilicemos la caballería para ataques rápidos y aplastantes, son los soldados de a pie de las veintiocho legiones los que derriban al enemigo. Todos y cada uno de los ciento cincuenta mil legionarios que tenemos en el campo está capacitado, en cualquier momento de cualquier día, para recorrer catorce millas con el equipo completo más una carga que equivale a la tercera parte de su propio peso. Y además estará en condiciones de enfrentarse al enemigo, sin debilidad, sin una queja.

Renio miraba a los chicos, que acababan de llegar de una carrera y soportaban el sol de la mañana procurando controlar la respiración. Les había dedicado más de tres años, ellos eran los últimos pupilos que formaría en su vida. ¡Y aún les quedaba tanto por aprender! Daba vueltas alrededor de los chicos sin dejar de hablar, escupiendo las palabras.

—Si Roma tiene los países del mundo en la palma de la mano no es por el favor de los dioses. Si las tribus extranjeras se arrojan contra nuestras espadas en la batalla, no es por debilidad. Es por nuestra fuerza, mayor y más honda que cuanto el enemigo pueda presentar en el campo de batalla. Ésa es nuestra primera táctica. Antes de llegar a la guerra, nuestros hombres ya se han forjado una fuerza y una moral inquebrantables. Y lo que es más, demuestran una disciplina contra la cual los ejércitos del mundo se desangran en vano.

»Cada hombre sabe que los hermanos que tiene al lado morirán antes de abandonarlo, y eso los hace más fuertes que la carga más heroica o que los gritos inútiles de las tribus bárbaras. Vamos andando a la batalla, nosotros aguantamos y ellos mueren.

La respiración de Cayó se normalizó y los pulmones dejaron de pedirle oxígeno a gritos. A lo largo de tres años, desde que Renio llegara por vez primera a la casa paterna, el chico había crecido y se había hecho fuerte. Se acercaba su decimocuarto aniversario y ya apuntaba en él el hombre en que se convertiría.

Tenía el color roble claro que le daba el sol romano, el porte suelto, la constitución delgada y atlética y los hombros y piernas potentes. Resistía horas corriendo alrededor de las colinas y aún le quedaban fuerzas para una última y veloz carrera, cuando las tierras de su padre aparecían ante sus ojos.

También Marco había experimentado cambios, tanto físicos como anímicos. La felicidad inocente del niño que había dejado de ser iba y venía a rachas. Renio le había enseñado a reservarse las emociones y las respuestas. Lo había aprendido a latigazos y sin miramientos de ninguna clase durante tres largos años. También a él se le habían desarrollado los hombros, que se le iban afinando hasta los puños, veloces



como el rayo, contra los que Cayo ya no podía competir. En su interior, el deseo de mantener una posición por sí mismo, sin ayuda de parentescos ni mecenazgos, actuaba como una especie de ácido lento en su estómago.

Bajo la mirada de Renio, los dos chicos se calmaron y prestaron atención, cautelosamente pendientes de él. No era extraño que de repente pusiera a prueba un estómago descuidado golpeándolo por sorpresa, siempre en busca de puntos débiles.

—*Gladiu* señores... id a buscar las espadas.

En silencio, dieron media vuelta y descolgaron las espadas cortas de unos ganchos que había en la pared del patio de instrucción. Se ciñeron los pesados cinturones, con su alamar de cuero que servía para sujetar la espada corta. La vaina se insertaba fácilmente en el alamar, que quedaba firmemente asegurado por unas cintas, de modo que no se movía si se desenvainaba la espada súbitamente.

Convenientemente ataviados, adoptaron la posición de atención en espera de la orden siguiente.

—Cayo, observa. Voy a utilizar al chico para ilustrar una cuestión sencilla. — Renio soltó los hombros con un crujido de articulaciones y sonrió mientras Marco desenvainaba lentamente.

—Primera posición, chico. Como un soldado, si es que te acuerdas.

Marco descansó en la primera posición, con la piernas separadas, cada pie a la altura del hombro correspondiente, el cuerpo ligeramente girado respecto a la posición de frente, la espada a la altura de la cintura, listo para saltar sobre la ingle, el estómago o la garganta del oponente, los tres puntos principales de ataque. La ingle y la garganta eran los puntos preferidos, pues un corte profundo en cualquiera de ellos significaría que el oponente se desangraría hasta la muerte en pocos instantes.

Renio cambió el peso de lado y la punta del arma de Marco se movió en consonancia.

—¿Cortando el aire otra vez? Si haces eso, yo lo veo y puedo planificarlo. Sólo necesito una abertura para segarte la garganta de un tajo. En cuanto vea hacia qué lado vas a cambiar el peso, te corto en dos. —Empezó a dar una vuelta alrededor de Marco, que permanecía tranquilo, con las cejas levantadas y una expresión neutra en la cara. Renio siguió hablando.

»Quieres matarme, ¿verdad, chico? Noto tu odio. Noto tu odio, que es como buen vino en mi estómago. Me anima, chico, ¿puedes creerlo?

Marco atacó con un movimiento súbito, sin previo aviso, sin una señal. Le había costado cientos de horas de ejercicios eliminar todos los indicios, las tensiones musculares cortas que delataban sus intenciones. Por muy veloz que fuese, un buen oponente lo destriparía si daba aviso de sus intenciones antes de cualquier movimiento.

Renio no estaba al final del ataque a fondo. Su *gladiu* presionaba la garganta a

Marco.

—Otra vez. Has sido lento y torpe, como de costumbre. Si no fueras más veloz que Cayo, serías el peor que he visto en mi vida. —Marco abrió la boca y, en una fracción de segundo, el *gladiu* caliente por el sol, estaba presionándole el interior del muslo, justo sobre la gran vena palpitante por la que circulaba su vida. Renio sacudió la cabeza con desprecio.

—Jamás escuches a tu oponente. Cayo está observando, tú estás peleando. Concéntrate en mis movimientos, no en mis palabras, porque sólo hablo para distraerte. Otra vez.

Daban vueltas en la sombra del patio.

—Al principio, tu madre era torpe en la cama. —Renio atacó con la espada mientras hablaba y fue apartado con un tintineo de metal contra metal. Marco dio un paso y colocó la espada contra la correosa piel vieja de la garganta de Renio. Tenía una expresión fría e implacable.

—Predecible —musitó Marco fulminando con la mirada los fríos ojos azules del maestro, irritado, no obstante.

Notó una presión y, al mirar hacia abajo, vio que Renio tenía una daga en la mano izquierda y le tocaba el estómago levemente con ella. Renio sonrió.

—Muchos hombres te odiarán tanto que te arrastrarán consigo. Son los más peligrosos de todos. Son capaces de lanzarse contra tu espada y clavarte los pulgares en los ojos. Vi a una mujer haciéndoselo a uno de mis hombres.

—¿Por qué le odiaba tanto? —preguntó Marco al tiempo que se alejaba un paso, con la espada todavía en posición defensiva.

—Los ganadores siempre son odiados. Es el precio que pagamos. Si te aman, te obedecen, pero cuando ellos quieren. Si te temen, te obedecen, pero cuando lo quieres tú. Así pues, ¿es mejor que te amen o que te odien?

—Las dos cosas —dijo Cayo con seriedad. Renio sonrió.

—Quieres decir que te adoren y te respeten, cosa imposible si estás ocupando tierras que has conseguido sólo por el derecho que dan la fuerza y la sangre. Las respuestas a las cosas de la vida nunca son sencillas. Siempre hay muchas respuestas.

Los chicos parecían desconcertados y Renio sonrió con satisfacción por primera vez en el día.

—Voy a enseñaros lo que significa la disciplina. Voy a enseñaros lo que ya habéis aprendido. Dejad las espadas y volved a la posición de firmes.

El viejo gladiador repasó a los dos con una mirada crítica. Sin previo aviso, sonó la campana del mediodía; el soldado frunció el ceño y cambió de actitud en un instante. Su voz perdió la sequedad del tutor y, por una vez, habló en tono bajo y sereno.

—En la ciudad hay disturbios por los alimentos, ¿lo sabíais? Grandes grupos de

gente andan destruyendo propiedades y se escabullen como ratas cuando cualquier valiente se enfrenta a ellos espada en ristre. Tendría que estar allí, y no jugando con niños. Os he adiestrado dos años más de lo acordado al principio. No estáis preparados, pero no malgastaré ni un año más del crepúsculo de mi vida con vosotros. La lección de hoy es la última. —Avanzó hacia Cayo, que miraba resueltamente al frente.

»Tu padre tenía que haberse reunido aquí conmigo a escuchar el informe. El hecho de que se retrase por primera vez en tres años, ¿qué me dice?

Cayo se aclaró la garganta.

—Los disturbios de Roma son más graves de lo que creías.

—Sí. Tu padre no estará aquí para presenciar la última clase. Una lástima. Si ha muerto y yo te mato ahora, ¿quién heredará esta propiedad?

Cayo parpadeó, confuso. Las palabras del hombre desentonaban con el tono razonable del discurso. Era como si estuviera encargando una túnica nueva.

—Mi tío Mario, aunque está con la legión Primigenia... la que nació en primer lugar. No esperará...

—Un buen modelo, la Primigenia, actuó bien en Egipto. Le mandaré la factura. Ahora, en ausencia de tu padre, te trataré como propietario actual de las tierras. Cuando estés preparado, te enfrentarás a mí de verdad, no es un ejercicio de práctica ni será a primera sangre; será un combate como el que podrías entablar hoy en las calles de Roma con los amotinados.

»Lucharé limpiamente, y si me matas, date por graduado de mi tutoría.

—Por qué matarnos, después de todo el tiempo que has... —replicó Marco con rabia, faltando a la disciplina por hablar sin permiso.

—Tenéis que enfrentaros a la muerte en algún momento. No puedo seguir adiestrándoos y tenéis que aprender la última lección sobre el miedo y la rabia.

Renio pareció dudar de sí mismo un momento, pero enseguida irguió la cabeza y la «tortuga lacerante», como lo llamaban los esclavos, recuperó la energía y tensión arrolladoras de costumbre.

—Sois mis últimos alumnos. Mi reputación en el retiro depende de vuestros lastimosos cuellos. No permitiré que andéis por ahí mal entrenados, mancillando mi nombre con vuestras chapuzas. Me he pasado la vida protegiendo mi buen nombre. Ahora ya es muy tarde para pensar en perderlo.

—No te avergonzaremos —musitó Marco, casi para sí mismo.

—Cada uno de tus golpes me avergüenza —replicó Renio volviéndose hacia él—. Acuchillas como un carnicero que se ensaña con un toro muerto en un ataque de rabia. No controlas el temperamento. ¡Caes en la trampa más sencilla mientras la sangre se te escapa de la cabeza! ¡Y TÚ! —Cayo había empezado a sonreír—. Tú no eres capaz de dejar de pensar en tu ingle el tiempo suficiente como para convertirte

en un romano. ¿Nobleza? Se me hieló la sangre al pensar que unos chicos como vosotros son los depositarios de mi herencia, de mi ciudad, de mi pueblo.

Cayo dejó de sonreír en el momento en que empezó a oír la alusión a la esclava que Renio había fustigado ante ellos por haberlos distraído. Todavía le avergonzaba, y una rabia lenta empezó a crecerle por dentro mientras la perorata continuaba.

—Cayo, puedes escoger cuál de los dos se enfrentará primero a mí. ¡Tu primera decisión táctica! —Renio dio media vuelta y entró en el cuadrilátero de lucha delimitado con mosaico en el campo de adiestramiento. Estiró los músculos de las piernas dándoles la espalda, haciendo caso omiso de la mirada perpleja de los chicos.

—Se ha vuelto loco —susurró Marco—. Nos matará a los dos.

—Esto sigue siendo un juego —dijo Cayo en tono grave—. Como lo del río. Me lo voy a comer. Creo que puedo hacerlo. Desde luego, no voy a despreciar el reto. Si es así como tengo que demostrarle que me ha enseñado bien, pues que así sea, se lo agradeceré con su propia sangre.

Marco miró a su amigo y le vio decidido. Sabía que, de la misma forma que no quería que ninguno de los dos se enfrentara a Renio, él tenía más posibilidades. Ninguno de los dos podía ganarle holgadamente, pero sólo Marco poseía velocidad suficiente como para arrastrar consigo al viejo al vacío.

—Cayo —murmuró—, déjame a mí primero.

Cayo lo miró directamente a los ojos como si quisiera adivinarle el pensamiento.

—Esta vez, no. Eres mi amigo. No quiero ver cómo te mata.

—Ni yo cómo te mata a ti. Pero soy el más rápido de los dos... tengo más posibilidades.

Cayo se desentumeció los hombros y sonrió sin despegar los labios.

—No es más que un viejo, Marco. Vuelvo enseguida.

A solas, Cayo tomó posiciones. Renio lo miraba entrecerrando los ojos al sol.

—¿Por qué has decidido ser el primero?

—Todas las vidas terminan —contestó Cayo tras un encogimiento de hombros—. Lo prefiero así, con eso basta.

—Basta, sí. Empieza, chico. Vamos a ver si has aprendido algo.

Lenta y suavemente, empezaron a moverse en círculo, uno frente al otro, con las armas en alto, las hojas planas y brillando al sol.

Renio hizo una finta con un rápido movimiento de hombros. Cayo se zafó y obligó al viejo a retroceder un paso ante una estocada. Los filos entrecucharon y el combate empezó. Golpearon y detuvieron los ataques, se encontraron en un tornillo de músculos en plena acción y el viejo guerrero arrojó al joven de espaldas al suelo, donde cayó despatarrado.

Renio no sonrió. Cayo se levantó despacio y se equilibró. Por la fuerza no podía ganar. Avanzó dos pasos rápidamente y levantó la hoja rasgando con limpieza, así

rompió la defensa de Renio y le clavó la espada profundamente en la piel caoba del pecho.

El viejo soltó un gruñido de sorpresa mientras el chico apuraba el ataque sin pausa, estocada tras estocada. Renio lo detenía con leves cambios de peso y movimientos de la espada. Sin duda, el chico se cansaría al sol hasta quedar a merced del cuchillo del carnicero.

El sudor se le metió a Cayo en los ojos. Estaba desesperado, incapaz de pensar en movimientos sorprendentes que actuaran en contra del pedazo de madera que lo miraba con dureza y adivinaba y detenía sus movimientos con tanta facilidad. Sacudió las piernas, falló y, al perder el equilibrio, Renio estiró el brazo derecho y hundió la hoja en el desprotegido bajo vientre.

Cayo notó que se le escapaban las fuerzas. Las piernas eran como dos palos frágiles y se le doblaron inevitablemente, blandas e indoloras. La sangre salpicó el suelo, pero el patio había perdido los colores y, en su lugar, aparecieron los latidos de un corazón desbocado y unos destellos en los ojos.

Renio miró a Cayo y el chico le vio los ojos húmedos. ¿Estaba llorando el viejo?

—No... es... suficiente —escupió la voz. Renio pasó de largo con los ojos desbordados de dolor.

Una oscura franja de sombra tapó el brillo del sol cuando Marco deslizó la espada al viejo guerrero bajo el pellejo colgante de la garganta. Desde atrás, a un paso de Renio, vio que el viejo, sorprendido, se tensaba.

—¿Me habías olvidado? —Sólo necesitaba un pensamiento para tirar bruscamente de la hoja hacia atrás y poner fin al cruel luchador, pero miró a su amigo y comprendió que la vida se le escapaba a borbotones. Dejó que la rabia se le acumulara por dentro un momento y perdió la ocasión de darle una muerte rápida, pues Renio se apartó ágilmente y esgrimió la espada ensangrentada de nuevo. Su rostro era de piedra, pero le brillaban los ojos.

Marco empezó el ataque, le rompió la guardia y retrocedió antes de que el viejo se moviera siquiera. Si hubiera tenido intención de asestar un golpe mortal, lo habría logrado, pues el viejo permaneció petrificado, con el rostro rígido de tensión. Pero como no fue así, el intento sólo desató la vitalidad del viejo una vez más como un torrente.

—¿Es que no eres capaz de matarme ni cuando me quedo quieto esperando el ataque? —le escupió Renio, al tiempo que empezaba a describir un círculo otra vez manteniendo a Marco a su derecha.

—Siempre has sido un loco... tienes el orgullo de un loco —replicó Marco, casi gruñéndole, obligado a prestar atención a ese hombre mientras su amigo agonizaba bajo el sol, solo.

Atacó de nuevo y su pensamiento se convirtió en hechos, sin reflexión ni

voluntad, sólo ataques y movimientos, imparablemente. El cuerpo del luchador se llenó de bocas rojas; el goteo de la sangre sobre el polvo era como una lluvia primaveral para Marco.

Renio no tuvo tiempo de volver a hablar. Se defendía a la desesperada; a su rostro asomó brevemente una expresión de asombro, antes de adoptar la máscara de gladiador. Marco se movía con una elegancia y un equilibrio extraordinarios, con una rapidez imposible de contrarrestar, era un guerrero nato.

Una vez tras otra, el viejo soldado sólo se apercibía de que había parado un golpe al oír el entrecocar de metales, mientras su cuerpo se movía y reaccionaba sin pensamiento consciente. Se habría dicho que tenía la cabeza separada del combate.

Los pensamientos le hablaban con voz seca: «Soy un viejo loco. Puede que éste sea el mejor pupilo que he tenido, pero al otro lo he matado... eso ha sido un golpe mortal».

El brazo izquierdo se le cayó golpeándose horriblemente, desmembrado, con los músculos sajados desde el hombro. El dolor era como un martillo y un agotamiento súbito lo abofeteó, como si los años se le hubieran caído encima finalmente. El chico jamás había sido tan rápido, parecía que el ver a su amigo moribundo le hubiera abierto unas puertas interiores.

Con un suspiro de desesperación, las fuerzas lo abandonaron. Había visto a muchos en esas mismas circunstancias, cuando el ánimo ya no puede arrastrar al cuerpo ni un momento más. Contuvo la hoja abollada del *gladius* sin energía y desvió un golpe sabiendo que lo hacía por última vez.

—Alto, o te clavo en el sitio —dijo una voz desconocida, no muy alta pero que cruzó todo el patio y la casa. Marco no se detuvo. Se había ejercitado en no reaccionar a las amenazas y nadie iba a arrebatarse la presa. Tensó los hombros para hincar la hoja de hierro.

—Este arco será tu muerte, chico. Baja la espada.

Renio miró a Marco a los ojos y, por un momento, vio locura en ellos. Sabía que el muchacho lo mataría, pero de pronto, la luz desapareció y vio que recuperaba el control.

Al viejo, el patio le pareció frío, a pesar de que su propia sangre le calentaba los brazos, cuando Marco retrocedió y se puso fuera de su alcance para volverse a mirar al recién llegado. Renio nunca había estado tan seguro de la proximidad de su propia muerte.

Marco vio un arco con una brillante punta de flecha. Un anciano, más viejo que Renio, tensaba el arco sin un temblor de brazos, aunque realizaba un terrible esfuerzo. Llevaba una toga basta de color marrón y sonreía enseñando muy pocos dientes.

—Aquí no tiene que morir nadie hoy. Yo lo sabría. Suelta el arma y déjame ir a

avisar a los médicos y a pedir unas bebidas frescas para vosotros.

Marco volvió a la realidad súbitamente y dejó caer el *gladius* al suelo al tiempo que hablaba.

—Mi amigo Cayo está herido. Es posible que muera. Necesita asistencia.

Renio se quedó postrado sobre una rodilla, incapaz de levantarse. La espada se le cayó de la mano insensible y la sangre seguía alimentando el charco rojo que lo rodeaba; bajó la cabeza. Marco pasó de largo ante él sin mirarlo ni un momento y se acercó a Cayo.

—Se le ha reventado el apéndice, lo sé —dijo el anciano por encima del hombro.

—Entonces, podemos darle por muerto. Cuando el apéndice se inflama, es mortal. Nuestros médicos no pueden extraer el apéndice hinchado.

—Lo he hecho una vez. Llama a los esclavos de la casa y ordena que se lleven al chico adentro. Tráeme vendas y agua caliente.

—¿Eres curandero? —preguntó Marco mirando al hombre a los ojos con esperanza.

—He aprendido algunas cosas a lo largo de mis viajes. No todo está perdido. — Sus miradas se encontraron. Marco la desvió y asintió para sí. Confiaba en el desconocido, aunque no habría sabido decir por qué.

Renio cayó de espalda poco a poco, apenas se le movía el pecho. Parecía lo que era, un anciano frágil como un palo reseco, endurecido por el sol de Roma, pero quebradizo. Cuando Marco lo miró, el viejo gladiador trató de levantarse temblando de debilidad.

Marco notó una mano en el hombro, la rabia que empezaba a surgir desapareció de nuevo. Allí estaba Tubruk, negro de ira. Marco percibió el leve temblor de la mano del antiguo gladiador.

—Cálmate, chico. No habrá más combates. He mandado a buscar a Lucio y al médico de tu madre.

—¿Lo has visto? —preguntó Marco como un disparo.

—He visto el final —contestó apretándole el hombro con más fuerza—. Esperaba que acabaras con él —añadió severamente, mirando hacia Renio, que se desangraba. Después se volvió hacia el recién llegado con una expresión endurecida.

—¿Quién eres, anciano? ¿Un cazador furtivo? Esto es una propiedad privada.

—Un viajero, simplemente; un trotamundos —dijo el anciano levantándose lentamente y mirando a Tubruk a los ojos.

—¿Morirá? —le interrumpió Marco.

—Creo que hoy no —replicó el anciano—. No sería de buena educación, nada más llegar yo... ¿o no soy un invitado de la casa, ahora?

Marco parpadeó sin comprender, tratando de contraponer el razonable tono de las palabras al dolor y la rabia que todavía le consumían las entrañas.

—Ni siquiera sé cómo te llamas, anciano —dijo.

—Me llamo Cabera —dijo el anciano suavemente—. Ahora, haya paz. Os ayudaré.



## VII

Cayo volvió en sí, lo despertaron unas voces que discutían furiosamente en la estancia. La cabeza le martilleaba y sentía debilidad en todos los huesos. Unos espasmos de dolor le llegaban de debajo de la cintura y unos latidos lacerantes en los pulsos del cuerpo respondían como un eco. Tenía la boca seca y no podía hablar ni mantener los ojos abiertos. La oscuridad era blanda y roja, y trató de volver a ella, no quería regresar todavía a la lucha consciente.

—He extirpado el apéndice perforado y he cosido las venas rotas. Ha perdido mucha sangre, tardará un tiempo en recuperarla, pero es joven y fuerte. —Era una voz desconocida... ¿sería otro médico de la casa? No lo sabía ni le importaba. Como parecía que no iba a morir, deseaba que se marcharan y le dejaran recuperarse en paz.

—El médico de mi esposa dice que eres un charlatán. —La voz de su padre, sin duda.

—Él no habría intervenido en un caso así... de modo que no has perdido nada, ¿no? Ya he extirpado el apéndice en otra ocasión, no es una operación fatal. El único problema es la subida de la fiebre; eso tiene que superarlo por sí solo.

—Me enseñaron que siempre era fatal. El apéndice se inflama y revienta. No se puede extirpar como quien corta un dedo. —Su padre parecía cansado, pensó Cayo.

—Sin embargo, yo lo he hecho. También he vendado al hombre mayor, y también él sanará, aunque no volverá a luchar jamás a causa del daño que se ha hecho en el hombro izquierdo. Aquí, todos vivirán. Deberías irte a dormir, señor.

Cayo oyó pasos cruzando la habitación y notó la piel seca y cálida de la mano de su padre en la frente, empapada de sudor.

—Es mi único hijo, Cabera, ¿cómo voy a poder dormir? ¿Podrías dormir tú, si fuera tu hijo?

—Dormiría como un niño pequeño. Hemos hecho cuanto hemos podido. Yo me quedaré aquí velándolo, pero tú, señor, tienes que descansar. —La voz parecía amable, pero carecía de la sonoridad propia de los médicos que atendían a su madre. Tenía un deje extranjero, un ritmo dulce en el hablar.

Cayo se hundió en el sueño otra vez como si un peso oscuro le aplastara el pecho. Las voces seguían hablando a su alrededor y entraban y salían de sus sueños febriles.

—¿Por qué no has cosido las heridas? He visto muchas heridas de guerra, pero las cerramos y las vendamos...

—Precisamente por ese motivo al griego no le gustan mis métodos. La herida necesita un drenaje por donde expulsar el pus que se acumula cuando aprieta la fiebre. Si la cierro perfectamente, el pus no tiene por dónde salir y envenena el cuerpo. Si lo cosiera, moriría con toda certeza, como la mayoría. Pero así, puede

salvarse.

—Si muere, te saco el apéndice con mis propias manos.

El anciano se rió socarronamente y dijo unas palabras en una lengua extranjera que invadió como un eco los sueños de Cayo.

—Te costará mucho encontrarlo, señor. Aquí tengo la cicatriz de cuando mi padre me lo extirpó, hace muchos años... con drenaje.

—En tal caso —replicó el padre de Cayo terminantemente—, me fío de tu juicio. Cuenta con mi agradecimiento, y más aún si sobrevive.

Cayo se despertó al contacto de una mano fría en la frente. Vio unos ojos azules, brillantes, en un rostro cuya piel parecía del color de la madera de nogal.

—Soy Cabera, Cayo. Me alegro de conocerte al fin, y en un momento tan crucial de tu vida. He recorrido miles de millas, como decís vosotros. Llegué aquí cuando se me necesitaba, creo que es suficiente para creer en los dioses, ¿no?

Cayo no pudo responder. Tenía la lengua gruesa y sólida en la boca. El anciano, como si le hubiera leído el pensamiento, le acercó un cuenco poco hondo de agua a los labios.

—Bebe un poco. La fiebre te consume los fluidos del cuerpo.

Las pocas gotas que resbalaron boca adentro fueron suficientes para licuar la saliva pegajosa que se le había acumulado. Cayo tosió y cerró los ojos de nuevo. Cabera se quedó mirándolo y suspiró brevemente. Se aseguró de que no había nadie allí e impuso sobre la herida sus viejas manos huesudas, alrededor de la fina caña por la que seguía supurando un humor espeso.

De las manos se desprendió entonces un calor que Cayo registró en sueños. Era como si unos zarcillos ardientes se le extendieran por el pecho hasta los pulmones y se los limpiaran de líquidos nocivos.

El calor se intensificó hasta resultar casi doloroso, y entonces Cabera retiró las manos y se sentó muy quieto, respirando, de repente, ronca y entrecortadamente.

Cayo abrió los ojos otra vez. Todavía se sentía muy débil como para moverse, pero la sensación de líquidos moviéndose por dentro del cuerpo había desaparecido. Podía respirar otra vez.

—¿Qué has hecho? —preguntó con un hilo de voz.

—Mejor, ahora, ¿sí? Necesitabas un poco de ayuda, incluso después de haber empleado todo mi saber de cirujano. —El agotamiento acentuaba las profundas arrugas del rostro del anciano, pero los ojos azules seguían brillando entre la oscura piel ajada. Volvió a ponerle la mano en la frente.

—¿Quién eres? —musitó Cayo. El anciano se encogió de hombros.

—Todavía no he encontrado la respuesta a esa pregunta. He sido mendigo y jefe de una aldea. Me considero un buscador de verdades y cada lugar al que llego posee

su propia verdad.

—¿Puedes hacer algo por mi madre? —Cayo mantenía los ojos cerrados, pero oyó el suave suspiro que el hombre exhaló.

—No, Cayo. El problema de tu madre reside en la mente, en el espíritu, quizá. Puedo remediar un poco los males físicos, pero nada más. Es mucho más fácil. Lo siento. Ahora, duerme, muchacho. El sueño es lo que sana de verdad, no yo.

La oscuridad lo envolvió como obedeciendo una orden.

Cuando volvió a despertarse, Renio estaba sentado en la cama con una expresión impenetrable en el rostro, como siempre. Al abrir los ojos de nuevo, Cayo percibió el cambio que había experimentado el maestro. Tenía el hombro izquierdo fuertemente vendado contra el cuerpo y, bajo la tez bronceada, se percibía cierta palidez.

—¿Cómo te encuentras, muchacho? No sé decirte cuánto me alegro de comprobar que mejoras. Ese viejo salvaje de no sé qué tribu debe de ser un obrador de milagros. —Al menos la voz seguía siendo la misma, seca y dura.

—Es posible, sí. Me sorprende verte aquí, después de haber estado a punto de matarme —murmuró Cayo, y el corazón se le aceleró con los recuerdos. Notó que empezaba a sudar por la frente.

—No quería hacerte un daño irreparable. Fue un error, y lo lamento. —El viejo lo miró a los ojos buscando el perdón, y lo encontró allí, esperándole.

—No lo laments. Estoy vivo y tú también. Ya ves que hasta tú cometes errores.

—Cuando creí que te había matado... —La aflicción se reflejó en el viejo rostro. Cayo se esforzó por sentarse y, sorprendido, descubrió que empezaba a recuperar fuerzas.

—No me mataste. Siempre será un orgullo para mí que tú hayas sido mi maestro. Pero no hablemos más del asunto. Ya está hecho.

La situación despertó en Cayo una súbita sensación de ridículo: un niño de trece años consolando a un viejo gladiador; pero al comprender que sentía verdadero afecto por ese hombre, las palabras surgían con fluidez, sobre todo en ese momento, porque lo veía como hombre, como un guerrero perfecto, cincelado en una piedra poco común.

—¿Mi padre todavía está aquí? —preguntó esperanzado. Renio negó con un movimiento de cabeza.

—Tuvo que volver a la ciudad, aunque los primeros días no se movió de tu lado, hasta que estuvimos seguros de que habías superado el peligro. Los disturbios empeoran y han llamado a la legión de Sila para que restablezca el orden.

—Me gustaría estar allí y ver entrar a la legión por las puertas de Roma —dijo, estirando el puño hacia delante.

—No será esta vez, creo —replicó Renio sonriendo ante el entusiasmo del

muchacho—, pero en cuanto te pongas bien, irás a la ciudad con mayor frecuencia. Tubruk aguarda fuera. ¿Estás en condiciones de verle?

—Me encuentro mucho mejor, casi bien. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Una semana. Cabera te ha administrado hierbas para que durmieras. Aun así, te has curado con una rapidez increíble, y te advierto que he visto muchas heridas. Ese anciano dice que es visionario, y yo creo que sí, que tiene algo mágico. Voy a llamar a Tubruk.

Cuando Renio se levantó, Cayo estiró la mano.

—¿Te quedas un tiempo por aquí?

Renio sonrió, pero hizo un gesto negativo con la cabeza.

—El adiestramiento ha terminado. Me retiro a mi villa, a envejecer en paz.

—¿Tienes... tienes familia? —preguntó Cayo titubeando.

—La tuve, pero hace mucho que se fueron todos. Pasaré las veladas con otros viejos contando mentiras y tomando buen vino tinto. De todos modos, seguiré pendiente de ti. Cabera dice que eres especial, y no creo que ese viejo diablo se equivoque con frecuencia.

—Gracias —dijo Cayo, incapaz de expresar con palabras lo que el viejo gladiador le había dado. Renio asintió y le envolvió la mano hasta la muñeca en un apretón firme. Acto seguido, se marchó, y la estancia quedó vacía de repente.

—Has mejorado —dijo Tubruk tapando el umbral, con una sonrisa lenta—. Tienes color en las mejillas.

—Estoy más fuerte —contestó Cayo sonriendo a su vez; empezaba a encontrarse como de costumbre—. He tenido suerte.

—No ha sido cuestión de suerte. El responsable es Cabera. Es un hombre sorprendente. Debe de tener ochenta años o así, pero cuando el último médico de tu madre se quejó del tratamiento que te daba, Cabera se lo llevó afuera y le sacudió una tunda. Hacía años que no me reía tanto. Tiene mucha fuerza en esos brazos delgaduchos, y un derechazo veloz. Tenías que haberlo visto. —Se rió al recordarlo, pero enseguida se puso serio otra vez.

—Tu madre quería verte, pero nos pareció que le... afectaría mucho si no te encontraba bien. Mañana la traeré.

—No me importaría que fuera ahora. No estoy tan cansado.

—No. Todavía estás débil, y Cabera dice que no te agotemos con visitas.

Cayo puso cara de sorpresa burlona al ver a Tubruk aceptando consejos de alguien. Tubruk sonrió de nuevo.

—Bien, ya te he dicho que es un hombre asombroso y, después de lo que ha conseguido contigo, sus recomendaciones son órdenes, en lo que concierne a tu salud. He dejado entrar a Renio sólo porque se marcha hoy.

—Te lo agradezco. No me habría gustado dejar un asunto sin terminar.

—Eso me parecía.

—Me sorprende que no le arrancaras la cabeza —comentó Cayo con animación.

—Lo pensé, pero los accidentes en el adiestramiento son frecuentes. Simplemente se excedió. De todos modos, está orgulloso de vosotros dos. Creo que ese viejo bellaco os ha tomado aprecio, por vuestra cabezonería, seguramente... sois tan malos como él, creo.

—¿Cómo está Marco? —preguntó Cayo.

—Se muere por entrar aquí, cómo no. Podrías tratar de convencerlo de que no fue culpa suya. Dice que tenía que haberte obligado a dejarle luchar a él en primer lugar, pero...

—La decisión la tomé yo, y no lo lamento. Al fin y al cabo, estoy vivo.

Tubruk soltó un bufido.

—No peques de exceso de confianza en ti mismo. Verte sobrevivir a una herida como la tuya hace creer a cualquiera en el poder de la oración. De no haber sido por Cabera, no habrías sobrevivido. Es a él a quien debes la vida. Tu padre ha intentado recompensarlo de alguna manera, pero el anciano no acepta nada más que la manutención. En realidad, sigo sin saber qué hace aquí. Parece que cree... que los dioses nos manipulan como si fuéramos dados, y que era su voluntad que él contemplara la gloriosa ciudad de Roma antes de envejecer más. —El campechano liberto estaba perplejo y a Cayo no le pareció oportuno hablarle del extraño recuerdo del calor que desprendían las manos de Cabera. Eso se lo guardaba, desde luego.

—Voy a pedir que te manden una sopa. ¿Quieres también un poco de pan fresco?

—El estómago de Cayo se alegró sinceramente, y Tubruk salió de la estancia sonriendo de nuevo.

Renio subió a la silla de la montura con dificultad. Tenía inutilizado el brazo izquierdo, le dolía más que las simples molestias de un tajo en proceso de curación, que tantas veces había experimentado.

Se alegró de la ausencia de criados y esclavos en los alrededores; así no habría testigos de su torpeza. La gran casa de campo parecía deshabitada.

Por fin, logró aferrarse al cuerpo del caballo con las piernas y encaramarse empleando toda la fuerza de sus músculos. A pesar de lo tardío de la hora, llegaría a la ciudad antes de que se hiciera noche cerrada. Suspiró al pensarlo. En realidad, ¿qué le quedaba allí? Vendería la casa de la ciudad, aunque los precios habían bajado durante los últimos disturbios. Quizá fuera mejor esperar a que la paz volviera a las calles. Si Sila regresaba a la ciudad con su legión, habría ejecuciones y latigazos públicos, pero finalmente se restablecería el orden. Ya había sucedido otras veces. A los romanos no les gustaba tener la guerra a la puerta de casa. Les emocionaba saber que habían arrasado ejércitos bárbaros, pero a nadie le gustaba la brutalidad de la ley

marcial, el toque de queda ni el racionamiento de alimentos que inevitablemente...

Un ruido a su espalda le interrumpió los pensamientos.

Marco lo observaba con una expresión tranquila.

—He venido a decirte adiós.

Casi inconscientemente, Renio advirtió los desarrollados hombros y la flexibilidad que se percibía en la postura del muchacho. Se forjaría un nombre propio en guerras futuras que el viejo legionario no llegaría a ver.

Se estremeció al pensarlo. Nadie vive eternamente, ni Alejandro, ni Escipión, ni Aníbal, ni siquiera Renio.

—Me alegro de que Cayo esté mejorando —contestó Renio con claridad.

—Ya lo sé. No he venido para enfadarme contigo, sino para disculparme —contestó Marco mirando la tierra del suelo. Renio enarcó las cejas y Marco tomó aire.

»Lamento no haberte matado, bellaco retorcido y perverso. Si nuestros caminos vuelven a cruzarse en el futuro, te rajaré la garganta.

Renio se bamboleó en la silla como si las palabras le hubieran abofeteado. Percibió el odio que había en ellas y se alegró inmensamente. Apenas podía contener las carcajadas que le provocaban las amenazas de aquel gallito de corral, pero comprendió que podía hacer un último regalo a su alumno si escogía las palabras atinadamente.

—Ese odio acabará contigo, chico. Y entonces ya no podrás proteger a Cayo.

—Siempre estaré para protegerlo.

—No. No hasta que domines el genio. Morirás en cualquier pelea callejera, en el salón de cualquier taberna hedionda, a menos que sepas encontrar la serenidad dentro de ti. Me habrías matado, sí; a mi edad, la resistencia se acaba antes de lo que me gustaría reconocer. Pero si nos hubiéramos encontrado en mi juventud, te habría fulminado más deprisa de lo que el trigo cae bajo el cuchillo. Recuérdalo la próxima vez que te enfrentes a un hombre joven que aspire a la fama. —Renio sonrió, y fue como si un tiburón enseñara los dientes, echando los labios hacia atrás y esbozando una expresión cruel.

—Es posible que la ocasión se le presente antes de lo esperado —dijo Cabera, saliendo de entre las sombras.

—¿Qué? ¿Estabas escuchando, viejo diablo? —dijo Renio, sonriendo todavía, aunque se tranquilizó al ver al curandero, que había sabido ganarse su respeto.

—Mira hacia la ciudad. Creo que esta noche no vas a ninguna parte —prosiguió Cabera con una expresión seria.

Tanto Marco como Renio se volvieron a mirar hacia los montes. Aunque Roma estaba escondida tras las elevaciones del terreno, advirtieron con espanto un creciente resplandor anaranjado.

—¡Por Júpiter! ¡Han incendiado la ciudad! —exclamó Renio. Su amada ciudad.

Por un momento, pensó en azuzar al caballo inmediatamente sabiendo que su sitio estaba en las calles. Los hombres lo conocían, podría contribuir a restablecer el orden. Una mano fría le tocó el talón y, al mirar hacia abajo, se encontró con el rostro del anciano Cabera.

—A veces veo el futuro. Si vas allí ahora, al amanecer estarás muerto. Te digo la verdad.

Renio se movió a un lado y el caballo golpeó la arena con los cascos al percibir sus emociones.

—¿Y si me quedo? —le espetó.

—Aquí también podrías morir —replicó Cabera con un encogimiento de hombros—. Los esclavos vendrán a saquear la propiedad. No nos queda mucho tiempo.

A Marco se le abrió la boca al oír aquellas palabras. Había cerca de quinientos esclavos en las tierras. Si todos se dejaban arrastrar por la locura, habría una carnicería. Sin una palabra más, volvió corriendo a los edificios llamando a Tubruk a gritos para dar la alarma.

—¿Te echo una mano, señor, para desmontar de ese noble caballo? —preguntó Cabera con los ojos muy abiertos e inocentes. Renio torció el gesto recuperando de pronto su genio habitual, a pesar de lo animoso que era el anciano.

—Los dioses no nos dicen lo que va a pasar —replicó de pronto. Cabera se encogió de hombros.

—Eso mismo creía yo antes. Cuando era joven y arrogante, creía que podía leer las intenciones de la gente, ver su auténtica manera de ser y adivinar lo que iban a hacer. Tardé años en aprender a tener la humildad necesaria para saber que no podía ser yo. No es como mirar por una ventana limpia. Pero te miro, señor, y miro hacia la ciudad, y siento tu muerte. Piénsalo así, si te parece más fácil. Vamos, señor, esta noche te necesitan aquí.

Renio soltó un bufido.

—Supongo que ese don que tienes te habrá hecho rico.

—En un par de ocasiones, sí. Pero el dinero no se queda conmigo. Se me escurre de las manos entre mercaderes de vino, mujeres fáciles y apuestas. Sólo cuento con mis experiencias, pero valen más que una moneda.

Tras pensarlo unos momentos, Renio aceptó la mano que le ofrecían y no le sorprendió hallarla firme y fuerte, después de haber visto esos hombros delgaduchos tensando el pesado arco en el patio de prácticas.

—Tendrás que sujetarme la funda, anciano. Todo estará en orden en cuanto tenga la espada en la mano. —Inició el camino de vuelta a los establos cogiendo al caballo por las riendas, acariciándole el hocico y diciéndole en un susurro que saldrían a cabalgar más tarde, cuando todo hubiera terminado. Se detuvo un momento.

»¿Ves el futuro?

Cabera sonrió y brincó de un pie al otro alegremente.

—Quieres saber si vivirás o morirás aquí, ¿no? —cotorreó—. Es lo que pregunta todo el mundo.

Renio recuperó plenamente su habitual acritud.

—No, me parece que no quiero saberlo. Guárdatelo para ti, mago. —Y se alejó con el caballo sin volver la vista atrás, con una postura de hombros que denotaba irritación.

Cuando se hubo marchado, el rostro de Cabera se deshizo en aflicción. Apreciaba a ese hombre y le complacía saber que en su corazón todavía había lugar para la decencia, a pesar de las riquezas y la fama que había ganado en la vida.

—Quizás hubiera sido mejor dejarte marchar a marchitarte con los demás ancianos, amigo mío —musitó para sí mismo—. Es posible que hubieras encontrado felicidad en algún sitio. Pero, si te hubieras ido, los chicos sin duda habrían muerto, así que, creo que podré vivir con esa culpa sobre la conciencia. —Con la mirada apagada, se dirigió hacia las grandes verjas del muro exterior de la casa y procedió a cerrarlas. Se preguntó si también él moriría en esa tierra extranjera, desconocido por todos. Se preguntó si el espíritu de su padre estaría por allí cerca, vigilando, y decidió que seguramente no. Al menos, su padre tenía suficiente sentido común como para no quedarse en la cueva esperando la vuelta del oso a la guarida.

Se oyó ruido de cascos al galope en la lejanía. Cabera mantuvo abierta la puerta principal mientras observaba la silueta que se acercaba. ¿Sería el primer asaltante o un mensajero de Roma? Maldijo la visión que le concedía atisbos tan fragmentarios del futuro, y jamás algo que le concerniese a él. Ahí estaba, sujetando la puerta para que entrara el jinete, sin saber nada de nada. Las visiones más completas eran las que no le afectaban en absoluto, lo cual, seguramente, sería una lección de los dioses... que él no terminaría nunca de aprender. Había descubierto que no podía vivir la vida como mero observador.

Un rastro de polvo oscuro seguía al jinete, perceptible apenas en el crepúsculo que avanzaba.

—¡Sujeta la puerta! —ordenó una voz.

Cabera levantó una ceja. ¿Qué otra cosa pensaría que estaba haciendo? Julio, el padre de Cayo, cruzó estruendosamente por la abertura. Tenía el rostro arrebolado y la lujosa ropa manchada de hollín.

—Roma está ardiendo —dijo al tiempo que saltaba al suelo—. Pero de mi casa no se apoderarán. —Al momento, reconoció a Cabera y le saludó con unas palmadas en el hombro.

—¿Cómo está mi hijo?

—Mejorando. Yo... —Cabera dejó de hablar al ver que la vigorosa versión adulta



de Cayo se alejaba a grandes pasos para organizar la defensa. El nombre de Tubruk resonaba por todos los pasillos interiores de la casa.

Cabera se quedó confuso un momento. Las visiones habían cambiado ligeramente... ese hombre era una fuerza de la naturaleza y quizá fuera suficiente para inclinar las cosas a su favor.

Nuevamente se le quedó la mente en blanco al oír un griterío que se alzaba en los campos. Murmurando de frustración, subió los escalones del muro de la propiedad para ver con los ojos lo que la visión interior le negaba.

El horizonte era pura oscuridad, pero Cabera vio algunos puntos de luz que se movían por los campos, encontrándose y multiplicándose como luciérnagas. Cada uno sería una lámpara o una antorcha en manos de un esclavo enfurecido, con la sangre enardecida por el calor que desprendía el cielo de la capital. Ya marchaban hacia la gran casa de campo.

## VIII

Todos los criados y esclavos de la casa permanecieron fieles a Julio. Lucio, el médico de la casa, preparó vendajes e instrumental y dispuso los afilados estiletos sobre un paño en una de las grandes mesas de la cocina. Una vez acabó esta tarea, agarró al vuelo a dos pinches de cocina que iban a buscar unas cuchillas de carnicero para tomar parte en la batalla.

—Vosotros dos, quedaos conmigo. Tendréis vuestra ración de sangre y cuchilladas aquí mismo. —Los chicos deseaban participar en la refriega, pero Lucio era como un viejo amigo de la familia y su palabra siempre había sido ley para ellos. El desorden desatado en Roma todavía no había llegado hasta la finca.

En el exterior, Renio mandó salir a todo el mundo e hizo recuento resueltamente. Había veintinueve hombres y diecisiete mujeres.

—¿Cuántos de vosotros habéis estado en el ejército? —preguntó con voz de trueno.

Seis o siete manos se alzaron.

—Vosotros tenéis prioridad para las espadas. Los demás, id a buscar cualquier cosa que raje o aplaste. ¡Rápido!

La última voz sacó del letargo a los asustados hombres y mujeres y todos se dispersaron, excepto los que ya habían encontrado armas, que se quedaron allí con expresión sombría y temerosa.

Renio se acercó a uno de ellos, un cocinero bajo y gordo que sujetaba contra el hombro una enorme cuchilla de su oficio.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Cecilio —replicó—. Cuando esto termine, mi señor, contaré a mis hijos que luché a tu lado.

—Así será. No nos enfrentaremos a un verdadero asalto. Los atacantes buscan presas fáciles, violaciones y robos. Mi intención es disuadirles del asalto a este recinto y ahorrarles la molestia. ¿Tienes sangre fría?

—Sí, señor. Estoy acostumbrado a matar cerdos y terneras, así que no voy a desmayarme por ver un par de gotas de sangre.

—Esto es algo distinto. Esos cerdos deben de ir armados con espadas y garrotes. No dudes; vete directo a la garganta y al abdomen. Busca algo con que parar los golpes... algo que te sirva de escudo.

—Sí, señor, inmediatamente.

El hombre hizo una especie de saludo y Renio se obligó a sonreír, por no recriminarle la torpeza de modales. Se quedó mirando al rechoncho personaje que corría hacia los edificios y se limpió las primeras gotas de sudor de la frente. Se le hacía raro que esos hombres comprendieran la lealtad, cuando tantos otros la

desechaban al menor soplo de libertad. Se encogió de hombros. Algunos nunca dejarían de ser animales, otros se convertían en... hombres.

Marco llegó al patio con la espada desenvainada. Sonreía.

—¿Quieres que esté a tu lado, Renio? ¿Quieres que te proteja el flanco izquierdo?

—Si necesitara protección, cachorrillo, te la pediría. Hasta entonces, vete a las puertas a montar guardia. Llámame cuando avistes gente.

Marco saludó con sequedad, más rígidamente que el cocinero, pero se detuvo un poco más de lo necesario. Renio percibía su insolencia y pensó en hacerle el favor de romperle la boca. Pero no; en ese momento no, necesitaba esa estúpida gallardía juvenil. Pronto aprendería lo que era matar de verdad.

A medida que los hombres volvían, les iba asignando puestos a lo largo de los muros. Eran muy pocos, pero creía de verdad lo que le había dicho a Cecilio. Los edificios exteriores arderían, sin duda; probablemente, los graneros desaparecerían y el ganado moriría, pero el núcleo principal no merecía tanto derroche de vidas. Sabía que un ejército lo tomaría en un momento... pero se trataba de esclavos ebrios de vino robado y de una libertad que desaparecería de nuevo al amanecer. Un hombre fuerte con un buen brazo armado y un temperamento inflexible podía dominar a la turba.

Todavía no había rastro de Julio ni de Cabera. Sin duda, el primero estaría poniéndose la coraza y las grebas, el uniforme completo. Pero, y el anciano curandero ¿dónde se había metido?

El arco que tan bien tensaba sería un punto a su favor, muy útil en los primeros momentos de la carnicería.

Los hombres de los muros parecían una bandada de ocas cacareando, excitadas y nerviosas.

—¡Silencio! —ordenó Renio secamente—. El próximo que abra la boca tendrá que bajar aquí y enfrentarse a mí.

Al hacerse de nuevo el silencio, repentinamente volvieron a oírse las voces y los aullidos de los esclavos en los campos.

—Tenemos que oír lo que pasa ahí fuera. Manteneos en silencio y templad cuantos músculos tengáis. Quedaos a cierta distancia unos de otros para poder manejar bien la espada sin cortar la cabeza al compañero de al lado.

Los hombres deshicieron los pequeños grupos que habían formado por la necesidad de contacto y, arrastrando los pies, se distanciaron un poco. El miedo se reflejaba en todas las miradas. Renio maldijo en silencio. Con diez hombres aptos de su antigua legión podría defender la plaza hasta el amanecer. Pero sólo disponía de niños con palos y cuchillos. Tomó una profunda bocanada de aire mientras pensaba en algo que decirles para animarlos. Incluso los férreos legionarios necesitaban arengas para derramar su sangre, y ellos confiaban en su preparación.

—No hay vía de escape. Si la muchedumbre logra romper vuestra defensa, aquí moriremos todos. Ésa es la razón por la que debéis aguantar. No podéis abandonar el puesto... ya estamos bastante separados ahora. El muro tiene algo más de un paso largo de anchura. Recordadlo, si retrocedéis más de un paso, os caeréis.

Observó a los hombres, que arrastraban los pies por el muro comprobando la anchura por sí mismos. Su expresión se endureció.

—Dejaré luchadores en el patio que se encargarán de todo el que logre saltar el muro. No miréis abajo aunque sepáis que están matando a vuestros amigos ahí mismo.

Cabera salió del edificio con el arco montado en la mano.

—¿Así les inspiras? ¿Vuestro imperio está fundado en esa clase de arengas? —murmuró. Renio lo miró ceñudamente.

—Jamás he perdido una batalla, ni con mis legiones ni en el circo. Bajo mando, jamás ha habido hombre que huyera o se rindiera. El que eche a correr pasará por encima de mí, y yo no echaré a correr.

—¡Yo no echaré a correr, Renio! —dijo Marco claramente, en medio del silencio. Renio lo miró a los ojos y percibió atisbos de la locura que había visto en otra ocasión.

—Yo tampoco, Renio —dijo otra voz. Los demás hicieron gestos de asentimiento y dijeron en voz baja que antes morirían, pero todavía se veían unas cuantas caras dominadas por el terror.

—Vuestros hijos, vuestros hermanos, vuestros padres os preguntarán si huisteis, pero seguro que podréis mirarlos a todos a la cara. —Hubo asentimientos y hombros que se enderezaron.

—Más vale —musitó Cabera otra vez.

Julio saltó ágilmente al patio por la puerta abierta con la coraza y los protectores de las piernas engrasados y lisos. La vaina corta se movía al compás de sus pasos y su rostro era una máscara de brutalidad alimentada por la rabia que ardía en su interior. Los hombres de los muros apartaron la mirada y la volvieron hacia los campos.

—Cortaré la cabeza a todo hombre de esta propiedad que no encuentre dentro de estos muros —dijo con un gruñido.

Cabera sacudió la cabeza brevemente, aunque no quería contradecir a ese hombre en presencia de todos.

—Señor —musitó—, todos tienen amigos ahí fuera, hombres y mujeres buenos que están atrapados o no pueden abrirse camino hasta ti. Esa amenaza, señor, los desanima.

—Así me place. ¡Todo el que se encuentre fuera de estos muros morirá y haré un montón con las cabezas de todos dentro de estas puertas! Esta es mi casa y Roma es mi ciudad. ¡Reduciremos a cenizas a la escoria que incendia casas, y luego las

esparciremos al viento! ¿Me has oído, enano? —La furia interior cobró dimensiones de ira flameante. Renio y Cabera se quedaron mirándolo mientras él subía la escalera de la esquina y recorría el muro a lo largo dando órdenes a gritos y tomando nota de las actitudes apocadas.

—Para ser político, enfoca los problemas de una forma singular —comentó Cabera en voz baja.

—En Roma abundan los hombres como él. Por eso somos un imperio, amigo mío, no por los discursos vacuos. —Renio esbozó su sonrisa de tiburón y se acercó al grupo de mujeres que esperaba hablando en voz baja.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó una joven esclava. Reconoció el rostro de la muchacha a la que había golpeado con el látigo muchos meses atrás, por distraer a los chicos durante las prácticas. Recordó que se llamaba Alexandria. Mientras las demás se encogían en su presencia, como correspondía al rango de esclavas domésticas, ella le sostuvo la mirada aguardando la respuesta.

—Armaos de cuchillos. Si alguien salta el muro, os arrojáis sobre él y lo acuchilláis hasta la muerte. —Un par de mujeres mayores dejaron escapar un sonido gutural entrecortado, y una de ellas parecía mareada.

»¿Quieres que os violen y os maten? ¡Dioses, mujer! No te pido que te subas al muro, sólo que nos protejas las espaldas. ¡Tenemos pocos hombres y no podemos prescindir de ninguno para protegeros a vosotras! —No podía soportar la debilidad. Valían para la cama, pero a la hora de depender de ellas... ¡Dioses!

—Cuchillos —dijo Alexandria, asintiendo—. Hay un hacha de cortar leña en el establo, a menos que alguien la haya cogido ya. Vete a buscar cuchillos, Susana. Rápido, ahora mismo. —Una matrona, pálida todavía, se apresuró a cumplir el encargo.

—¿Traemos agua, flechas? ¿Fuego? ¿No podemos hacer nada más?

—Nada —replicó Renio secamente—. Pero procurad matar a todo el que alcance el patio. Primero clavadle el cuchillo en la garganta, antes de que logre ponerse de pie otra vez. Es un salto de tres metros, habrá un momento de debilidad que tenéis que aprovechar.

—No te defraudaremos, señor —contestó Alexandria. Renio le sostuvo la mirada un rato más y advirtió el destello de odio que ensombreció fugazmente la aparente actitud serena. ¡Por lo visto, tenía más enemigos en ese lugar que en el exterior!

—Que así sea —dijo secamente, y dio media vuelta.

El cocinero había regresado con una gran bandeja metálica atada al pecho. Su entusiasmo resultaba vergonzoso, pero Renio le dio una palmada en el hombro cuando fue a reunirse con los demás.

Tabruk se encontraba al lado de Cabera, con un arco montado entre las manazas.

—El viejo Lucio maneja bien el arco, pero está en las cocinas preparándose para

recibir a los heridos —dijo con seriedad.

—Que venga aquí. Ya bajaré después, cuando termine su trabajo —replicó Renio sin mirarlo. Observaba el muro y las posiciones en busca de hombres nerviosos. No podrían resistir un ataque de verdad, de modo que rogó a sus dioses domésticos que los esclavos del exterior no logaran organizarse.

—¿Los esclavos tendrán arcos? —preguntó a Tubruk.

—Uno o dos, tal vez, los usan para cazar conejos. En toda la propiedad no hay más arco decente que éste... y el de Cabera.

—Bien. De otro modo, podrían dispararnos a todos. Pronto habrá que encender antorchas en el patio, necesitaremos suficiente luz para matar. Además hará destacar las siluetas de los defensores; aunque no podrán luchar en la oscuridad, este hatajo no, desde luego.

—Es posible que te sorprendan, Renio. Tu nombre todavía ejerce mucho poder. ¿Te acuerdas de la multitud del circo? Cada uno de los que están aquí tendrá algo que contar a todas las generaciones futuras de su familia, si sobrevive.

Renio soltó un bufido y dijo:

—Más vale que subas al muro, hay sitio en el otro extremo.

—Sé que los demás te han aceptado como jefe —replicó Tubruk negándose—. Incluso Julio te prestará atención en cuanto se calme un poco. Me quedo al lado de Marco para protegerlo. ¿Con tu permiso? —Renio se quedó mirándolo. ¿Es que nada funcionaría bien? Cocineros gordos, niñas con cuchillos, chiquillos arrogantes. ¿Y ahora, alguien iba a pasar por alto sus órdenes precisamente antes del combate? Levantó el puño derecho y descargó un gancho demoledor que levantó a Tubruk en el aire y lo tumbó de espaldas. Cayó al suelo y se quedó inmóvil, pero Renio, sin prestarle la menor atención, se dirigió a Cabera.

—Cuando se despierte, dile que el chico sabe cuidarse solo, y que si no ocupa su puesto, lo mato.

Cabera sonrió con los ojos muy abiertos, pero su rostro era como el invierno. A lo lejos, se oyó un súbito clamor de metal contra metal. El sonido se levantaba a rachas y unos cánticos resonaron en la negra noche. Se encendieron algunas antorchas en el momento en que los primeros esclavos llegaban al muro de la casa. Los seguían centenares más, procedentes de Roma, incendiándolo todo a su paso.

## IX

Todo estuvo a punto de concluir antes de empezar. Como Renio había pensado, los esclavos enloquecidos que llegaron en torrente al pie del muro tenían poca idea de cómo vencer a los defensores armados, y empezaron a dar vueltas alrededor gritando y aullando. Aunque era una oportunidad perfecta para los arqueros, Renio hizo un gesto negativo a Cabera y a Lucio, que observaban el terreno con los arcos dispuestos y la mirada fría. Todavía había posibilidades de que los amotinados se fueran a buscar un blanco más fácil, y unas cuantas flechas podrían encender la mecha de la rabia y prender fuego a la ardiente desesperación.

—¡Abrid las puertas! —dijo una voz desde la masa de portadores de antorchas. A la luz vacilante, se habría dicho que era un festival, de no haber sido por las expresiones brutales de los atacantes. Renio los miró con detenimiento, sopesando las opciones. La retaguardia aumentaba sin cesar. Evidentemente eran muchos más de lo que podía soportar una propiedad pequeña. Esclavos delincuentes procedentes de Roma engrosaban las filas sin nada que perder, aportando odio y violencia cuando la razón habría podido darles una jornada victoriosa. Los de las primeras filas avanzaron, empujados desde atrás, y Renio levantó el brazo dispuesto a dar la orden a sus dos únicos arqueros de disparar las primeras flechas contra la multitud. A tan corta distancia, no podían fallar.

Un hombre se adelantó. Era muy musculoso y tenía una poblada barba negra que le confería aspecto de bárbaro. Era probable que, sólo unos días atrás, estuviera transportando piedras obedientemente en una cantera, o entrenando caballos de un amo indulgente. En ese momento, tenía el pecho salpicado de sangre ajena, su cara era una mueca de odio y los ojos le brillaban a la luz de la antorcha.

—¡Los de los muros! ¡Sois esclavos como nosotros! Matad a los que se dicen mejores que vosotros. Matadlos a todos y os recibiremos como amigos.

Renio bajó el brazo y Cabera clavó una flecha emplumada en la garganta de ese hombre.

En el silencio que siguió, Renio se dirigió al tropel de esclavos con voz de trueno:

—Eso es lo que conseguiréis de mí. Soy Renio y no pasaréis de donde estáis. ¡Id a casa a esperar justicia!

—¿Justicia de esa clase? —replicó una voz rabiosa. Otro hombre corrió hasta el muro y saltó hacia la elevada cornisa. Había llegado el momento y la multitud empezó a gritar y a agolparse ante las puertas.

Pocos tenían espada. La mayoría iban armados como los defensores, con lo primero que habían encontrado. Algunos no tenían más arma que la rabia frenética, y Renio terminó con el primero de ellos con un pase de espada por el cuello, haciendo caso omiso de los dedos temblorosos que se aferraban a su coraza. Los gritos surgían

a lo largo de toda la fila, entre el entrechocar de metales y de acercó contra carne y hueso. Renio vio que Cabera dejaba el arco, sacaba un cuchillo corto de aspecto amenazador y se lo clavaba a un hombre antes de apartarse de un salto y dejar que el cuerpo cayera encima de sus compañeros. El anciano pisoteaba las manos que iban afianzándose en los asideros que el muro proporcionaba, y los cuerpos de los muertos servían de plataforma a los nuevos atacantes.

Renio sintió un leve mareo; supo que la herida del hombro se le había abierto otra vez al notar una calidez repentina en los vendajes, acompañada de un dolor ardiente. Apretó las mandíbulas y clavó el *gladius* en el estómago de un hombre, aunque estuvo a punto de perder el arma atrapada entre las pegajosas entrañas cuando la víctima cayó hacia atrás. Otro apareció en su lugar, y luego otro más; no veía el final. Un golpe de un trozo de madera lo aturdió un instante. Retrocedió tambaleándose, buscando la energía necesaria para levantar la espada contra el siguiente adversario. Le dolían los músculos y el agotamiento que lo había desbordado en el combate con Marco se apoderó de él otra vez.

—Ya estoy muy viejo para esto —musitó escupiendo sangre por la boca. Percibió un movimiento a su izquierda y dio un giro para ver de quien se trataba, pero con lentitud. Era Marco, que le sonreía. Estaba cubierto de sangre y parecía un demonio de los mitos antiguos.

—Me preocupa un poco la velocidad de la guardia baja. ¿Serías tan amable de observarme un rato y decirme dónde radica el problema?

Mientras hablaba, empujó con el hombro a un contrincante que trataba de enderezarse. El hombre cayó en mala postura, retrocediendo a trompicones, y finalmente dio de cabeza en el suelo con un grito.

—Te dije que no abandonarás tu puesto —contestó Renio jadeando, procurando disimular su debilidad.

—Iban a matarte. Ese honor me corresponde a mí... no voy a regalárselo a la ligera a esa escoria sin madre, creo. —Y señaló con un gesto hacia el otro lado de la puerta, donde Cecilio, conocido por todos como el cocinero, sencillamente, cortaba a diestro y siniestro desenfrenadamente.

—¡Venid, cerdos! ¡A mí, ganado! ¡Os haré picadillo! —Debajo de la grasa tenía que haber músculo, pues manejaba la pesada cuchilla de carnicero como si fuera de madera ligera.

—El cocinero los mantiene a raya en mi lugar. La verdad es que se lo está pasando en grande —añadió Marco animadamente.

Tres hombres rebasaron el muro al mismo tiempo saltando desde el montón de cadáveres, que ya alcanzaba la mitad de la altura de la pared. El primero blandió la espada contra Marco, que hincó la suya al oponente en el pecho lateralmente, arrojándolo con un brutal golpe al empedrado del patio. Al segundo lo liquidó de un



revés que halló blanco a la altura de los ojos y atravesó carne y hueso. Murió al instante.

El tercero gritó de alegría al acercarse a Renio. Conocía bien al viejo gladiador y, mentalmente, ya estaba contando la hazaña a sus amigos, cuando Renio levantó la espada por debajo de la guardia y se la hundió en el pecho.

Renio lo dejó caer y sacó la espada limpiamente. El brazo izquierdo le dolía otra vez, con un dolor profundo. El pecho le palpitaba de dolor y dejó escapar un gruñido.

—¿Te han herido? —preguntó Marco sin apartar la mirada del muro.

—No. Vuelve a tu puesto —replicó Renio con la cara cenicienta de pronto.

Marco lo miró detenidamente.

—Creo que me voy a quedar un poco más —dijo en voz baja. Seguían llegando hombres a lo alto del muro y su espada bailaba segando gargantas imparablemente.

El padre de Cayo llevaba cuenta de los que caían bajo su espada. Luchaba como le habían ensañado: ataque, guardia, revés. Los cadáveres se amontonaban en mayor número al pie de la puerta; una vocecita le decía que ya tendrían que haberse dado por vencidos. No eran más que esclavos. No tenían que traspasar el muro. ¿Por qué no se rendían? Cuando acabara esa escaramuza, haría levantar el muro a la altura de tres hombres.

Se diría que se arrojaban contra la espada, la cual se empapaba en sangre y salpicaba el muro y las puertas de borbotones líquidos, empapándolas también. Sólo las piernas seguían sosteniéndolo con fuerza. Seguro que no tardarían en abandonar y marcharse en busca de un objetivo más fácil. Ataque, guardia, revés. No bajaba el ritmo legionario de muerte, pero seguían trepando hombres interminablemente por los cadáveres amontonados, al asalto de la casa. La espada se le había desafilado a fuerza de golpear contra huesos y metal, y el golpe siguiente sólo logró arañar al hombre que saltaba sobre él. Una daga se le hundió en el músculo duro del estómago y soltó un gruñido de dolor al tiempo que destrozaba con la espada la mandíbula de aquel hombre y lo dejaba caer.

Alexandria se encontraba en el patio, en un charco de sombras. Las demás mujeres lloraban quedamente. Una rezaba. Vio que Renio estaba exhausto y le decepcionó que el joven Marco interviniera para salvarlo. Se preguntó por qué lo haría y se le abrieron los ojos al contemplar el vivo contraste entre ambos. Por un lado, el guerrero entrecano, veterano en mil conflictos, lento, agobiado de dolor. Por el otro, Marco, un asesino de movimientos ágiles que sonreía al dar muerte a los esclavos que topaban con su espada. No importaba que fueran armados de espada o garrote. A su lado parecían torpes, y les robaba la fuerza de una estocada o una rebanada. Un hombre ni siquiera se dio cuenta de que estaba muriéndose. La sangre le brotaba por el pecho, pero él seguía asestando golpes con una lanza rota y una expresión de poseso.

Alexandria tuvo la curiosidad de esforzarse por verle la cara, y captó el momento definitivo en que el dolor se hizo patente y el hombre vio acercarse la oscuridad.

A lo largo de su vida, había oído muchos relatos de la fuerza y la gloria de los hombres, que parecían sobrevolar la carnicería presente como fantasmas dorados que no acabaran de encajar en la realidad. Quería descubrir momentos de camaradería, de valentía ante la muerte, pero desde las sombras no lograba verlos.

El cocinero disfrutaba del combate sin recato. Había empezado a cantar una canción vulgar sobre un día de mercado y lindas doncellas, y machacaba el estribillo con más volumen que afinación, sin dejar de clavar la cuchilla en cráneos y cuellos. A medida que caían hombres al contacto con su hoja, la canción se hacía más estentórea.

A la izquierda de Alexandria, un defensor cayó al patio desde lo alto del muro. Ni siquiera intentó protegerse del impacto de la caída y se golpeó la cabeza contra la dura piedra con un ruido líquido. Alexandria se estremeció y se agarró al hombro de otra compañera en la oscuridad. Fuera quien fuese, lloraba en silencio, pero no había tiempo para eso.

—¡Rápido... van a empezar a colarse por el hueco! —dijo entre dientes, arrastrando consigo a su compañera, pues no confiaba en cumplir la encomienda ella sola.

Mientras avanzaban, el topetazo de otra caída se oyó en una parte distinta del muro. Un hombre se descolgaba desde arriba, se quedó en suspenso un momento y por fin se dejó caer.

Al girarse, parecía una pesadilla desbocada y sangrienta y, cuando se le iluminaron los ojos por la falta de defensores, Alexandria le clavó la hoja en el corazón. La vida se le escapó en un suspiro y otro hombre cayó al suelo allí cerca. El chasquido del tobillo se oyó aun a pesar del fragor en los muros. La matronil Susana, siempre tan puntillosa respecto a la disposición de los objetos en la mesa de banquetes del amo, le hincó un cuchillo de desollar en la garganta y se alejó dándole la espalda, dejándolo estremecido entre espasmos.

Alexandria levantó la mirada hacia el luminoso círculo de antorchas del muro. ¡Al menos tenían luz! ¡Qué horrendo era morir entre tinieblas!

—¡Más antorchas aquí! —gritó entonces, con la esperanza de que alguien la escuchara.

Unas manos la agarraron desde atrás y le torcieron la cabeza a un lado. Se tensó al pensar en el daño que le harían a continuación, pero la fuerza que le aferraba por los hombros desapareció de pronto y, al volverse, vio a Susana con la mano en la que empuñaba el cuchillo recién cubierta de rojo.

—¡Anímate, cielo. La noche aún no ha terminado. —Susana sonrió y el pánico cesó. Alexandria pasó revista al patio con las demás compañeras y apenas se inmutó

cuando otro atacante cayó al patio. En esa ocasión, tres hombres se colaron por el hueco que había quedado libre, y se veía a dos más esforzándose en trepar por encima de los resbaladizos cadáveres.

Todas las mujeres sacaron los cuchillos, y la luz de las antorchas se reflejó incluso en la hojas blandidas en las sombras del patio. Antes de que los hombres pudieran adaptar la vista a la oscuridad, las mujeres se lanzaron sobre ellos, los inmovilizaron y los acuchillaron.

Cayo se despertó sobresaltado. Aurelia, su madre, estaba sentada junto al lecho con un paño húmedo en la mano. Le había despertado el roce y, al mirarla, ella se lo colocó en la frente musitando para sí. Oyó gritos y el inconfundible clamor de la batalla, a lo lejos. ¿Cómo había podido permanecer dormido? Cabera le había administrado un brebaje caliente al caer la noche. Seguro que contenía alguna sustancia.

—Madre, ¿qué sucede? ¡Oigo ruido de lucha!

—Silencio, querido mío —dijo Aurelia sonriendo con tristeza—. No tienes que sufrir emociones. Se te escapa la vida, y he venido a dulcificar tus últimas horas.

Cayo palideció ligeramente. No; estaba débil, pero sano.

—No me estoy muriendo, madre. Estoy mejorando. Dime, ¿qué ocurre en el patio? ¡Tengo que salir!

—Silencio, silencio. Ya sé que decían que estabas reponiéndote, pero también sé que me mienten. Ahora, quédate quieto y yo te refrescaré la frente.

Cayo la miraba con incredulidad. Esa especie de idiota desgachada no había hecho más que aparecer de pronto en su vida robándole a la mujer vital y despierta a la que echaba de menos. Se estremeció al pensar en el acceso de gritos que provocaría con una palabra mal dicha.

—Deseo sentir el aire de la noche en la piel, madre. Por última vez. Por favor, sal mientras me visto.

—Claro que sí, vida mía. Ahora que te he dicho adiós, hijo mío perfecto, vuelvo a mis habitaciones. —Dejó escapar una risita breve y suspiró como si cargara con un gran peso.

»Tu padre está ahí fuera exponiéndose a la muerte, en vez de cuidar de mí. Nunca me ha cuidado como es debido. Hace años que no hacemos el amor.

Cayo no sabía qué decir. Se sentó y cerró los ojos al sentir debilidad. Ni siquiera podía apretar los puños, pero tenía que averiguar qué sucedía en el patio. ¡Dioses! ¿Por qué no había nadie por allí? ¿Estaban todos fuera? ¿Y Tubruk?

—Madre, por favor, vete. Tengo que vestirme. Quiero sentarme al aire libre en mis últimos momentos.

—Lo comprendo, mi amor. Adiós. —Al besarle la frente se le llenaron los ojos de

lágrimas; después, la reducida estancia quedó nuevamente vacía.

Por unos instantes sintió la tentación de dejarse caer de nuevo entre las almohadas. Notaba la cabeza pesada y densa, y supuso que Cabera le había administrado una droga, que lo habría mantenido dormido hasta la mañana de no haber sido por la presencia de su madre. Lentamente, sacó las piernas de la cama y apoyó los pies en el suelo. Debilidad. Ropa. Las cosas, de una en una.

Tubruk sabía que no resistirían mucho más. Sudaba la gota gorda tratando de cubrir el hueco dejado por dos hombres a su lado. Una y otra vez, se giraba justo a tiempo de detener el ataque de los que avanzaban con sigilo tan pronto como caían los de delante. Resollaba y, a pesar de toda su pericia, sabía que la muerte se aproximaba.

¿Por qué no se retiraban? ¡Condenados dioses, que se fueran todos al infierno! ¿Por qué no se retiraban? Se maldijo por no haber previsto alguna posición protegida donde hacerse fuertes, pero en realidad no había ninguna. Los muros eran la única defensa con que contaba la casa, y la horda estaba a punto de desbordarlos.

Resbaló en un charco de sangre, cayó al suelo en mala postura y se le cortó la respiración. Una daga se clavó en su costado y un pie descalzo y sucio pretendía aplastarle la cara hundiéndosela en el suelo. Lo mordió y oyó gritar a alguien a lo lejos. Logró apoyar una rodilla en tierra, pero tarde para detener a dos hombres que saltaban al patio. Deseó que las mujeres pudieran con ellos. Con cautela, se tocó el costado; se estremeció al ver el hilo de sangre y lo miró detenidamente buscando burbujas de aire. No había, todavía respiraba, aunque el aire le sabía a hojalata caliente y a sangre.

Durante unos momentos, nadie se abalanzó sobre él y pudo echar un vistazo a los muros. De los veintinueve hombres que había al principio, sólo quedaban quince. Habían hecho milagros, allá arriba, pero no sería suficiente.

Julio luchaba denodadamente mientras la fuerza se le escapaba por las heridas. Se sacó una daga del cuerpo con un gruñido y, al instante, la perdió en el pecho del siguiente hombre que se enfrentó a él. El aliento le abrasaba la garganta, miró al patio y vio llegar a su hijo. Sonrió y creyó que le iba a estallar el pecho de orgullo. Otra hoja lo ensartó por el resquicio abierto entre la coraza y el cuello, y se le hundió en los pulmones. Escupió sangre y hundió el *gladius* en el atacante sin verlo, sin mirarlo a la cara. Los brazos no le respondieron, la espada se le cayó de la mano y rebotó ruidosamente en las piedras del patio. Tuvo que limitarse a mirar lo que sucedió a continuación.

Tubruk vio caer a Julio entre la nutrida masa de hombres que pasaban a su lado por el estrecho pasillo y se perdían en las sombras de abajo. Gritó de rabia y dolor sabiendo que no llegaría a tiempo. Renio seguía en pie, aunque sólo gracias a la

vigilancia de Marco, que preservaba al viejo gladiador de la muerte; pero incluso el cegador baile de la hoja del muchacho empezaba a flaquear a causa de la sangre que perdía por las heridas, la vida se le iba en regueros por un puñado de tajos profundos.

Cayo subió y apareció al lado de Tubruk pálido por el esfuerzo de arrastrarse por los peldaños del muro. Llevaba el *gladiu* en la mano y lo blandió al llegar arriba para clavárselo a un hombre que trepaba sobre la masa oscura de los caídos. El hombre agitó una daga y le arañó en la cara. Cayo le asestó otro golpe en el cuello y el asaltante perdió la vida. Pero aparecieron otros rostros trepando por las piedras resbaladizas entre gritos y maldiciones.

—Tu padre, Cayo...

—Lo sé. —El brazo con el que blandía la espada se alzó sin un temblor para detener una lanza, reliquia de alguna batalla antigua. Hincó el arma dando un paso y arrebató la vida al hombre destrozándole la garganta entre una lluvia de sangre. Tubruk cargó contra otros dos, uno se cayó por el borde, pero él cayó de rodillas al hacerlo en el caos resbaladizo del suelo. Cayo detuvo al siguiente cuando pretendía clavar un revés a Tubruk. Después, retrocedió un paso tambaleándose, pálido bajo el baño de sangre, con las rodillas temblorosas. Juntos esperaron a que asomara el siguiente por el borde.

De pronto, la noche se iluminó con el resplandor de las llamas de los establos incendiados, pero no llegaba ningún atacante más a poner fin a su vida.

—Uno más —juró Tubruk entre dientes ensangrentados—. Todavía puedo llevarme conmigo a uno más. Deberías bajar, no estás en condiciones de luchar. —Cayo no le hizo el menor caso, tenía los labios apretados formando una línea amenazadora. Esperaron, pero no llegó ninguno más. Tubruk se acercó un poco al borde exterior del muro a mirar, y vio el revoltijo de piernas, brazos y cuerpos destrozados que se apilaban bajo la cornisa, despatarrados en la resbaladiza y cruenta masa, con expresiones desencajadas. Allí no había nadie esperándole con una daga, nadie en absoluto.

La luz de los establos incendiados recortaba siluetas que saltaban y brincaban de un lado a otro en la oscuridad. Tubruk empezó a reírse por lo bajo, estremeciéndose al notar que las grietas de los labios se le abrían otra vez.

—Han encontrado la bodega —dijo, incapaz de contener la risa un instante más, a pesar del dolor desgarrador que le producía.

—¡Se marchan! —farfulló Marco, perplejo. Carraspeó y escupió sangre en el suelo preguntándose difusamente si sería suya. Se volvió a Renio con una sonrisa y lo vio sentado, desplomado, apoyado en dos cadáveres. El viejo guerrero se limitó a mirarlo y Marco recordó por un momento la corrosiva aversión que sentía hacia él.

—Yo... —Se detuvo y dio dos pasos rápidos en dirección al viejo. Se estaba

muriendo, era evidente. Apoyó la mano, negra de sangre y suciedad, en el pecho del viejo y notó que el corazón latía y se detenía.

—¡Cabera! ¡Aquí, rápido! —gritó.

Renio cerró los ojos para no oír ni sentir dolor.

Alexandria jadeaba como si estuviera de parto. Estaba exhausta y cubierta de sangre; jamás se había imaginado que pudiera ser tan pegajosa y maloliente como era. En los relatos tampoco hablaban nunca de eso. Aquello era resbaladizo al principio, unos momentos, y luego se pegaba a las manos de modo que cuanto tocaba se le quedaba pegado a su vez. Esperaba a que cayera el siguiente en el suelo paseándose casi ebria, con el cuchillo en la mano y el brazo tenso al costado.

Tropezó con un cadáver, era Susana. Nunca más volvería a trinchar una oca, ni a cubrir el suelo de la cocina con esteras limpias ni a dar migajas a los cachorros descarriados cuando iba de compras a Roma. Con el último pensamiento, llegaron lágrimas cristalinas que cayeron al barro y a la suciedad. Siguió andando, manteniendo la vigilancia, pero ningún enemigo más aterrizaba como un sapo en el patio. No llegó nadie más, pero ella seguía deambulando, incapaz de detenerse. Faltaban dos horas para el amanecer y todavía oía gritos en los campos.

—¡Quietos en el muro! ¡Qué nadie abandone su puesto hasta el amanecer! —gritaba Tubruk a pleno pulmón por todo el patio—. Todavía podrían volver.

De todos modos, no lo creía. En la bodega había casi mil ánforas lacradas de vino. Aunque los esclavos hubieran roto unas cuantas, todavía quedarían suficientes para mantenerlos ocupados hasta la salida del sol.

Después de dar la última orden, quería bajar para ver personalmente a Julio, que yacía entre cadáveres, pero alguien tenía que ponerse en su lugar.

—Vete a ver a tu padre, muchacho.

Cayo asintió y bajó buscando el apoyo de la pared. El dolor era lacerante. La incisión de la operación se había vuelto a abrir y, al tocarse la herida, se le quedaron los dedos rojos y brillantes. Subió de nuevo la escalera, hacia las posiciones defensivas, las heridas se abrieron cuanto quisieron, pero él aguantó.

—Padre, ¿has muerto? —musitó al mirar el cuerpo. No podía haber respuesta.

—Manteneos en vuestros puestos, muchachos. De momento, todo ha terminado.

Alexandria oyó el aviso y dejó caer el cuchillo al suelo. Otra esclava de las cocinas la sujetó por las muñecas, le decía algo, pero no lograba entender las palabras con el griterío de los heridos, que surgió de repente en lo que había tomado por silencio.

«Llevo toda la vida en silencio, en la sombra —pensó—. He visto el infierno».

¿Quién era ella, entonces? Las fronteras se habían borrado en alguna parte a lo largo de la noche, mientras mataba esclavos que deseaban la libertad tanto como ella

misma. El peso de todo lo acaecido la aplastó contra el suelo y empezó a llorar.

Tubruk no podía esperar más. Bajó de su puesto en el muro y subió otra vez a donde se encontraba Julio. Cayo y él lo contemplaron sin una palabra.

Cayo trató de asimilar la realidad de la muerte de su padre. No podía. Lo que yacía en el suelo era un objeto roto, desgarrado, cortado a tajos, en medio de charcos cada vez mayores de un líquido que, a la luz de las antorchas, más parecía aceite que sangre. La presencia de su padre había desaparecido.

Súbitamente, dio media vuelta y levantó la mano como para guardarse de algo.

—Había alguien a mi lado. He percibido que había alguien aquí, mirándome — empezó a farfullar.

—Sería él, no te preocupes. Ésta es la noche de los espíritus.

Sin embargo, la sensación desapareció y Cayo se estremeció; apretó las mandíbulas oponiéndose a un dolor que iba a hundirlo.

—Déjame, Tubruk. Y gracias.

Tubruk asintió y sus ojos se ensombrecieron al bajar la escalera cojeando hasta el patio. Cansado, volvió a subir a su puesto del muro y miró a cada uno de los cadáveres cuyas vidas había tronchado procurando recordar los detalles de cada muerte. Sólo reconoció a unos pocos; abandonó ese inútil recuento enseguida y se sentó apoyándose en un poste, con la espada entre las piernas, mirando el resplandor mortecino del fuego de los campos y esperando la aurora.

Cabera impuso las manos a Renio sobre el corazón.

—Ha llegado su hora, creo. Sus paredes interiores son delgadas y viejas. Algunas gotean sangre, cuando no deberían hacerlo.

—Curaste a Cayo. También a él lo puedes curar.

—Es viejo, muchacho. Ya estaba débil y yo... —Cabera se detuvo al notar el contacto de la espada caliente en su espalda. Lentamente, con cautela, dio media vuelta y vio a Marco. En su amenazadora expresión no captó nada que le aliviara.

—Está vivo. Trabaja o mataré sólo a uno más.

Al oír esas palabras, Cabera percibió un cambio y otros futuros entraron en juego como fichas de apuestas que se colocaran en su lugar con un chasquido silencioso. Se le abrieron los ojos de pasmo, pero, sin una palabra, empezó a concentrar energías curativas. ¡Qué joven tan singular, capaz de doblegar el futuro a su alrededor! Sin duda, había llegado a su lugar en la historia. Sin duda, corrían tiempos de corrientes y variaciones que no seguían el orden normal y la progresión segura.

Se sacó una aguja de hierro de la ropa y la enhebró rápida y limpiamente. Trabajaba con cuidado, cosiendo las partes ensangrentadas de carne desgarrada,

recordando lo que significaba ser joven, cuando todo parecía posible. Ante la mirada de Marco, Cabera impuso sus manos morenas a Renio en el pecho y empezó a masajear el corazón. Notó que los latidos aumentaban y sofocó una exclamación cuando la vida volvió a inundar el viejo cuerpo. Mantuvo esa posición un largo rato, hasta que el dolor grabado en la expresión de Renio disminuyó y pareció que simplemente estuviera dormido. Cuando Cabera se puso en pie, tambaleándose de agotamiento, hizo un gesto de asentimiento para sí como si acabara de confirmar una teoría.

—Los dioses son jugadores extraños, Marco. Nunca nos cuentan todos sus planes. Tenías razón. Todavía verá unas cuantas auroras y atardeceres, antes del final.



## X

Cuando el sol asomó por el horizonte, no había nadie en los campos. Los que habían asaltado la bodega estarían sin duda entre el trigo, profundamente sumidos en el letargo etílico. Cayo se asomó a lo alto del muro y vio el humo que se elevaba con pereza del suelo ennegrecido. Los árboles se alzaban calcinados y desnudos, y el grano para el invierno humeaba todavía entre las ruinas de los cobertizos.

Era una escena curiosamente pacífica, incluso las aves matutinas guardaban silencio. La violencia y la conmoción de la noche anterior parecían lejanas, mirando los campos. Cayo se frotó la cara un momento, luego dio media vuelta y bajó al patio por los escalones.

Las blancas paredes estaban salpicadas de un rojo oscuro por todas partes. La sangre se coagulaba en charcos por los rincones y se veían rastros macabros de los cadáveres que habían sido retirados o arrastrados fuera de los muros, para ser transportados a diferentes fosas tan pronto como se dispusieran carretas para ello. Los defensores caídos yacían sobre paños limpios en habitaciones frescas, con el cuerpo colocado lo más dignamente posible. A los demás, iban arrojándolos simplemente a un montón creciente del que sobresalían brazos y piernas en posiciones imposibles. Cayo observaba la tarea mientras oía los lamentos de los heridos cuando les cosían una herida o los preparaban para una amputación.

Hervía de rabia y no tenía sobre qué desatarla. Lo habían encerrado, lo habían protegido de la batalla mientras todos sus seres queridos arriesgaban la vida y su padre se entregaba hasta el fin en defensa de la familia y las propiedades. Ciertamente, todavía estaba débil a causa de la operación, apenas se le habían cerrado las heridas, pero ¡haberle negado la posibilidad de ayudar a su padre! Le faltaban palabras y, cuando Cabera se le acercó para darle el pésame, no le prestó la menor atención, de modo que el hombre se alejó. Cayo se sentó, exhausto, cogió un puñado de polvo y lo dejó escapar entre los dedos; entonces se acordó de las palabras de Tubruk, hacía ya unos años, y por fin las entendió: su tierra.

Se le acercó un esclavo cuyo nombre no conocía, pero sus heridas demostraban que había tomado parte en la defensa.

—Mi señor, todos los muertos están fuera de las puertas. ¿Vamos a buscar carretas para llevárnoslos?

Era la primera vez que alguien le llamaba por un título que no fuera su propio nombre. Cayo compuso una expresión dura para disimular la sorpresa. Tenía la mente llena de sufrimiento y su voz sonó como desde las profundidades de un pozo.

—Trae aceite de lámparas. Los quemaré ahí mismo, donde están. —El esclavo inclinó la cabeza y fue corriendo a buscar aceite. Cayo salió al exterior y contempló el informe montón de cadáveres. Era estremecedor, pero no halló compasión en su

espíritu. Cada uno de los que allí yacían había escogido ese destino al participar en el ataque a la casa.

Regó el montón de muertos con aceite rociando cuerpos y caras, vertiéndolo en bocas abiertas y ojos que no parpadeaban. Luego les prendió fuego y comprendió que, a pesar de todo, no podría quedarse mirando cómo ardían. El humo le evocó el recuerdo del cuervo que habían atrapado entre Marco y él, y entonces llamó a un esclavo.

—Trae barriles de las despensas y alimenta la hoguera hasta que todo quede reducido a cenizas —dijo ásperamente. Entró en la casa mientras el fuego tomaba fuerza y el olor lo siguió como un dedo acusador.

En la gran cocina, se encontró con Tubruk, que estaba tumbado de lado con una tira de cuero entre los dientes, mientras Cabera le tocaba una herida de daga que tenía en el estómago. Se quedó mirando un momento, pero no hubo intercambio de palabras. Siguió andando y vio al cocinero, sentado en un peldaño, con la cuchilla ensangrentada todavía en la mano. Cayo sabía que su padre habría encontrado palabras de ánimo para ese hombre, que parecía desolado y perdido. Él no podía hallar en sí mismo sino rabia fría, y se acercó al hombre, que tenía la mirada perdida en el espacio, clavada en el infinito, como si Cayo no estuviera allí. Entonces, el muchacho se detuvo. Si eso era lo que habría hecho su padre, así lo haría él.

—Te vi luchando en el muro —dijo al cocinero con voz firme y fuerte, por fin.

El hombre asintió y pareció recomponerse. Hizo un esfuerzo por levantarse.

—Sí, mi señor. Maté a muchos pero, después de un rato, acabé perdiendo la cuenta.

—Bien, acabo de prender fuego a ciento cuarenta y nueve cuerpos, de modo que debiste matar a muchos, en efecto —dijo Cayo tratando de sonreír.

—Nadie pasó por encima de mí. Nunca he tenido tanta suerte. Creo que los dioses me escogieron esta noche. A todos nosotros.

—¿Viste morir a mi padre?

El cocinero, de pie, levantó un brazo como si fuera a ponérselo al muchacho en el hombro. En el último momento, lo pensó mejor y convirtió el movimiento en un gesto de lamento.

—Sí, señor. Arrastró a muchos consigo, y a todos los que se había llevado antes. Estaba rodeado de grandes montones, al final. Fue un hombre valiente y bueno.

La amable respuesta del hombre hizo tambalear la serenidad de Cayo y el chico asintió apretando la mandíbula. Superada la punzada de dolor, habló también con amabilidad:

—Se habría sentido muy orgulloso de ti, lo sé. Hubo un momento en que estabas incluso cantando.

Para su sorpresa, el hombre se ruborizó intensamente.

—Sí. Disfruté de la lucha. Sé que hubo mucha sangre y muerte a mi alrededor, pero era sencillo, ¿comprendes, mi señor? Sólo tenía que matar a todo el que viera. Me gustan las cosas llanas.

—Comprendo —dijo Cayo con una sonrisa forzada—. Ahora, descansa. Los fogones están en marcha y pronto traerán sopa.

—¡Los fogones! ¡Y yo, aquí! Tengo que ir, señor, de lo contrario la sopa no servirá para nada.

Cayo asintió y el hombre se fue, pero se olvidó de su gran cuchilla, que se quedó apoyada en el escalón. Cayo suspiró. Deseó que su vida fuera así de sencilla, poder tomar y dejar papeles diferentes sin lamentarlo.

Perdido en sus pensamientos como estaba, no se dio cuenta del regreso del cocinero hasta que éste habló.

—Mi señor, tu padre también se habría sentido muy orgulloso de ti, creo. Tubruk dice que lo salvaste cuando estaba agotado, al final, y a pesar de estar herido también. Yo me sentiría muy orgulloso de tener un hijo tan valiente.

Las lágrimas inundaron repentinamente los ojos de Cayo, y el muchacho dio la espalda al cocinero para que no lo viera llorar. No era momento para derrumbarse, no cuando las tierras estaban sumidas en el caos y toda la cosecha de invierno se había perdido en los incendios. Intentó mantenerse ocupado en otros quehaceres, pero se sentía solo y desamparado y las lágrimas lo asaltaron con más fuerza, pues los pensamientos volvían una y otra vez a la pérdida sufrida, como un pajarillo que se picotea las heridas sangrantes.

—¡Eh, hola! —sonó una voz fuera de la puerta principal. Cayo oyó el tono animoso y se sobrepuso. Ahora era el señor de las tierras, hijo de Roma y de su padre, y no pondría en entredicho la memoria de su progenitor. Subió los peldaños del muro sin percibir apenas las imágenes fantasmagóricas que corrían a su encuentro. Todas provenían de las tinieblas. Al sol, las sombras no tenían entidad.

Desde arriba vio el casco de bronce de un oficial delgado montado en un elegante caballo, que pateaba el suelo con inquietud mientras esperaba. El oficial llevaba una guardia de diez legionarios. Todos permanecían alerta y dispuestos para la acción. El oficial miró hacia arriba y asintió con un gesto al ver a Cayo. Tendría unos cuarenta años, era un hombre curtido y en buena forma.

—Hemos visto la humareda y hemos acudido para ver cómo estaba todo, por si había esclavos rebeldes aquí. Ya veo que habéis tenido problemas. Soy Tito Prisco, centurión de la legión de Sila, que acaba de alegrar a la ciudad con su presencia. Mis hombres están recorriendo los campos de los alrededores y haciendo tareas de limpieza y ejecución. ¿Puedo hablar con el señor de la casa?

—Soy yo —dijo Cayo—. ¡Abrid las puertas! —ordenó.

Esas palabras consiguieron lo que no habían logrado los merodeadores la noche anterior, y las pesadas verjas se abrieron para franquear el paso a los soldados.

—Parece que la batalla fue cruda aquí —comentó Tito sin rastro de animación en la voz ni en la actitud—. Tenía que haberme dado cuenta por el montón de cadáveres, pero... ¿habéis sufrido muchas bajas?

—Algunas. Pero conseguimos defender los muros. ¿Cómo está la ciudad? —Cayo no sabía qué decir a aquel hombre. ¿Era su deber ofrecerle una conversación cortés?

Tito desmontó y dejó las riendas en manos de un soldado.

—Sigue en pie, señor, aunque han desaparecido cientos de casas de madera y hay unos cuantos miles de muertos en las calles. De momento, se ha restablecido el orden, aunque no diría que sea seguro salir a la calle después de la puesta del sol. Por ahora, estamos deteniendo a cuantos esclavos encontramos y crucificando a uno de cada diez, para que sirva de escarmiento: son órdenes de Sila para todas las tierras cercanas a Roma.

—Que sean uno de cada tres, de los que se encuentren en mis propiedades. Los reemplazaré cuando todo se haya calmado. No quiero que ninguno de los que lucharon contra mí anoche escape sin castigo.

El centurión lo miró un momento, vacilante.

—Con tu permiso, señor, ¿estás en posición de dar semejantes órdenes? Perdona las comprobaciones, pero las circunstancias me obligan, ¿hay alguna... persona que te respalde?

Cayo se encendió de rabia un momento, pero de pronto se dio cuenta del aspecto que debía de ofrecer al oficial. No había tenido ocasión de lavarse, después de que Lucio y Cabera le recosieran las heridas y le pusieran vendajes nuevos. Estaba sucio, manchado de sangre y extraordinariamente pálido. No sabía que también tenía los ojos ribeteados de rojo, a causa del humo del aceite y de las lágrimas, y que sólo algo que emanaba de sus modales evitaba que un soldado curtido como Tito le propinara un bofetón por insolente. Sin embargo, había algo que Tito no lograba identificar con exactitud, como una sensación de que a ese jovencito no había que enfurecerlo inútilmente.

—No te preocupes, yo, en tu lugar, haría lo mismo. Voy a buscar al administrador de mis propiedades, si el médico ha terminado con él. —Cayo le dio la espalda y se alejó sin una palabra más.

Habría sido un gesto de amabilidad invitar a esos hombres a tomar algo fresco, pero a Cayo le irritó tener que recurrir a Tubruk para que corroborase sus referencias, de modo que los dejó esperando.

Al menos, Tubruk estaba aseado y vestido con ropa oscura y presentable. La túnica de lana y los pantalones de cuero ocultaban todas las heridas y vendajes.

Sonrió al ver a los legionarios. El mundo volvía a ponerse al derecho.

—¿Sois los únicos en toda esta zona? —preguntó sin preámbulos ni explicaciones.

—Pues... no, pero... —empezó Tito.

—Bien... —Tubruk se dirigió a Cayo—. Señor, sugiero que envíes un mensaje comunicando que estos hombres sufrirán un retraso. Necesitamos brazos para volver a poner esto en orden.

Cayo mantuvo una expresión tan impenetrable como la de Tubruk, sin prestar atención a la de Tito.

—Bien pensado, Tubruk. Al fin y al cabo, Sila los ha mandado a prestar ayuda en las propiedades de los alrededores. Hay mucho trabajo que hacer.

—Bien, un momento... —trató de intervenir Tito otra vez.

—¿Por qué no llevas tú el mensaje personalmente? —dijo Tubruk, prestándole atención de nuevo—. Tus hombres parecen preparados para hacer un poco de trabajo duro. Sila no querrá que nos dejes aquí, abandonados en medio del desastre, estoy seguro.

Se miraron los dos cara a cara, y Tito suspiró al tiempo que hacía un movimiento para quitarse el casco.

—Que no se diga que eludo un trabajo pesado —musitó. Dirigiéndose a uno de los legionarios, señaló hacia los campos con un movimiento de cabeza—. Vuelve al exterior y reúnete con las demás unidades. Haz correr la voz de que estaré aquí retenido durante unas horas. Y si encontráis algún esclavo... díles que uno de cada tres, ¿entendido? —El soldado asintió animosamente y partió.

Tito empezó a desatarse la coraza.

—Bien, ¿por dónde queréis que empiecen mis muchachos?

—Ocúpate de esto, Tubruk. Voy a ver a los demás. —Cayo se alejó tras demostrar su agradecimiento, apretándole brevemente el hombro. Lo que quería hacer era dar un paseo largo por el bosque, a solas, o sentarse junto a la poza del río a ordenar sus pensamientos. De todos modos, eso sería más tarde, después de haber visto y hablado a cada uno de los hombres y mujeres que habían luchado por su familia la noche anterior. Su padre habría hecho lo mismo.

Al pasar junto a los establos, oyó un sollozo entrecortado en las sombras del interior. Se detuvo, no estaba seguro de si debía intervenir. Había tanto sufrimiento en el aire, así como dentro de sí mismo... Los que habían caído tenían amigos y familiares que no esperaban empezar solos aquel día. Aguardó unos momentos más, oliendo todavía el hedor pegajoso de los cuerpos que había mandado quemar. Después, entró en la fresca sombra de los establos. Fuera quien fuese, toda la pesadumbre era responsabilidad suya en esos momentos, tenía que compartir todas las cargas. Así lo entendía su padre, y por eso había mantenido la propiedad

prósperamente durante tanto tiempo.

Poco a poco, sus ojos fueron adaptándose a la oscuridad, acostumbrados aún a la claridad de la mañana, y empezó a mirar los compartimentos uno por uno en busca del origen de los sollozos. Sólo había caballos en dos de ellos, y le respondieron suavemente cuando se acercó a acariciarles el blando hocico. Pisó un guijarro con el pie y los gemidos cesaron al instante, como si alguien contuviera el aliento. Esperó completamente inmóvil, como Renio le había enseñado, hasta que oyó un suspiro de alivio y supo dónde estaba la persona de la que procedía.

Entre la paja sucia, estaba sentada Alexandria, con las rodillas fuertemente pegadas a la barbilla y la espalda apoyada en la pared de piedra. Levantó la cabeza al verlo aparecer y Cayo vio el rostro sucio surcado de lágrimas. Tendría su misma edad, más o menos, quizás un año más, creía. El recuerdo de los latigazos que Renio le dio acudió a su mente y le hizo sentirse culpable.

Suspiró. No tenía palabras para ella. Cruzó la corta distancia que los separaba y se sentó a su lado, apoyado en la pared, procurando dejar espacio suficiente entre ambos al recostarse para que la muchacha no se sintiera incómoda. El silencio era sereno y la sensación y los olores del establo siempre le habían resultado reparadores. Cuando era muy pequeño, se refugiaba allí huyendo de los problemas o de algún castigo en ciernes. Sentado en ese lugar, inmerso en sus recuerdos, no parecía que hubiera tensión entre ellos, aunque tampoco palabras. Sólo se oían los movimientos de los caballos y, de vez en cuando, algún gemido que todavía se le escapaba a Alexandria.

—Tu padre era un buen hombre, mi señor —musitó ella al fin. Cayo se preguntó cuántas veces más oiría esa frase antes de que terminara el día, y si podría soportarlo. Asintió sin palabras.

—Lo siento mucho —dijo él, y notó, más que ver, que ella levantaba la cabeza para mirarlo. Sabía que la joven había matado, la había visto cubierta de sangre en el patio cuando salió al exterior para sumarse a la lucha. Creyó comprender por qué lloraba y tenía intención de consolarla, pero aquellas palabras desataron un torrente de pesar en su corazón y se le llenaron los ojos de lágrimas. Su cara se retorció de dolor al inclinarla sobre el pecho.

Alexandria lo miraba atónita, con los ojos abiertos de par en par. Sin ni siquiera planteárselo, se acercó a él y se abrazaron en la oscuridad, envueltos en un pozo de último pesar mientras, en el exterior, el mundo seguía su curso bajo el sol. Ella le acariciaba el pelo con una mano musitando palabras de consuelo, y él pedía perdón una y otra vez: a ella, a su padre, a los muertos, a los que había mandado quemar.

Cuando se le agotaron las energías, la joven empezó a soltarlo pero, en el último instante, antes de que la distancia fuera insalvable, apretó los labios en los de él y notó que se sobresaltaba ligeramente. Alexandria se apartó, se abrazó de nuevo a sus propias rodillas fuertemente, invisible en la oscuridad, con la cara ardiendo. Notó que

la miraba, pero no podía responderle.

—¿Por qué has...? —murmuró Cayo con voz ronca y rota por el llanto.

—No sé. Me pregunté cómo sería.

—¿Cómo sería? —contestó con voz más segura, por la gracia que le hacía esa forma de expresarlo.

—Horrible. Alguien tendrá que enseñarte a besar.

La miró desconcertado. Hacía unos momentos, se ahogaba en un dolor que no disminuía ni se diluía y, de pronto, se dio cuenta de que, más allá de la suciedad y del polvo del establo, del olor a sangre y de la tristeza, había una chica extraña.

—Me queda el resto del día para aprender —dijo Cayo en voz baja, y las palabras tropezaron al saltar las barreras nerviosas de la garganta. Ella negó con la cabeza.

—Tengo trabajo pendiente. Tendría que estar en la cocina ahora.

Con un movimiento suave, se levantó de la postura en que estaba y salió de la caballeriza como si fuera a marcharse sin una palabra más. Pero entonces, se detuvo y lo miró.

—Gracias por venir a buscarme —dijo, y salió a la luz del sol.

Cayo se quedó observándola. Se preguntó si la joven sabría que él nunca había besado a una chica hasta entonces. Todavía notaba una leve presión en los labios, como si le hubiera dejado una señal. Seguro que no había querido decir «horrible», ¿verdad? La vio de nuevo saliendo de los establos con rigidez. Era como un pájaro con un ala rota, pero se curaría con el tiempo, el espacio y la amistad. Y comprendió que también él se curaría.

Marco se reía por algo que había dicho Cabera cuando Cayo entró en la estancia. Al ver a su amigo, guardó silencio.

—He venido... a daros las gracias por cuanto habéis hecho en los muros —empezó Cayo.

Marco le interrumpió acercándose a él y tomándolo de la mano.

—A mí jamás tienes que darme las gracias por nada. Debo a tu padre mucho más de lo que nunca podré pagar. Me entristeció saber que había caído al final.

—Nos hemos salvado. Mi madre está viva, yo también. Mi padre volvería a hacerlo, si pudiera, lo sé. ¿Has recibido muchas heridas?

—Sólo hacia el final. Pero no es nada grave. No había quien me tocara, Cabera dice que voy a ser un gran luchador. —Marco esbozó una sonrisa.

—A menos que lo maten antes, claro. —«Así se frenará un poco», pensó Cabera mientras se ocupaba de aplicar cera a la madera del arco.

—¿Cómo está Renio? —preguntó Cayo. Los dos vacilaron antes de contestar. Marco parecía no haber oído. Cayo imaginó que allí pasaba algo raro y pensó que lo averiguaría más tarde.

—Vivirá, pero tardará mucho tiempo en estar en condiciones de luchar otra vez, si es que lo consigue —dijo Marco al fin—. A su edad, una infección podría ser fatal, pero Cabera dice que lo conseguirá.

—Sí —confirmó Cabera sin dejar de trajinar con la cera y el paño.

Cayo suspiró y se sentó.

—Y ahora, ¿qué? Soy muy joven todavía para ponerme en el lugar de mi padre y representar los intereses de Roma. En realidad, no me sentiré feliz encargándome sólo de las propiedades, pero no he tenido tiempo de aprender nada sobre el resto de los asuntos. No sé quién se ocupaba de sus bienes ni dónde están las escrituras de las tierras. Tubruk sabrá algo de esos asuntos y le confiaría el control del capital hasta que me hiciera mayor, pero ¿qué hago ahora? ¿Sigo contratando tutores para ti y para mí? De pronto, por primera vez, la vida me parece difusa, sin dirección.

Ante semejante arranque, Cabera dejó de limpiar.

—Todo el mundo se siente así en algún momento. ¿Crees que tenía pensado venir aquí desde niño? La vida da vueltas inesperadas. No podría aceptarlo de ninguna otra manera, a pesar del sufrimiento que comporta. Una gran parte del futuro es inamovible, de manera que resulta mejor no tener los detalles, de otro modo, la vida sería una especie de muerte gris y aburrida.

—Tendrás que aprender deprisa, eso es todo —añadió Marco con una vivida expresión de entusiasmo en la cara.

—¿Estando Roma como está? ¿Quién va a enseñarme? No corren tiempos de paz y abundancia en los que mi falta de experiencia política podría pasar desapercibida. Mi padre siempre trató esos asuntos con gran astucia. Decía que Roma estaba llena de lobos.

Tubruk asintió con seriedad.

—Habrán ya unos cuantos pendientes de las propiedades que hayan quedado debilitadas y puedan adquirirse a bajo precio. No es buen momento para quedarse indefenso.

—¡Pero no tengo la experiencia suficiente como para protegernos! —prosiguió Cayo—. Por ejemplo, el senado podría quedarse con todas mis posesiones si no pago los impuestos, pero ¿cómo pago? ¿Dónde está el dinero, dónde tengo que llevarlo, cuánto hay que pagar? ¿Dónde están los nombres de los clientes de mi padre? ¿Te das cuenta?

—Tranquilízate —dijo Cabera reanudando el cuidado del arco con largas caricias sobre la madera— y piensa. Empecemos por lo que sabes que tienes, y no por lo que no sabes.

Cayo tomó una gran bocanada de aire y, una vez más, deseó que su padre estuviera presente y fuera la roca donde afianzarse.

—Te tengo a ti, Tubruk. Conoces las propiedades, pero no el resto de los tratos.



Ninguno de nosotros sabe nada de política ni de la realidad del senado.

Miró de nuevo a Marco y a Cabera.

—También os tengo cerca a vosotros dos y a Renio, pero ninguno de nosotros ha entrado nunca en las cámaras del senado, y no conocemos a los aliados de mi padre.

—Concéntrate en lo que tenemos, o si no, te desesperarás. Hasta el momento, has nombrado a personas muy bien capacitadas. Hay ejércitos que empezaron con menos. ¿Qué más?

—Mi madre y su hermano Mario, pero padre siempre decía que mi tío era el mayor lobo de todos.

—Sin embargo, en estos momentos necesitamos un lobo bien grande, alguien que conozca la política. Lleváis la misma sangre, tienes que ir a verle —dijo Marco en voz baja.

—No sé si puedo confiar en él —dijo Cayo con una expresión desolada.

—No abandonaré a tu madre. Tiene que ayudarte a mantener bajo control la propiedad, aunque sólo sea por ella —replicó Cabera.

—Cierto —dijo Cayo asintiendo lentamente—. Tiene una casa en Roma, podría ir a verlo allí. No tengo a nadie más a quien recurrir, así que tiene que ser él. De todos modos, para mí es un completo desconocido. Desde que mi madre se puso enferma, apenas ha venido aquí, hace años que no viene.

—Eso no tiene importancia. Seguro que no te da la espalda —dijo Cabera en tono pacificador, observando el lustre que había sacado al arco.

—Pareces muy seguro —dijo Marco, clavando al anciano una mirada aguda.

—Nada es seguro en este mundo —replicó Cabera con un encogimiento de hombros.

—Bien, entonces ya está. Voy a mandar a un mensajero por delante e iré a ver a mi tío —dijo Cayo, un poco más animado.

—Voy contigo —dijo Marco inmediatamente—. Todavía estás convaleciente de las heridas y sabes que Roma no es un lugar seguro.

Cayo asintió y sonrió por primera vez, aquel día.

Cabera musitó, como para sí:

—Vine a esta tierra para ver Roma, ¿sabéis? He vivido en altos pueblos de montaña, en mis viajes he conocido tribus que se creían perdidas en la Antigüedad; creía que lo había visto todo, pero siempre me decían que tenía que venir a Roma antes de morir. Y les decía: «Este lago es una auténtica belleza», y ellos contestaban: «Tienes que ver Roma». Dicen que es un lugar maravilloso, el centro del mundo, y sin embargo, todavía no he traspasado sus murallas.

Los dos muchachos sonrieron al captar el transparente subterfugio del anciano.

—Pues claro que vendrás con nosotros. Te considero un amigo de la casa. Siempre tendrás abiertas las puertas de cualquier lugar al que yo vaya, por mi honor

—replicó Cayo en tono formal, como si pronunciara un juramento.

Cabera dejó el arco a un lado y tendió la mano. Cayo se la estrechó firmemente.

—También tú tendrás siempre abiertas las puertas de mi casa, esté donde esté —dijo—. Me gusta el clima de este lugar, y la gente. Creo que mis viajes tendrán que esperar un poco.

Cayo asintió y le soltó la mano.

—Necesito rodearme de buenos amigos para sobrevivir a mis primeros años en política. Mi padre decía que era como pisar descalzo un nido de víboras.

—Al parecer, dominaba los giros más expresivos y no tenía una gran opinión de sus colegas —dijo Cabera, riéndose secamente entre dientes—. Pisaremos con pie ligero y aplastaremos alguna que otra cabeza cuando sea necesario. —Los cuatro sonrieron al sentir la fortaleza que proporciona una buena amistad, a pesar de las diferencias de edad y cultura.

—Me gustaría que nos acompañara Alexandria —dijo Cayo repentinamente.

—¿Ah, sí? ¿La muchacha bonita? —replicó Marco risueñamente.

Cayo se dio cuenta de que se ruborizaba y deseó que no se le notara mucho. Pero, a juzgar por la expresión de los demás, el ruego no fue escuchado.

—Tendrás que presentarme a esa muchacha —dijo Cabera.

—Renio le dio unos latigazos ¿sabes? Por distraernos durante las prácticas —añadió Marco.

—A veces, no tiene encanto alguno —dijo Cabera en tono de crítica—. Las mujeres bellas son la alegría de la vida...

—Verás, yo... —empezó Cayo.

—Sí, estoy seguro de que sólo quieres que sujete a los caballos o algo así. Los romanos sois tan raros con respecto a las mujeres... ¡Es un milagro que la gente sobreviva!

El joven señor salió de la habitación al cabo de un rato entre las risas de los demás.

Cayo llamó a la puerta de la habitación donde descansaba Renio. En ese momento se encontraba solo, aunque Lucio no estaba lejos y acababa de ir a mirarle las heridas y las suturas. La estancia estaba a oscuras y, al principio, pensó que el viejo estaba dormido.

Dio media vuelta para marcharse, sin perturbar el sueño que tanta falta le haría, pero una voz susurrante lo detuvo.

—¿Cayo? Me pareció que eras tú.

—Renio, quería darte las gracias. —Cayo se acercó al lecho con una silla y se sentó junto al viejo gladiador. Tenía los ojos abiertos y la mirada limpia, pero Cayo parpadeó al fijarse en los rasgos de la cara. Quizás era por la escasez de luz, pero le

dio la impresión de que Renio había rejuvenecido. Se equivocaría, pero no se podía negar que algunas de las arrugas más profundas parecían haberse suavizado, y le vio algunos cabellos negros en las sienes, casi invisibles en la estancia, aunque destacaban entre las tias canas.

—Tienes... buen aspecto —logró decir Cayo.

—Cabera me ha curado —contestó Renio con una risotada breve y dura—, y su curación ha obrado maravillas. Él se sorprendió más que cualquiera, dijo que debía de tener algún destino o algo, para que sus manos me afectaran tanto. En realidad, me encuentro fuerte, aunque el brazo izquierdo me ha quedado inútil. Lucio quería amputármelo, en vez de dejármelo ahí, inerte. Es posible que... le deje hacerlo, cuando me haya restablecido de lo demás.

Cayo escuchó atentamente en silencio, rechazando recuerdos dolorosos.

—Han pasado tantas cosas en tan poco tiempo —dijo—. Me alegro de que aún estés aquí.

—No pude salvar a tu padre. Me encontraba muy lejos, y acabado también. Cabera dijo que había muerto al instante, con una daga en el corazón. Es casi seguro que ni siquiera se diera cuenta.

—Está bien. No es necesario que me lo cuentes. Sé que habría preferido estar en el muro de todos modos. Y yo también hubiera preferido estar allí, pero me dejaron en mi habitación y...

—Pero saliste, ¿verdad? Me alegro, tal como evolucionaron las cosas. Tubruk dice que le salvaste la vida justo al final, como un... contingente de reserva. —El viejo sonrió y tosió un momento. Cayo aguardó pacientemente hasta que la tos se le pasara.

—Yo di la orden de que te mantuvieran al margen de la batalla. Estabas demasiado débil para soportar un combate de horas, y a tu padre le pareció bien. Quería que te salvaras. De todos modos, me alegro de que salieras al final.

—Yo también. ¡He luchado con Renio! —dijo Cayo con los ojos cargados de lágrimas, aunque sonreía.

—Yo siempre lucho con Renio —musitó el viejo—. No hay mucho de qué alegrarse.

## XI

La luz del amanecer era fría y gris, y el cielo claro se extendía sobre las tierras de la propiedad. Los cuernos sonaban gravemente a duelo y ahogaban los alegres trinos de los pájaros, que parecían fuera de lugar en un día señalado por el final de una vida. Se retiraron todos los ornamentos de la casa, excepto una rama de ciprés que se colocó en la entrada principal para evitar que los sacerdotes de Júpiter entraran mientras el cuerpo estuviera todavía presente.

Los cuernos sonaron tres veces y, después, la gente entonó el *Conclamatues*. Puertas adentro, el cortejo que había acudido de la ciudad deambulaba por todas partes; todos iban vestidos con toscas togas rojas, sin haberse lavado ni afeitado en señal de duelo.

Cayo se encontraba junto a la entrada con Tubruk y Marco, contemplando el traslado de su padre desde el interior de la casa hasta un carruaje abierto, en el que fue depositado suavemente para ser llevado hasta la pira funeraria. El muchacho se dirigió rígidamente hacia el cadáver ante los asistentes, que esperaban con la cabeza inclinada, rezando o pensando.

Miró el conocido rostro al que había amado toda la vida y trató de recordar los días en que podía abrir los ojos y su fuerte mano se movía y le sujetaba por el hombro o le revolvía el pelo. Esas mismas manos yacían inertes a los lados, con la piel limpia y ungida de aceite. Las heridas cobradas en la defensa del muro quedaban ocultas bajo los pliegues de la toga, pero la vida había escapado por completo de su cuerpo. No había suaves movimientos de respiración y la piel tenía un aspecto malsano, demasiado blanco. Se preguntó si estaría frío al tacto, pero no fue capaz de tocarlo.

—Adiós, padre mío —musitó, al tiempo que se tambaleaba, traspasado de dolor. Los asistentes vieron que se sobreponía. No lo avergonzaría. Algunos de los presentes serían amigos que él no conocería, pero otros serían aves carroñeras que habrían acudido a sopesar su debilidad con sus propios ojos. Ese pensamiento le encendió una chispa de rabia que logró suavizar el dolor. Tomó una mano de su padre e inclinó la cabeza. Notó la piel como de tela, rasposa y fría al tacto.

—*Conclamatues* —dijo en voz alta, y los asistentes repitieron las palabras.

Se irguió y se retiró un poco, en silencio, cuando su madre se acercaba al hombre que había sido su esposo. Vio que temblaba bajo la sucia túnica de lana. Las esclavas no le habían arreglado el cabello y apareció completamente despeinado. Tenía los ojos inyectados en sangre y, al tocar a su esposo por última vez, también le temblaba el pulso. Cayo se tensó y rogó, en su fuero interno, que su madre terminase el rito sin incurrir en desgracia. Sólo él, por encontrarse tan cerca, oyó las palabras que ella dijo al inclinarse sobre el rostro yacente.

—¿Por qué me has dejado sola, amor mío? ¿Quién me hará reír ahora cuando esté

triste y me protegerá en la oscuridad? Esto no es lo que soñamos tú y yo. Me prometiste que siempre estarías a mi lado, cuando estuviera cansada y furiosa con el mundo.

Empezó a gemir a borbotones y Tubruk hizo una señal a la mujer que habían contratado para que la cuidara. Como los médicos, tampoco la matrona romana había logrado ninguna mejoría en el estado físico de Aurelia, pero parecía que le proporcionaba cierto alivio disponer de compañía femenina. Tubruk lo juzgó motivo suficiente como para mantenerla en el servicio y, con un gesto de éste, la matrona tomó a Aurelia del brazo suavemente y se la llevó a la oscuridad de la casa.

Cayo respiró hondo lentamente y, de pronto, fue consciente de la presencia de la gente otra vez. Se le llenaron los ojos de lágrimas y allí permanecieron olvidadas, prendidas entre las pestañas.

—Se pondrá bien —dijo Tubruk en voz baja al muchacho, aunque ambos sabían que no era cierto.

Uno a uno, los acompañantes del duelo fueron pasando y presentando sus respetos al cadáver; más de uno habló con Cayo después para dedicar unas palabras de alabanza a su padre e instarle a ponerse en contacto con ellos en la ciudad.

—Siempre fue sincero conmigo, incluso cuando los beneficios estaban en el otro bando —le dijo un hombre de cabello entrecano y túnica tosca—. Era propietario de la quinta parte de mis comercios de la ciudad y me prestó dinero para comprarlos. Fue uno de los pocos en quien se podía confiar para cualquier cosa, y siempre fue justo.

—Gracias —contestó Cayo, apretándole la mano firmemente—. Tubruk lo arreglará todo para hablar del futuro contigo. El hombre asintió.

—Si me está mirando, quiero que vea que soy sincero con su hijo. Le debo eso y más cosas.

Detrás pasaron otros, y Cayo, se enorgulleció al comprobar cuánta tristeza sincera inspiraba la muerte de su padre. En Roma, había un mundo que el hijo nunca había visto ni sospechado, pero su padre había sido un hombre honrado y eso sí le importaba, le importaba que la ciudad hubiera quedado un poco más pobre porque su padre ya no pisaría sus calles nunca más.

Un hombre vestido con una toga limpia de lana blanca de calidad se mantenía al margen de la multitud de acompañantes. No se detuvo ante el carruaje mortuario, sino que se dirigió a Cayo directamente.

—Vengo en nombre del cónsul Mario. No está en la ciudad en estos momentos, pero me ha mandado que te transmita que no olvidará a tu padre.

Cayo le dio las gracias formalmente, aunque la cabeza le hervía.

—Lleva el mensaje de que iré a visitar al cónsul Mario la próxima vez que se encuentre en la ciudad. —El hombre asintió.

—Tu tío te recibirá cálidamente, te lo aseguro. Se encontrará en su casa de la ciudad en un plazo de tres semanas. Se lo comunicaré. —El mensajero dio media vuelta y, abriéndose camino entre la gente, salió por las puertas del muro seguido por la mirada de Cayo.

—Ya no estás tan solo como creías —le dijo Marco en voz baja, acercándose a él.

—No —replicó. Pensaba en las palabras de su madre—. Mi padre me dio esta categoría y me mantendré a la altura. No seré menos que él cuando yazca como ahora lo hace su cuerpo y mi hijo reciba a los que me conocían. Lo juro.

En el silencio del amanecer sonaban las voces de las plañideras, que cantaban suavemente las mismas palabras una y otra vez. Era un cántico de lamento; en el mundo no se oía otra cosa mientras los caballos tiraban del carruaje con su padre, salían por las puertas lentamente y, a medida que avanzaba, la gente iba situándose detrás con la cabeza agachada.

En un momento, el patio quedó vacío otra vez y Cayo esperó a Tubruk, que había ido a las habitaciones de Aurelia para ver cómo se encontraba.

—¿Vienes? —le preguntó cuando volvió. Tubruk negó con la cabeza.

—Me quedo a atender a tu madre. No quiero que se encuentre sola en momentos como éstos.

Nuevamente, a Cayo se le llenaron los ojos de lágrimas y tomó al anciano por el brazo.

—Cierra las puertas cuando salgas, Tubruk. No creo que pueda hacerlo yo.

—Tienes que hacerlo. Tu padre se ha ido a la tumba y tienes que acompañarlo, pero antes es necesario que el nuevo señor cierre las puertas. No me corresponde a mí, sino a ti. Cierra la casa durante el duelo y ve a encender la pira funeraria. Son las últimas tareas que debes cumplir antes de que empiece a llamarte señor. Vete.

No le salían las palabras de la garganta, de modo que dio media vuelta, se alejó y cerró las pesadas verjas tras de sí. El cortejo fúnebre no se había alejado mucho, con su paso medurado, y Cayo lo siguió lentamente, con la espalda recta y el corazón doliente.

El crematorio se encontraba fuera de la ciudad, cerca del mausoleo familiar. Hacía años que se habían prohibido los entierros dentro del recinto de la ciudad de Roma, pues se aprovechaba hasta el último espacio disponible para edificar. Cayo observó en silencio cómo trasladaban a su padre a la pira funeraria; una vez depositado en el centro, quedó oculto a la vista de todos. Empaparon la leña y la paja con aceites aromáticos y el aire se impregnó de un fuerte olor a flores, mientras las plañideras cambiaban su planto por unas estrofas de esperanza y renacimiento. El hombre que había preparado el cadáver del padre de Cayo para el funeral le presentó una antorcha chisporroteante. El hombre tenía los ojos oscuros y la expresión serena de los que están acostumbrados a la muerte y al dolor; Cayo, distante y formal, le dio

las gracias.

Después, se acercó a la pira con todo el peso de las miradas sobre sí. Se juró que no se mostraría débil en público. Roma y su padre estarían pendientes de él, de modo que no temblaría.

De cerca, el olor de los perfumes era casi insoportable. Cayo tomó una moneda de plata, abrió la boca a su padre y se la depositó en la lengua, fría y seca. Con ella, su padre pagaría a Queronte, el barquero, y llegaría al silencioso reino del más allá. Le cerró la boca con suavidad y se retiró; entonces, acercó la humeante antorcha a la paja impregnada de aceite que rellenaba los huecos que dejaban las ramas de la base por los cuatro lados de la pira. Un recuerdo de plumas chamuscadas se iluminó y se apagó en su mente sin darle tiempo a identificarlo.

El fuego prendió enseguida con un chasquido de ramas y un crujido que parecía fuerte, en comparación con el suave cántico de las plañideras. Cayo se retiró con el rostro encendido por el calor de las llamas y se quedó con la antorcha en la mano. La infancia se había terminado, aunque todavía era un niño. La ciudad lo llamaba y no se sentía preparado. El senado lo llamaba y sentía terror. Pero no ofendería la memoria de su padre y se enfrentaría a los retos a medida que se presentaran. En el plazo de tres semanas, saldría de su propiedad y entraría en Roma como ciudadano miembro del patriciado.

Y por fin, lloró.

## XII

—Roma... la ciudad más grande del mundo —dijo Marco, extasiado, moviendo la cabeza de un lado a otro al entrar en el ancho espacio pavimentado del foro. Grandes estatuas de bronce miraban hacia abajo, hacia el pequeño grupo que pasaba con las monturas por las riendas entre el bullicio de la gente.

—Uno no se da cuenta de lo grande que es todo hasta que se acerca —replicó Cabera, perdido su habitual aplomo. Recordaba las pirámides de Egipto más colosales aún, pero eran tumbas y servían para mirar siempre al pasado. Sin embargo, en Roma, los enormes edificios eran para disfrute de los vivos, y eso le infundía optimismo.

Alexandria también parecía impresionada, aunque en parte se debía a lo mucho que habían cambiado las cosas en los cinco años pasados desde que el padre de Cayo la llevara a trabajar a las cocinas de su casa. Se preguntó si el hombre al que pertenecía su madre se encontraría todavía en la ciudad, y sintió un escalofrío al recordar su rostro y el trato que les dispensaba. Su madre nunca fue libre y murió, en condición de esclava, a causa de una fiebre que contrajeron ella y unos cuantos más en las jaulas que había bajo una de las casas de venta de esclavos. Las epidemias eran relativamente normales, y los grandes subastadores de esclavos estaban acostumbrados a perder algunos todos los meses, y a venderlos a los fabricantes de ceniza por unas pocas monedas. Sin embargo, se acordaba, y la inmovilidad cerúlea de su madre todavía le pesaba entre los brazos en sueños. Tuvo otro escalofrío y sacudió la cabeza como para espantar los pensamientos.

«No moriré siendo esclava», pensó, y Cabera se volvió a mirarla como si hubiera oído su pensamiento. El anciano asintió y le guiñó un ojo, y ella le sonrió. Le había tomado aprecio desde el principio. Era otra persona de las que no acababan de encajar, dondequiera que se hallase.

«Aprenderé cosas útiles y fabricaré objetos que se puedan vender para comprarme la libertad», pensaba, consciente de que la magnificencia del foro la afectaba, pero sin darle importancia. ¿Quién no soñaría en semejante lugar, que parecía construido por los dioses? Sólo con ver una cabaña, se podía saber cómo construir otra, pero ¿quién podía imaginarse cómo se elevarían aquellas columnas? Todo era resplandeciente y ajeno a la suciedad que recordaba, la suciedad de calles angostas y hombres feos que alquilaban a su madre por horas, aunque el dinero iba a parar a manos del dueño de la casa.

En el foro no había mendigos ni prostitutas, sólo hombres y mujeres limpios y bien vestidos que compraban, comían, bebían y hablaban de política y dinero. La vista se poblaba por ambos lados de templos inmensos de noble piedra, altas columnas con la base y el capitel dorados, grandes arcos erigidos con fines



militares... En verdad, Roma era el corazón palpitante del Imperio. Todos sentían los latidos. Allí se palpaba la seguridad, la arrogancia. Mientras la mayor parte del mundo todavía se arrastraba por el barro, aquel pueblo era poderoso, dueño de una riqueza asombrosa.

La única señal de los recientes disturbios era la imponente presencia de legionarios montando guardia por todas las esquinas, vigilando a la multitud atentamente con mirada fría.

—Es así a propósito, para que el hombre se sienta pequeño —musitó Renio.

—¡Pero no es así! —continuó Cabera sin dejar de mirar a su alrededor con la boca abierta—. Me siento orgulloso de que el hombre sea capaz de construir algo como esto. ¡Qué gran pueblo somos!

Alexandria asintió en silencio. Era la demostración de que cualquier cosa era posible, incluso la libertad, quizá.

Unos niños anunciaban las mercancías de sus amos a la puerta de los cientos de pequeñas tiendas que se abrían a lo largo de la calle: barberos, carpinteros, picapedreros, carniceros, orfebres del oro y la plata, ceramistas, fabricantes de mosaico, tejedores de alfombras... La lista era interminable, el colorido y el ruido, como un borrón.

—Ahí tenemos el templo de Júpiter, en el monte Capitolino. Después de ver a tu tío Mario, acudiremos allí a ofrecer un sacrificio —dijo Tubruk, tranquilo y sonriente a la luz de la mañana. Iba en cabeza del grupo y dio el alto levantando una mano.

—Un momento. Nuestro camino y el de ese hombre van a cruzarse. Es un magistrado de alto rango y no se le puede estorbar.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó Marco.

—¿Ves al hombre que va a su lado? Es un lictor, un ayudante especial. ¿Ves el bulto que lleva al hombro? Son unas varas de madera para azotar y un hacha pequeña para decapitar. Si, por ejemplo, uno de nuestros caballos empujara al magistrado, podría ordenar la muerte aquí mismo. Esa clase de togados no necesita testigos ni leyes. Es mejor evitarlos por completo si podemos.

En silencio, el grupo contempló el paso del hombre y su ayudante por la plaza, aparentemente ajenos a la atención que despertaban.

—Un lugar peligroso para el ignorante —susurró Cabera.

—Como cualquier otro, según mi experiencia —farfulló Renio desde el fondo.

Después de cruzar el foro, llegaron a unas calles secundarias que no seguían el recto trazado de las principales. En esa zona había menos nombres en los cruces. Las casas eran, en general, de cuatro o cinco pisos de altura y sobre todo Cabera se quedó boquiabierto al verlas.

—¡Qué vista deben tener! ¿Son caras, las casas más altas?

—Las llaman *cenacul* pero no son caras, son las más baratas. No tienen agua

corriente, a esa altura, y corren mucho peligro con el fuego. Si se declara un incendio abajo, los de arriba casi nunca logran salir. ¿Ves qué pequeñas son las ventanas? Es para que no entren el sol ni la lluvia, pero no se puede saltar por ellas.

Siguieron andando sobre las grandes piedras pasaderas que cruzaban las calles hundidas a intervalos. Sin ellas, los peatones escrupulosos habrían tenido que pisar el estiércol resbaladizo que dejaban los caballos y los asnos a su paso. La separación entre las ruedas de los carros tenía que ser conforme a una regulación determinada, para poder circular entre los espacios, y Cabera asintió en su fuero interno al observar el proceso.

—Esto es una ciudad bien planificada —dijo—. Nunca había visto otra igual.

—¡Es que no hay otra igual! —replicó Tubruk con una carcajada—. Dicen que Cartago era tan bonita como Roma, pero la destruimos hace más de cincuenta años y llenamos sus campos de sal para que nunca más volviera a levantarse contra nosotros.

—Hablas como si una ciudad fuera un ser vivo —replicó Cabera.

—¿Y no lo es? Se percibe la vida, aquí. Noté cómo me daba la bienvenida al cruzar sus puertas. Éste es mi hogar más que cualquier casa.

También Cayo percibía vida a su alrededor. Aunque nunca había vivido intramuros, era su hogar tanto como el de Tubruk... e incluso más, quizá, puesto que pertenecía a la nobleza, había nacido libre y en el más poderoso pueblo del mundo. «Mi pueblo construyó esto —pensó—. Mis antepasados tocaron estas piedras con sus manos y pasearon por estas calles. Es posible que mi padre estuviera alguna vez en esa esquina y que mi madre se criara en cualquiera de los jardines que asoman a los lados de la calle principal».

Aflojó las riendas que llevaba en la mano, Cabera lo miró y sonrió al percibir el cambio de humor.

—Ya casi hemos llegado —dijo Tubruk—. Al menos, la casa de Mario se encuentra lejos del olor a estiércol de estas calles. Eso sí que no lo echo de menos, os lo aseguro. —Volvieron una esquina, dejaron la bulliciosa calle y siguieron conduciendo a los caballos por la empinada cuesta de otra calle más tranquila y limpia.

—Estas casas son las de los ricos y poderosos. Tienen propiedades en el campo, y aquí, mansiones, donde reciben invitados e intrigan para conseguir más poder e incluso mayores riquezas —continuó Tubruk, en un tono tan desprovisto de emoción que Cayo lo miró sorprendido. Las casas se ocultaban a la vista de los viandantes tras grandes puertas de hierro. Cada una tenía un número y se accedía al interior por una portezuela para peatones. Tubruk les explicó que lo que veían era sólo una parte ínfima, que los edificios se extendían hacia el fondo más y más, desde los baños particulares hasta los establos y los grandes patios, todo oculto a la vista de la vulgar plebe.

—En Roma se valora mucho la vida privada —dijo Tubruk—. Quizá forme parte de la vida en la ciudad. La verdad es que si uno se deja caer por una casa de campo, normalmente nadie se siente ofendido, pero aquí hay que concertar las visitas, anunciarse y esperar y esperar hasta que están preparados para recibirte. Es aquí. Voy a decir al guardián que hemos llegado.

—Entonces, aquí os dejo —dijo Renio—. Tengo que ir a mi casa para comprobar si ha sufrido daños después de la revuelta.

—No olvides el toque de queda. Procura estar a cubierto cuando se ponga el sol, amigo mío. Siguen matando a todo el que encuentran por las calles después de la puesta del sol.

—Lo tendré en cuenta —contestó Renio. Dio media vuelta con el caballo y Cayo se acercó a tocarle el brazo sano, el derecho.

—¿Te marchas? Creía que...

—Tengo que ir a ver cómo está mi casa. Necesito pensar un rato a solas. No me encuentro preparado para instalarme con el resto de los ancianos, ahora ya no. Mañana al amanecer volveré a veros y... bien, hasta mañana al amanecer. —Sonrió y se alejó montado en su caballo.

Cayo se quedó mirándolo trotar calle abajo y admiró una vez más el negro cabello de aquel hombre y la renovada energía que desprendía. Se volvió a Cabera, pero éste se limitó a encogerse de hombros.

—¡Guardián! —gritó Tubruk—. ¡Atiéndenos!

Después del calor de las calles romanas, se agradecía el alivio que proporcionaban los fríos corredores de piedra que se adentraban en la casa. Se habían llevado a otra parte los caballos y los bultos y los cuatro visitantes fueron conducidos al primer edificio por un esclavo anciano.

Se detuvieron ante una puerta de madera dorada, el esclavo la abrió y les indicó que pasaran al interior.

—Mi señor Cayo, aquí hallarás cuanto precisas. El cónsul Mario te da licencia para lavarte y mudarte, después del viaje. El cónsul no espera que te presentes ante él hasta la puesta del sol, dentro de tres horas, momento en que cenaréis juntos. ¿Deseas que enseñe a tus compañeros el camino de las habitaciones de los criados?

—No. Se quedan conmigo.

—Como desees señor. ¿Conduzco a la muchacha a las habitaciones de las esclavas?

Cayo asintió lentamente, pensando.

—Tratadla amablemente. Es amiga de mi casa.

—Por descontado, señor —replicó el hombre dirigiéndose ya a Alexandria. La muchacha lanzó a Cayo una intensa mirada, pero la expresión de sus ojos oscuros era

inescrutable.

Sin una palabra más, el discreto hombrecillo se marchó sin hacer ruido con las sandalias en el suelo de piedra. Se miraron unos a otros, cada cual con la sensación de encontrar alivio en la compañía de los demás.

—Creo que le gusto a esa muchacha —musitó Marco como para sí. Cayo lo miró sorprendido y Marco se encogió de hombros—. Además, tiene unas piernas preciosas. —Entró en las habitaciones riéndose entre dientes y dejando a Cayo atrás, estupefacto.

Cabera silbó suavemente al entrar en la estancia. El techo se levantaba a doce metros del suelo de mosaico, formado por una serie de vigas de latón que cruzaban y entrecruzaban el espacio. Las paredes estaban pintadas en los mismos tonos oscuros de rojo y naranja que habían visto con frecuencia en la ciudad desde el primer momento, pero lo que más llamaba la atención era el suelo, y todos se fijaron en él antes de mirar hacia arriba, a la bóveda del techo. Una serie de círculos concéntricos delimitaban una fuente de mármol situada en el centro de la gran estancia. En cada círculo había figuras que corrían velozmente —congeladas en la acción— hacia la que había en la parte central. Las figuras de los círculos exteriores representaban gente del mercado que transportaba su mercancía; después, los siguientes círculos ilustraban diferentes aspectos de la sociedad. Estaban los esclavos, los magistrados, los miembros del senado, los legionarios, los doctores. En uno de ellos, sólo había reyes, todos desnudos y con corona. En el círculo interior, describiendo un anillo en torno a la fuente, se encontraban los dioses, que eran los únicos representados en actitudes estáticas. Contemplaban a las hordas que corrían a su alrededor sin poder saltar jamás de un círculo al siguiente.

Cayo cruzó todos los círculos hasta la fuente y bebió utilizando una copa que había en el borde de mármol. En verdad, estaba cansado y, aunque le impresionaba la belleza del lugar, el hecho más importante era que entre tanto esplendor faltaran divanes y alimentos. Los demás lo siguieron a la habitación siguiente, separada por un arco.

—Esto ya me gusta más —comentó Marco alegremente. Había una mesa perfectamente dispuesta y cubierta de alimentos: carne, pan, huevos, verduras y pescado. También había fruta, apilada en cuencos de oro. Alrededor de la mesa, unos divanes invitaban a sentarse, pero aún había otra puerta al fondo y Cayo no pudo resistir la tentación de ir a curiosear.

La tercera alcoba tenía una honda piscina en el centro. El agua humeaba tentadoramente y había bancos de madera sin tratar alrededor de las paredes, con suaves paños blancos apilados en grandes montones. Cerca del agua, había unos colgadores con túnicas de paño grueso, y cuatro esclavos aguardaban junto a unas mesas bajas, dispuestos a dar un masaje a quien lo requiriese.

—Excelente —dijo Tubruk—. Tu tío es un gran anfitrión, Cayo. Me gustaría bañarme antes de comer. —Sin dejar de hablar, empezó a quitarse la ropa. Un esclavo se acercó a él y tendió un brazo en el aire para recoger las prendas a medida que se las quitaba. Cuando Tubruk terminó de desnudarse, el esclavo desapareció con toda la ropa por la única puerta que había. Unos momentos después, entró otro, que ocupó el lugar del anterior junto a los bancos.

Tubruk se sumergió completamente, contuvo la respiración al deslizarse bajo la superficie y relajó todos los músculos en el agua caliente. Cuando reapareció, Cayo y Marco se habían quitado la ropa en un visto y no visto, se la habían lanzado a otro esclavo y habían entrado en la piscina por el extremo opuesto, desnudos y riéndose.

Un esclavo tendió el brazo para recibir la ropa de Cabera y el anciano lo miró con el ceño fruncido. Después, con un suspiro, empezó a desnudar su enjuto cuerpo.

—Siempre experiencias nuevas —dijo, al entrar en el agua con un estremecimiento.

—Hombros, muchacho —dijo Tubruk a uno de los ayudantes. El hombre asintió, se arrodilló en el borde de la piscina y empezó a presionar con los pulgares los músculos de Tubruk, deshaciendo así la tensión que se le había enquistado desde el ataque de los esclavos a la casa de campo.

—Bien —dijo Tubruk con un suspiro, y empezó a adormecerse con el arrullo de la alta temperatura.

Marco fue el primero que salió del agua y se instaló en una de las plataformas de masaje; se tumbó sobre el suave paño, su piel humeaba en el aire frío. El esclavo más cercano se quitó del cinturón un juego de instrumentos que parecía una colección de llaves largas de bronce. Vertió abundante aceite de oliva templado y empezó a raspar la piel húmeda de Marco como si estuviera desescamando pescado, quitándole toda la negra suciedad del viaje que depositó en cantidades sorprendentes en un paño que llevaba colgado de la cintura. Después, le frotó hasta dejarle la piel seca, vertió un poco más de aceite para el masaje y empezó con unos toques muy largos de arriba abajo por la columna vertebral.

Marco gruñía de satisfacción.

—Cayo, me parece que esto me va a gustar mucho —musitó sin molestarse apenas en mover los labios.

Cayo seguía en el agua, dejando vagar los pensamientos a su antojo. A lo mejor, a Mario no le gustaba tener por allí a los dos muchachos. No tenía hijos y los dioses sabían que no corrían buenos tiempos para la República. La abundancia de soldados por todas las esquinas amenazaba las frágiles libertades tan amadas de su padre. Como cónsul, Mario era uno de los dos hombres más poderosos de la ciudad, pero con la legión de Sila por las calles, su poder era una quimera, su vida dependía del capricho de Sila. Aun así, ¿cómo podría él defender los intereses de su padre sin la

ayuda de su tío? Tenía que presentarse ante el senado con el patrocinio de otro senador. No podía ocupar el lugar de su padre, sencillamente, porque lo expulsarían y ahí terminaría todo. Estaba seguro de que el vínculo de consanguinidad por parte de madre bien valdría un poco de apoyo, pero en ese momento dudaba también de todo. Mario era el general de oro que se había dejado caer alguna vez por casa de su hermana, cuando Cayo era pequeño, pero las visitas habían ido escaseando a medida que la enfermedad progresaba, y había pasado mucho tiempo desde la última vez que había vuelto a verla.

—Cayo —la voz de Marco interrumpió sus pensamientos—, ven a darte un masaje. Ya estás pensando más de la cuenta otra vez.

Cayo sonrió a su amigo y se levantó del agua. No le cohibió estar desnudo, a ninguno le cohibía.

—Cabera, ¿te habían dado masajes alguna vez? —preguntó al pasar junto al anciano, al que se le cerraban los ojos.

—No, pero me gusta probarlo todo —replicó Cabera nadando hacia los escalones.

—Has venido a la ciudad precisa —dijo Tubruk con una risilla y los ojos cerrados.

Limpios, frescos y mudados, con el apetito apaciguado, los cuatro fueron escoltados ante Mario a la caída del sol. Alexandria, por su condición de esclava, no los acompañaba y Cayo sintió una pequeña decepción. Cuando la muchacha estaba con ellos, apenas sabía qué decirle pero, cuando se marchaba, decenas de frases ingeniosas acudían a su mente; frases que, más tarde, nunca conseguía decirle. No había vuelto a hablar con ella del tema del beso en el establo, y se preguntaba si ella lo recordaría con tanta frecuencia como él. Procuró apartarla de sus pensamientos porque sabía que tenía que prepararse y concentrarse para la entrevista con un cónsul de Roma.

Un esclavo corpulento los detuvo en la puerta de la cámara y empezó a retocarles la ropa; sacó un peine de marfil tallado y puso los rizos de Marco en su sitio, enderezó la vestidura a Tubruk sobre los hombros y, cuando acercó sus carnosas manos a Cabera, éste disparó las suyas y lo apartó de sí.

—¡No me toques! —le espetó mordazmente.

El esclavo permaneció impávido y siguió con los demás. Por fin, se quedó satisfecho, aunque se permitió una mirada reprobadora a Cabera.

—Esta noche están presentes mi señor y mi señora. Al presentaros, inclinaos primero ante el amo sin apartar los ojos del suelo. Después, inclinaos ante mi señora Metella un poco menos que ante el amo. Si vuestro esclavo bárbaro así lo requiere, también puede tocar el suelo con la cabeza unas cuantas veces. —Cabera abrió la boca para soltarle algo, pero el esclavo dio media vuelta y abrió las puertas.

Cayo entró en primer lugar y vio un bello recinto abierto al cielo con un jardín en el centro. Alrededor del rectángulo del jardín, había un pasadizo al que se asomaban otras habitaciones. El alero del tejado se apoyaba en columnas de piedra blanca y las paredes estaban decoradas con escenas de la historia romana: las victorias de Escipión, la conquista de Grecia... Mario y su esposa Metella se levantaron para recibir a sus invitados, y Cayo esbozó una sonrisa forzada; repentinamente, se sentía muy joven y muy torpe.

Mientras se acercaba, se dio cuenta de que el hombre lo sopesaba con la mirada y se preguntó qué conclusiones estaría extrayendo. Mario tenía una apariencia impresionante. Había sido general en cien campañas y llevaba una toga suelta que le dejaba el brazo derecho al descubierto desde el hombro, con una musculatura impresionante a la vista y una oscura alfombra de pelo en el pecho y en los antebrazos. No lucía joyas ni ornamentos de ninguna clase, como si tales cosas fueran innecesarias para un hombre de su dignidad. Se mantenía erguido e irradiaba fuerza y voluntad. Tenía una expresión severa, los ojos castaño oscuro, brillantes, las cejas pobladas y la nariz prominente. Con las manos unidas a la espalda, no dijo una palabra mientras Cayo se acercaba y se inclinaba ante él.

Metella había sido una mujer bella, pero el tiempo y las preocupaciones habían dejado huellas en su rostro, arrugas de sufrimientos sin nombre hendían su piel como garras de vieja. Parecía tensa, le sobresalían los tendones del cuello y, cuando lo miró, las manos le temblaron levemente. Llevaba un vestido sencillo de paño rojo, complementado con pendientes y brazaletes de oro brillante.

—El hijo de mi hermana siempre es bien recibido en mi casa —dijo Mario con una voz que llenó todo el espacio. A Cayo casi se le doblaron las rodillas de alivio, pero se mantuvo firme.

Marco se acercó al lado de su amigo y se inclinó grácilmente. Metella cruzó una mirada con él y el temblor de sus manos aumentó. Cayo captó la preocupada mirada de soslayo que Mario dedicó a su mujer cuando ésta avanzó.

—¡Qué niños tan guapos! —dijo, tendiéndoles las manos. Desconcertados, le tomaron una cada uno—. ¡Con cuánto dolor habéis crecido! ¡Cuántos horrores habéis visto! —Puso una mano a Marco en la mejilla—. Aquí estaréis a salvo —añadió—, ¿lo entendéis? Nuestra casa es vuestra durante el tiempo que deseéis.

Marco puso la mano sobre la de ella y musitó: «Gracias». Parecía más cómodo que Cayo con la extraña mujer, pues a éste, la intensidad de los sentimientos femeninos le recordaba dolorosamente a su madre.

—Querida, ¿podrías ocuparte de los preparativos de la cena mientras yo hablo de negocios con los chicos? —resonó animosamente la fuerte voz de Mario a sus espaldas. Ella asintió con un gesto y salió mirando a Marco. Mario se aclaró la garganta.

—Creo que a mi esposa le habéis gustado —dijo—. Los dioses no nos han otorgado la bendición de los hijos y me parece que le proporcionaréis consuelo. — Ellos asintieron y Mario dejó de mirarlos—. Tubruk... veo que sigues siendo un fiel guardián. Tengo entendido que defendiste valientemente la casa de mi hermana.

—Cumplí mi deber, señor, aunque, a fin de cuentas, no fue suficiente.

—El hijo vive, y su madre también. A Julio le parecería suficiente —replicó Mario. En ese momento volvió a mirar a Cayo.

»Veo el rostro de tu padre en el tuyo. Lamento la pérdida. No puedo decir que fuéramos verdaderos amigos, pero nos respetábamos mutuamente, lo cual demuestra mayor sinceridad que muchas amistades. No me fue posible acudir al funeral, pero lo he tenido presente en mis pensamientos y en mis oraciones.

Cayo sintió el nacer de cierto afecto por ese hombre. Una voz interior le advirtió que quizás ahí radicara su talento, que quizá por eso había sido elegido tantas veces, porque era un hombre al que los demás seguían.

—Gracias. Él siempre habló bien de ti —replicó en voz alta.

Mario soltó una breve carcajada como un ladrido.

—Lo dudo. ¿Cómo se encuentra tu madre? ¿Sigue... sigue igual?

—Prácticamente igual, señor. Los médicos no tienen esperanza.

Mario asintió, pero en su rostro no se leía nada.

—Tienes que llamarme tío a partir de ahora, creo. Sí, «tío» me encaja bien. Y tú, ¿quién eres? —Una vez más, centró la atención en Cabera sin previo aviso, y el anciano, impassible, le sostuvo la mirada.

—Es sacerdote y curandero, mi consejero. Su nombre es Cabera —contestó Cayo.

—¿De dónde eres, Cabera? Tus rasgos no son romanos.

—Del lejano Oriente, señor. Mi hogar no es conocido en Roma.

—Inténtalo. He llegado muy lejos con la legión a lo largo de mi vida. —Mario no parpadeaba, su mirada era implacable, pero no parecía perturbar a Cabera.

—Es una aldea montañesa situada a más de mil millas al este de Egipto. Cuando salí de allí era muy pequeño y se me ha olvidado el nombre del lugar. Yo también he viajado mucho desde entonces.

Mario asintió y la llama de su mirada se apagó al mismo tiempo por falta de interés. Volvió a mirar a los dos chicos.

—Mi casa es vuestra a partir de ahora. ¿Debo suponer que Tubruk regresará a la propiedad contigo? —Cayo asintió—. Bien. Arreglaré tu entrada en el senado tan pronto como solucione algunas cuestiones propias. ¿Conoces a Sila?

Cayo asintió otra vez, con la dolorosa conciencia de saberse a prueba.

—En estos momentos, controla Roma. —Mario frunció el ceño, pero Cayo continuó—. Su legión patrulla las calles, cosa que le procura una gran influencia.

—Correcto. Veo que el hecho de vivir en el campo no te ha mantenido



completamente al margen de los asuntos de la ciudad. Ven a sentarte. ¿Bebes vino? ¿No? En tal caso, éste es un buen momento para que empieces a hacerlo.

Sentados en los divanes, alrededor de la mesa cargada de alimentos, Mario inclinó la cabeza y empezó a rezar:

—Poderoso Marte, concédeme criterio para tomar decisiones acertadas en los días difíciles por venir. —Se irguió y les sonrió al tiempo que indicaba a un esclavo que se acercara a servir vino.

»Tu padre habría sido un gran general si hubiera querido —dijo después—. Poseía la mente más aguda que he conocido en mi vida, pero prefirió mantener sus intereses a pequeña escala. No comprendía la realidad del poder: que un hombre fuerte puede situarse por encima de las reglas y las leyes que rigen a sus vecinos.

—Daba mucha importancia a las leyes de Roma —replicó Cayo tras pensarlo un momento.

—Sí. Ése fue su gran error. ¿Sabes cuántas veces me han elegido cónsul?

—Tres —intervino Marco.

—Sin embargo, la Ley sólo permite un mandato. Volverán a elegirme una y otra vez hasta que me harte del juego. Como ves, oponerse a mí es peligroso. Todo se reduce a eso, a pesar de las leyes y regulaciones tan caras a los ancianos del senado. Mi legión me es fiel a mí y sólo a mí. Abolí el requisito de poseer tierras para alistarse a la legión, de modo que gran parte de mis legionarios me deben su único medio de vida. Es cierto que algunos proceden de las cloacas de Roma, pero son leales y fuertes, a pesar de sus orígenes.

»Si me asesinaran, cinco mil hombres destrozarían esta ciudad, por eso paso por las calles sin peligro. Saben lo que sucedería si yo muriera, ¿comprendes?

»Si no pueden matarme, tienen que adaptarse a mí, salvo por el hecho de que Sila ha entrado finalmente en el juego, con su propia legión que sólo le es fiel a él. Yo no puedo matarlo y él no puede matarme a mí, de modo que nos ladramos el uno al otro de punta a punta del senado esperando un momento de debilidad. En estos momentos, la ventaja está de su parte. Las calles están tomadas por sus hombres, como bien has dicho, mientras que los míos están acampados fuera de las murallas. Tablas. ¿Sabes jugar al ajedrez? —La pregunta iba dirigida a Cayo, el cual parpadeó y negó con un movimiento de cabeza.

»Te enseñaré. Sila es un maestro, y yo también. Es un buen juego para generales. Consiste en matar al rey enemigo, o bien debilitarlo quitándole poder hasta que se rinda.

Entró un soldado completamente uniformado y saludó levantando rígidamente el brazo derecho.

—Mi general, los hombres que pediste han llegado. Entraron en la ciudad desde direcciones distintas y se han reunido aquí.

—¡Excelente! ¿Ves, Cayo? Se nos echa encima otro movimiento del juego. Tengo conmigo en casa a cincuenta de mis hombres. Sila no sabrá que han entrado en la ciudad a menos que disponga de espías en todas las puertas. Si sospecha de mis intenciones, habrá una centuria de su legión aguardando fuera al romper el día, pero la vida entera es un juego de azar, ¿no? —Se dirigió al soldado.

—Partiremos al amanecer. Asegúrate de que mis esclavos cuiden de mis hombres. Estaré con ellos dentro de poco. —El soldado saludó de nuevo y se retiró.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Marco con la sensación de estar completamente perdido.

Mario se levantó y flexionó los hombros. Llamó a un esclavo y le encargó que le preparase el uniforme para el amanecer.

—¿Alguna vez has visto un desfile triunfal?

—No. Creo que hace años que no hay ninguno —replicó Cayo.

—Es derecho de todo general que ha conquistado nuevas tierras desfilar con su legión por las calles de su amada ciudad y recibir el cariño de las multitudes y el agradecimiento del senado.

»Yo he conquistado vastas extensiones de tierras fértiles en el norte de África, como hiciera Escipión antes que yo. Sin embargo, Sila, con el senado en su poder en estos momentos, me ha negado el desfile triunfal. Dice que la ciudad ya ha sufrido demasiada agitación, pero la verdadera razón no es ésta. ¿Cuál es la razón?

—No quiere que tus hombres entren en la ciudad bajo ningún pretexto —contestó Cayo rápidamente.

—Bien, entonces, ¿qué tengo que hacer?

—¿Traerlos a pesar de todo? —se aventuró a decir Cayo. Mario se quedó inmóvil.

—No —dijo—. Esta es mi bienamada capital. Jamás ha entrado por sus puertas una fuerza hostil, y la mía no será la primera. Eso es fuerza ciega, que siempre es arriesgada. No. ¡Voy a solicitarlo! Amanecerá dentro de seis horas. Señores, os aconsejo que durmáis un poco. Simplemente, haced saber a cualquier esclavo que deseáis retiraros a vuestras habitaciones. Buenas noches. —Se rió entre dientes y salió a zancadas dejando solos a sus invitados.

—El... —empezó Cabera, pero Tubruk levantó un dedo indicándole silencio y señaló con la mirada a los esclavos, que estaban allí discretamente.

—La vida aquí no será aburrida —dijo en voz baja. Marco y Cayo asintieron y se sonrieron mutuamente.

—Me gustaría ver cómo «lo solicita» —comentó Marco.

—Demasiado peligroso —replicó Tubruk rápidamente—. Sin duda habrá derramamiento de sangre, y no os he traído a Roma para que os maten el primer día. Si hubiera sabido que Mario tenía esta clase de planes, habríamos retrasado la visita.

Cayo puso una mano a Tubruk en el brazo.

—Me has protegido muy bien, Tubruk, pero yo también quiero ver esto. No quiero que se nos niegue —manifestó con voz serena, pero Tubruk lo miró fijamente como si el muchacho hubiera hablado a gritos. Después se relajó.

—Tu padre nunca fue tan imprudente, pero si estás decidido y Mario está de acuerdo, yo iré también para cuidaros las espaldas, como he hecho siempre. ¿Cabera?

—¿Adónde iría yo? Sigo en el mismo camino que vosotros.

—Entonces, será al amanecer —cedió Tubruk—. Os aconsejo que os levantéis una o dos horas antes de la salida del sol para hacer unos ejercicios de estiramiento y tomar un desayuno ligero. —Se levantó y se inclinó ante Cayo—. ¿Mi señor?

—Puedes marcharte, Tubruk —dijo Cayo con una expresión seria, y Tubruk salió de la estancia.

Marco levantó una ceja, pero Cayo no hizo caso del gesto. No estaban solos y no podían permitirse el trato informal que se daban en el campo. En casa de Mario, aunque fuera pariente, no podía uno relajarse. Tubruk se lo había recordado en su estilo formal.

Marco y Cabera no tardaron en marcharse juntos, y Cayo se quedó a solas con sus pensamientos. Se tumbó en un diván a contemplar las estrellas nocturnas que brillaban sobre el jardín.

Se le anegaron los ojos. Su padre ya no estaba y él se encontraba rodeado de desconocidos. Todo era nuevo, diferente, abrumador. Tenía que considerar cada palabra antes de pronunciarla, tenía que juzgar cada una de sus decisiones. Era agotador y deseó, no por primera vez, volver a ser un niño sin responsabilidades. Siempre se las había arreglado para culpar a otros cuando cometía errores, pero ¿a quién recurriría ahora? Se preguntó si su padre o Tubruk se habrían sentido alguna vez tan perdidos como él en ese momento. Parecía imposible que hubieran tenido los mismos temores. Quizá los tenía todo el mundo, pero cada cual escondía los suyos a los demás.

Cuando recobró la calma, se levantó en la oscuridad y salió en silencio del jardín sin saber del todo adónde se dirigía. Los corredores estaban silenciosos y parecían vacíos de gente, pero apenas había dado unos pasos cuando un guardián se acercó a él y le habló.

—¿Puedo ayudarte, mi señor?

Cayo se sobresaltó. Era lógico, Mario tendría guardianes en la casa y los jardines.

—Hoy traje una esclava aquí conmigo. Me gustaría ir a ver cómo se encuentra antes de retirarme a dormir.

—Comprendo, mi señor —replicó el guardián con una pequeña sonrisa—. Te mostraré el camino de las habitaciones de los esclavos.

Cayo rechinó los dientes. Sabía lo que el hombre estaba pensando, pero decir algo

más sólo habría empeorado las sospechas. Lo siguió en silencio hasta una pesada puerta del final de un pasillo. El soldado llamó discretamente y sólo tuvieron que esperar un momento a que se abriera.

Una mujer mayor clavó la mirada al guardián. Tenía el cabello entrecano y su rostro no tardó en adoptar una expresión de desaprobación que, a todas luces, debía de ser habitual en ella.

—¿Qué quieres, Tomás? Luc está durmiendo, y ya te he dicho muchas veces...

—No se trata de mí. Este joven es el sobrino de Mario. ¿Trajo a una muchacha consigo hoy?

La actitud de la mujer cambió al darse cuenta de la presencia de Cayo, que sacudía la cabeza en silencio, penosamente, preguntándose hasta dónde llegaría a hacerse pública la situación.

—Alexandria, ¿no es así? Una muchacha muy bella. Me llamo Carla. Te llevaré a su habitación. A estas horas, casi todas las esclavas están dormidas, así que te ruego que camines con sigilo. —Hizo una señal a Cayo para que la siguiera y el muchacho obedeció, con el cuello y la espalda tensos de vergüenza. Notó la mirada de Tomás clavada en su espalda, hasta que la puerta se cerró suavemente.

El ala de los esclavos de la casa de Mario era sencilla, pero se mantenía impecable. Había puertas cerradas a lo largo de un gran pasillo y velas pequeñas colocadas en palmatorias sujetas a las paredes a intervalos regulares. Sólo algunas estaban encendidas, pero arrojaban luz suficiente como para que Cayo distinguiera por dónde iban.

Carla bajó la voz y le habló con un susurro ronco, al volverse hacia él.

—La mayoría de las esclavas duermen en unas pocas habitaciones grandes, pero a tu muchacha le han asignado una individual, de las que reservamos para las favoritas. Ordenaste que fuera bien tratada, ¿no es así?

Cayo se ruborizó. No había tenido en cuenta el interés que despertarían Alexandria y él entre las esclavas de Mario. Por la mañana, todo el mundo sabría que había ido a visitarla la víspera.

Doblaron un último recodo y Cayo se quedó petrificado de asombro. La última puerta del pasillo estaba abierta y, al contraluz de la suave iluminación del interior, vio a Alexandria de pie, hermosa a la luz temblorosa de las velas. Sólo el verla le habría obligado a contener la respiración, pero había alguien más allí, apoyado en la pared entre las sombras.

Carla se adelantó como un rayo y los dos reconocieron a Marco al mismo tiempo. Marco, por su parte, sólo se sorprendió al verlos.

—¿Cómo has entrado aquí? —preguntó Carla con tensión en la voz.

—He entrado a escondidas —dijo Marco parpadeando—. No quería despertar a todo el mundo.

Cayo miró a Alexandria y el pecho se le tensó de celos. La muchacha parecía molesta, pero el brillo de sus ojos sólo reforzaba su aspecto alborotado. Habló con sequedad.

—Como podéis ver los dos, me encuentro bien y bastante cómoda. Las esclavas tienen que levantarse antes del amanecer, de modo que me gustaría ir a dormir, a menos que queráis traer también a Cabera y a Tubruk.

Marco y Cayo la miraban con expresión de sorpresa. Verdaderamente, estaba muy enojada.

—¿No? Pues buenas noches. —Inclinó la cabeza levemente ante ellos, con un gesto de firmeza en la boca, y cerró la puerta con suavidad.

Carla se había quedado con la boca abierta de sorpresa. No sabía por dónde empezar a disculparse.

—¿Qué haces aquí, Marco? —preguntó Cayo en voz baja.

—Lo mismo que tú. Pensé que a lo mejor se encontraba sola. No tenía ni idea de que fueras a convertir esto en una reunión social, ¿no?

Varias puertas se abrieron a lo largo del pasillo y una voz femenina preguntó quedamente:

—¿Todo en orden, Carla?

—Sí, encanto, gracias —contestó Carla entre dientes—. Mirad, la muchacha se ha ido a la cama, de modo que os aconsejo que imitéis su ejemplo antes de que la casa entera se asome a ver qué sucede.

Contrariados, asintieron sin palabras y cruzaron el pasillo juntos; Carla se quedó atrás, tapándose la boca con la mano para no estallar en carcajadas delante de los chicos. Y a punto estuvo de conseguirlo.

Como Alexandria había previsto, la casa de Mario revivió de repente dos horas antes del alba. Los fogones de la cocina estaban ya calientes, las ventanas abiertas y las antorchas encendidas a lo largo de las paredes hasta que el sol saliese. Los esclavos se afanaban por todas partes llevando bandejas de alimentos y toallas para los soldados. Gritos y risas toscas rompieron el silencio de las horas nocturnas. Cayo y Marco se despertaron con los primeros ruidos, y Tubruk muy poco después. Cabera se negó a levantarse.

—¿Para qué me voy a levantar? ¡Sólo tengo que echarme la túnica encima y acercarme a las puertas! Me parece bien que falten dos horas para el amanecer.

—Puedes lavarte y desayunar —dijo Marco con ojos risueños.

—Me lavé ayer y suelo comer muy poco antes del mediodía. Vete.

Marco se retiró y se fue con los demás a desayunar unas rebanadas de pan y miel, con unos tragos de vino especiado y caliente que les templaron el estómago. Los dos jóvenes no habían hablado de los sucesos de la noche anterior, y ambos notaron cierta

tensión entre ellos durante los silencios que, en condiciones normales, habrían llenado con cualquier comentario.

Por fin, Cayo respiró hondo y habló.

—Si le gustas tú, me retiro —dijo pronunciando cada palabra con toda claridad.

—Muy honorable por tu parte —replicó Marco. Vació la taza de vino caliente y salió de las habitaciones alisándose el pelo con la mano. Tubruk se quedó mirando la expresión de Cayo y soltó una carcajada antes de seguir a Marco.

Con un aspecto fresco y descansado, Mario volvió al recinto del jardín golpeando contra la piedra las suelas metálicas de sus sandalias. Con el uniforme de general, parecía aún más corpulento, un hombre arrollador. Marco observaba su paso en busca de puntos débiles, tal como había aprendido a hacer ante cualquier oponente. ¿Se le hundía un hombro a causa de una herida antigua o protegía una rodilla levemente más débil? No encontró nada. Era un hombre que jamás había tenido la muerte cerca, que no conocía la desesperación. Pero no tenía hijos, una sola debilidad. Se preguntó quién sería estéril, si él o su esposa. Ya se sabía que los dioses eran caprichosos, pero qué broma tan pesada, dar tanto a un hombre e imposibilitarlo para dejárselo a sus herederos.

Llevaba coraza de bronce y un gran manto rojo y largo sobre los hombros. Tenía un sencillo *gladiu* de legionario sujeto a la cintura, aunque Marco se fijó en que no era un arma común por la empuñadura. Bajo las faldas de cuero, sus piernas bronceadas estaban prácticamente desnudas. Se movía bien, extraordinariamente bien para un hombre de su edad. Le brillaban los ojos de emoción, quizá por alguna inmediata perspectiva.

—Me alegro de encontraros a todos levantados y en movimiento. ¿Desfilareis con mis hombres? —La voz sonaba profunda y segura, sin rastro de nerviosismo.

—Sí, señor —replicó Cayo, satisfecho de no haber preguntado—. Estamos todos dispuestos, con tu permiso..., tío.

Mario hizo un gesto de asentimiento al oír la palabra.

—Por descontado, pero en la retaguardia. Va a ser una diversión matinal arriesgada, resulte como resulte. Una cosa: no conocéis la ciudad y, en caso de que nos separemos, es posible que esta casa deje ser un lugar seguro. Id a buscar a Valcino a los baños públicos. Estarán cerrados hasta el mediodía, pero os dejaré entrar en mi nombre. ¿De acuerdo?

Marco, Cayo y Tubruk se miraron unos a otros, levemente aturdidos por la precipitación de los acontecimientos. Al menos dos de ellos también estaban emocionados. Salieron del patio detrás de Mario, donde los hombres aguardaban pacientemente.

Cabera se les unió en el último momento. Tenía la mirada más penetrante que

nunca, pero con una sombra de barba sin afeitar en las mejillas y la barbilla. Marco le sonrió y, a cambio, recibió una mirada reprobatoria. Se quedaron al final del grupo de hombres, y Cayo se fijó en la compostura de los soldados que le rodeaban. Eran hombres de piel dorada y cabello negro, con un escudo atado al brazo izquierdo. Sobre la superficie de cada escudo de bronce se veía el sencillo emblema de la casa de Mario: tres flechas cruzadas. En ese momento, Cayo comprendió lo que Mario le había explicado. Esos soldados eran legionarios romanos capaces de luchar por su ciudad, pero su lealtad estaba con el emblema que portaban.

Todo quedó en silencio mientras esperaban a que se abrieran las grandes verjas. Metella salió de entre las sombras y besó a Mario, quien respondió con entusiasmo apretándole las nalgas. Sus hombres contemplaron la escena impasiblemente, no compartían su excelente humor. Después, la mujer besó a Cayo y a Marco y los muchachos advirtieron con sorpresa que tenía lágrimas en los ojos.

—Volved a mí sanos y salvos. Os estaré esperando a todos.

Cayo echó una ojeada buscando a Alexandria. Tenía la sensación de que podía contarle la noble decisión que había tomado de retirarse a favor de Marco. Esperaba que ella, enternecida por el sacrificio, se burlara del afecto de Marco. Desafortunadamente, no la vio por ninguna parte, y entonces, las puertas se abrieron y ya no hubo tiempo para más.

Cayo y Marco se unieron a Tubruk y Cabera mientras los soldados de Mario salían con estrépito metálico a las calles de Roma.

## XIII

En circunstancias normales, las calles de Roma habrían estado vacías de transeúntes al amanecer, pues el grueso del pueblo se despertaba tarde y atendía sus asuntos hasta la medianoche. Con el toque de queda en vigor, el ritmo de los días había cambiado, y los comercios estaban abriendo cuando Mario y sus hombres salieron desfilando.

El general marchaba a la cabeza de sus hombres con paso ágil y seguro. Algunos viandantes lanzaron voces de alarma y Cayo vio que la gente se escondía en los portales ante la presencia de hombres armados. Después de los recientes disturbios, nadie tenía humor para quedarse admirando el desfile que descendía por la colina hasta el foro de la ciudad, donde se encontraban los edificios del senado.

Al principio, en las calles principales, la gente despejaba el paso, pues los madrugadores laboriosos preferían apartarse de los soldados. Cayo notaba sus miradas y oyó algunas murmuraciones iracundas. Los rostros duros repetían una palabra: ¡*Scelul!* era un crimen que los soldados anduvieran por la calle. La madrugada era húmeda y fría, y Cayo se estremeció levemente. Marco también parecía muy serio bajo esa luz grisácea, y le hizo un gesto de asentimiento cuando sus miradas se cruzaron, sin apartar la mano de la empuñadura del *gladius*. La tensión aumentaba con el ruido metálico y los golpes de los hombres al moverse. Cayo no se había dado cuenta de lo ruidosos que podían ser cincuenta soldados pero, en las calles estrechas, el golpeteo de las sandalias con suelas de metal resonaba por todas partes. En los pisos más altos, algunas ventanas iban abriéndose a su paso, y una persona gritó con rabia, pero la marcha no se detuvo.

—¡Sila os arrancará los ojos! —voceó un hombre antes de cerrar su casa de un portazo. Los soldados de Mario hacían caso omiso de los improperios y de la multitud que se agolpaba detrás de ellos, atraída por la emoción y el peligro, convirtiéndose ya en una turba cada vez más numerosa.

Más adelante, un legionario que llevaba la enseña de Sila en el escudo se volvió al oír el ruido y se quedó inmóvil. Los soldados seguían avanzando hacia él y Cayo percibió el repentino aumento de la tensión, con todos los ojos fijos en un solo hombre. El soldado prefirió la discreción al valor y se alejó a paso ligero hasta desaparecer por una esquina. Uno de los hombres de la primera fila que acompañaban a Mario se adelantó como para seguirlo, pero el general lo detuvo poniéndole la mano en el pecho.

—Deja que se vaya. Dará aviso de mi llegada. —Su voz se oyó hasta el final del grupo y Cayo admiró lo tranquila que sonaba. No habló nadie más, y siguieron adelante, golpeando el suelo con los pies todos a un tiempo.

Cabera miró hacia atrás y palideció al ver las calles llenas de seguidores. No había retirada posible, una multitud les pisaba los talones con los ojos brillantes de



emoción, llamándose y silbándose unos a otros. Rebuscó entre los pliegues de la túnica y sacó una pequeña piedra azul sujeta a una correa, la besó y musitó una oración. Tubruk miró al anciano, le puso una mano en el hombro y le dio un leve apretón.

Cuando llegaron al gran espacio del foro, la multitud se repartió llenando las calles paralelas y rodeando al grupo de soldados por todas partes. Cayo percibía el nerviosismo de los hombres que caminaban delante, vio que sus músculos se tensaban al aflojar las correas de las espadas envainadas, preparándose para la acción. Tragó saliva, pero tenía la garganta seca. El corazón le latía muy deprisa y se sentía ligeramente mareado.

El sol, como burlándose de la tensión del momento, escogió el instante en el que entraron en el foro para salir de entre las brumas matutinas y bañó de oro las estatuas y los templos de uno de los laterales. Cayo veía la escalinata del edificio del senado al frente y se humedeció los labios, secos de repente, al observar a unos hombres vestidos de blanco que salían de la oscuridad y se quedaban de pie, esperándolos. Contó cuatro legionarios de Sila en la escalinata, con la mano en la espada. Habría más en camino.

Cientos de personas llenaban el foro provenientes de todas las direcciones y se oían chanzas y llamadas que resonaban en las calles cercanas. Todos miraban a Mario y a sus hombres, pero abrieron un paso franco hasta el senado, pues sabían adonde iban sin que nadie se lo hubiera dicho. Cayo apretó los dientes. ¡Cuánta gente había! No daban muestras de temor ni de respeto, señalaban con el dedo, gritaban y repartían empujones y codazos para ver mejor lo que estaba por suceder. Cayo empezaba a lamentar haberse decidido a acompañarlos.

Mario detuvo a sus hombres al pie de la escalinata y avanzó un paso. La multitud se acercó más, sin dejar un espacio libre. El aire olía a sudor y a comida con especias. Treinta anchos escalones conducían a la cámara de debate, y en ellos aguardaban nueve senadores.

Cayo reconoció el rostro de Sila, el del escalón más alto. Miraba directamente a Mario, inexpresivamente, su rostro semejaba una máscara. Tenía las manos a la espalda, como si fuera a comenzar una conferencia. Sus cuatro legionarios tomaron posiciones en el escalón más bajo y Cayo vio que, al menos, parecían inquietos por lo que pudiera suceder a continuación.

La gran multitud, sensible a una señal invisible, guardó silencio; sólo se oía alguna maldición y algunos murmullos dispersos de los que querían ver mejor.

—Todos me conocéis —dijo Mario con una voz de trueno que viajó lejos en el silencio—. Soy Mario, general, cónsul y ciudadano. Aquí, ante el senado, reclamo mi derecho al desfile triunfal como reconocimiento a las nuevas tierras que mi legión ha conquistado en África.

La muchedumbre se acercó más aún, un par de personas llegaron a las manos y unos gritos agudos rompieron la tensión del momento. Hacían fuerza contra los soldados, de modo que dos de ellos tuvieron que levantar los brazos y empujar a la masa hacia atrás, lo cual produjo más protestas. Cayo percibía el mal humor de la multitud. Se habían congregado como en los juegos del circo, para asistir a un espectáculo de muerte y violencia por diversión.

Cayo se dio cuenta de que los demás senadores miraban a Sila esperando su respuesta. Puesto que él era el otro cónsul, su palabra representaba la autoridad de la ciudad.

Bajó dos escalones y se acercó a los soldados. Tenía el rostro rojo de ira, pero sus palabras fueron serenas.

—Esto es ilegal. Ordena a tus hombres que se dispersen. Entra y discutiremos el asunto cuando se reúna todo el senado. Conoces la Ley, Mario.

La gente que oyó sus palabras lo aclamó, pero los demás gritaron vulgaridades sabiendo que no los localizarían entre la apretada masa de gente.

—¡Sí, conozco la Ley! Sé que un general tiene derecho a exigir el paseo triunfal. Eso es lo que pido. ¿Me lo niegas? —También Mario se había adelantado un par de pasos, y la masa avanzó con él a golpes y empujones e invadió la escalinata del senado que mediaba entre los dos hombres.

—¡*Vapp Cunnu!* —insultaron a los soldados que los rechazaban, y Mario se volvió hacia la primera fila de sus cincuenta hombres con una mirada fría y negra.

—¡Basta! Haced sitio a vuestro general —dijo con voz imponente.

Los diez hombres de la primera fila desenvainaron las espadas y frenaron a la gente que más se había acercado. Unos instantes después, algunos heridos escupían sangre sobre los escalones de mármol. Los soldados no se detuvieron, siguieron matando con fría concentración a hombres y mujeres, que caían ante ellos. Un grito se elevó de la muchedumbre al tiempo que los primeros intentaban retroceder, pero los de las últimas filas no veían lo que sucedía y seguían empujando hacia delante. Hasta el último de los cincuenta soldados desenvainó su *gladiu* y empezó a cortar a su alrededor sin mirar quien caía bajo la hoja.

Debieron de transcurrir solamente unos instantes desde el comienzo hasta el final, pero a Cayo y a Marco, que sólo podían contemplar con horror las filas de gente que iban cayendo como trigo maduro, les pareció una eternidad. Los cuerpos manchaban la piedra del foro y la muchedumbre luchaba de pronto por huir: por fin el mensaje había llegado a todos. Luego, Mario y sus hombres quedaron en medio de un espacioso redondel que iba aumentando a medida que tanto los ciudadanos como los esclavos huían de las espadas rojas.

No se había pronunciado una palabra. Cada cual limpió su hoja en los muertos y la envainó de nuevo. Los hombres volvieron a sus posiciones y Mario volvió a mirar

a los senadores.

Las piedras del foro se habían vuelto resbaladizas por la sangre fresca. Los que quedaban en los escalones estaban pálidos y reculaban instintivamente alejándose de la matanza. Sólo Sila permaneció en su lugar, y sus labios se curvaron en un gesto amargo al percibir el olor de la sangre derramada y los vientres destripados.

Se miraron los dos largamente, como si estuvieran solos en el foro. El momento se alargaba y Mario levantó la mano como para dar otra orden a sus hombres.

—Dentro de un mes, a partir de hoy —dijo Sila—. Haz tu desfile triunfal, general, pero recuerda que hoy te has ganado un enemigo. Saborea los momentos de gloria que te son debidos.

Mario inclinó la cabeza.

—Gracias a ti, Sila, por tu sabiduría. —Dio la espalda a los senadores, ordenó media vuelta y cruzó sus filas para situarse nuevamente al frente. La gente se contuvo, pero la rabia se reflejaba en todos los rostros.

—Adelante —dijo de nuevo con voz estentórea, y una vez más se oyó el golpeteo de hierro sobre piedra al paso de la media centuria en dirección a las calles.

Cayo, perplejo, sacudió la cabeza mirando a Tubruk y a Marco sin decir nada. Por el rabillo del ojo vio que una centuria de hombres de Sila entraba en la plaza por una calle lateral, corriendo y con la espada en la mano. Se tensó y habría gritado para avisar, pero vio que Tubruk hacía un gesto negativo con la cabeza.

Detrás de ellos, Sila levantó la mano para detener a sus hombres, y éstos se quedaron firmes, observando la partida de Mario con expresión furiosa. Cuando Cayo llegó al final del foro, vio que Sila describía un círculo con la mano derecha en el aire.

—Demasiado a tiempo, para mi gusto —susurró Tubruk.

Mario soltó un bufido desde el otro lado, había oído algo. Avanzó y su voz también se dejó oír.

—Formación cerrada en las calles, soldados. Todavía no hemos terminado.

Los soldados se replegaron en una unidad apretada. Mario miró hacia atrás por encima del hombro.

—Vigilad las calles laterales. Sila no nos permitirá salir de ésta si puede evitarlo. Manteneos atentos y con las espadas a punto.

Cayo tenía cierta sensación de mareo por la precipitación de unos acontecimientos que escapaban a su control. ¿Era esta la seguridad que le proporcionaría la sombra de su tío? Siguió andando con los demás, rodeado de legionarios.

Un grito breve y rasgado resonó a sus espaldas, se volvió bruscamente y el soldado que iba detrás estuvo a punto de tirarlo al suelo. Había un legionario tendido en el suelo, en el barro de la calle. La sangre formaba un charco a su alrededor y

Cayo entrevió a tres hombres que clavaban y cortaban frenéticamente.

—No mires —le advirtió Tubruk al tiempo que le hacía dar media vuelta otra vez con una leve presión en el hombro.

—¡Pero, ese hombre! ¿No tendríamos que detenernos? —gritó Cayo sin salir del asombro.

—Si nos detenemos, moriremos todos. Sila ha soltado a sus perros.

Cayo echó una ojeada a una calle lateral al pasar y vio a un grupo de hombres con dagas en la mano que corría hacia ellos. Por el porte, parecían legionarios, pero sin uniforme. El muchacho sacó la espada casi al mismo tiempo que los demás. Se le aceleró el corazón otra vez y notó que comenzaba a sudar por la frente.

—¡Conteneos! Nos hemos parado para nada —gritó Mario proyectando la voz hacia atrás, con los músculos del cuello y la espalda rígidos.

Los hombres de los cuchillos atacaron a la última fila otra vez al pasar, uno cayó con un *gladiu* en las costillas antes de que sus compañeros tuvieran tiempo de dejarlo en el suelo. Chilló llevado por el pánico cuando le arrancaron la espada de las manos y, de pronto, el grito se cortó en seco.

A medida que avanzaban, Cayo oyó gritos de triunfo a su espalda. Miró atrás furtivamente y se arrepintió al momento, tan pronto como hubo visto que los atacantes levantaban una cabeza ensangrentada y aullaban como animales. Los soldados que le rodeaban pronunciaban los peores juramentos y uno de ellos se detuvo de repente y levantó la espada.

—Vamos, Vegus, ya casi hemos llegado —le instó un compañero, pero el hombre se sacudió las manos del otro de los hombros y escupió en el suelo.

—Era mi amigo —murmuró y, echando a correr hacia el griterío, abandonó la fila. Cayo quería ver lo que sucedía. Los oyó gritar, cuando vieron llegar a Vegus, pero, de pronto, empezaron a salir hombres de todos los callejones y el legionario cayó sin exhalar un sonido.

—¡Calma! —ordenó Mario, y Cayo pudo percibir ira en su voz, el primer matiz de rabia que había visto en su tío—. ¡Calma! —repitió.

Marco tomó la daga del hombre que tenía a la derecha y retrocedió entre las filas. Estaba en la última fila de a tres cuando pasaron ante la bocacalle oscura de un callejón, de donde salieron cuatro atacantes más con los cuchillos listos para matar. Marco se agachó y soportó todo el peso de uno de ellos durante el violento abrazo del encontronazo. Clavó el cuchillo en la garganta que tan cerca veía de la suya y parpadeó cuando la sangre le salpicó. Utilizó el cuerpo para detener otra embestida, y después lo arrojó contra los demás atacantes. En el momento en que llegó al suelo, los hombres cayeron rápidamente bajo las estocadas de los tres legionarios que cerraban la formación, quienes se reintegraron después a las filas sin una palabra. Uno de ellos dio a Marco un apretón en el hombro y Marco le sonrió. Se escabulló

unas filas hacia delante de nuevo y llegó al lado de Cayo jadeando ligeramente. Cayo levantó la cabeza un momento.

Entonces, se abrieron las verjas ante ellos y se encontraron a salvo, pero mantuvieron la formación hasta que el último hombre hubo entrado en el patio.

Después, las verjas se cerraron, Cayo volvió a mirar colina abajo, por donde habían pasado en formación. No había nadie, no asomaba ni un rostro. Roma parecía tan tranquila y ordenada como siempre.

## XIV

Mario casi resplandecía de felicidad y energía paseando entre sus hombres, dándoles cordiales golpes en los hombros y riéndose. Ellos sonreían sardónicamente, como reciben los niños las felicitaciones de un tutor.

—¡Lo hemos conseguido, muchachos! —gritó Mario—. Dentro de un mes, haremos que la ciudad jamás olvide ese día. —Los hombres lo aclamaron y él pidió vino y refrigerio, y conminó a todos los esclavos de la casa a que trataran a esos hombres como a reyes.

—¡Todo lo que quieran! —gritó a pleno pulmón. Hasta el último hombre que pasó por las verjas recibió en sus rudas manos una copa de vino de oro o plata, y Cayo y Marco también. Un vino morado oscuro gorgoteaba desde las jarras de arcilla al ser servido en las copas. Alexandria se encontraba entre los demás esclavos y sonrió a Marco y a Cayo. Cayo respondió con una inclinación de cabeza, pero Marco le sonrió cuando pasó a su lado.

—El mejor —sentenció Tubruk con una sonrisa, tras oler el vino.

Mario levantaba una copa en alto con expresión sombría y, al cabo de un momento, se hizo el silencio.

—Por los que hoy no lo han conseguido, por los que murieron por nosotros. Por Tagoe, Luca y Vegus. Por tres valientes.

—¡Por tres valientes! —repitieron todos formando un coro gutural; vaciaron las copas y las tendieron de nuevo hacia los esclavos para que volvieran a llenarlas.

—Sabía cómo se llamaban —musitó Cayo a Tubruk, quien acercó la cabeza para responder.

—Conoce el nombre de todos —dijo en un murmullo—. Por eso es un buen general, por eso lo aman. Podría contarte algo de la vida de cada uno de los hombres que hay aquí, y también de una gran parte de la legión que le espera fuera de Roma. Bien, puede considerarse un truco, si se quiere, una forma fácil de impresionar a los hombres del servicio. Sé que es eso lo que diría, si le preguntaras. —Se detuvo a mirar al general, que había atrapado por la cabeza con una llave a un soldado muy corpulento y fornido, y paseaba entre los demás con el hombretón de tal guisa. El soldado se quejaba, pero no forcejaba. Lo soportaba como se suponía que era su deber.

—Creo que son como hijos suyos. Ya ves cuánto los quiere. Seguramente, ese soldado podría arrancarle los brazos, si quisiera. En otro momento cualquiera, sería capaz de clavar una daga a un hombre por mirarle con los ojos entrecerrados a pleno sol del día. Pero mira, Mario lo pasea por ahí agarrado por la cabeza y él se ríe. No estoy muy seguro de que ese arte se aprenda... creo que se nace sabiéndolo, o no se aprende jamás. Ni siquiera hace falta ser un buen general, si se tiene ese don.

»Esos hombres seguirían a Sila, si estuvieran en su legión. Lucharían por él, mantendrían la formación y morirían por él. Pero quieren a Mario, así que no se les puede sobornar ni comprar, y en la batalla no huirían, ni uno solo huiría. No si él está mirando, al menos. Antes, era necesario poseer tierras para alistarse en la legión, pero Mario abolió esa ley. Hoy día cualquiera puede hacer carrera luchando por Roma, o al menos por Mario. La mitad de estos hombres no habría entrado nunca en el ejército antes de que Mario lograra que el senado aprobara su ley. Es mucho lo que le deben.

Los hombres empezaron a salir del cuadrilátero del patio para ir a bañarse y a recibir masajes de manos de las esclavas más bonitas de la casa. Unas cuantas bellezas ya se habían colgado del brazo de algunos soldados y exclamaban de admiración al oír los relatos de sus proezas guerreras. Cuando Mario soltó la cabeza al enorme legionario, éste llamó inmediatamente a una muchacha, una esbelta morena de ojos negros de *koh*. El hombretón la miró un momento y sonrió como un lobo al levantarla en brazos. El eco de la risa de la muchacha resonó en los muros de ladrillo, mientras el soldado se la llevaba a paso ligero hacia los edificios principales.

Un soldado joven dejó caer un brazo fuerte y musculoso sobre el hombro de Alexandria y le dijo algo. Marco se acercó por detrás inmediatamente.

—Esta muchacha no, amigo. No es de la casa.

El soldado lo miró y consideró el porte y la expresión resuelta del muchacho. Se encogió de hombros y llamó a otra joven que pasaba en ese momento. Cayo observaba el incidente y, cuando Alexandria cruzó la mirada con él, el rostro de la joven se llenó de furia. Dio la espalda a Marco y desapareció a grandes pasos en las frescas estancias ajardinadas del interior.

Marco se dirigió a su amigo. Había visto la expresión de Alexandria y se quedó pensativo.

—¿Por qué se ha enfadado tanto? —preguntó Cayo, exasperado—. No creo que le apeteciera ir con esa especie de buey. La has salvado.

—Quizás ése es el problema —contestó Marco—. A lo mejor no me quería a mí. Tal vez quería que la salvaras tú.

—¡Ah! —exclamó Cayo con el rostro iluminado—. ¿De verdad?

Mario se acercó tambaleándose a Cayo y a sus amigos riéndose todavía, con el pelo pegado a la frente por el vino que le habían derramado encima. Le brillaban los ojos de alegría. Tomó a Cayo por los hombros.

—¿Y bien, muchacho? ¿Qué te ha parecido el primer bocado de Roma?

Cayo le sonrió sin poder evitarlo. Las emociones de ese hombre eran contagiosas. Cuando fruncía el ceño, lo envolvían unas nubes oscuras de temor y furia que afectaban a quienquiera que se encontrara cerca. Cuando sonreía, uno quería sonreír también. Uno quería formar parte de sus hombres. Cayo notaba el poder que emanaba su tío y, por primera vez, se preguntó si alguna vez llegaría a ganarse esa clase de

lealtad.

—Daba miedo, pero también ha sido emocionante —replicó, incapaz de dejar de sonreír.

—¡Bien! Algunos no lo notan, ¿sabes? Sólo van sumando cifras y se imaginan cuántos hombres harían falta para defender un barranco. Pero no sienten emoción. —Miró hacia Marco, Tubruk y Cabera.

—Embriagaos, si os place, disfrutad de una mujer, si todavía queda alguna libre. Hoy no habrá más trabajo y nadie puede marcharse hasta el anochecer, después del incidente que hemos tenido. Mañana empezaremos a pensar en cómo traer a cinco mil hombres desde ochenta kilómetros de distancia hasta Roma. ¿Sabéis algo de avituallamiento? —Tanto Marco como Cayo hicieron un gesto negativo.

—Aprenderéis. El mejor ejército del mundo está perdido sin comida y agua, chicos. Eso es lo que hay que saber. Todo lo demás cae por su propio peso. No olvidéis que mi casa es vuestra. Voy a sentarme en la fuente, a emborracharme. —Recogió tres jarras de vino sin abrir de las que todavía tenían los esclavos y se alejó: era un hombre con una misión.

Tubruk lo siguió con la mirada, sonriendo irónicamente, hasta que desapareció del patio.

—Cuentan que una vez, en el norte de África, la víspera de una batalla contra una tribu salvaje, Mario entró solo en el campamento enemigo con una jarra de vino en cada mano. Tened en cuenta que era un campamento de siete mil guerreros de los más brutales que la legión se había encontrado hasta entonces. Estuvo toda la noche bebiendo con el jefe de la tribu, aunque ninguno entendía una palabra de la lengua del otro. Brindaron por la vida, el futuro y el valor. A la mañana siguiente, Mario llegó a sus propias filas dando tumbos.

—¿Y qué pasó entonces? —preguntó Marco.

—Barrieron a toda la tribu, hasta el último hombre, ¿qué esperabas? —dijo Tubruk riéndose.

—¿Por qué no lo mató el jefe? —insistió Marco.

—Supongo que le entró por el ojo derecho. Le pasa a casi todo el mundo.

Metella apareció en el patio y tendió las manos hacia Cayo y Marco sonriendo.

—Me alegro de que hayáis vuelto sanos y salvos. Quiero que este lugar sea para vosotros un refugio de paz. —Miró a Marco a los ojos y el muchacho le sostuvo la mirada serenamente.

—¿Es cierto que te has criado sin tu madre?

Marco se sonrojó un poco y se preguntó cuántas cosas le habría contado Mario. Asintió, y Metella tragó saliva con esfuerzo.

—Pobrecito niño. De haberlo sabido, te habría traído antes conmigo.

Marco se preguntó si Metella sabría a lo que se estaban dedicando los legionarios



con sus esclavas. Aquella mujer no encajaba en el tosco mundo de Mario y su legión. Se preguntó cómo sería su madre y, por primera vez, se planteó buscarla. Seguramente Mario sabría algo, pero no deseaba hacerle semejante pregunta. A lo mejor Tubruk se lo decía antes de volver a casa.

Metella le soltó la mano y fue a acariciarle la mejilla.

—Habéis pasado un mal rato, pero ahora todo ha terminado. —Marco asintió otra vez y la mujer imitó su gesto como si hubieran llegado a un entendimiento particular. De pronto, las lágrimas asomaron a sus ojos; entonces dio media vuelta y se marchó por los claustros.

Marco miró a Cayo y se encogió de hombros.

—Aquí tienes una amiga —dijo Tubruk observando a la mujer que se retiraba—. Te ha tomado cariño.

—Soy un poco mayor para necesitar una madre —musitó.

—Seguramente, pero ella no es tan mayor como para no necesitar un hijo.

Al mediodía, se produjo una conmoción ante las puertas de la casa. Algunos legionarios salieron blandiendo la espada, por si se trataba de una represalia tras los incidentes de la mañana. Cayo y Marco se precipitaron al patio con los demás y, de pronto, se detuvieron con la boca abierta.

Allí estaba Renio, estampado contra los barrotes de metal, cantando una canción fúnebre de borrachos. Se mantenía en equilibrio gracias a la tranca de la verja, pero tenía la túnica empapada de vino con salpicaduras de vómito. Un guardián se acercó a los barrotes y empezó a hablar, y Cayo y Marco se acercaron también, con Tubruk a la zaga.

De repente, Renio agarró al hombre por el cabello y le golpeó la cabeza contra los barrotes con gran estrépito; el soldado se derrumbó y los demás empezaron a gritar furiosos.

—¡Dejadle entrar, que lo mataremos! —gritó un hombre, pero otro dijo que podía tratarse de una trampa de Sila para que abrieran las puertas. Aquel argumento hizo que todos se detuvieran, momento que Cayo y Marco aprovecharon para acercarse a la verja.

—¿Podemos ayudarte? —preguntó Marco amablemente, levantando la cejas.

—Te clavaré la espada en el cuerpo, hijo de ramera —farfulló Renio con furia.

Marco empezó a reírse.

—Abrid las puertas —dijo Cayo al otro guardián—. Es Renio... está conmigo.

El guardián hizo caso omiso, como si oyera llover, dejando patente que Cayo no era quién para dar órdenes en esa casa. Cuando Cayo avanzó hacia la verja, un legionario se interpuso negando lentamente con movimientos de cabeza.

Marco llegó furtivamente a los barrotes y susurró unas palabras al guardián.

El hombre estaba contestándole cuando Marco le sacudió un golpe brutal en la cabeza que lo tumbó en el suelo. Sin prestar atención al guardián, que trataba de levantarse, Marco descorrió las grandes trancas que mantenían la puerta segura y la abrió.

Renio cayó al patio cuan largo era, el brazo sano le temblaba. El muchacho se rió entre dientes y empezó a cerrar la verja cuando oyó el suave sonido metálico del cuchillo al ser desenvainado. Se giró y logró detener justo a tiempo con el brazo una cuchillada del furioso guardián. Acto seguido, le propinó un revés con la mano izquierda en la boca que lo tumbó de espalda otra vez. Luego cerró por fin.

Dos hombres acudieron a atraparlo, pero una voz dijo: «¡Alto!», y todos se detuvieron inmediatamente. Mario entró en el patio sin síntomas de llevar un buen rato bebiendo sin parar. Mientras se acercaba, los dos hombres no apartaban la mirada de Marco, que a su vez los miraba con calma.

—¡Dioses! ¿Qué es lo que ocurre en mi casa? —Mario se acercó y puso la mano con todo su peso en el hombro de uno de los soldados que se enfrentaban a Marco.

—Ha venido Renio —dijo Cayo—. Vino con nosotros de mi casa.

Mario echó una ojeada al hombretón desparrado que dormía tranquilamente sobre las piedras.

—No se emborrachó jamás cuando era gladiador, y comprendo el motivo, si le afecta de este modo. ¿Qué te ha pasado? —La pregunta iba dirigida al guardián que había vuelto a su puesto. Tenía la boca y la nariz ensangrentadas y los ojos le brillaban de indignación, pero sabía que no debía presentar quejas a Mario.

—Me di en la cara con la verja cuando la abrí —dijo lentamente.

—¡Qué poco cuidado pones, Fulvio, maldita sea! Tenías que haber dejado a mi sobrino que te ayudara.

El mensaje estaba claro. El soldado asintió y se limpió un poco la sangre con la mano.

—Me alegro de haber aclarado el asunto. Ahora, tú y tú —dijo, señalando con el dedo a Cayo y a Marco— venid conmigo al estudio. Tenemos que hablar de un par de cosas.

Esperó a que los muchachos pasaran delante y luego los siguió. Por encima del hombro, dijo:

—Llevad a ese anciano a dormir a alguna parte y mantened cerrada la maldita verja.

Marco miró disimuladamente a los legionarios que había por allí; todos sonreían, aunque no supo si por malicia o porque la situación les parecía graciosa de verdad.

Mario abrió la puerta del estudio e hizo entrar a los dos muchachos en una habitación con las paredes cubiertas de mapas de África y de todo el Imperio romano.

Cerró sin hacer ruido y se volvió hacia ellos. Les miró fríamente, y Cayo sintió pánico por un breve instante cuando su tío clavó en él sus ojos azules.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le espetó entre dientes.

Cayo abrió la boca para decir que quería franquear la entrada a Renio, pero lo pensó mejor.

—Lo siento. Tendría que haber esperado a que vinieras tú.

Mario asintió con un movimiento violento.

—Supongo que comprendes que si Sila hubiera apostado a veinte hombres escogidos en la calle esperando una oportunidad así, a estas horas estaríamos todos muertos, ¿no?

Cayo se sonrojó y asintió, abatido. Mario se encaró con Marco.

—Y tú, ¿por qué atacaste a Fulvio?

—Cayo le dio orden de que abriera la verja, el hombre no hizo el menor caso, entonces, lo provoqué.

Marco no dejaba traslucir nada. Miraba al hombre adulto sin titubear. El general asintió nuevamente.

—¿Esperabas que un veterano de treinta conflictos acatara órdenes de un niño imberbe de catorce?

—No... no se me ocurrió. —Por primera vez, Marco dudó de sí mismo y el general volvió a dirigirse a Cayo.

—Si os respaldo en este asunto, perderé parte del respeto que me tienen mis hombres. Todos saben que habéis cometido un error y están esperando a ver qué hago al respecto.

A Cayo se le encogió el corazón.

—Hay una forma de solucionarlo, pero lo pagaréis caro los dos. Fulvio es campeón de lucha de su centuria. Hoy, cuando lo tumbaste de espalda, perdió mucho prestigio, Marco. Me atrevería a decir que estaría encantado de tomar parte en una lucha amistosa, sólo para orear el ambiente. De lo contrario, es posible que te clave un cuchillo cuando yo no ande cerca para impedirlo.

—Me matará —respondió Marco en voz baja.

—En un combate amistoso, no. No utilizaremos guantes de hierro en consideración a tu tierna edad, sino de piel de cabra para protegerte las manos. ¿Has recibido alguna clase de entrenamiento?

Los dos chicos asintieron pensando en Renio. Mario se dirigió de nuevo a Cayo.

—Naturalmente, si tu amigo demuestra valor, gane o pierda, los hombres lo adorarán, y no puedo consentir que mi sobrino permanezca en la sombra, ¿lo entiendes?

Cayo asintió previendo lo que se avecinaba.

—Te enfrentaré a otro de mis hombres. Todos son campeones de una u otra

especialidad, por eso los escogí para la misión de escolta ante el senado. Os darán una paliza a los dos, pero si sabéis comportaros, el incidente quedará olvidado e incluso es posible que ganéis un poco de consideración entre mis hombres. La mayoría pertenecen a la escoria de las cloacas; no temen a nada y sólo respetan la fuerza. Ah, puedo ordenar simplemente que cada cual vuelva a su deber y aquí no ha pasado nada, entonces tendríais que esconderos a la sombra de mi autoridad, pero no funcionaríais, ¿comprendéis?

Los chicos asintieron, pálidos, y Mario sonrió de repente.

—Sonreíd, muchachos, es lo mejor. No hay otra forma de salir del aprieto, así que, ¿por qué no escupir ante la mirada de Júpiter mientras tanto?

Los muchachos se miraron y, súbitamente, sonrieron. Mario volvió a reírse.

—Lo conseguiréis. Os doy algo de tiempo para prepararos. Voy a decírselo a los hombres y nombraré a los oponentes. Así Renio tendrá tiempo de recobrar la sobriedad un poco. Seguro que le gustará presenciarlo. ¡Por todos los dioses, yo sí que quiero verlo! ¡Romped filas!

Cayo y Marco volvieron despacio a sus habitaciones. La ligereza del primer momento había desaparecido y sólo les quedaba un retortijón en el estómago por lo que había de suceder.

—¡Eh! ¿Te has dado cuenta? ¡He tumbado de espalda a un campeón de lucha! Te aseguro que voy a intentar ganar este encuentro. Si le golpeo una vez, a lo mejor le tumbo. Sólo hace falta ensartar un buen golpe.

—Pero ahora no estará desprevenido —contestó Cayo con aire taciturno—. Seguro que mi oponente será ese simio que Mario llevaba agarrado por la cabeza antes; le gusta esa clase de bromas.

—Los corpulentos se mueven con torpeza. Tú eres rápido en el golpe cruzado, pero tienes que mantenerte fuera de tiro. Todos esos soldados son robustos, o sea que sus golpes siempre serán más fuertes que los nuestros. No dejes de mover los pies hasta que se canse.

—Nos van a matar —replicó Cayo.

—Sí, es probable.

Tubruk aceptó la noticia con calma cuando se lo contaron en sus habitaciones.

—Me esperaba algo así. A Mario le gustan los enfrentamientos y siempre los propicia entre sus hombres y los de otras legiones. Simplemente, es su estilo: unos cuantos vivos, mucha sangre y todo perdonado y olvidado.

—Afortunadamente, no habéis bebido más de un par de copas. Vamos, no tenéis mucho tiempo para calentar y prepararos. Id a entrenar un poco en una habitación; decid a un esclavo que os lleve a algún sitio apropiado e iré a buscaros en cuanto encuentre unos guantes. Una cosa: no decepcionéis a Mario. Sobre todo tú, Cayo. Eres de su misma sangre, tienes que ofrecer un buen espectáculo.

—Entendido —contestó Cayo con gravedad.

—Bien, en marcha. Diré a algún siervo que aplique hielo a Renio... desde lejos, claro, para que no le dé una paliza.

—¿Qué le ha pasado? ¿Por qué estaba borracho a tan temprana hora del día? —preguntó Cayo con curiosidad.

—No lo sé. Concentrémonos en las cosas de una en una. Esta noche tendréis ocasión de hablar con él. ¡En marcha!

Mientras Roma dormía bajo el caluroso bochorno de la tarde, los hombres de la legión Primigenia se reunieron en la sala de adiestramiento más espaciosa, alrededor de las paredes, riéndose, charlando y tomando cerveza fría y zumo de fruta. Después de los combates, Mario les había prometido un banquete de diez platos exquisitos regado con vino, y reinaba un humor relajado y alegre. Tubruk estaba con Marco y Cayo, ayudándoles a soltar los hombros. Cabera estaba sentado en un taburete con una expresión inescrutable.

—Los dos son diestros —dijo Tubruk en voz baja—. A Fulvio ya lo conoces, el otro es Decidus, campeón de jabalina. Tiene los hombros muy fuertes, pero no me parece rápido. Manteneos a distancia, obligadlos a ir a vuestro encuentro. —Marco y Cayo asintieron. Los dos estaban un poco pálidos, a pesar de la tez bronceada—. Recordad, lo principal es mantenerse de pie el mayor tiempo posible, para demostrar que tenéis nervio. Si caéis pronto, levantaos. Si la situación empeora mucho, detendré el combate, pero a Mario no le hará gracia, de modo que actuaré con mucho tacto. —Puso una mano a cada uno en un hombro.

—Los dos tenéis arte, valor y resistencia. Renio os está mirando. No nos decepcionéis.

Los chicos miraron a Renio, que estaba sentado con el brazo inútil atado al cinturón. Todavía tenía el cabello húmedo y una expresión asesina brillaba en su rostro.

Cuando Mario entró, empezaron a oírse vivas. Levantó las manos pidiendo silencio y lo consiguió enseguida.

—Espero que cada hombre dé lo mejor de sí, pero sabed que apuesto por mi sobrino y su amigo. Dos apuestas, veinticinco áureos por cada uno. ¿Alguien acepta?

El silencio se mantuvo unos momentos. Cincuenta monedas de oro era una fuerte apuesta tratándose de un combate privado, pero ¿quién podía resistirse? Los hombres allí reunidos vaciaron la bolsa, e incluso algunos salieron de la estancia a buscar más monedas. Al cabo de un rato, el dinero estaba allí y Mario añadió su bolsa, de modo que sostuvo entre sus grandes manos cien monedas de oro, suficiente para adquirir un terreno pequeño o un caballo de guerra, armadura completa y armas.

—¿Nos guardas la bolsa, Renio? —preguntó Mario.

—Sí —contestó en tono solemne y formal. Parecía que se le había pasado la mayor parte de los efectos del vino, pero Cayo se dio cuenta de que no intentaba levantarse siquiera, sino que esperó a que le entregaran el dinero.

Fulvio y Decidus entraron en la sala de prácticas entre aclamaciones del público. No había duda sobre quiénes eran los favoritos.

Ambos llevaban solamente un taparrabos ceñido alrededor de los riñones y la parte superior de los muslos, sujeto con un ancho cinturón. Decidus tenía los hombros y el aspecto físico general de las estatuas del foro. Cayo lo miró atentamente, pero no descubrió debilidades visibles. Fulvio no saludó al público. Tenía la nariz vendada con una tira de tela atada en la nuca, y los labios hinchados y con aspecto virulento.

Cayo dio un codazo a Marco.

—Parece que le rompiste la nariz con el cabezazo de antes. Seguro que piensa que volverás a utilizarlo, ¿te das cuenta? Espera una buena ocasión.

Marco asintió concentrado en el estudio del hombre y sus movimientos como antes lo estaba Cayo.

Mario levantó las manos otra vez para hacerse oír entre el bullicio de los soldados.

—Marco y Fulvio lucharán en la primera ronda. Sin límite de tiempo, pero el combate termina cuando un hombre tenga una rodilla o más en tierra. Si uno no puede levantarse, el combate termina y empieza el siguiente. A vuestros puestos. — Fulvio y Marco se situaron a ambos lados del general—. Cuando suene el cuerno, empezáis. Buena suerte.

Mario se dirigió reposadamente a la línea de banda, con el resto de los hombres, e indicó a uno que tocara la trompa que se utilizaba para dar la señal de comienzo en los combates. Se hizo el silencio y el instrumento dio una nota clara.

Marco aflojó los hombros, movió la cabeza de un lado a otro y dio un paso adelante. Mantenía los puños altos, como le había enseñado Renio, pero Fulvio los tenía relajados, con los brazos levemente doblados. Se balanceó de un pie al otro cuando Marco lanzó el puño izquierdo, y el ataque le rebasó sin hacerle daño.

Otro puño salió disparado y golpeó a Marco en el pecho, a la altura del corazón. Soltó un grito ahogado de dolor y retrocedió, después apretó los dientes y volvió a la carga. Lanzó un puñetazo rápido seguido de un rechazazo directo, pero nuevamente Fulvio se zafó del golpe con un solo paso y clavó otro martillazo en el mismo punto con el guante derecho. Marco notó que el aire se le escapaba con una explosión de dolor.

Los hombres habían empezado a animar a su compañero y sólo Cayo, Tubruk y Cabera animaban al contrincante joven. Fulvio sonreía y Marco empezó a pensar. El hombre era rápido y difícil de golpear. De momento, él hacía todo el trabajo sin ningún resultado a cambio del esfuerzo. Gruñó de rabia y se lanzó hacia delante con

el brazo derecho ladeado. Vio que Fulvio se preparaba, se alzaba súbitamente y esquivaba por la mandíbula el rechazazo que tenía que haberlo tumbado. Marco golpeó rápido y con fuerza a Fulvio en la nariz y le gratificó el crujir de huesos que oyó. En ese mismo instante, un golpe cruzado lo sorprendió en un lado de la cabeza y cayó pesadamente al suelo de madera, mareado y sin aire.

Se levantó jadeando sobre una rodilla y miró a Fulvio, que se encontraba a un par de pasos, de pie. Sangraba nuevamente por la nariz y tenía aspecto de asesino.

Marco se levantó envuelto en un alud de puñetazos. Trató de alejarse y evitar los peores, pero tenía a Fulvio encima, asaeteándole el estómago y los riñones con los puños, haciéndole picadillo. Como el dolor lo obligaba a encogerse, Fulvio lo incorporaba y lo echaba hacia atrás con ganchos seguidos en la cabeza. Volvió a caer al suelo y se quedó tumbado jadeando. Tras el asalto de la derecha de Fulvio, notó el sabor de la sangre en la boca y la hinchazón en el ojo izquierdo.

Volvió a levantarse y retrocedió tres pasos rápidamente para darse tiempo y recuperarse. Fulvio atacó de nuevo sin escrúpulos, moviendo la cabeza y el cuerpo de un lado a otro en busca del mejor lugar para golpear. Parecía una serpiente a punto de abalanzarse sobre su presa, y Marco supo que la próxima vez que cayera al suelo, seguramente no volvería a levantarse. La rabia se apoderó de él y esquivó el primer puñetazo por puro reflejo; el segundo lo desvió con el brazo. Notó el antebrazo de Fulvio bajo los dedos y súbitamente lo asió por la muñeca. Clavó el puño derecho al hombre en el estómago con toda la fuerza de los hombros, y obtuvo en recompensa una leve exhalación de dolor.

Intentó repetir la táctica sin soltar el brazo, pero Fulvio atacó con la izquierda y le sacudió con fuerza en la mandíbula. El mundo se volvió negro y Marco cayó al suelo sin notar apenas la dureza de los tablones. Tenía la impresión de haber perdido toda la fuerza de las piernas, y sólo consiguió ponerse a cuatro patas resollando como un animal.

Fulvio movió un guante ante sus ojos, insatisfecho todavía. Marco miró al suelo y se preguntó si debía. Le goteaba sangre de la boca y se quedó mirando el pequeño charco que formaba en el suelo.

«Bien —pensó—. Un intento más».

En esa ocasión, Fulvio no se abalanzó sobre él. Sonreía otra vez y le hacía señas de que se acercara. Marco apretó la mandíbula. Volvería a tumbar a ese hombre de espalda aunque muriese en el intento. Se imaginó que Fulvio tenía una daga en cada puño, de forma que el menor contacto significaría la muerte. El pensamiento le animó. Sabía luchar con espadas y puñales, así que ¿por qué la lucha iba a ser diferente? Se dejó llevar por el balanceo durante unos instantes deseando que Fulvio atacara. La mayor parte de su instrucción con puñal había consistido en contragolpes y quería que el luchador le lanzara otro puñetazo. Fulvio perdió la paciencia

enseguida y se acercó deprisa, agitando los puños.

Marco observaba los guantes del contrincante y, cuando uno estalló cerca de él, lo bloqueó levantando el antebrazo izquierdo y disparando un contragolpe a Fulvio en el abdomen. Fulvio dejó escapar un gruñido y la izquierda voló por arriba en un movimiento reflejo otra vez; pero en esta ocasión, Marco bajó la cabeza, el puñetazo le resbaló por encima y Fulvio quedó levemente al descubierto. Marco descargó todo su ser en un izquierdazo directo deseando que hubiera sido con la derecha. La cabeza de Fulvio cayó hacia atrás y, cuando volvió a tenerla a tiro, Marco ya había preparado la derecha y la estampó contra la nariz rota del luchador una vez más. Fulvio se quedó sentado de repente, sangrando otra vez por la machacada nariz.

Antes de que Marco pudiera alegrarse, el hombre saltó sobre él descargando una serie de golpes, moviéndose, al parecer, al doble de la velocidad anterior. Marco cayó al suelo tras los dos primeros y recibió dos más durante la caída. Entonces, ya no se levantó ni oyó las aclamaciones ni la trompa con que Mario puso fin a la pelea.

Fulvio levantó los puños victoriosamente y Mario hizo la seña de que se repartieran entre los hombres las primeras cincuenta monedas de oro. Formaron una piña unos momentos y después, en silencio, uno de ellos devolvió la bolsa a Mario.

—Señor, con tu permiso, queremos apostar otra vez la ganancia —dijo. Mario hizo una mueca de horror, pero asintió y dijo que cubriría la apuesta. Los hombres volvieron a vitorear.

Marco se despertó cuando Tubruk le tiró una copa de vino a la cara.

—¿Gané? —preguntó con los labios rotos. Tubruk soltó una risita y le quitó un poco de sangre y vino del rostro.

—Ni mucho menos, pero estuviste sorprendente. En teoría, no tenías que haberlo tocado siquiera.

—Y lo toqué de veras —musitó sonriendo, pero estremecido por el dolor de los labios—. Lo tumbé de culo.

Marco miró alrededor buscando un lugar donde escupir, pero como no encontró nada a mano, tragó una mezcla mucilaginosa de flema y sangre.

Le dolía el cuerpo por todas partes, más que cuando Suetonio lo ató al árbol, hacía ya unos años. Se preguntó si seguiría siendo tan guapo, cuando se curase, pero Fulvio se acercó quitándose los guantes por el camino y le interrumpió los pensamientos.

—Buen combate. Había apostado tres monedas de oro por mí. Eres muy rápido... dentro de poco serás realmente peligroso.

Marco asintió y le tendió la mano. Fulvio la miró, se la estrechó brevemente y volvió con sus compañeros, quienes le recibieron con vivas y enhorabuenas.

—Quédate con este paño y no dejes de enjugarte la sangre a medida que salga —continuó Tubruk animado—. Tendrán que coserte ese párpado. Habrá que cortar



también, para que la hinchazón baje.

—Ahora no; quiero ver a Cayo.

—Claro. —Tubruk se alejó riéndose todavía y Marco lo miró entrecerrando el ojo sano.

Cayo apretó los puños y esperó a que llegara Tubruk. Su oponente ya había saltado al centro y se calentaba estirando los musculosos hombros y piernas.

—Es un bruto enorme —musitó cuando Tubruk se acercó.

—Cierto, pero no es luchador. No lo tienes todo perdido, contra ése, siempre y cuando no te interpongas en la trayectoria de ningún puñetazo. Si te da, te apagará como a una vela. Mantente atrás y no dejes de mover los pies alrededor de él.

Cayo lo miró socarronamente.

—¿Algo más?

—Si puedes, sacúdele en los testículos. Estará alerta, pero no va contra las reglas, estrictamente hablando.

—Tubruk, no tienes corazón de hombre honrado.

—No, tengo corazón de esclavo y gladiador. He apostado dos monedas de oro por ti en este combate, y quiero ganar.

—¿Apostaste por Marco? —preguntó.

—Claro que no. Al contrario que Mario, no me gusta tirar el dinero.

Mario salió al centro y pidió silencio otra vez con un gesto.

—Tras esta pérdida decepcionante, el dinero va para la siguiente. Decidus y Cayo, a vuestros puestos. Las reglas son las mismas. Cuando oigáis el toque, comenzad. —Esperó hasta que los contrincantes se hubieran situado frente a frente, mirándose, y se fue hasta la pared, donde se plantó con los brazos cruzados sobre el pecho.

Cuando sonó la trompa, Cayo avanzó y estampó el puño a Decidus en la garganta. El adulto soltó un gruñido entrecortado y se llevó ambas manos al cuello, que le dolía intensamente. El joven disparó un gancho como una guadaña que aterrizó en la barbilla de Decidus. El hombre cayó de rodillas y luego se derrumbó boca abajo con los ojos vidriosos y la mirada en blanco. Sólo entonces Cayo volvió despacio a su banqueta y se sentó. Sonrió en silencio, y Renio, que lo observaba, recordó esa misma sonrisa en el rostro de un niño cuando lo sacó del agua helada de una poza del río. Renio asintió secamente en señal de aprobación, con los ojos brillantes, pero Cayo no pudo verle.

El silencio atronó durante un breve instante; después, los hombres soltaron el aliento que habían contenido y estalló una algarabía de voces: muchas preguntas sazonadas con algunas blasfemias selectas, cuando comprendieron que habían perdido todas las apuestas.

Mario se acercó al hombre postrado y le tocó el cuello un momento. Volvió a

hacerse el silencio. Por fin, hizo un gesto de asentimiento.

—El corazón late. Está vivo. Tenía que haber bajado la barbilla. —Los hombres vitorearon con poco ánimo a los ganadores, aunque en realidad no estaban pensando en la victoria. Mario se dirigió a todos sonriendo.

»Si tenéis hambre, hay un festín esperándoos en la sala de banquetes. Será una noche de celebración, porque mañana hay que volver a los planes y al trabajo.

Reanimaron a Decidus y lo sacaron de allí; la cabeza se le movía descontroladamente. Los demás salieron en tropel detrás de él y Marco y Cayo se quedaron a solas con el general. Renio no abandonó su asiento y Cabera también se quedó al fondo, con el rostro encendido de interés.

—Bien, muchachos, ¡hoy me habéis hecho ganar mucho dinero! —dijo con su voz de trueno, y rompió a reír. Tuvo que apoyarse en la pared para no caerse de risa.

»¡Por sus rostros! Dos mocosos imberbes y uno tumba a Fulvio sobre sus posaderas... —La risa pudo con él y tuvo que enjugarse los ojos, que le lloraban sobre el rostro bermejo.

Renio se levantó tambaleándose un poco. Se acercó a Marco y a Cayo y les dio unas palmadas en la espalda.

—Habéis empezado a haceros famosos —dijo en voz baja.

## XV

La noche anterior al desfile triunfal, en el campamento de la legión Primigenia no reinaba la paz. Cayo estaba sentado cerca de una hoguera afilando la daga que había pertenecido a su padre. A su alrededor, el crepitar de las hogueras y el bullicio de siete mil soldados y seguidores del campamento animaban la oscuridad. Habían montado las tiendas en el campo, a menos de ocho millas de las puertas de la ciudad. Durante la última semana, se pulieron las armaduras, se enceraron los cueros y se cosió o remendó la ropa. Cepillaron a los caballos hasta que brillaron como castañas. Los ejercicios de marcha se convirtieron en una rutina tensa, no se toleraban errores y nadie quería quedarse atrás cuando entraran en Roma.

Los hombres se sentían orgullosos de Mario y de sí mismos. No había falsa modestia en el campamento, sabían que merecían el honor.

Cayo dejó de afilar y fijó la mirada en las llamas sin sonreír cuando Marco se acercó a la hoguera y se sentó en un banco.

—¿Qué hay? —dijo enfadado, sin volver la cabeza.

—Me marcho mañana —contestó Marco. También él hablaba mirando al fuego—. Es lo mejor que se podía hacer, lo sabes. Mario ha escrito una carta a mi nuevo centurión. ¿Quieres leerla?

Cayo asintió y Marco le pasó un pergamino. Leyó:

Carac, te recomiendo a este joven. En pocos años se convertirá en un soldado de primera categoría. Es inteligente y posee excelentes reflejos. Ha recibido instrucción con Renio, quien lo acompaña a tu campamento. Dale responsabilidades tan pronto como demuestre que es capaz de asumirlas. Es amigo de mi casa.

Mario. Primigenia.

—Palabras elogiosas. Que tengas suerte —dijo Cayo al devolverle el pergamino tras la lectura. Marco soltó un bufido.

—¡Más que palabras elogiosas! Tu tío me ha dado el pase para otra legión. No comprendes lo que significa para mí. Claro que me gustaría quedarme contigo, pero tú te dedicarás a aprender política en el senado y luego tendrás un lugar de categoría en el ejército y en los templos. Yo sólo cuento con mis aptitudes, mi ingenio y el equipo que me ha regalado Mario. ¡Sin su protección, llegaría a ser guardián del templo! Pero de esta forma, tengo la oportunidad de convertirme en alguien por méritos propios. ¿Me lo reprochas?

Cayo lo miró con furia y Marco se sorprendió.

—Sé que es lo que debes hacer, pero jamás me imaginé que me enfrentaría solo a Roma. Siempre pensé que estarías conmigo. Eso es lo que significa la amistad.

Marcó le agarró el brazo con fuerza.

—Siempre serás mi mejor amigo. Si alguna vez me necesitas a tu lado, llámame y acudiré. ¿Recuerdas el pacto que hicimos antes de venir a la ciudad? Nos cuidaremos el uno al otro y confiaremos plenamente el uno en el otro. Eso fue lo que juré, y jamás he faltado a mi palabra.

Cayo no lo miraba y Marco le soltó el brazo.

—Quédate con Alexandria, si quieres —añadió Marco tratando de conducirse noblemente. Cayo tragó saliva.

—¿Un regalo de despedida? ¡Qué amigo tan generoso eres! A ella le pareces muy feo, me lo dijo ayer. Le gusta tu compañía sólo por contraste, porque ella parece más bonita comparada con tu cara de mono.

Marco asintió alegremente.

—Es cierto, parece que sólo le intereso por el sexo. A lo mejor tú puedes leerle poesía mientras yo repaso las posiciones con ella.

Cayo tomó aire con indignación, pero después sonrió a su amigo.

—Si tú te vas, seré yo quien le enseñe las posiciones. —Se rió para sí por la ocurrencia ocultando sus verdaderos pensamientos. ¿Qué posiciones? A él sólo se le ocurrían dos.

—Parecerás un buey, después de mí, con tanto como he practicado últimamente. Mario es un hombre generoso.

Cayo miró a su amigo tratando de adivinar hasta qué punto alardeaba sin fundamento. Sabía que Marco se había convertido en el favorito de la esclavas de la casa de Mario y, por las noches, pocas veces se le encontraba en su habitación. En cuanto a sí mismo, no sabía lo que sentía. A veces deseaba tanto a Alexandria que le dolía. Otras, quería perseguir a las jovencitas por los pasillos, como hacía Marco. Sabía que si la obligaba como esclava, perdería cuanto de valioso había encontrado. Una moneda de plata bastaría para proporcionarle esa clase de unión. La idea de que Marco hubiera disfrutado de lo que tanto deseaba él le hacía hervir la sangre de irritación.

Marco interrumpió sus pensamientos hablando en voz baja.

—Necesitarás amigos cuando seas mayor, hombres en quienes confiar. Los dos hemos visto el poder que tiene tu tío, y creo que a los dos nos gustaría probarlo. —Cayo asintió—. Entonces, ¿de qué te serviría yo siendo un mísero hijo de ramera de la ciudad? En la nueva legión, puedo hacerme un nombre y encontrar fortuna, y entonces sí que podremos hacer planes de verdad para el futuro.

—Lo entiendo. No olvido nuestro juramento y seré fiel. —Se quedó en silencio un momento, luego sacudió la cabeza como quitándose la imagen de Alexandria—. ¿Adónde te destinan?

—Voy con la legión Cuarta Macedonia, así que Renio y yo vamos a Grecia: la

cuna de la civilización, según dicen. Tengo ganas de ver tierras extranjeras. Dicen que las mujeres hacen carreras sin nada de ropa encima, ¿sabes? Se me hincha un poco la cabeza, bueno, la cabeza sólo no. —Soltó una carcajada y Cayo sonrió forzosamente, pensando todavía en Alexandria. ¿Se le habría entregado ella?

—Me alegro de que te escolte Renio. Le sentará bien despejar la cabeza de problemas una temporada.

—Cierto —asintió Marco con una sonrisa—, aunque no es la mejor compañía. Está desquiciado, desde que llegó borracho a casa de tu tío, pero todavía no entiendo por qué.

—Si los esclavos me hubieran incendiado la casa, yo también estaría un poco desquiciado. También se llevaron sus ahorros, ¿sabes? Los había guardado bajo las baldosas del suelo, según me contó, pero los saqueadores debieron de encontrarlos. Qué capítulo tan poco glorioso de nuestra historia, los esclavos robando los ahorros a un viejo campeón. De todos modos, ya no parece tan viejo, ¿verdad?

Marco lo miró de soslayo. Nunca habían hablado de ello, pero no le había parecido que Cayo precisara aclaraciones.

—¿Cabera? —dijo Cayo al captar la mirada. Marco asintió—. Eso me parecía; conmigo hizo algo parecido, cuando me hirieron. Desde luego, es muy útil tenerlo cerca.

—Me alegro de que se quede contigo. Tiene fe en tu futuro. Espero que te mantenga con vida hasta que yo vuelva cubierto de gloria y rodeado de mujeres bellas; serán todas campeonas de carrera pedestre.

—A lo mejor no te reconozco, tan envuelto en gloria y mujeres.

—Seré el mismo. Siento perderme el desfile de mañana. Seguro que será impresionante. ¿Sabes que ha mandado acuñar monedas de plata con su efigie? Piensa arrojárselas a la multitud por las calles.

—Típico de mi tío —replicó Cayo con una carcajada—. Le gusta que le reconozcan. Le gusta más la fama que ganar batallas, creo. Ya ha empezado a pagar a sus hombres con esas monedas, para que circulen por toda Roma más deprisa aún. Eso molestará a Sila, por lo menos, aunque seguramente es lo que en realidad pretende.

Cabera y Renio salieron de entre las sombras y se sentaron en los sitios vacíos del banco de Marco.

—¡Estás ahí! —exclamó Renio—. Empezaba a pensar que no te encontraría para despedirme de ti.

Cayo advirtió una vez más la fuerza renovada del viejo gladiador. No parecía mayor de cuarenta años, o cuarenta y cinco bien llevados. Su mano era como una gran tenaza, cuando Cayo se la tomó.

—Volveremos a reunirnos todos —dijo Cabera. Los demás lo miraron. El anciano

enseñó las palmas de las manos y sonrió—. No es una profecía, es que lo siento. Nuestro camino juntos no se ha acabado todavía.

—Me alegro de que al menos tú te quedes. Con Tubruk en la casa de campo y estos dos en Grecia, estaría aquí completamente solo —dijo Cayo sonriendo con timidez.

—Cuídalo bien, viejo bribón —dijo Renio—. No me tomé la molestia de enseñarle para enterarme después de que lo ha pisoteado un caballo. Mantenlo alejado de las malas mujeres y del exceso de bebida. —Se volvió a Cayo y levantó un dedo—. Practica a diario. Tu padre nunca se permitió perder la forma física, y tú debes hacer lo mismo si quieres servir de algo a nuestra ciudad.

—Así lo haré. ¿Qué piensas hacer cuando hayas dejado a Marco?

Renio se ensombreció un momento.

—No sé. Ahora ya no tengo fondos para retirarme, así que, ya veremos. Como siempre, todo está en manos de los dioses. —Todos asintieron con un poco de tristeza—. Vamos —añadió enfurruñado—. Es el momento de irse a dormir. No tardará mucho en amanecer y todos tenemos una larga jornada por delante.

Intercambiaron apretones de manos en silencio por última vez y regresaron a las tiendas.

Cuando Cayo se despertó a la mañana siguiente, Marco y Renio ya habían partido.

A su lado, cuidadosamente doblada, había una toga *virili* una prenda de hombre. Se quedó mirándola largo rato tratando de recordar las lecciones de Tubruk respecto a la forma correcta de ponérsela. Las túnicas infantiles eran mucho más sencillas, pero la nueva, tan larga, se mancharía enseguida. El mensaje era claro y sencillo: los hombres no se dedicaban a trepar por los árboles ni a revolcarse en ríos lodosos. Había que dejar de lado las aventuras infantiles.

A la luz del día, las filas de tiendas de diez plazas se alargaban en la distancia ordenadamente, una demostración de la disciplina del general y de sus hombres. Mario había pasado gran parte del mes planificando una ruta por las calles de la ciudad que terminaría, como la vez anterior, ante la escalinata del senado. A pesar de haber barrido la porquería de las calles, sólo cabrían seis hombres o tres caballos de lado a lado, lo cual significaría poco menos de mil cien filas de soldados, caballos y equipamiento. Tras muchas discusiones con los ingenieros, Mario se había avenido a dejar en el campamento las máquinas de sitio: no había manera de hacerlas pasar por las esquinas. Las estimaciones señalaban una marcha larga, sin contar con altos en el camino ni errores de ninguna clase.

Cuando Cayo se hubo lavado y vestido, y después de desayunar, el sol ya estaba bastante alto y la gran masa reluciente formaba en orden, dispuesta a partir. Le habían

indicado que vistiera toga completa y sandalias, y que dejara las armas en el campamento. Después de tanto tiempo cargando siempre con la impedimenta de los legionarios, se sentía un tanto indefenso sin ella, pero obedeció.

Mario desfilaría en un trono colocado en un carro abierto, con un tiro de seis caballos. Llevaría una toga de color púrpura, color permitido sólo al general que encabezara el desfile. El tinte era increíblemente caro, se extraía de un extraño molusco y se destilaba. La prenda sólo se utilizaba una vez y el color era atributo de los antiguos reyes de Roma.

Cuando pasara por las puertas de la ciudad, un esclavo sujetaría una corona de laurel por encima de su cabeza y la mantendría así hasta el final del desfile. Había que pronunciar en susurros cuatro palabras a lo largo del desfile, palabras que Mario olvidaba alegremente: «Recuerda que eres mortal».

Los ingenieros de la legión habían construido el carro a medida para que cupiese perfectamente entre las piedras pasaderas de las calles. La pesadas ruedas de madera estaban calzadas con una banda de hierro, y los ejes recién engrasados. Se había dorado la estructura principal del carro y, bajo el sol de la mañana, brillaba como si fuera de oro puro.

Cuando Cayo se acercó, el general inspeccionaba a la tropa con expresión adusta. Hablaba con muchos, y ellos le contestaban sin mover la mirada de una distancia media.

Por fin, el general quedó satisfecho y subió al carro.

—Hoy será un día memorable para la gente de nuestra ciudad. Veros inspirará a los niños la idea de unirse a las fuerzas que nos mantienen a salvo. Nos verán los embajadores extranjeros y serán cautos en sus tratos con Roma, pues la grandeza de nuestras filas permanecerá para siempre en su recuerdo. Nos verán los mercaderes y comprenderán que en el mundo existe algo más que el dinero. ¡Nos verán las mujeres y compararán a sus insignificantes maridos con lo mejor de Roma! Contemplad vuestro propio reflejo en sus ojos al pasar. Hoy daréis al pueblo algo más que pan y monedas, hoy le daréis gloria.

Los hombres lo aclamaban y, al final, también Cayo vitoreaba. Se dirigió hacia el carro del trono y Mario lo vio.

—¿Dónde me sitúo, tío? —preguntó.

—Aquí arriba, muchacho. Sitúate junto a mi hombro derecho, para que todos sepan que eres caro a mi casa.

Cayo sonrió, se subió al carro y ocupó su lugar. Dominaba una gran distancia desde esa altura, y tuvo un estremecimiento premonitorio de emociones mayores.

Mario bajó las brazos y sonaron las trompas; su sonido se remontó hasta la última fila de la retaguardia. Los legionarios dieron el primer paso sobre el duro suelo.

A ambos lados del carro, Cayo reconoció rostros del primer viaje sanguinario al

senado. Incluso en un día jubiloso, Mario se rodeaba de sus hombres escogidos. Sólo un loco se atrevería a lanzar un cuchillo, con la legión en las calles; destrozarían la ciudad en un acceso de rabia. Pero el general había advertido a sus hombres que siempre había locos, y entre las filas, nadie sonreía.

—Estar vivo en un día como el de hoy es un valioso regalo de los dioses —dijo Mario haciendo resonar la voz. Cayo asintió y apoyó la mano en el trono—. Hay seiscientos mil personas en la ciudad, pero nadie atenderá hoy sus negocios. Habrán empezado ya a alienarse en las calles y a comprar asientos en las ventanas para lanzarnos aclamaciones al pasar. Se han cubierto las calles con esteras frescas a lo largo de todo el recorrido. Sólo el foro estará despejado, para que podamos detenernos los cinco mil en un solo bloque. Sacrificaré un toro a Júpiter y un jabalí a Minerva, y entonces tú y yo, Cayo, entraremos en el senado y asistiremos a nuestro primer voto.

—¿Sobre qué es el voto? —preguntó Cayo. Mario soltó una carcajada.

—Un asunto sencillo: tu aceptación en las filas de la nobleza y de la madurez. Es una mera formalidad, solamente. Tienes derecho, por tu padre y, de todos modos, con mi patrocinio sería suficiente. No olvides que esta ciudad se construyó y se mantiene gracias a las aptitudes. Naturalmente, están las familias antiguas, los purasangres; Sila pertenece a una de ellas. Pero también hay otros hombres que han conseguido llegar al poder por sus propios méritos, como yo. Respetamos la fuerza y favorecemos lo que es bueno para la ciudad sin tener en cuenta los orígenes.

—¿Tus seguidores pertenecen al grupo de los nuevos? —preguntó Cayo. Mario negó con un movimiento de cabeza.

—Curiosamente, no. En general, ponen cuidado en que no se les vea alinearse con los de su propia clase. Muchos apoyan a Sila, pero los que me apoyan a mí, tanto son de alta cuna como lobos nuevos en la manada. Los tribunos de la plebe tienen a gala no dejarse impregnar por la política y consideran cada voto por lo que representa, aunque siempre se puede confiar en que votarán por bajar el precio del trigo y por mayores derechos para los esclavos. No es posible pasarlos por alto, con su derecho de veto.

—En ese caso, ¿podrían oponerse a mi aceptación? —Mario soltó una risita.

—Deja de preocuparte. No votan en asuntos internos, como el ingreso de miembros nuevos, sólo en la política de la ciudad. Y aunque lo hicieran, tendría que ser un hombre muy valiente para oponerse a mí, con mi legión de miles de filas a las puertas, en el foro. Sila y yo somos cónsules: los mandatarios supremos de todo el poder militar de Roma. Nosotros mandamos en el senado, no al contrario. —Soltó otra risita y pidió vino; le pasaron entonces una copa llena.

—¿Qué ocurre si no estás de acuerdo con el senado o con Sila? —preguntó Cayo. Mario resopló en la copa de vino.



—Normalísimo. El pueblo elige al senado para que legisle y obligue al cumplimiento de la Ley... y para que construya el Imperio. También eligen los otros cargos de responsabilidad, como los ediles, pretores y cónsules. Sila y yo estamos en el senado porque nos votaron, y eso el senado no lo olvida. Un cónsul, cuando no está de acuerdo, puede prohibir cualquier parte de la legislación, la cual se invalida inmediatamente. Sila o yo sólo tenemos que decir «Veto: lo prohíbo» en el momento en que empiezan los discursos, y ahí termina todo, al menos durante ese año. También podemos ponernos el veto el uno al otro de la misma forma, aunque no ocurre con frecuencia.

—Pero ¿cómo controla el senado a los cónsules? —continuó Cayo, interesado.

Mario tomó un gran trago de vino y se dio unos golpes en el estómago sonriendo.

—Teóricamente, pueden votar en mi contra o incluso destituirme del cargo. En la práctica, mis seguidores y mis clientes evitarían que una votación de esa clase llegase a buen término, es decir que, durante un año entero, el poder del cónsul es prácticamente intocable.

—Dijiste que a los cónsules se les elegía por un año, y que luego tenían que dejar el cargo —dijo Cayo.

—La Ley se doblega ante los poderosos, Cayo. Todos los años, el senado clama por que se haga una excepción y yo salga reelegido. Soy beneficioso para Roma, ¿comprendes? Y ellos lo saben.

A Cayo le gustaba esa conversación tranquila, o tan tranquila como el general conseguía mantenerla. Comprendió por qué su padre se mostraba precavido con su tío. Mario era como una tormenta de verano... imposible saber dónde iba a caer, pero tenía a la ciudad en la palma de la mano, de momento, y Cayo había descubierto que ahí era donde quería estar: en el centro de los acontecimientos.

Oyeron el clamor de Roma mucho antes de llegar a las puertas. Era un sonido como el del mar, una oleada sin forma que los envolvió al detenerse en la frontera de la ciudad. Los guardianes de las puertas se acercaron al carro dorado y Mario los recibió puesto en pie. También ellos tenían un aspecto impecable y lustroso, y una actitud formal.

—Di tu nombre y lo que te trae aquí —dijo uno.

—Mario, general de la legión Primigenia. Estoy aquí para desfilar triunfante por las calles de Roma.

El hombre se sonrojó ligeramente y Mario sonrió.

—Puedes entrar en la ciudad —dijo el guardián retrocediendo y haciendo señas para que abrieran las verjas.

Mario volvió a sentarse muy cerca de Cayo.

—Según el protocolo, tengo que pedir permiso; pero hace un día demasiado

espléndido como para ser amable con los guardianes que no lograron llegar a la legión. Llevadnos adentro. —Hizo una señal y las trompas sonaron nuevamente a lo largo de las filas. Las puertas se abrieron y la multitud se aglomeraba por todas partes aullando de emoción. El griterío asaltó a la legión y el auriga de Mario tuvo que fustigar con fuerza a los caballos para que se movieran.

La Primigenia entró en Roma.

—¡Tienes que levantarte ahora mismo de la cama si quieres llegar a tiempo al desfile triunfal! Todo el mundo dice que va a ser glorioso y tu padre y tu madre ya están vestidos y con sus criados, mientras tú sigues ahí remoloneando.

Cornelia abrió los ojos y se desperezó sin prestar atención a las sábanas, que resbalaban por su piel dorada. Clodia se afanó con las cortinas de la ventana y las abrió para airear la habitación y dar paso al sol.

—Mira, el sol ya está alto y ni siquiera te has vestido. Es una desvergüenza encontrarte sin ropa. ¿Y si yo fuera un hombre, o tu padre?

—No se atrevería a entrar. Sabe que no me pongo nada para dormir cuando hace calor.

Bostezando todavía, Cornelia se levantó desnuda de la cama y se estiró como un gato, arqueando la espalda y presionando el aire con los puños. Clodia cruzó hasta la puerta de la habitación y echó el cerrojo para que nadie mirase al interior.

—Supongo que querrás bañarte un poco, antes de vestirte —dijo Clodia, aunque el afecto le estropeó el intento de tono severo.

Cornelia asintió y se dirigió a la habitación del baño. El agua humeaba y le recordaba que el resto de la casa llevaba en pie y trabajando desde los primeros momentos del alba. Se sintió remotamente culpable, pero el sentimiento se disolvió en el calor relajante del agua cuando levantó una pierna y entró con un suspiro. Era un lujo que se permitía, prefería no esperar hasta la sesión formal de baño de unas horas más tarde.

Clodia se afanaba tras ella con un montón de toallas templadas. Nunca estaba quieta, era una mujer de energía inmensa. Para un desconocido, no había nada en su forma de vestir ni en sus modales que indicara su condición de esclava. Hasta la joyas que llevaba eran auténticas, y escogía sus atavíos en un guardarropa suntuoso.

—¡Date prisa! Sécate con éstas y ponte este *mamillar*. —Cornelia protestó.

—Me aprieta demasiado para un día tan caluroso.

—Evita que se te caigan los pechos y te acaben colgando como bolsas vacías dentro de unos años —replicó Clodia—. Entonces agradecerás habértelo puesto. ¡Arriba! ¡Sal del agua, perezosa! Tienes un vaso de agua ahí al lado para limpiarte la boca.

Mientras Cornelia se secaba, Clodia le preparó la ropa y abrió una serie de cajitas de plata con pinturas y aceites.

—Póntela —dijo, colocándole una larga túnica blanca por los brazos. La muchacha terminó de ponérsela y se sentó a la única mesa que había, levantando un espejo ovalado de bronce para mirarse.

—Me gustaría tener el pelo rizado —dijo con fruición, con un mechón entre los dedos. Tenía el cabello del color del oro viejo, pero liso y abundante.

—No te sentaría bien, Cornelia. Y hoy no tenemos tiempo. Seguro que tu madre ya ha terminado con la *ornatri* y estará esperándonos. Lo que hoy buscamos es la belleza sencilla y sobria.

—Entonces, un poco de ocre en los labios y en las mejillas, a menos que prefieras pintarme con ese maloliente lápiz blanco.

Clodia resopló de irritación.

—Todavía faltan unos cuantos años para que tengas que esconderte el cutis. ¿Cuántos tienes ahora, dieciocho?

—Lo sabes perfectamente, te emborrachaste en la fiesta —replicó Cornelia con una sonrisa, sin moverse, mientras le aplicaban la pintura.

—Me puse alegre, querida, como todo el mundo. Nada tiene de malo beber con moderación, como he dicho siempre. —Clodia asentía para sí misma mientras aplicaba los colores, dándose el visto bueno a cada paso.

—Ahora, un poco de polvos de antimonio alrededor de los ojos, para que a los hombres les parezcan oscuros y misteriosos, y ya podemos empezar con el cabello. ¡No lo toques! Las manos quietas, recuerda, por si te manchas.

Rápida y diestramente, Clodia dividió el cabello dorado oscuro y lo recogió en un rodete en la parte de atrás, dejando a la vista el esbelto cuello de Cornelia. Miró el rostro en el espejo y sonrió al comprobar el efecto.

—Nunca sabré por qué tú padre no ha encontrado un hombre para ti. Sin duda eres suficientemente atractiva.

—Dijo que me dejaría escoger a mí, pero todavía no he encontrado a ninguno que me guste —replicó Cornelia tocándose las horquillas del pelo. Clodia chasqueó la lengua en señal de desaprobación.

—Tu padre es bueno, pero la tradición es importante. Tendría que buscarte un hombre adecuado, con buenas perspectivas, y tú tendrías que tener tu propia casa que cuidar. Creo que eso te gustará.

—Cuando llegue ese momento, te llevaré conmigo. Te echaría de menos, si no, como... a un vestido un poco viejo y pasado de moda, pero cómodo todavía, ¿sabes?

—Qué manera tan bonita de expresar tus sentimientos por mí, querida —replicó Clodia sacudiendo a Cornelia en la cabeza con la mano al darse la vuelta para recoger la toga.

Era una gran pieza cuadrada de tela de oro que a Cornelia le llegaba hasta las rodillas. Para que luciera, había que recogerla ingeniosamente, pero Clodia lo había

hecho durante años y conocía los gustos de la joven en cuanto al corte y el estilo.

—Es preciosa..., pero pesa mucho —musitó Cornelia.

—Como los hombres, querida, ya lo descubrirás algún día —replicó Clodia con ojos chispeantes—. Ahora, ve con tus padres. Tenemos que llegar a tiempo y encontrar un buen lugar desde donde ver el desfile. Vamos a casa de un amigo de tu padre.

«¡Ay, padre, tendrías que haber vivido para ver esto!», murmuraba Cayo al pasar por las calles. El camino estaba verde oscuro, hasta la última piedra estaba cubierta de juncos. También la gente lucía sus mejores galas y formaba una multitud colorida y bulliciosa. Algunos tendían las manos ávidamente, muchos ojos los miraban con envidia. Todos los comercios estaban cerrados a cal y canto, como Mario había anunciado. Se habría dicho que toda la ciudad se había volcado en una jornada de fiesta para ver al gran general. Le asombraban la cantidad de gente y el entusiasmo. ¿Es que no se acordaban de que esos mismos soldados se habían hecho sitio a golpes de espada en el foro, hacía sólo un mes? Mario había dicho que sólo respetaban la fuerza, y la prueba eran las aclamaciones que resonaban por las angostas calles. Miró hacia la derecha, a una ventana, y vio a una mujer de cierta belleza que le arrojaba flores. Atrapó una y la multitud volvió a gritar entusiasmada.

Ni un alma salía a la calzada, aunque no había soldados ni guardianes en los bordes. La lección de la última vez había sido asimilada claramente, y parecía que una barrera invisible los mantuviera a raya. Incluso la severa guardia personal de Mario desfilaba sonriendo.

Mario iba sentado como un dios, con las enormes manos en los brazos del sillón dorado y sonriendo a la multitud. El esclavo que tenía detrás levantó la corona de laurel dorado sobre su cabeza y la sombra se proyectó sobre sus rasgos. Asintió, y todos los ojos siguieron su movimiento. Los caballos estaban entrenados para el campo de batalla, de modo que no les inquietaba el griterío de la gente, ni siquiera se ponían nerviosos cuando algunos, más atrevidos, les colocaban una guirnalda de flores en el cuello.

Cayo permanecía junto al hombro del gran hombre mientras el desfile continuaba, y tenía la sensación de que le iba a reventar el pecho de orgullo. ¿A su padre le habría gustado todo eso? La respuesta más probable era que no, y el muchacho sintió lástima. Mario tenía razón, estar vivo en un día así era como tocar a los dioses.

Supo que nunca lo olvidaría, y en los ojos de la gente vio que también el pueblo conservaría el recuerdo de esos momentos para darse calor en los inviernos oscuros de los años por venir.

A medio camino, vio a Tubruk en una esquina. Cuando sus miradas se encontraron, percibió la presencia de la historia que mediaba entre ellos. Tubruk

saludó levantando el brazo y Cayo le respondió. Los hombres que rodeaban a Tubruk se volvieron a mirarlo preguntándose por la relación que los uniría. Tubruk hizo un gesto de asentimiento cuando el carro pasó ante él, gesto que Cayo devolvió al tiempo que intentaba tragarse el nudo que se le había atravesado en la garganta. Ebrio de emoción, apretaba el respaldo del trono para no marearse entre las aclamaciones.

Mario hizo una señal a dos de sus hombres y éstos se subieron al carro con sendas bolsas blandas de cuero. Hundieron la mano en las profundidades de las bolsas y sacaron un puñado de monedas de plata. La imagen de Mario voló por encima del gentío y su nombre empezó a sonar en el aire mientras las manos disputaban por apoderarse del metal que iba dejando tras de sí. También el general metió la mano en la bolsa y la sacó rebosante de monedas de plata; las lanzó hacia arriba con un movimiento amplio y se rió al verlas caer entre la muchedumbre, que se agachaba a recogerlas. El placer de la gente le hacía sonreír y la gente lo bendecía.

Desde una ventana baja, Cornelia miraba la masa de gente que se mecía y se alegró de no encontrarse entre la multitud. Le emocionó ver acercarse a Mario en su trono y vitoreó como los demás. Era un general atractivo y a la ciudad le gustaban mucho los héroes.

A su lado iba un joven, demasiado joven para ser legionario. Cornelia se esforzó por verlo mejor. Sonreía y sus ojos despidieron un destello azul cuando se rió por algo que Mario había dicho.

La procesión llegó a la altura de Cornelia y su familia. La joven vio volar las monedas, que luego la gente se apresuraba a recoger. Cinna, su padre, hizo un gesto de desdén al verlo.

—Un derroche de dinero. Roma prefiere generales austeros —comentó con mordacidad. Cornelia no prestó atención, concentrada como estaba en el compañero de Mario. Era atractivo y tenía buen aspecto, pero había algo más en su actitud, una especie de confianza interior y, como Clodia solía decir, no había nada en el mundo tan atractivo como la confianza en uno mismo.

—Hasta la última madre de Roma acosará a ese joven pimpollo para su hija —musitó Clodia por encima del hombro de la joven. Cornelia se sonrojó y Clodia levantó las cejas súbitamente de sorpresa y complacencia.

El desfile triunfal continuó durante toda la tercia, pero para Cornelia fue una pérdida de tiempo.

Los colores y los rostros se fundieron en un borrón, los hombres iban completamente cubiertos de flores y el sol había llegado a su cenit cuando entraron en el foro. Mario indicó a su auriga que detuviera el carro al pie mismo de la escalinata del senado. Los cascos de los caballos contra las losas de piedra resonaron por todo el foro y la algarabía de las calles fue quedando atrás poco a poco. Cayo vio

por primera vez a los soldados de Sila montando guardia en las entradas de la plaza y a la enfervorizada multitud detrás.

Casi reinaba la paz allí, después del variopinto alboroto del trayecto hasta el centro.

—Alto ahí —dijo Mario, y se levantó para contemplar la entrada de sus hombres. Todos estaban bien ejercitados y formaban filas perfectas, una detrás de otra, desde el último rincón de la escalinata del senado hasta que el foro se llenó de relucientes hileras de soldados. Ninguna voz humana habría llegado a todos los hombres, de modo que una trompa dio la orden de firmes y todos unieron los pies con estrépito de tormenta. Mario sonrió de orgullo y apretó el hombro a Cayo.

—Grábatelo en la memoria, pues éste es el motivo de tanto esfuerzo en los campos de batalla, a mil millas de casa.

—Jamás olvidaré el día de hoy —replicó Cayo con sinceridad, la mano le apretó más el hombro un momento, y luego se soltó.

Mario se acercó al lugar donde cuatro de sus hombres mantenían inmóvil a un toro blanco. Otros cuatro sujetaban también a un gran jabalí de negras cerdas, pero éste gruñía y se debatía entre los soldados.

Mario aceptó una vela larga y delgada y encendió incienso en un cuenco dorado. Los hombres inclinaron la cabeza y él avanzó con la daga en la mano, hablando en voz baja al tiempo que cortaba el pescuezo a ambos animales.

—Devolvednos a todos sanos y salvos a nuestra ciudad después de la guerra y la pestilencia —dijo. Limpió la hoja en la piel del toro cuando éste caía de rodillas mugiendo de temor y dolor. Envainó el arma y rodeó los hombros de Cayo con el brazo; juntos subieron los anchos escalones blancos del edificio del senado.

Allí se asentaba el poder del mundo entero. Unas columnas que no terminarían de rodear tres hombres adultos con los brazos estirados sujetaban un tejado inclinado que, a su vez, coronaban distantes estatuas. Las puertas de bronce, que empequeñecían incluso a Mario, permanecían cerradas al final de la escalinata. Estaban hechas de paneles trabados entre sí y parecían designadas para resistir el ataque de cualquier ejército, pero a medida que la pareja ascendía, las puertas se abrieron silenciosamente desde dentro. Mario hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y Cayo tragó saliva, atragantado de respeto y temor.

—Vamos, muchacho; vamos al encuentro de nuestros señores. No está bien hacer esperar al senado.

## XVI

A Marco le intrigaba la expresión inescrutable de Renio mientras avanzaban por la ruta en dirección al mar. Desde el amanecer hasta bien entrada la tarde, habían trotado y caminado por la calzada de piedra sin decir una palabra. El muchacho tenía hambre y la sed lo consumía, pero no estaba dispuesto a reconocerlo. Al mediodía, había decidido que si Renio quería cubrir todo el trayecto hasta el puerto sin detenerse, no sería él quien se rendiría primero.

Por fin, cuando el limpio aire del campo se impregnó de olor a peces muertos y algas, Renio se detuvo y, sorprendido, Marco vio que el viejo estaba pálido.

—Quiero parar aquí a ver a un amigo mío. Vete hasta el muelle y busca habitación. Hay una posada...

—Voy contigo —lo interrumpió Marco secamente.

—Como gustes —replicó Renio apretando la mandíbula. Entonces, dejó la calzada principal y tomó un camino secundario.

Desconcertado, Marco lo siguió por el sendero, que zigzagueaba por un bosque durante millas. No preguntó adónde iban, se limitó a soltar la espada dentro de la vaina por si hubiera bandidos ocultos en la espesura. Aunque pensó que de poco serviría una espada contra un arco.

El sol, ya descendía, y asomaba por los pocos lugares que podía hacerlo entre el espeso dosel vegetal, cuando entraron a caballo en una aldea. No había más de una veintena de casas pequeñas, pero el lugar parecía bien cuidado. Vieron gallinas enjauladas y cabras triscando en los alrededores de la mayoría de las viviendas. Marco no tenía sensación de peligro. Renio desmontó.

—¿Entras conmigo? —le preguntó mientras se acercaba a una puerta.

Marco asintió y ató los dos caballos a un poste. Concluida la tarea, vio que Renio ya había entrado, frunció el ceño y, con la mano en la daga, entró también. El interior estaba un poco oscuro, sólo había una vela y un fuego pequeño en el hogar, pero Marco vio a Renio abrazando a un anciano.

—Te presento a mi hermano Primo. Primo, éste es el muchacho de quien te hablé, que viaja conmigo a Grecia. —El hombre debía de tener unos ochenta años, pero su pulso era firme.

—Mi hermano me ha hablado en sus cartas de tus progresos y de los del otro joven, Cayo. A él no le gusta nadie, pero creo que vosotros dos le disgustáis menos que la mayoría de la gente.

Marco emitió una especie de gruñido.

—Siéntate, muchacho. Nos aguarda una larga noche. —Se acercó a su pequeño fuego de leña y colocó un badil grande en medio de las llamas.

—¿Qué hace? —preguntó Marco. Renio suspiró.

—Mi hermano era cirujano. Me va a amputar el brazo.

Marco sintió un horror tremendo al comprender lo que iba a presenciar. Se sonrojó de culpabilidad. Esperaba que Renio no hablara de cómo había perdido el brazo y, para disimular la vergüenza, dijo rápidamente:

—Estoy seguro de que ni Lucio ni Cabera habrían sido capaces.

Renio le impuso silencio levantando una mano.

—Muchos podrían hacerlo, pero Primo era... es el mejor.

Primo soltó una carcajada y enseñó una boca con muy pocos dientes.

—Mi hermano menor hacía agujeros a la gente, y yo la cosía otra vez —dijo alegremente—. Vamos a poner luz aquí. —Se volvió hacia una lámpara de aceite y la encendió con una vela. Cuando regresó, miró a Renio entrecerrando los ojos.

—Mis ojos ya no son lo que eran pero ¿te has teñido el pelo? —Renio se ruborizó.

—No me digas que te falla la vista antes de empezar a amputar, Primo. Envejezco bien, simplemente.

—Condenadamente bien —confirmó Primo. Abrió un maletín de cuero con el instrumental y lo puso encima de la mesa; con un gesto, indicó a su hermano que se sentara. Al ver las sierras y las agujas, Marco se arrepintió de no haber aceptado el consejo de marcharse al puerto, pero ya era tarde. Renio se sentó. En su frente se acumulaban gotas de sudor. Primo le dio una botella con un líquido marrón, la levantó y tomó varios y grandes tragos.

—Tú, muchacho, coge esa cuerda y átalos a la silla. No quiero que empiece a dar golpes a diestro y siniestro y me destruya los muebles.

Mareado, Marco cogió las cuerdas y advirtió, con silencioso horror, que estaban manchadas de sangre antigua, de modo que se concentró en los nudos procurando no pensar más.

Al cabo de unos instantes, Renio quedó inmovilizado y Primo le vertió el resto del líquido marrón garganta abajo.

—Me temo que es lo único que tengo. Te evitará lo peor, pero no es gran cosa.

—Tú haz lo que debas hacer —farfulló Renio con los dientes apretados. Primo le puso un grueso trozo de cuero entre los dientes y le dijo que mordiera.

—Al menos te protegerá la dentadura. —Se volvió hacia Marco—. Tú, sujétale el brazo, que no se mueva, así terminaremos enseguida con la sierra. —Puso las manos de Marco sobre las cuerdas que sujetaban los bíceps y comprobó si la muñeca y el codo estaban bien sujetos. Sacó del maletín un instrumento de aspecto espeluznante, lo levantó hacia la luz y comprobó el estado del filo.

—Voy a practicar un corte circular alrededor del hueso, luego haré otro por debajo del primero para hacer sitio a las sierras. Cortaremos el anillo de carne, serraremos el hueso y cauterizaremos la herida. Tiene que hacerse rápido, de lo



contrario moriría desangrado. Tengo que dejar suficiente piel para envolver el muñón, pero hay que atarla perfectamente. Que no se lo toque para nada durante la primera semana, y después, que se lo frote por la mañana y por la noche con un ungüento que voy a daros. No tengo parches de cuero para el muñón, así que tienes que hacérselo o comprárselo.

Marco asintió.

Primo hundió los dedos en los músculos y nervios del brazo inútil y lo palpó por todas partes. Al cabo de un momento, asintió con expresión triste.

—Es como dijiste. Está completamente muerto. Los músculos están cortados y empiezan a estropearse. ¿Fue una pelea?

Involuntariamente, Marco miró a Renio. Los ojos le brillaban frenéticamente por encima de los dientes expuestos, de modo que apartó la mirada.

—Un accidente durante la instrucción —dijo en voz baja.

Primo asintió y presionó la hoja contra la piel. Renio se puso en tensión y Marco le apretó el brazo.

Con movimientos diestros y firmes, Primo practicó un corte profundo deteniéndose sólo a limpiar la herida con un paño para quitar las gotas de sangre que le impedían ver. A Marco se le revolvió el estómago, pero el hermano de Renio mantenía una serenidad total y resoplaba entre dientes casi como si cantara una cancioncilla. Apareció el hueso blanco envuelto en una piel rosada y Primo asintió con satisfacción. Con un par de movimientos más, había llegado al hueso por todos los lados y empezó a practicar el segundo corte.

Renio miró las manos ensangrentadas de su hermano y se le fruncieron los labios en una mueca amarga. Después, miró a la pared con la mandíbula apretada. La única señal de miedo era un leve temblor en la respiración.

La sangre salpicó las manos a Marco, salpicó la silla, el suelo y todo lo demás. Renio tenía lagos enteros de sangre en el cuerpo y se diría que se le estaba escapando toda, brillante y húmeda. Primo dejó grandes tiras de piel colgando al cortar el segundo anillo, a fuerza de agujerear y sacar la carne a grandes trozos, carne que dejaba caer al suelo sin miramientos.

—No te preocupes por la carnicería. Tengo un par de perros que entrarán de mil amores tan pronto como se lo permita.

Marco volvió la cabeza a un lado y vomitó sin poder evitarlo. Primo desaprobó el incidente chasqueando la lengua y recolocó las manos que sujetaban el brazo. Una banda blanca de hueso se veía en el estrecho hueco que quedaba entre el brazo y el antebrazo, a un palmo por encima del codo.

Renio había empezado a respirar profundamente y Primo le puso una mano en el cuello buscando el pulso.

—Iré lo más rápido posible —musitó. Renio asintió sin parpadear.

Primo se levantó y se limpió las manos con un paño. Miró a su hermano a los ojos y lo que vio en ellos le hizo estremecerse.

—Ahora viene lo peor. Notarás dolor cuando corte el hueso, y la vibración es muy desagradable. Lo haré tan rápido como pueda. Sujétalo bien fuerte, que no se mueva. Tienes que ser una roca durante un momento. Se acabaron las vomitonas, ¿entendido?

Marco respiraba a profundas bocanadas, deshecho, y Primo sacó una sierra de hoja fina con un mango de madera como el de un cuchillo de cocina.

—¿Preparados?

Los dos asintieron gravemente; Primo colocó la hoja y empezó a serrar moviendo el codo de delante atrás velozmente.

Renio se puso rígido cuando todo su cuerpo quiso levantarse y topó con las cuerdas que lo amarraban. Marco lo sujetaba como si le fuera la vida en ello y se estremecía cada vez que sus dedos resbalaban con la sangre y la sierra se estancaba.

De repente, el brazo se soltó y quedó colgando, atado a la silla. Renio lo miró y gruñó con rabia. Primo se limpió las manos y colocó un gran paño encima de la herida. Con un gesto, indicó a Marco que lo sostuviera y fue a buscar el badil de hierro que se estaba calentando al fuego. La punta estaba incandescente y Marco se estremeció previendo lo que iba a suceder.

Primo retiró el paño y empezó a trabajar velozmente clavando la punta en todos los lugares por donde la sangre manaba. El hierro chisporroteaba a cada contacto y el olor era horrible. Marco vomitó en seco, un hilo de bilis amarilla y pegajosa que lo conectaba con el suelo.

—Toma, ponlo otra vez al fuego, rápido. Yo le sujeto el paño mientras se calienta otra vez.

Marco se enderezó como pudo, cogió el badil y lo ensartó nuevamente entre las llamas. A Renio se le fue la cabeza hacia atrás y le quedó colgando; el pedazo de cuero se le cayó de la boca sin fuerza.

Primo seguía sujetando el paño, pero lo retiró para ver la sangre que salía. Lanzó un juramento horrible.

—No he tocado la mitad de los vasos, por lo menos. Antes, acertaba en cada uno a la primera, pero hace ya unos años que no practico. Hay que hacerlo bien, de lo contrario la herida se envenena sola. ¿Ya está listo el badil?

Marco lo sacó del fuego, pero todavía estaba negro.

—No. ¿Se pondrá bien?

—No, si no puedo cerrar la herida, no. Vete afuera a por leña para el fuego.

Marco agradeció la excusa para ausentarse, salió enseguida y aspiró el aire dulce del exterior a grandes bocanadas. Ya era casi de noche... ¡Dioses! ¿Cuánto tiempo llevaban allí? Vio a un par de sabuesos grandes atados a una pared del lado opuesto,

dormidos de costado. Sintió un escalofrío y recogió grandes trozos de leña de la pila que había junto a los canes. Éstos se despertaron al advertir su presencia y gruñeron en voz baja, pero no se levantaron. Sin mirarlos, volvió al interior y echó dos trozos gruesos al fuego.

—Tráeme el badil en cuanto la punta se ponga roja —dijo Primo en un murmullo, sin dejar de apretar el paño contra el muñón.

Marco procuró no mirar el brazo suelto. Tenía un aspecto antinatural, tan lejos del cuerpo, y el estómago le respondió con una serie de arcadas rápidas, hasta que el sentido común le hizo volver a mirar las llamas.

Fue necesario poner el badil al rojo vivo una vez más antes de que Primo se diera por completamente satisfecho. Marco sabía que jamás podría olvidar el chisporroteo de las quemaduras y se reprimió un estremecimiento al ayudar a Primo a vendar el muñón con tiras limpias de paño. Entre los dos, colocaron a Renio en un camastro en otra habitación, y Marco se sentó en el borde para limpiarse el sudor de los ojos, agradecido de que todo hubiera terminado.

—¿Qué pasa con... eso? —preguntó, señalando hacia el brazo que permanecía atado a la silla. Primo se encogió de hombros.

—No parece adecuado dárselo todo a los perros. Seguramente, lo enterraré en alguna parte del bosque. Si no, simplemente se pudriría y olería mal, pero muchos hombres me lo piden. Son tantos los recuerdos que guarda una mano... quiero decir que esos dedos han acariciado a mujeres y a niños... Es una gran pérdida, pero mi hermano es fuerte, espero que lo suficiente como para superarlo.

—Nuestro barco zarpa dentro de cuatro días, con la marea más favorable —dijo Marco débilmente.

Primo se rascó la barbilla.

—Puede montar a caballo. Estará débil unos días, pero es fuerte como un toro. Sin embargo, va a tener problemas con el equilibrio; tiene que ejercitarse de nuevo, como si partiera de cero, casi. ¿Cuánto dura la travesía en barco?

—Un mes, con vientos favorables —contestó Marco.

—No perdáis el tiempo; practica con él todos los días. Es el hombre menos indicado para sentirse incapacitado.

## XVII

Mario se detuvo ante las puertas interiores de la cámara del senado.

—No puedes entrar hasta que seas aceptado oficialmente como ciudadano, y aun entonces, sólo podrás acceder como invitado mío el día de hoy. Propondré tu candidatura y pronunciaré un discurso breve a tu favor. Es una formalidad. Espera a que vuelva a buscarte y te enseñe tu sitio.

Cayo asintió con calma y se retiró cuando Mario llamó a las puertas y entró en la cámara. Se quedó solo en la antecámara y estuvo un rato paseando de arriba abajo.

Al cabo del tiempo, el retraso empezó a inquietarle y se acercó a las puertas exteriores, que permanecían abiertas; desde allí contempló la masa de soldados que llenaba el foro. Ofrecían una imagen impresionante, aguantando en la posición de firmes a pesar del calor que hacía. Desde la altura de las puertas del senado, más allá de la plaza en primer término, se tenía una buena vista de la bulliciosa ciudad. Se perdió en la contemplación del paisaje hasta que oyó crujir los goznes de las puertas interiores y Mario salió a buscarlo.

—Bienvenido a la nobleza, Cayo. Eres un ciudadano de Roma y tu padre se enorgullecería de ti. Siéntate a mi lado y escucha los asuntos del día. Sospecho que te parecerán interesantes.

Cayo lo siguió y, al entrar, se encontró con las miradas de los senadores que observaban su entrada. Uno o dos le dirigieron un gesto de asentimiento y el joven se preguntó si serían conocidos de su padre; se fijó en sus rostros por si encontraba el momento de hablar con ellos más adelante. Miró a toda la sala procurando no faltar a nadie al respeto. El mundo escuchaba lo que aquel puñado de hombres tenía que decir.

La distribución le pareció semejante a la del circo, pero en miniatura, una vez se hubo sentado en el lugar indicado por Mario. Cinco gradas de asientos rodeaban un espacio central desde el que los oradores se dirigían a los demás de uno en uno. Se acordó de que el *rostru* provenía de la proa de una nave cartaginesa de guerra y, fascinado, trató de imaginarse su historia.

Los sillones estaban tallados en las gradas curvas y los brazos oscuros sobresalían allí donde no los tapaban sus ocupantes. Todos vestían toga blanca y sandalias, y el efecto general era el de una sala de trabajo, un lugar que crepitaba de energía. La mayoría de aquellos hombres tenía el cabello blanco, pero había algunos jóvenes de físico imponente. Varios senadores se encontraban de pie, y pensó que era porque querían plantear alguna cuestión o añadir algo al debate en curso. En el centro, Sila hablaba de impuestos y de trigo. Sonrió a Cayo cuando vio que el muchacho lo miraba y éste percibió el poder de su mirada. Le produjo la misma impresión que Mario en ese instante, pero ¿habría sitio en Roma para dos hombres de tanta

envergadura? Sila tenía el mismo aspecto que la última vez que lo había visto, en los juegos del circo. Vestía una sencilla toga blanca sujeta con un cinturón rojo. Tenía el cabello aceitado y brillante, de rizos dorado oscuro. Rebosaba salud y vitalidad, y parecía perfectamente relajado. Cuando Cayo tomó asiento junto a su tío, Sila se puso la mano delante de la boca y tosió con delicadeza.

—Habida cuenta de los asuntos más serios del día, opino que el presente debate sobre impuestos debería posponerse hasta la próxima semana. ¿Alguna objeción? — Los que estaban de pie se sentaron, imperturbables. Sila sonrió de nuevo y enseñó unos dientes blancos y regulares.

»Doy la bienvenida al nuevo ciudadano y ofrezco al senado la esperanza de que sirva a la ciudad con el mismo acierto que su padre. —Se produjo un murmullo de aprobación y Cayo inclinó la cabeza levemente en señal de aquiescencia.

»Sin embargo, también la ceremonia de bienvenida debe ser pospuesta. Esta misma mañana he recibido noticias graves de una amenaza que pesa sobre nuestra ciudad. —Hizo una pausa y aguardó pacientemente a que los senadores dejaran de hablar—. Por el este, Mitriades, un general griego, ha invadido una guarnición romana en Asia Menor. Cuenta con unos ocho mil sublevados. Al parecer, se ha dado cuenta del momento de expansión en que se encuentran nuestras fuerzas de guerra y ha apostado por nuestra debilidad para recuperar el territorio. No obstante, si no actuamos y lo repelemos, nos arriesgamos a que refuerce su ejército y amenace la seguridad de nuestras posesiones en Grecia.

Varios senadores se pusieron en pie y empezaron a discutir a gritos en los bancos. Sila levantó las manos pidiendo silencio.

—Debemos tomar una decisión aquí. Las legiones que se encuentran actualmente en Grecia tienen la misión de controlar la inestabilidad de las fronteras. Carecen de hombres para responder a la nueva amenaza. No podemos dejar la ciudad indefensa, sobre todo después de los últimos disturbios, pero es de igual importancia enviar una legión a combatir contra el rebelde. Grecia está pendiente de nuestra reacción, y debemos reaccionar con rapidez y contundencia.

Los senadores asentían dándole la razón vigorosamente. Roma no se había construido sobre la precaución y el compromiso. Cayo tuvo una idea repentina y miró a Mario. El general permanecía sentado con las manos apretadas ante sí y el rostro tenso y frío.

—Mario y yo disponemos de una legión cada uno. Estamos meses más cerca que cualquier otra de las del norte. La decisión que someto a votación es cuál de los dos debería embarcarse y acudir al encuentro del ejército enemigo.

Lanzó una mirada a Mario y, por primera vez, Cayo percibió el destello de malicia que brillaba en sus ojos. Mario se puso en pie y la sala quedó en silencio. Los que se habían levantado volvieron a sentarse para que el cónsul respondiera en primer

lugar. Mario se llevó las manos a la espalda y Cayo le vio los nudillos blancos.

—No hallo falta en la propuesta de acción de Sila. La situación está clara; es preciso dividir nuestras fuerzas para defender a Roma del dominio extranjero. Debo preguntarle si se presta él voluntariamente a neutralizar al invasor.

Todas las miradas convergieron en Sila.

—En este asunto, confío en el juicio del senado. Yo sirvo a Roma y mis deseos personales no deben interferir.

Mario sonrió sin despegar los labios y la tensión entre ambos se hizo palpable en el aire.

—Estoy de acuerdo —dijo Mario con claridad, y tomó asiento.

Sila pareció aliviado y repasó los rostros de los senadores con la mirada.

—En ese caso, la elección es fácil. Voy a pronunciar el nombre de cada legión y, quien crea que es la indicada para luchar contra Mitríades, que se levante para ser contado. Los demás se levantarán cuando oigan el segundo nombre. Nadie puede abstenerse en una votación en la que está en juego la seguridad de la ciudad. ¿Estamos todos de acuerdo?

Trescientas cabezas asintieron solemnemente y Sila sonrió. Cayo sintió miedo. Sila hizo una larga pausa deleitándose claramente en la tensión que había provocado. Por fin, en medio del silencio, pronunció una palabra.

—Primigenia.

Mario puso la mano a Cayo en el hombro.

—Hoy no puedes votar, muchacho.

Cayo permaneció en su sitio mirando a los senadores que se ponían en pie. Mario observaba a Sila desapasionadamente, como si el asunto no fuera de su incumbencia. Le pareció que todos los hombres de la sala circular se levantaban, y entonces supo que su tío había perdido. De pronto, cesó el ruido y nadie más se levantó. Miró al atractivo cónsul que permanecía de pie en el centro y vio que su rostro pasaba de la serenidad placentera a la incredulidad, y después a la furia. Hizo el recuento y luego pidió que dos más lo certificaran, hasta que se pusieron de acuerdo en la cifra.

—Ciento veintiuno a favor de que la Primigenia salga al encuentro del invasor.

Se mordió el labio con una expresión brutal que duró un instante. Clavó la mirada a Mario, pero éste se encogió de hombros y miró a otra parte. Los hombres que estaban de pie se sentaron.

—Cuarta Alaudae —dijo Sila en un murmullo, pero su voz se oyó en todas partes gracias a la excelente acústica del recinto. Nuevamente, unos cuantos hombres se pusieron de pie, y Cayo comprobó que eran la mayoría. El plan de Sila, fuera el que fuese, había fallado; Cayo le vio hacer una señal a los senadores para que se sentaran de nuevo sin dar paso al recuento formal. Se concentró visiblemente en sí mismo y, cuando habló, había recobrado la actitud de hombre encantador, tal como Cayo le

había visto al entrar.

—El senado se ha pronunciado y yo sirvo al senado —dijo en tono formal—. Confío en que Mario destine a sus hombres a los barracones, en mi ausencia.

Mario asintió con el rostro sereno e inmóvil. Sila continuó hablando.

—Con el apoyo de nuestras fuerzas de Asia Menor, no creo que la campaña sea muy larga. Volveré a Roma tan pronto como aplaste a Mitríades. Entonces, decidiremos sobre el futuro de esta ciudad. —Dijo las últimas palabras mirando directamente a Mario, y el mensaje fue claro.

—Esta misma noche daré orden a mis hombres de que desalojen los barracones. Si no hay otros temas que tratar... Buenos días a todos. —Sila abandonó la sala y un grupo de seguidores se fue tras él. La tensión desapareció y, de repente, todo el mundo hablaba a la vez, se reían entre dientes o se miraban unos a otros pensativamente. Mario se puso en pie y se hizo el silencio de inmediato.

—Gracias por vuestra confianza, señores. Protegeré esta ciudad de cualquier advenedizo. —Cayo pensó que Sila, cuando regresara, podría ser el advenedizo al que se refería Mario.

Los senadores se arremolinaron alrededor de su tío y algunos lo felicitaron abiertamente con efusivos apretones de manos. Mario tiró de Cayo con una mano para acercárselo y, con la otra, asió por el hombro a un hombre esquelético, que les sonrió a ambos.

—Craso, éste es mi sobrino Cayo. Viéndolo, uno no se lo cree, pero Craso, aquí presente, es con toda probabilidad el hombre más rico de Roma.

El hombre asintió. Tenía una cabeza que parecía flotar al final de un cuello largo y delgado, y unos cálidos ojos castaños en medio de innumerables arrugas diminutas.

—Los dioses me han favorecido, es cierto. También tengo dos hijas muy bellas.

Mario se rió entre dientes.

—Una es tolerablemente atractiva, Craso, pero la otra se parece a su padre.

Cayo se estremeció en su fuero interno al oír el comentario, pero a Craso no pareció importarle en absoluto, al contrario, asintió con entusiasmo.

—Eso es cierto, es un poco huesuda. Tendré que darle una gran dote para tentar a los jóvenes de Roma. —Miró directamente a Cayo y le tendió la mano—. Es un placer conocerte, jovencito. ¿Vas a convertirte en un general como tu tío?

—Sí —contestó Cayo con seriedad. Craso sonrió.

—En tal caso, necesitarás mucho dinero. Ven a buscarme cuando precisas el respaldo de alguien.

Cayo asintió y sonrió tímidamente mientras Craso se alejaba entre los senadores. Mario se inclinó hacia su sobrino y le susurró al oído:

—Bien hecho. Conmigo ha sido un amigo fiel, y es increíblemente rico. Te concertaré una visita a su propiedad, es asombrosamente opulenta. Ahora, quiero que

conozcas a otra persona. Ven conmigo.

Lo siguió por entre los grupos de senadores, que comentaban los sucesos del día y la humillación que Sila había sufrido. Advirtió que Mario daba la mano a todo aquel con quien cruzaba una mirada, decía unas palabras halagüeñas y preguntaba por familiares y amigos ausentes. Después dejaba al grupo sonriendo y se alejaba.

En el extremo opuesto de la sala del senado, tres hombres hablaban en voz baja, y guardaron silencio tan pronto como Mario y Cayo se acercaron.

—He aquí al hombre, Cayo —dijo Mario animadamente—. Cneo Pompeyo, cuyos seguidores describen como el mejor general de campo que Roma tiene en la actualidad... cuando yo estoy enfermo o ausente.

Pompeyo dio un apretón de manos a cada uno sonriendo afablemente. Al contrario que el liviano Craso, éste padecía de cierto sobrepeso, pero era tan alto como Mario y no desmerecía, sino que daba sensación de solidez. Cayo supuso que no tendría más de treinta años; era impresionante que a su edad hubiera alcanzado tan elevada graduación militar.

—No te quepa la menor duda, Mario —replicó Pompeyo—. En verdad soy maravilloso en el campo de batalla. Hombres fuertes han llorado ante la belleza de mis maniobras.

Mario rompió a reír y le dio unas palmadas en el hombro. Pompeyo miró a Cayo de arriba abajo.

—¿Es una versión joven de ti, viejo zorro? —preguntó a Mario.

—¿Qué otra cosa podría ser, si mi sangre corre por sus venas?

Pompeyo se puso las manos a la espalda.

—Tu tío se ha arriesgado mucho hoy al echar a Sila de Roma. ¿Qué te ha parecido?

Mario se dispuso a contestar, pero Pompeyo levantó la mano.

—Déjale hablar a él, viejo zorro. A ver si tiene algo que decir.

Cayo respondió sin vacilar, las palabras le brotaron con sorprendente fluidez.

—Ofender a Sila es un movimiento peligroso, pero a mi tío le gusta apostar fuerte. Sila es un servidor de la ciudad y luchará bien contra el rey extranjero. Cuando vuelva, tendrá que llegar a un arreglo con mi tío. Quizá podamos ampliar los barracones para que las dos legiones protejan la ciudad.

Pompeyo parpadeó y se dirigió a Mario.

—¿Está loco?

—No —respondió Mario con una risita—, sencillamente, no sabe si confío en ti o no. Sospecho que ya ha adivinado mis planes.

—¿Qué va a hacer tu tío cuando Sila regrese? —preguntó Pompeyo en un susurro, acercándose al oído de Cayo. El muchacho echó un vistazo a su alrededor, pero no había nadie cerca que pudiera oír, excepto las tres personas que tenían la



confianza de Mario, evidentemente.

—Cerrará las puertas. Si Sila intenta entrar por la fuerza, el senado tendrá que declararlo enemigo de Roma, en cuyo caso se verá obligado a iniciar un asedio o retirarse. Supongo que se pondrá a las órdenes de Mario, como haría cualquier general ante el cónsul de Roma.

—Un camino peligroso, Mario, como he dicho —replicó Pompeyo sin pestañear —, pero, en privado, haré cuanto pueda por ti. Enhorabuena por la marcha triunfal. Estabas espléndido. —Hizo una señal a los dos hombres que lo acompañaban y juntos se alejaron de allí.

Cayo empezó a hablar de nuevo, pero Mario hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Salgamos, hay tanta intriga en el aire que se puede cortar con un cuchillo. —Se dirigieron a las puertas y, en el exterior, Mario se llevó un dedo a los labios para detener las preguntas de Cayo.

»Aquí no. Hay muchos oídos atentos.

Cayo observó con atención y vio a varios senadores de Sila en las cercanías que los miraban sin pudor, con hostilidad evidente. Saludó con una inclinación de cabeza y ambos salieron al foro y se sentaron en los escalones de mármol, fuera del alcance de oídos indiscretos. Ante ellos, la Primigenia continuaba en posición de firmes, invencible, con las armaduras brillando al sol. Daba una sensación peculiar, estar allí en presencia de tantos miles y, sin embargo, sentarse con su tío en los mismísimos escalones del senado.

Cayo no pudo soportarlo más.

—¿Cómo lograste volver la votación contra Sila?

Mario empezó a reírse entre dientes y se limpió de la frente unas repentinas gotas de sudor.

—Previsión, muchacho, previsión y anticipación. Tuve noticia del desembarco de Mitriades prácticamente en cuanto sucedió, días antes que Sila. Recurrí a la palanca más antigua del mundo para convencer a los indecisos del senado de que votaran por mí, pero aun así, la victoria ha sido más ajustada de lo me hubiera gustado. Me ha costado una fortuna, pero desde mañana por la mañana, tengo el control de Roma.

—De todos modos, volverá —le advirtió Cayo. Mario soltó un bufido.

—Dentro de seis meses o más. Podría morir en el campo de batalla, incluso podría ser vencido por Mitriades; tengo entendido que es un general astuto. Aunque Sila lo venza en el doble de tiempo y encuentre vientos favorables para llegar a Grecia y volver, cuento con meses para prepararme. Tendrá todas las facilidades que desee para ponerse en marcha, pero te digo desde ahora que no volverá sin presentar batalla.

Cayo sacudió la cabeza sin poder dar crédito a la confirmación de sus

pensamientos.

—¿Y ahora, qué va a pasar? ¿Volvemos a tu casa?

Mario respondió con una sonrisa un poco triste.

—No. Tuve que venderla para pagar los sobornos... Sila ya los estaba sobornando, ¿comprendes? De modo que doblé la oferta en la mayoría de los casos. Me he quedado sin nada más que el caballo, la espada y la armadura. Es posible que sea el primer general arruinado que ha tenido Roma en toda su existencia. —Se rió silenciosamente.

—De modo que... si no hubieras ganado la votación... ¡lo habrías perdido todo!  
—musitó Cayo, atónito por la envergadura de la apuesta.

—¡Pero no perdí! Tengo a Roma, y a mi legión frente a nosotros.

—¿Y qué habrías hecho, si hubieras perdido?

Mario resopló desdeñosamente.

—Habría partido para enfrentarme a Mitríades, naturalmente. ¿Acaso no soy servidor de la ciudad? Ten en cuenta que habría sido necesario ser muy valiente para aceptar el soborno y, sin embargo, votar contra mí, con la legión esperando a las puertas, ¿no crees? Agradecemos que el senado valore el oro tanto como lo valora. Piensan en caballos y esclavos nuevos, pero nunca han sido tan pobres como lo fui yo. Para mí, el oro sólo significa lo que pueda aportarme, y aquí es donde me ha traído, a estos escalones, con el respaldo de la mayor ciudad del mundo. Anímate, muchacho, hoy es día de celebración, no de lamento.

—No, no es eso. Es que estaba pensado en que Marco y Renio se dirigen al este en estos momentos, para unirse a la legión Cuarta Macedonia. Tienen muchas posibilidades de encontrarse con ese tal Mitríades en el camino.

—Espero que no, esos dos se merendarían a los griegos, y yo quiero que Sila tenga algo que hacer, cuando llegue allí.

Cayo se rió y los dos se levantaron al mismo tiempo. Mario miró a su legión y Cayo percibió el júbilo y el orgullo que exhalaba su tío.

—Hoy ha sido un gran día. Has conocido a hombres poderosos de la ciudad, y yo he recibido el cariño del pueblo y el respaldo del senado. Por cierto, esa esclava tuya, la que es tan bonita, yo en tu lugar la vendería. Una cosa es permitirse unos revolcones con una muchacha, y otra muy distinta enamorarse de ella; sólo te acarrearía problemas.

Cayo desvió la mirada y se mordió los labios. ¿Es que no había secretos? Mario siguió hablando despreocupadamente, sin darse cuenta de la incomodidad de su compañero.

—¿Ya la has catado? ¿No? A lo mejor así te la quitas de en medio. Conozco algunas casas buenas por aquí si prefieres adquirir un poco de experiencia primero. Sólo tienes que pedírmelo, cuando estés preparado.

Cayo no respondió, las mejillas le ardían. Mario admiraba con evidente orgullo a la legión Primigenia, formada ante él.

—¿Conducimos a los hombres a los barracones de la ciudad, muchacho? Supongo que les sentará bien una buena comida y una noche de sueño decente, después de tanta marcha y tanto permanecer firmes al sol.

## XVIII

Contemplando el Mediterráneo, Marco aspiró el aire cálido y saturado de sal. El aburrimiento apareció después de una semana en el mar. Conocía hasta el último rincón de la pequeña nave mercante e incluso había ayudado en la bodega a contar ánforas de aceite espeso y tablones de ébano procedentes de África. Los cientos de ratas que había bajo las cubiertas despertaron su interés, al principio, y se pasó dos días arrastrándose en busca de sus nidos en la oscuridad, armado con una daga y un pisapapeles de mármol robado en el camarote del capitán. Después de arrojar por la borda docenas de cuerpecillos, los roedores aprendieron a reconocer su olor y sus pasos sigilosos, y se retiraban a las grietas más profundas de los tablones del barco tan pronto como ponía el pie en la escala inferior.

Suspiró y se quedó contemplando la puesta de sol, impresionado todavía por los colores que tomaba el mar bajo sus reflejos. Como pasajero, podía haber permanecido en el camarote toda la travesía, igual que Renio parecía dispuesto a hacer, pero aquel espacio tan diminuto y atiborrado de cosas no ofrecía entretenimiento alguno, y enseguida se acostumbró a utilizarlo únicamente para dormir.

El capitán le había permitido montar guardia, e incluso quiso aprender el manejo de los dos grandes remos timoneles de la parte de atrás, o la popa, como había aprendido a llamarla, pero no tardó en perder interés.

—Dos semanas más así y me muero —musitó para sí, mientras grababa sus iniciales en la madera de la barandilla. Oyó un correteo a su espalda pero no se volvió, simplemente sonrió y levantó la mirada hacia la puesta de sol otra vez. Se hizo el silencio de nuevo y, después, otro ruido, el ruido que hace un cuerpecillo pequeño cuando busca acomodo. Marco se giró lanzando el cuchillo sin levantar el brazo por encima del hombro, tal como Renio le había enseñado. El cuchillo se clavó en el mástil y tembló. Se oyó un chillido aterrorizado y un correteo de pies blancos y sucios en la oscuridad, demasiado obstinados en esconderse entre las sombras procurando no hacer ruido.

Marco se acercó al cuchillo y lo recuperó de un tirón. Lo guardó en la funda de la cintura y atisbo entre las sombras.

—Sal, Peppis, sé que estás ahí —dijo. Oyó un ruido nasal—. No te habría clavado el cuchillo, sólo era una broma. De verdad.

Lentamente, un niño raquítrico y esquelético salió de detrás de unos sacos. Estaba tan sucio que parecía increíble que fuera humano y tenía los ojos abiertos de espanto.

—Sólo te miraba —dijo Peppis, nervioso. Marco le observó con mayor detenimiento y se fijó en una pequeña costra de sangre que tenía debajo de la nariz y en un moratón de un ojo.

—¿Los hombres han vuelto a darte un paliza? —dijo, procurando imprimir un tono amistoso a su voz.

—Un poco, pero fue por culpa mía. Tropecé con un cabo y deshice un nudo. No lo hice a posta, pero el oficial dijo que ya me iba a enseñar él a ser torpe. Pero yo ya soy torpe, así que le dije que no necesitaba que me enseñara, y entonces me pegó. — Sorbió otra vez por la nariz y se la limpió con el dorso de la mano dejándose un rastro plateado.

—¿Por qué no te escapabas cuando lleguemos a un puerto? —preguntó Marco.

Peppis hinchó el pecho cuanto pudo y las costillas se le marcaron como astillas blancas bajo la piel.

—Eso sí que no. Voy a ser marinero, de mayor. Aprendo sin parar, sólo mirando a los hombres. Ahora ya sé hacer muchísimos nudos. Hoy, habría podido volver a hacer el nudo del cabo, si el oficial me hubiera dejado, pero él no lo sabía.

—¿Quieres que hable con... el oficial? ¿Qué le diga que deje de pegarte?

Peppis se puso aún más pálido y negó con la cabeza.

—Me mataría si se lo dices, en este mismo viaje o en el de vuelta. Siempre dice que si no aprendo a ser marinero, me tirará por la borda cualquier noche cuando esté dormido. Por eso no duermo en mi litera, sino aquí fuera, en cubierta. Siempre me cambio de sitio, para que no sepa dónde estoy, por si le parece que ya es hora de tirarme.

Marco suspiró. El niño le inspiraba lástima, pero sus problemas no tenían una solución sencilla. Aunque arrojaran al primer oficial por la borda discretamente, los demás seguirían torturando a Peppis. Todos se comportaban de igual forma, y la primera vez que Marco se lo comentó a Renio, el viejo gladiador se echó a reír y dijo que en todos los barcos sucedía lo mismo. De todos modos, a Marco le daba rabia que maltrataran al niño. Jamás había olvidado lo que era estar a merced de intimidadores como Suetonio, y sabía que si hubiera cavado él la trampa para lobos, en vez de Cayo, habría tirado piedras después hasta machacar al chico mayor. Suspiró otra vez, se levantó y estiró los cansados músculos.

¿Dónde habría ido a parar él si los padres de Cayo no le hubieran cuidado y criado? Seguramente se habría escondido en un navío mercante y se encontraría en la misma situación horrorosa que Peppis. No habría recibido lecciones de lucha y defensa, y la falta de alimento le habría hecho crecer débil y enfermizo.

Peppis asintió en silencio y Marco, un poco más animado, bajó a su agobiante camarote a buscar el queso y el pan que se había guardado antes. En realidad, tenía algo de apetito, pero podía prescindir de ese bocado, mientras que el pobre niño estaba prácticamente muerto de hambre.

Dejó a Peppis comiendo y se acercó a los remos de popa sabiendo que el primer oficial de a bordo entraba de servicio hacia la medianoche. Al igual que Peppis,

nunca había oído el nombre del primer oficial. Todo el mundo lo llamaba por su cargo y, al parecer, el hombre cumplía con su trabajo de mantener a la tripulación en orden y mandar con dureza al resto de los marineros. Además, la pequeña nave *Lucida* tenía fama de comerciar honradamente, pues perdía muy poca carga durante sus travesías. Otras naves se veían obligadas a pasar por alto las pequeñas pérdidas para mantener contenta a la tripulación, pero no así los propietarios del *Lucida*

Marco se animó al ver que el hombre ya estaba en su puesto, sujetando firmemente contra las corrientes uno de los dos enormes timones y charlando en voz baja con su compañero del otro timón.

—Buenas noches —dijo al acercarse.

El oficial farfulló unas palabras y asintió. Tenía que ser amable con los pasajeros de pago, pero sólo era capaz de mostrar la urbanidad más rudimentaria. Era un hombre de constitución fuerte y sujetaba el timón con una sola mano, mientras que su compañero empleaba todo su peso y los hombros en la tarea de mantenerlo fijo. El otro hombre no dijo nada, y Marco reconoció a un marinero de la tripulación, alto y de brazos largos, con la cabeza rapada. Miraba fijamente hacia delante, concentrado en su trabajo y en las sensaciones de la madera entre las manos.

—Me gustaría comprar a un miembro de la tripulación como esclavo. ¿A quién tendría que dirigirme? —preguntó Marco en tono amable todavía. El oficial, sorprendido, parpadeó y dos miradas se posaron sobre el joven romano.

—Todos somos hombres libres —contestó el otro desde la distancia.

—¡Ah! No me refería a vosotros, naturalmente. Me refiero a ese chico, Peppis. No está en la lista de la tripulación, lo he comprobado, por eso pensé que quizás estuviera en venta. Necesito a un muchacho para que me lleve la espada y...

—Te vi en cubierta —contestó el oficial con voz profunda—, y pusiste mala cara cuando le di una lección. Apuesto a que eres uno de esos muchachos blandos de ciudad que cree que tratamos mal a los chicos marineros. O eso o lo quieres para la cama. ¿Cuál de las dos cosas?

Marco sonrió lentamente, enseñando los dientes.

—¡Vaya, vaya! Eso suena a insulto, amigo. Más vale que sueltes el timón, porque soy yo quien va a enseñarte una lección. El oficial abrió la boca para replicar, pero Marco lo golpeó. El *Lucida* perdió el rumbo unos momentos sobre las aguas negras.

Renio lo despertó zarandeándolo rudamente.

—¡Despierta! El capitán quiere verte.

Marco protestó. Tenía la cara y el torso hechos un amasijo de moratones. Renio emitió un silbido suave cuando Marco se incorporó y, haciendo muecas de dolor, empezó a vestirse. Palpándose con la lengua, encontró un diente flojo y sacó la bacinilla de debajo de la cama para escupir una flema sanguinolenta.

La parte de su mente que ya estaba despierta se alegró de ver a Renio con la coraza puesta y la espada al cinto. Tenía el muñón del brazo envuelto en vendajes limpios, y habría dicho que la tristeza que lo mantenía confinado en el camarote al principio había desaparecido. Cuando Marco se hubo puesto la túnica y un manto para protegerse de la fría brisa matutina, Renio abrió la puerta.

—Anoche tumbaron al primer oficial de a bordo, y a otro más, también —comentó Renio animadamente.

Marco se llevó la mano a la cara y notó la piel levantada de un rasguño en la mejilla.

—¿Ha dicho quién lo tumbó? —murmuró.

—Dice que lo atacaron por la espalda, en la oscuridad. Se ha roto el hombro, ¿sabes? —Definitivamente, Renio había superado la melancolía, pero a Marco le pareció que el nuevo Renio que se reía entre dientes no era mejor que el anterior.

El capitán era un hombre griego llamado Epides, de baja estatura, enérgico y con una barba que parecía encolada en el rostro, sin un solo pelo fuera de lugar en toda la cara. Se puso en pie cuando Marco y Renio entraron y colocó las manos sobre el escritorio, fijado al suelo para evitar el zarandeo del barco mediante unas gruesas bandas de hierro. Llevaba en cada dedo un anillo de oro con una piedra preciosa engarzada, y el oro brillaba a cada movimiento suyo. El resto de la habitación era sencillo, como correspondía a un comerciante trabajador. No había lujo ni nada adónde mirar salvo al propio capitán, quien los miraba a ellos fijamente.

—Omitamos las alegaciones de inocencia —dijo—. Mi primer oficial de a bordo se ha roto un hombro y la clavícula, y has sido tú.

Marco quiso decir algo, pero el capitán le interrumpió.

—No va a identificarte, y sólo Zeus sabrá por qué. Si lo hiciera, mandaría que te despellejaran vivo a latigazos en cubierta. No siendo así, asumirás sus tareas durante el resto de la travesía y enviaré una misiva al general de tu legión advirtiéndole sobre la clase de patán indisciplinado que va a recibir. A partir de este momento, quedas adscrito a la tripulación en este viaje, según me asiste el derecho como capitán del *Lucida*. Si descubro negligencias de cualquier clase en tu cometido, te azotaré. ¿Has entendido?

Marco iba a contestar, pero entonces fue Renio quien lo interrumpió interviniendo con voz tranquila y razonable.

—Capitán. Cuando este muchacho aceptó su puesto en Cuarta Macedonia, se convirtió, desde ese instante, en miembro de la legión. Puesto que te encuentras en una circunstancia difícil, él se presta voluntariamente a sustituir al primer oficial de a bordo hasta que arribemos a Grecia. No obstante, seré yo quien cuide de que cumpla su cometido. Si das orden de azotarlo, vendré aquí y te sacaré el corazón. ¿Nos hemos entendido? —Siguió hablando en tono tranquilo, casi cordial, hasta el final.

Epides palideció ligeramente y se llevó la mano a la barba con un gesto nervioso.

—Asegúrate de que haga el trabajo. Ahora, tú sal y preséntate ante el segundo oficial de a bordo.

Renio lo miró un buen rato y luego asintió lentamente, se volvió hacia la puerta y cedió el paso a Marco antes de salir detrás de él.

A solas, Epides se dejó caer en la silla, introdujo la mano en un cuenco con agua de rosas y se mojó el cuello con los dedos. Después se recompuso y sonrió secamente mientras preparaba los materiales de escritorio. Se quedó un rato pensando en las réplicas mordaces que tendría que haber dado. ¡Amenazado por Renio, por todos los dioses! Cuando volviera a casa, contaría el incidente incluyendo todas las virulentas respuestas imaginarias, pero en esos momentos, algo crudo y violento que se asomó a los ojos del gladiador le había tapado la boca.

El segundo oficial de a bordo era un tipo adusto del norte de Italia llamado Paro. Pronunció pocas palabras, cuando Marco y Renio se presentaron; se limitó a resumir las tareas diarias del primer oficial de un mercante y terminó con el turno al timón hacia la medianoche.

—No me parece correcto llamarte primer oficial, estando él todavía bajo cubierta.

—Voy a cubrir su puesto. Llámame por su nombre mientras lo haga —contestó Marco. El hombre se puso tenso.

—¿Cuántos años tienes? ¿Dieciséis? Al resto de los hombres tampoco les gustará —dijo.

—Diecisiete —mintió Marco con aplomo—. El resto de los hombres se acostumbrará. Quizá sea mejor que vayamos a verlos ahora.

—¿Has navegado alguna vez? —preguntó Paro.

—Es la primera, pero tú me dices lo que hay que hacer y yo lo hago. ¿De acuerdo?

Paro asintió hinchando los carrillos con evidente irritación.

—Llamaré a los hombres a cubierta.

—Llamaré a los hombres a cubierta, primer oficial —dijo Marco claramente a pesar de la hinchazón de los labios. Le brillaban los ojos peligrosamente y Paro se preguntó cómo habría vencido al primer oficial en la pelea y por qué no quería identificarlo ante el capitán, cuando hasta el más necio sabía quién había sido.

—Primer oficial —dijo hoscamente, y se alejó.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Marco a Renio, al ver que lo miraba con recelo.

—Estoy pensando que más vale que te protejas la espalda, porque si no, no llegarás a ver Grecia —contestó Renio con seriedad.



Todos los hombres que no estaban trabajando activamente se reunieron en la pequeña cubierta. Marco contó quince marineros, más otros cinco en los timones y las jarcias.

Paro se aclaró la garganta para llamarles la atención.

—Puesto que el primer oficial de a bordo se ha roto el brazo, el capitán dice que «éste» debe ocupar su puesto durante el resto del viaje. Volved al trabajo.

Los hombres dieron media vuelta, pero Marco avanzó un paso con furia.

—Quedaos donde estáis —ordenó, y él mismo se sorprendió de la fuerza de su voz. Tuvo la atención de todos un momento y no quería desperdiciarla.

—Ahora, todos sabéis que yo partí el brazo al primer oficial, y no voy a negarlo. Tuvimos una diferencia de opinión y por eso nos peleamos. Fin del incidente. Ignoro por qué no ha dicho al capitán quién fue, pero le respeto por ello. Cubriré su puesto lo mejor que sepa, pero no soy marinero, y eso también lo sabéis. Trabajáis conmigo, y no me importará que me digáis cuándo me equivoco. Pero si me decís que me equivoco, más vale que vosotros no. ¿Os parece justo?

Los hombres refunfuñaron entre dientes.

—Si no eres marinero, no sabrás lo que haces. ¿De qué sirve un ganadero en un barco mercante? —inquirió un marinero cubierto de tatuajes. El hombre tenía una actitud despectiva y Marco enrojeció de ira.

—Lo primero que voy a hacer es pasear por el barco y hablar con cada uno de vosotros. Vosotros me diréis exactamente en qué consiste vuestro trabajo y yo lo haré. Si no puedo hacerlo, volveré a ver al capitán y le diré que no sirvo para esto. ¿Alguna objeción?

Hubo un largo silencio. A unos cuantos pareció interesarles el desafío, pero la mayoría de los rostros expresaban hostilidad claramente. Marco apretó la mandíbula y notó el crujido de un diente suelto.

Sacó la daga de la funda y la levantó en el aire. Era un arma de buena factura que Mario le había entregado como regalo de despedida. Aunque no estaba lujosamente adornada, tenía el mango de bronce y era un objeto caro.

—Regalaré este cuchillo a quien sea capaz de hacer algo que yo no pueda; es un regalo que me hizo el general Mario de la Primigenia. Rompan filas.

El interés aumentó entonces y unos cuantos marineros, al reincorporarse a sus puestos, se fijaron bien en el arma que el muchacho sostenía todavía. Marco se volvió hacia Renio y el gladiador sacudió la cabeza lentamente con incredulidad.

—Dioses, qué verde estás. Esa arma es demasiado buena como para tirarla —dijo.

—No la perderé. Si tengo que demostrar algo a la tripulación, así lo haré. Estoy preparado. ¿Hasta qué punto son duras esas tareas?

## XIX

Marco se aferró a la cruceta del mástil con tanta fuerza que se le pusieron los nudillos blancos. Allí, en el punto más alto del *Lucida* tenía la impresión de balancearse con el palo de lado a lado del horizonte. Abajo, el mar estaba salpicado de gris y cuajado de olas blancas, no había peligro para el resistente navío. Tenía retortijones de estómago y todo su cuerpo respondía a las convulsiones. A mediodía, todos los moratones le dolían, y en esos momentos le costaba volver la cabeza a la derecha sin ver estrellas por el dolor.

Por encima de él, descalzo y de pie en el palo sin ninguna sujeción, había un marinero, el primero que intentaba ganar la daga. El hombre sonreía sin malicia, pero el desafío estaba claro: Marco tenía que situarse a su lado y arriesgarse a caer al mar, o lo que era peor, a la cubierta.

—Estos palos no parecían tan altos desde abajo —gruñó Marco con los dientes apretados. El marinero se acercó a él en perfecto equilibrio, amoldando su peso constantemente a los movimientos del barco.

—Lo suficiente para matarse. El oficial recorre este palo de arriba abajo, así que me parece que tienes que tomar una decisión.

Aguardó pacientemente, comprobando de vez en cuando el estado de los nudos y los cabos por pura costumbre. Marco rechinó los dientes y se subió a pulso a la cruceta apoyando en ella su inestable estómago. Veía al resto de los hombres abajo y comprobó que algunas caras miraban hacia arriba, atentas a su éxito, o quizá para no encontrarse debajo en caso de que se cayera, quién podía saberlo.

Tenía al alcance de la mano la punta del mástil, rodeada de cabos; se agarró a ella y la utilizó para incorporarse un poco y poner un pie en el travesaño. La otra pierna le quedó colgando y, balanceándola un momento, consiguió estabilizarse. Con otro esfuerzo de sus torturados músculos logró acuclillarse en el travesaño, aferrado a la punta del mástil con ambas manos, con las rodillas casi por encima de la barbilla. Miró el horizonte, que se movía, y de pronto tuvo la impresión de que el barco estaba inmóvil y el mundo daba vueltas a su alrededor. Se mareó y cerró los ojos, pero le sirvió de poco.

—Vamos allá —se dijo a sí mismo en susurros—. Tienes buen equilibrio.

Le temblaban las manos al soltarse del mástil y, con la fuerza de los músculos de las piernas, contrarrestó el fuerte balanceo. Después enderezó las rodillas como un viejo, preparado para abrazarse al mástil otra vez si le fallaba el equilibrio. Se levantó desde una inclinación profunda hasta una posición más erguida, pero con los hombros encogidos y los ojos fijos en el palo. Flexionó las rodillas un poco y empezó a adaptarse al movimiento en el aire.

—No hace mucho viento, claro —comentó el marinero con ecuanimidad—. Yo

he tenido que subirme ahí en medio de una tormenta a amarrar una vela rasgada. Esto no es nada.

Marco se ahorró una réplica. No quería enfadar a un hombre capaz de mantenerse en pie tan cómodamente, con los brazos cruzados, a veinte metros de altura sobre la cubierta. Lo miró y sus ojos abandonaron el mástil por primera vez desde que había llegado a esa altura. El marinero asintió.

—Tienes que venir andando desde donde estás hasta aquí. Después, puedes bajar. Si pierdes los nervios, pásame la daga antes de bajar, porque no será fácil cogerla si te estampas contra los tablones.

Esas palabras se parecían más a lo que Marco entendía. El hombre pretendía ponerle nervioso, pero consiguió lo contrario. Sabía que podía confiar en sus reflejos. Si se caía, tendría tiempo de agarrarse a algo. Sencillamente, haría caso omiso de la altura y el movimiento y se arriesgaría. Se irguió por completo y, arrastrando los pies, retrocedió hasta el borde inclinándose hacia delante cuando el mástil parecía decidido a llevárselo hasta el mar un momento antes de volver a subir. De pronto, se encontró mirando ladera abajo desde lo alto de una montaña, sólo le tapaba la vista el tranquilo marinero.

—Bien —dijo, equilibrándose con los brazos en cruz—. Bien.

Empezó a arrastrar los pies sin levantarlos ni un momento del madero. Sabía que el marinero caminaba por allí sin la menor preocupación, pero no tenía intenciones de igualarse, en tan sólo unos pasos que le cortarían la respiración, con quien contaba con años de experiencia. Siguió arrastrando los pies y su confianza aumentó en gran medida, hasta que casi disfrutaba del balanceo, inclinándose a favor o en contra y riéndose entre dientes con el movimiento.

El marinero permaneció imperturbable cuando Marco llegó a su lado.

—¿Esto es todo? —preguntó Marco. El hombre negó con la cabeza.

—He dicho hasta el final. Todavía te queda casi un metro.

—¡Estás en medio del paso, hombre! —replicó Mario, irritado. ¡No esperaría que lo rodeara caminando sobre un trozo de madera no más ancho que su muslo!

—En tal caso, nos vemos abajo —dijo el hombre, y se apartó de la cruceta.

Marco se quedó con la boca abierta cuando el hombre pasó ante él en un visto y no visto. En el momento en que vio la mano agarrando el palo y el rostro que le sonreía, perdió el equilibrio y se inclinó, presa del pánico, con la certidumbre de que se estrellaría contra la cubierta. Más caras de abajo le pasaron ante los ojos. Parecía que todos estuviesen mirando, eran como borrones claros y dedos que señalaban.

Agitó los brazos frenéticamente y arqueó la espalda hacia atrás y hacia delante como un látigo, tratando de salvar la vida. Después, se recuperó un poco y se concentró en el palo sin pensar en la caída, buscando el ritmo muscular que tanto le había gustado unos momentos antes.

—Has estado a punto de caerte —dijo el marinero, colgado todavía del palo por un brazo sin aparente esfuerzo, ajeno a la altura. Había sido un truco ingenioso y casi le había salido bien. Riéndose entre dientes y sacudiendo la cabeza, el hombre empezaba a estirarse hacia un cabo cuando Marco le pisó la mano con que se agarraba a la cruceta.

»¡Oye! —gritó, pero Marco hizo caso omiso y se apoyó con todo el peso en el talón al moverse con el balanceo del *Lucida*

De repente, volvía a gustarle todo aquello, y tomó una profunda y refrescante bocanada de aire. Los dedos de la mano se retorcían bajo sus pies y la voz del marinero adquirió un matiz de pánico, como si creyera que no podría alcanzar el cabo más próximo, ni siquiera levantando las piernas. Con la mano libre, se habría columpiado y se habría soltado con facilidad, pero sujeto como estaba, sólo podía oscilar y gritar insultos.

Sin previo aviso, Marco levantó el pie al dar el último paso hasta el final del palo y oyó vivas entre los ruidos de cubierta cuando el marinero, tomado por sorpresa, resbaló y se agarró furibundamente para salvarse. Marco miró abajo y vio la mirada furiosa del marinero, que empezó a trepar otra vez hacia la cruceta. Tenía una expresión asesina. Marco se sentó en el centro, sujetando el extremo del mastelero firmemente entre los muslos. Inseguro todavía, rodeó la parte inferior del palo con la pierna izquierda para mejorar la estabilidad. Sacó la daga de Mario y empezó a grabar sus iniciales en la madera, en la mismísima punta.

El marinero casi saltó a la cruceta y permaneció en un extremo fulminándolo con la mirada. Marco no le prestó la menor atención, pero casi oía el hilo de sus pensamientos, cuando el hombre se dio cuenta de que él no tenía armas y que su equilibrio superior quedaba contrarrestado por el firme asidero de Marco. Si se acercaba lo suficiente como para empujarlo abajo, tendría que arriesgarse a que le abriera la garganta con la daga. El tiempo pasaba lentamente.

—Bien, de acuerdo. Quédate con la daga. Ya es hora de bajar.

—Tú primero —dijo Marco sin levantar la mirada.

Escuchó atentamente los ruidos, cada vez más débiles, que el marinero hacía al descender y terminó de grabar sus iniciales en la dura madera. Al fin y al cabo, estaba decepcionado. Si seguía haciéndose enemigos a la misma velocidad, verdaderamente se encontraría con un cuchillo en la oscuridad cualquier noche.

Concluyó que la diplomacia era mucho más difícil de lo que parecía.

Renio no estaba presente para felicitarle por haber regresado sano y salvo de la altura, de modo que continuó solo con su paseo por el barco. Pasado el interés inicial que despertara la idea de ganar la daga, los hombres lo miraban con desinterés o malevolencia declarada. Marco cruzó las manos a la espalda para detener el

involuntario temblor de manos que lo acosó tan pronto como hubo puesto los pies en los tablones de la cubierta. Recibió cada mirada con un gesto de asentimiento como si fueran felicitaciones y, para su sorpresa, uno o dos respondieron también con un gesto de asentimiento, quizá por costumbre nada más, pero a él le infundió seguridad.

Un marinero, con el cabello recogido en la nuca mediante una tira de tela azul, intentaba cruzar la mirada con Marco insistentemente. Su actitud parecía cordial, de modo que Marco se detuvo.

—¿Qué haces en el barco? —preguntó cautelosamente.

—Ven a popa... oficial —dijo el hombre, y empezó a andar indicándole que lo siguiera. Marco se fue con él hasta los dos remos timoneles.

—Me llamo Crixo. Hago muchas cosas cuando hay que hacerlas, pero mi trabajo específico es soltar los timones cuando se enredan. A veces son las algas, pero casi siempre son redes de pesca.

—¿Y cómo los sueltas?

Marco se imaginaba la respuesta, pero hizo la pregunta de todos modos en un tono ligero y animado que pretendía parecer interesado. Nunca había sido un gran nadador, pero al marinero se le hinchaba el pecho de una forma desproporcionada cuando aspiraba.

—Te parecerá fácil, después del paseíto por el mastelero. Sencillamente, me sumerjo por el costado, buceo hasta los timones y, con el cuchillo, corto lo que se haya enredado.

—Parece peligroso —contestó Marco, satisfecho por la fácil sonrisa que recibió a cambio.

—Lo es cuando hay tiburones por los alrededores. Siguen al *Lucida* ¿sabes? Por si arrojamos algún desperdicio.

Marco asintió tratando de recordar qué eran los tiburones.

—Y serán grandes, los tiburones, ¿no?

—Sí, por todos los dioses —respondió Crixo enérgicamente—. Los hay capaces de tragarse a un hombre entero. Una vez, la corriente arrastró a uno hasta cerca de mi pueblo, y tenía medio hombre dentro del cuerpo. Lo partiría en dos de un mordisco, seguro.

Marco lo miró pensando que también trataba de infundirle miedo.

—Entonces, ¿qué se hace cuando se encuentra uno con tiburones ahí abajo? —preguntó. Crixo soltó una carcajada.

—Se les da un puñetazo en las narices. Así se les quita la idea de que se lo desayunen a uno de un bocado.

—Bien —dijo Marco con recelo, mirando las aguas oscuras y frías. Se preguntó si sería conveniente dejar esa prueba para el día siguiente. El descenso del mastelero le había ayudado a soltar los músculos, pero cada movimiento le dolía todavía y no

hacía tanto calor como para que el baño resultara apetecible.

Miró a Crixo y supo que el hombre esperaba su negativa. Suspiró en su fuero interno. Nada salía como él pretendía.

—Hoy no se ha enredado nada en los timones, ¿verdad? —dijo, y Crixo sonrió más abiertamente pensando que Marco buscaba una excusa para no intentarlo.

—No, en mar abierto no suele ocurrir. Sólo hay que quitar unas lapas del fondo de la nave... son unas conchas, unos animales pequeños que se pegan a las naves. Si vuelves con una, te pago un trago. Si vuelves de vacío, me quedo con ese cuchillo tan bonito, ¿de acuerdo?

Marco asintió a su pesar y procedió a quitarse la túnica y las sandalias; se quedó solamente con la prenda interior que le cubría las partes. Bajo la mirada socarrona de Crixo, empezó a hacer estiramientos de piernas apoyándose en la barandilla. Se tomó el tiempo que quiso, consciente, por el entusiasmo de Crixo, de que el marinero pensaba que no lo conseguiría.

Por fin, se encontró suelto y preparado. Con la daga en la mano, se encaramó a la parte plana que rodeaba la popa, dispuesto a zambullirse. Era un salto de unos veinte pies cumplidos, incluso en un barco de tan poco calado como el *Lucida* los que le separaban del agua. Se puso en tensión e intentó recordar las pocas veces que había logrado zambullirse durante un viaje a un lago con los padres de Cayo, cuando tenía ocho o nueve años. Manos juntas.

—Ponte esto, anda —le interrumpió Crixo. Le ofrecía el extremo embreado de un cabo delgado—. Átatelo a la cintura, y así el *Lucida* no te dejará atrás. No parece una nave veloz, pero no le darías alcance a nado.

—Gracias —dijo Marco recelosamente, preguntándose si Crixo habría pensado inicialmente dejarlo que se zambullera sin el cabo, aunque al final decidiera que no. Se lo ató y miró el agua fría de abajo, que los timones acaballaban como surcos de arado. Tuvo una idea repentina.

»¿Dónde está el otro extremo?

Crixo tuvo la cortesía de cohibirse, confirmando así la sospecha anterior de Marco. Sin decir palabra, señaló hacia el lugar donde estaba asegurado el cabo y Marco asintió y volvió a estudiar las olas.

Después se lanzó girándose un poco el aire, de modo que golpeó el agua gris con un fuerte chasquido seco.

Contuvo el aliento al hundirse bajo la superficie y notó el tirón del cabo que detuvo el descenso. Todavía lo percibía cuando el barco empezó a remolcarlo. Se esforzó por alcanzar la superficie y respiró aliviado al aparecer entre las olas cerca de los timones.

Veía los oscuros lados que cortaban el agua y trató de encontrar asidero en la superficie resbaladiza por encima de la línea de flotación. Pero fue imposible y tuvo

que nadar con fuerza sólo para no alejarse de los timones. En cuanto perdió velocidad en los brazos y piernas, se dejó llevar hasta que la cuerda se tensó nuevamente.

El frío le producía calambres en los músculos y se dio cuenta de que disponía de muy poco tiempo, si quería ser capaz de hacer algo en el agua. Con la daga firmemente empuñada en la mano derecha, tomó aire y se sumergió guiándose con las manos hacia el fondo por los resbaladizos costados del timón más cercano.

Cuando llegó al fondo, los pulmones le estallaban. Logró sujetarse un instante mientras palpaba el limo, pero no notó nada que se pareciese a la clase de concha que Crixo le había descrito. Maldiciendo, empezó a mover las piernas enérgicamente para subir a la superficie. Como no podía recobrase sujetándose a los timones, empezaron a fallarle las fuerzas.

Tomó otra bocanada de aire y desapareció de nuevo bajo la oscuridad.

Crixo percibió la presencia del viejo gladiador antes de que llegase a su lado y se asomase siguiendo la cuerda que se movía en el agua entre los timones. Cuando lo miró a los ojos, vio tanta ira gris que retrocedió un paso impulsivamente.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó Renio en voz baja.

—Está comprobando el estado de los timones y arrancando lapas —contestó Crixo.

Renio torció la boca en una mueca de desagrado. Incluso con un solo brazo, irradiaba violencia, allí, tan quieto. Crixo se fijó en el *gladius* colgado del cinturón y se limpió las manos en las harapientas calzas de tela. Juntos vieron emerger y sumergirse a Marco tres veces más. Braceaba sin fuerzas en el agua y le oyeron toser de cansancio.

—Súbelo ahora mismo. Antes de que se ahogue —dijo Renio. Crixo asintió rápidamente y empezó a tirar del cabo, una mano primero y otra después. Renio no se ofreció a ayudarlo, pero verlo allí con la mano en la empuñadura del *gladius* era estímulo suficiente.

Crixo sudaba a mares cuando Marco llegó al nivel de la cubierta. Prácticamente pendía inerte del cabo, tan exhausto que no controlaba las extremidades.

El marinero, como si estuviera cargando una bala de paño, lo izó por encima de la borda y lo dejó en la cubierta boca arriba, con los ojos cerrados y jadeando. Sonrió al ver la daga todavía en una mano, y fue a cogerla, pero oyó un sonido veloz tras de sí y se detuvo en seco al ver ante sí el arma de Renio.

—¿Qué haces?

—¡Coger la daga! Te... tenía que volver con una concha... —contestó tartamudeando.

—Mira a ver lo que tiene en la otra mano —dijo Renio.

Marco apenas le oía, con los oídos llenos de ruido de agua y el pecho y las extremidades extenuados, pero abrió el puño izquierdo y allí, rodeada de arañazos y

cortes, había una concha redonda con su habitante vivo, brillante y mojado en el interior.

A Crixo se le abrió la boca y Renio lo despidió agitando la espada.

—Di al segundo oficial de a bordo que reúna a los hombres... Paro, creo que se llama. Esto es excesivo.

Ante la espada y la expresión del gladiador, el marinero no replicó.

Renio se acuclilló al lado de Marco y envainó la espada. Después lo abofeteó unas cuantas veces hasta que recuperó un poco el color y tosió desgarradamente.

—Creía que abandonarías cuando estuviste a punto de caerte del mastelero. No sé qué crees que demuestras así. Quédate aquí y descansa mientras hablo con los hombres.

Marco quiso decir algo, pero Renio sacudió la cabeza.

—No discutas. Me he pasado la vida lidiando con hombres como éstos.

Sin una palabra más, se levantó y se fue a donde la tripulación se había reunido; se situó en un lugar donde todos pudieran verlo. Habló con los dientes fuertemente apretados, pero todos oyeron su voz.

—Ha cometido el error de esperar que escoria como vosotros lo tratara con respeto. Ahora bien, yo no tengo interés en ganarme vuestra confianza ni vuestro respeto. A partir de este momento, os doy una sola opción. Haced bien vuestro trabajo. Trabajad esforzadamente, cubrid los turnos que os correspondan y mantenedlo todo en orden hasta que llegemos a puerto. ¡Comportaos como hombres! Si alguno quiere presumir de oratoria y discute conmigo, que empuñe una espada, reúna a sus amigos y venga a luchar conmigo en este instante.

Levantó la voz hasta el aullido.

—¡Y no vayáis a urdir planes contra mí por los rincones tan pronto como os alejéis, como señoras viejas al sol! Hablad ahora, luchad ahora, pues de lo contrario, si después oigo murmuraciones, os parto la cabeza en dos, ¡lo juro!

Lanzó una mirada fulminante a su alrededor y los hombres bajaron la cabeza. Nadie habló, Renio tampoco. El silencio se alargó hasta hacerse doloroso. Nadie se movía, todos permanecían petrificados, como estatuas en la cubierta. Por fin, Renio tomó aire y dijo amenazadoramente:

—¿Ni uno solo de vosotros tiene el valor de enfrentarse a un viejo manco? Entonces, volved a vuestro trabajo y hacedlo como es debido, porque os estaré vigilando, a todos y a cada uno, y no daré avisos.

Pasó entre ellos y los hombres se apartaron sin hablar ni moverse. Crixo miró a Paro y éste, con un leve encogimiento de hombros, se retiró como los demás. El *Lucida* siguió surcando serenamente las frías aguas.

Renio se dejó caer contra la puerta de la cabina nada más cerrarla. Notaba las axilas húmedas de sudor y maldijo entre dientes. No estaba acostumbrado a obligar a



nadie a obedecer a fuerza de faroles, y todavía no había recuperado el equilibrio y se sentía muy débil. Quería dormir, pero no podía hacerlo hasta haber completado sus ejercicios. Suspirando, sacó el *gladiu* y ejecutó los movimientos que le habían enseñado hacía medio siglo, cada vez más deprisa, hasta que la hoja golpeó el techo del reducido espacio y se clavó. Maldijo de rabia y los hombres que había cerca de su puerta le oyeron y se miraron unos a otros con los ojos muy abiertos.

Aquella noche, Marco se encontraba en la proa mirando las olas a la luz de la luna; estaba abatido. Los esfuerzos del día no le habían procurado nada, y el hecho de que hubiera tenido que ser Renio quien resolviera su fracaso le pesaba en el ánimo como el plomo.

Oyó unos murmullos a su espalda y, al girarse, vio unas siluetas que se acercaban desde los camarotes. Reconoció a Crixo, a Paro y al marinero de las altas jarcias cuyo nombre ignoraba. Se preparó para los golpes sabiendo que podría con todos, pero Crixo levantó un recipiente de cuero con un líquido oscuro. Sonreía ligeramente, no estaba muy seguro de que Marco no fuera a tirárselo de un manotazo.

—Toma. Te prometí un trago si arrancabas una concha, y cumplo mis promesas.

Marco aceptó la invitación; los tres hombres se relajaron visiblemente y se acercaron a apoyarse en el costado, a contemplar el agua negra que pasaba por debajo. Llevaban sendas copas y Crixo las llenó con un pellejo blando que gorgoteaba cuando se lo puso bajo el brazo.

Al llevarse la copa a la boca, Marco percibió el olor amargo de la bebida. Nunca había probado nada más fuerte que el vino y, al tomar un gran trago, se dio cuenta de que aquello le escocía en los labios y en las encías. Lo tragó en un acto reflejo, sólo por vaciarse la boca, e inmediatamente se atragantó al tiempo que le estallaba fuego en el pecho. No podía respirar y Paro le dio una palmada seca en la espalda inexpresivamente.

—¿Te sienta bien este brebaje? —preguntó Crixo riéndose.

—¿Te sienta bien, primer oficial? —replicó Marco sin dejar de escupir.

—Me caes bien, muchacho, de verdad —dijo Crixo al tiempo que se servía otra vez—. Claro que, ese amigo tuyo, Renio, ése sí que es un auténtico bellaco.

Todos asintieron y siguieron contemplando el mar y el cielo tranquilamente.

## XX

Marco contemplaba con sentimientos encontrados el bullicioso puerto que aparecía ante él. El *Lucida* maniobraba ágilmente entre las antiguas piedras que señalaban el final del mar abierto y las aguas tranquilas del puerto. Una hueste de embarcaciones los acompañaba, y tuvieron que permanecer en la bocana gran parte de la mañana, hasta que un abrumado práctico tomó un bote y los condujo al amarradero.

Al principio del viaje, el mes en el barco carecía de significado para Marco, pues se lo había tomado con el mismo interés que un paseo de una ciudad a otra. Solamente el destino le parecía importante. Sin embargo, al final, había aprendido el nombre de cada uno de los miembros de la reducida tripulación y se había granjeado la aceptación de todos, después de pasar una noche bebiendo en la proa. Ni siquiera la reincorporación del primer oficial de a bordo a las tareas ligeras malogró sus relaciones con los marineros. Por lo visto, el primer oficial no le guardaba rencor e incluso parecía sentirse orgulloso de él, como si el hecho de que los hombres lo hubieran aceptado fuera mérito suyo.

Peppis no había dejado de pasar las noches oculto en los rincones más insospechados de las cubiertas, pero había engordado un poco gracias a los alimentos que Marco le reservaba, y las palizas habían cesado a una señal invisible entre los hombres. El muchachito se mostraba ya mucho más animado y quizás algún día se convirtiera en marinero, como era su deseo.

Marco envidiaba al chico hasta cierto punto; disfrutaba de una forma de libertad. Esos hombres verían todos los puertos del mundo conocido, mientras que él marcharía por campos extranjeros bajo un sol de castigo llevando siempre a Roma consigo.

Respiró profundamente, cerró los ojos y trató de identificar los extraños olores de la brisa. Predominaban el jasmín y el aceite de oliva, pero también se percibía de nuevo el olor de una masa humana: sudor y excrementos.

Exhaló un suspiro y dio un respingo al notar una mano en el hombro.

—Será agradable volver a pisar tierra firme —dijo Renio, mirando con él hacia la ciudad portuaria—. Alquilaremos unos caballos e iremos hacia el este en busca de tu centuria, allí prestarás el juramento inicial de ingreso. —Marco asintió en silencio y Renio comprendió su estado de ánimo—. Los recuerdos son lo único permanente, muchacho. Todo lo demás cambia. Cuando vuelvas a ver Roma, apenas la reconocerás, y todas las personas a las que amas serán diferentes. Eso no hay quien lo cambie, es lo más natural del mundo. —Al ver que Marco no se animaba, continuó.

»Esta civilización ya era antigua cuando Roma era joven. Es un lugar extraño para los romanos, y debes cuidarte de sus ideales de vida fácil que estropean el carácter. De todos modos, hay tribus bárbaras que hacen incursiones a lo largo de las

fronteras de Iliria, es decir que acción no te faltará. Eso te interesa, ¿verdad? —Soltó una breve risotada—. Supongo que pensabas que todo sería instrucción y tomar el sol, ¿eh? Mario es un buen juez, muchacho. Te ha enviado a uno de los puestos más conflictivos del Imperio. Ni siquiera los griegos doblan la rodilla sin pensarlo largamente, y Alejandro nació en Macedonia. Es el lugar idóneo para endurecer el *gladiu* que llevas.

Juntos observaron la arribada del *Lucida* al amarradero y las maniobras de ataque. Poco después, el pequeño mercante quedaba fuertemente amarrado y Marco casi lamentó la repentina pérdida de libertad que suponía la nave. Epides salió a cubierta ataviado con una túnica tradicional griega que le llegaba a las rodillas. Sus joyas y el pelo, peinado con aceite, brillaban al sol. Vio a los dos pasajeros de pie en un costado, esperando el momento del desembarco, y se acercó a ellos.

—Tengo noticias graves, señores. Un ejército griego se ha sublevado en el norte y no hemos podido atracar en Dirraquio, como estaba previsto. Nos encontramos en Orico, a unas ciento sesenta millas al sur.

—¿Cómo? —replicó Renio, tenso—. Te pagamos para que nos desembarcaras en el norte, porque tenemos que reunimos con la legión del muchacho, yo...

—No ha sido posible, como he dicho —contestó el capitán sonriendo—. El mensaje de las banderas era claro cuando nos acercamos a Dirraquio. Por eso hemos costado en dirección sur. No podía poner en peligro el *Lucida* ante un ejército rebelde ebrio de victoria sobre las guarniciones romanas. Habría significado un gran riesgo para la nave.

Renio tomó a Epides por la túnica y lo levantó sobre las puntas de los pies.

—Maldito seas. Hay una montaña enorme entre este puerto y Macedonia, como sabes muy bien. Eso significa una semana más de viaje difícil para nosotros y un gran dispendio, ¡y tú eres el responsable!

—¡Quítame las manos de encima! —exclamó Epides forcejeando, morado de rabia—. ¿Cómo te atreves a abordarme en mi propia nave? Voy a llamar a la guardia del puerto y haré que te ahorquen, por arrogante...

Sin soltarlo, Renio fijó los ojos en un rubí que pendía de la gruesa cadena de oro que Epides llevaba alrededor del cuello. De un tirón brutal, rompió los eslabones y se la guardó en el bolsillo del cinturón. Epides empezó a tartamudear incoherencias con furor y Renio lo soltó propinándole un empujón; se volvió hacia Marco mientras el mercader caía de espaldas en la cubierta.

—Bien, vámonos. Al menos podremos sufragar los víveres del viaje con lo que nos den por esto.

Al ver que Marco volvía la cabeza atrás rápidamente, Renio dio media vuelta y desenvainó la espada en un solo movimiento. Epides, con el rostro contorsionado, arremetía contra él blandiendo una daga con piedras preciosas.

Renio se balanceó torpemente al recibir el asalto y le clavó el *gladius* en el pecho lampiño rajando hacia arriba. Recuperó la hoja y volvió a clavarla repetidas veces en la túnica con golpes rápidos, mientras Epides caía en la cubierta retorciéndose.

—Borracho de victoria contra las guarniciones romanas, ¿verdad? —masculló mientras intentaba envainar la espada—. Maldita vaina... no para quieta...

Marco miraba, atónito, la rápida muerte del patrón, y los miembros de la tripulación abrían la boca ante la súbita escena de violencia. Renio asintió en dirección a los marineros en el momento en que el *gladius* entró en su lugar.

—Colocad las rampas. Nos espera un largo viaje.

Una parte de la baranda se abrió y quedaron tendidas unas pasarelas de tablas que facilitaban el desembarco de la carga. Marco sacudió la cabeza en silencio, con incredulidad. Comprobó por última vez si tenía todas sus pertenencias y se palpó el costado recordando la pérdida de la daga, que había regalado al primer oficial la noche anterior. Sabía que era lo que debía hacer, y las sonrisas de los hombres, cuando éste se la enseñó a todos, le confirmaron que había tomado la decisión acertada. Pero en ese momento nadie sonreía, y la echó de menos.

Se cargó el equipaje al hombro y ayudó a Renio a cargarse el suyo.

—Veamos qué nos ofrece Grecia —dijo. Renio sonrió ante el repentino cambio de humor y dejó atrás el retorcido cuerpo de Epides sin dedicarle ni una mirada. Bajaron del *Lucida* y echaron a andar sin volver la vista atrás.

La pasarela se movía de forma alarmante al caminar y Marco se balanceó, inseguro, unos momentos, hasta que el hábito de años se restableció por fin.

—¡Esperad! —llamó una voz a sus espaldas. Dieron media vuelta y vieron a Peppis, que bajaba por la pasarela moviendo aparatosamente los brazos y las piernas. Les dio alcance sin aire en los pulmones y ellos aguardaron a que recuperase el resuello y hablase.

—Llévame contigo, señor —dijo mirando suplicante a Marco, el cual parpadeó sorprendido.

—Creía que de mayor querías ser marinero —dijo.

—Ya no. Quiero ser luchador, un legionario como Renio y tú —dijo Peppis, y las palabras se le desbordaban por la boca—. Quiero defender el Imperio de las hordas bárbaras.

—¿Le has contado algo al chico? —preguntó a Renio.

—Algunos episodios, sí. Muchos chicos sueñan con las legiones. Es un vida adecuada para un hombre —contestó Marco sin señal de bochorno.

—Te hace falta un criado, señor —insistió Peppis, al ver que Marco dudaba—, alguien que te lleve la espada y te cuide el caballo. Por favor, no me obligues a volver.

Marco se quitó el equipaje de los hombros y se lo pasó al chico; éste le miró con

agradecimiento.

—Está bien. Lleva esto. ¿Sabes cuidar caballos? —Peppis negó con un gesto de la cabeza, sonriendo todavía—. Entonces deberás empezar a aprender.

—Sí. Seré el mejor criado que hayas tenido jamás —contestó el chico, haciéndose cargo del equipaje con ambos brazos.

—Al menos el capitán no pondrá objeciones —dijo Marco.

—No. No me gustaba ese hombre —replicó Renio refunfuñando—. Pregunta a alguien dónde están los establos más próximos. Seguiremos el viaje antes de que anochezca.

Los establos, la posada de viajeros, la propia gente, a Marco todo le parecía una mezcla peculiar. Veía Roma en mil detalles pequeños, sobre todo en los adustos legionarios que recorrían las calles en parejas con aire pendenciero. Sin embargo, encontraba a cada paso algo nuevo y extraño. Una muchacha bonita que pasaba hablaba con sus guardianes en una especie de jerga suave que ellos parecían entender. Un templo que había cerca de los establos era de mármol puro, como los de Roma, pero las estatuas eran extrañas, se parecían a las que él conocía, aunque los rostros cincelados en piedra eran diferentes. Abundaban las barbas, perfumadas con aceites dulces y rizadas, pero lo más extraño que vio fue en los muros de un templo dedicado a la curación de enfermos.

Brazos y piernas de tamaño natural o menores, perfectos, de escayola o piedra, colgaban de unos ganchos en los muros exteriores. Una pierna infantil doblada por la rodilla compartía el espacio con una representación de una mano femenina, y al lado había un soldado en miniatura, de mármol rojizo, bellamente detallado.

—¿Qué es todo eso? —preguntó Marco a Renio al pasar.

—Una costumbre, nada más —replicó con un encogimiento de hombros—. Si la diosa te escucha, le regalas una reproducción de la parte del cuerpo que te haya curado. Supongo que así acude más gente al templo. No curan a nadie si no se entrega antes una pequeña cantidad de oro, de modo que las reproducciones son como carteles de un comercio. Esto no es Roma, muchacho. A la hora de la verdad, no son como nosotros.

—¿No te gustan?

—Respeto sus logros, pero viven de la gloria del pasado. Son un pueblo orgulloso, Marco, pero no lo suficiente como para sacudirse nuestro pie del cuello. Se complacen en tomarnos por bárbaros, y la nobleza finge que no existimos, pero ¿de qué sirven miles de años de arte si no puedes defenderte? Lo primero que el hombre tiene que aprender es a ser fuerte. Sin la fuerza, todo cuanto poseamos o hagamos puede sernos arrebatado de las manos. No lo olvides, muchacho.

Al menos los establos eran como los de cualquier parte. El olor produjo a Marco

un ataque repentino de añoranza, y se preguntó cómo le irían las cosas a Tubruk en la propiedad y qué tal se desenvolvería Cayo entre los peligros de la capital.

Renio dio unas palmadas a un semental robusto en el flanco. Le pasó la mano por las patas y comprobó el estado de la dentadura minuciosamente. Peppis lo observaba y lo imitó tocando patas y tendones con un gesto serio en el rostro.

—¿Cuánto pides por éste? —preguntó Renio al propietario, que estaba presente con dos escoltas. El hombre no olía a caballo en absoluto, sino que tenía un aspecto aseado e incluso atildado, con el cabello y la barba brillantes y oscuros, y sonreía.

—Es fuerte, ¿no? —replicó claramente en latín, aunque con acento extranjero—. Su padre fue campeón de carreras en Ponto, pero él es un poco corpulento para la velocidad, aunque más apto para la batalla.

Renio se encogió de hombros.

—Sólo quiero que me lleve al norte, al otro lado de las montañas. ¿Cuánto pides por él?

—Se llama *Apol*. Lo adquiriré cuando un hombre rico perdió su riqueza y se vio obligado a venderlo. Pagué por él una pequeña fortuna, pero entiendo de caballos y sé cuánto vale.

—Me gusta —dijo Peppis. Los hombres hicieron caso omiso del comentario del chico.

—Te pago cinco áureos por él y lo venderé cuando termine el viaje —dijo Renio firmemente.

—Vale veinte, y lo he alimentado todo el invierno —replicó el tratante.

—¡Por veinte puedo comprar una casa pequeña!

El tratante se encogió de hombros con una expresión contrita.

—Ahora ya no. Los precios han subido, hay guerra en el norte. Los mejores se los llevan a Mitriádes, un advenedizo que se proclama rey. *Apol* es uno de los últimos ejemplares de la mejor remesa.

—Diez; es la última oferta. Vamos a comprarte dos hoy, así que quiero el precio de dos.

—No discutamos. Permíteme que te enseñe uno de menor valía que os llevará al norte. Tengo otros dos que podría vender juntos, son hermanos y bastante veloces.

El hombre continuó recorriendo la fila de caballos y Marco se quedó mirando a *Apol* el cual lo miró a él con interés masticando un bocado de heno. Mientras la discusión se perdía en la distancia, le dio unas palmaditas en el suave hocico. *Apol* dejó de prestarle atención y volvió la cabeza en busca de otro bocado de heno hacia un saco de arpillera que colgaba de un clavo, en la pared del establo.

Al cabo de un rato, Renio volvió; parecía un poco pálido.

—Tenemos dos para mañana, *Apol* y otro llamado *Lancero*. Estoy seguro de que se inventa los nombres sobre la marcha. Peppis cabalgará contigo, pesa tan poco que

no creo que cause problemas. ¡Dioses, qué precios pide esta gente! Si tu tío no nos hubiera provisto con tanta generosidad, mañana tendríamos que ir andando.

—No es mi tío —le recordó Marco—. ¿Cuánto te han costado?

—No preguntes, y no pienses en comer mucho durante el viaje. Vamos, recogeremos los caballos mañana por la mañana. Esperemos que el precio del alojamiento no haya subido tanto, si no, tendremos que colarnos aquí otra vez cuando oscurezca.

Sin dejar de rezongar, Renio salió de los establos a grandes zancadas con Marco y Peppis a la zaga reprimiéndose una sonrisa.

## XXI

Marco cabalgaba cómodamente en el caballo inclinándose de vez en cuando hacia delante para rascarle las orejas mientras descendían por un sendero de la montaña. Peppis iba adormilado agarrado a su espalda, acunado por el suave ritmo del paso del animal. Marco pensó en despertarlo de un codazo para que contemplara el paisaje, pero decidió dejarlo en paz.

Daba la impresión de que se viera toda Grecia, desde la altura, extendida en el fondo sobre un paisaje ondulado, verde y amarillo, con olivares y granjas aisladas salpicadas por las colinas y los valles. El aire limpio, impregnado de aromas de flores desconocidas, olía diferente que en la casa de campo.

Marco se acordó del discreto Vepax, el tutor, y se preguntó si habría recorrido esos montes. Quizás el propio Alejandro hubiera cruzado con sus ejércitos hasta las llanuras, cuando se dirigía a la guerra en la lejana Persia. Se imaginó a los aguerridos arqueros cretenses y a las falanges macedonias siguiendo al rey niño y enderezó la espalda sobre la silla.

Renio abría la marcha sin dejar de repasar el angosto sendero y los matorrales de alrededor con la mirada, en actitud de monótona alerta. A lo largo de la semana anterior al viaje, había ido encerrándose en sí mismo más y más, pasaban días enteros sin que mediaran entre ellos más que unas pocas palabras. Únicamente Peppis rompía los largos silencios con exclamaciones de asombro cuando veía pájaros o lagartijas en las piedras. Marco no forzó la conversación, pues sabía que el gladiador prefería el silencio. Sonrió irónicamente a espaldas del viejo guerrero sin dejar de cabalgar, pensando en los sentimientos que le inspiraba.

Una vez lo había odiado, aquel día en el patio de la casa de campo, cuando Cayo yacía herido en el polvo. Sin embargo, un respeto hurraño había prevalecido antes incluso de que Marco levantara la espada contra él. Renio poseía una solidez que hacía parecer insustancial a cualquiera que se situara a su lado. Podía ser brutal y tenía una gran capacidad para la violencia cruel; el dolor y el temor le eran ajenos. Otros le obedecían sin un solo resquicio de duda, como si supieran que eran transparentes para él. Marco lo había visto en la casa de campo y en el barco, y le resultaba difícil no sentir admiración y respeto por aquel hombre, como los demás. Ni la edad lo doblegaba. Se acordó del momento en que Cabera le había cerrado las heridas y de la sorprendente curación que contemplaron. Los dos se habían quedado atónitos observando el retorno de la vida a aquel cuerpo destrozado y el del color a la tez, al recibir un súbito afluir de la sangre.

—Su camino es más importante que el de la mayoría —le había dicho Cabera después, cuando Renio descansaba en un lecho fresco para completar su curación—. Sus pies pisan la tierra con más fuerza.



A Marco le sorprendió el tono de Cabera, que trataba de hacerle entender la importancia de lo que había presenciado.

—Jamás había visto a la muerte levantar la mano que ya ha posado sobre un hombre como lo ha hecho con Renio. Los dioses me susurraban en la mente cuando le impuse las manos.

El sendero se retorció y aflojaron un poco el paso de los caballos para que escogieran solos el camino por las resquebrajadas piedras del suelo, por no arriesgarse a que sufrieran un esguince o una caída en la inclinada pendiente.

«¿Qué te reserva el futuro? —se preguntó Marco en el cómodo silencio—. Padre».

La palabra acudió espontáneamente a su cabeza; se dio cuenta de que hacía un tiempo que le rondaba la idea. Nunca había conocido a un hombre al que llamar padre y, al ahondar en los sentimientos sin sentir dolor, el término abrió una puerta cerrada de su mente. Renio y él no tenían la misma sangre, pero habría sido su deseo viajar por esas tierras con su padre, protegiéndose el uno al otro de los peligros. Era una ensoñación grandiosa y se imaginó la cara que pondrían los hombres al saber que él era el hijo de Renio. Lo mirarían con cierto respeto, quizás, y él se limitaría a sonreír.

Renio ventoseó con fuerza cambiando el peso del cuerpo a la izquierda sin mirar atrás. Marco se rió, de repente, por la forma en que sus pensamientos se vieron interrumpidos, y siguió riéndose entre dientes de vez en cuando durante un rato. El gladiador seguía adelante pensando en el descenso y en su futuro, después de haber entregado a Marco a su legión.

Al acercarse a un estrechamiento del sendero, unos grandes peñascos se levantaron a ambos lados; parecía que el angosto paso hubiera sido cortado entre ellos. Renio se llevó la mano a la espada y la soltó.

—Nos están vigilando. Prepárate —dijo en voz baja, volviéndose hacia atrás.

Apenas había terminado de hablar cuando una silueta oscura se destacó entre los matorrales cercanos.

—Deteneos.

La orden fue dada con aplomo y despreocupación, en buen latín y claramente, pero Renio hizo caso omiso. Marco desenvainó la espada parcialmente y mantuvo el caballo al paso presionando con las rodillas. Por la súbita tensión de los brazos de Peppis alrededor de la cintura, supo que el chico estaba despierto y atento, pero en silencio, excepcionalmente.

El hombre parecía griego, con la distintiva barba rizada, pero al contrario que los mercaderes que habían visto en la ciudad, tenía aspecto de guerrero. Sonrió y habló de nuevo.

—Deteneos o moriréis. Último aviso.

—Renio —musitó Marco, nervioso. El viejo frunció el ceño pero siguió avanzando, hundiendo los talones en los costados de *Apol* para que se pusiera al trote.

Una flecha cruzó el aire y se clavó en la parte superior del hombro del caballo con un chasquido seco. *Apol* se quejó y cayó arrojando a Renio al suelo con estrépito de metal y maldiciones. Peppis gritó de miedo y Marco frenó a su montura escrutando los matorrales en busca del arquero. ¿Habría sólo uno o serían más? Probablemente eran bandoleros; se considerarían afortunados de escapar con vida si se rendían dócilmente.

Renio se puso de pie con dificultad y tiró de la espada. Le brillaban los ojos. Dirigió a Marco un gesto de asentimiento y el joven desmontó de modo que el caballo lo tapara de la vista del arquero oculto. Sacó el cuchillo de desollar pensando en la equilibrada daga que había dejado en el *Lucida*. Peppis se apeó apuradamente y trató de esconderse detrás de una pata murmurando inquieto para sí.

El desconocido habló una vez más en tono cordial.

—No hagáis tonterías. Mis compañeros son arqueros excelentes. Aquí, en las montañas, la única forma de ocupar el tiempo es practicando, practicando y aliviando a los pocos viajeros de sus pertenencias.

—Creo que sólo hay un arquero —farfulló Renio, de puntillas, sin dejar de vigilar los matorrales. Sabía que el hombre no se habría quedado en el mismo sitio y tal vez, mientras hablaba, estuviera arrastrándose sigilosamente hacia una posición de tiro más favorable.

—Queréis jugaros la vida, ¿no?

Renio y Marco cruzaron una mirada y Peppis se aferró a la pata de *Lancer* con tal fuerza que el caballo resopló de disgusto.

El forajido vestía sencilla y aseadamente. Tenía un aspecto muy semejante al de los cazadores que Marco había conocido en la casa de campo, con la piel profundamente curtida por la exposición constante al sol y al viento. No parecía un hombre dado a las amenazas vanas y el muchacho gruñó para sus adentros. En el mejor de los casos, llegarían a la legión sin equipo ni pertrechos, un comienzo que quizá no llegase a superar jamás; en el peor, sólo unos momentos lo separaban de la muerte.

—Pareces inteligente —prosiguió el hombre—. Si bajo la mano, morirás al instante. Deja la espada en el suelo y vivirás unos momentos más, a lo mejor alcanzas la vejez, ¿sí?

—He sido viejo. No vale la pena —replicó Renio empezando a moverse ya.

El *gladiu* salió disparado hacia el hombre describiendo círculos en el aire. Antes de que el arma llegara a su destino, Renio se escondió de un salto entre las sombras del peñasco de al lado. Una flecha cortó el aire donde acababa de estar, pero no le siguió ninguna más. Un solo arquero.

Marco aprovechó el momento para agacharse bajo el vientre del caballo, pasar por detrás de Peppis y salir corriendo monte arriba, confiando en la velocidad para mantener el equilibrio. Superó la cresta principal sin perder velocidad y aceleró en dirección a donde suponía que se ocultaba el arquero. Cuando se acercaba, un hombre salió del cobijo de una arboleda de higueras que había a la derecha y a punto estuvo de resbalar al virar para seguirlo.

Lo alcanzó en veinte pasos a lo largo de la insegura superficie pedregosa y lo abatió saltando sobre él desde atrás. Con el impacto, perdió la espada y se encontró en combate cerrado con un oponente superior a él en fuerza y envergadura. El arquero forcejeó violentamente contra el abrazo de Marco, hasta que cada cual aferró al contrario por la garganta. Marco se asustó. El hombre estaba congestionado, pero tenía el cuello de madera y no lograba estrujarle los sólidos músculos con las manos.

Habría llamado a Renio, pero no habría podido escalar la cresta con un solo brazo y, de todos modos, tampoco podía tomar aire, con las zarpas del arquero aprisionándole la garganta. Entonces le clavó los dedos en la tráquea y presionó con todo su peso hacia abajo. El hombre soltó un gruñido de dolor, pero las manazas peludas apretaron aún más y Marco empezó a ver destellos de luz blanca, mientras su cuerpo pedía aire a gritos. Tuvo la sensación de que perdía fuerza en las manos, y se desesperó unos instantes. Soltó la mano derecha de la garganta del arquero casi sin proponérselo y empezó a golpear el rostro que gruñía. Los destellos blancos se motearon de luces negras y empezó a perder visión en una especie de túnel oscuro, pero no dejó de golpear una y otra vez. El rostro que martilleaba era un amasijo rojo, pero las manos que le apresaban la garganta no tenían piedad.

De pronto, la tenaza que lo asía lo soltó sin aspavientos y las manos cayeron inertes al suelo. Marco tomó aire entre sollozos y se apartó a un lado rodando por el suelo. El corazón le latía a una velocidad increíble y notaba la cabeza muy ligera, como si flotara. Se incorporó sobre las rodillas y, sin fuerzas, palpó el suelo en círculos cada vez más amplios buscando el pomo de la espada.

Por fin topó con el asidero de cuero y musitó una silenciosa oración de agradecimiento. Oía a Renio y a Peppis, que le llamaban desde abajo, pero no tenía resuello para contestar. A trompicones, retrocedió unos pasos hacia el hombre y se quedó helado al ver los ojos abiertos que lo miraban y el poderoso pecho que jadeaba como el suyo propio.

Unas palabras roncadas salieron por los labios machacados del hombre, pero eran griegas y Marco no las entendió. Jadeando todavía, le clavó la afilada punta del *gladius* en el pecho hundiéndosela con fuerza. Entonces, soltó el arma, se derrumbó exhausto en el suelo y se giró exhausto para vaciar el estómago en la tierra.

Cuando volvió entumecido al sendero, Peppis había recuperado la espada de Renio y el gladiador aplicaba un trozo de tela a *Apol* en la herida del hombro. El gran

corcel temblaba visiblemente del susto, pero estaba en pie y atento. Peppis tuvo que sujetar a *Lancer* por las riendas, porque el noble bruto pifaba y resbalaba de temor, con los ollares muy abiertos y los ojos desorbitados de miedo por el olor a sangre.

—¿Estás bien, muchacho? —preguntó Renio.

Marco asintió en silencio, incapaz de hablar. Notaba la garganta aplastada y el aire silbaba a cada respiración. Se la señaló y Renio le indicó que se acercara para mirársela de cerca. Hizo el gesto lentamente, para no alarmar a los caballos.

—No quedarán señales —dijo un momento después—. Unas manos grandes, a juzgar por las huellas.

Marco asintió débilmente. Esperaba que Renio no percibiera el amargo olor a vómito que parecía rodearle como una nube, pero supuso que lo habría notado y había preferido no hacer comentarios.

—Han cometido un error al atacarnos —observó Peppis con carita seria.

—Sí, es cierto, chico, aunque también han tenido suerte —contestó Renio. Asintió mirando a Marco—. No intentes hablar, ayuda al chico a atar el equipo al caballo. *Apol* estará cojo una o dos semanas. Montaremos al otro por turnos, a menos que esos bandidos tengan monturas por las cercanías.

*Lancer* relinchó y un resoplido le respondió desde el pie de las montañas. Renio sonrió.

—La suerte nos mima otra vez —dijo animado—. ¿Cacheaste el cadáver?

Marco negó con la cabeza y Renio se encogió de hombros.

—No vale la pena volver a trepar. No creo que tengan gran cosa, y el arco no sirve de nada a un hombre con un solo brazo. Reanudemos la marcha. Si mantenemos el paso vivo, estaremos abajo al anochecer.

Marco asintió de nuevo y empezó a quitar paquetes a *Apol* al tiempo que lo sujetaba por las riendas. Renio le palmeó el hombro y dio media vuelta. La acción valía mucho más que las palabras.

Tras un mes de días largos y noches frías, se alegraron de ver el campamento de la legión en la llanura desde una gran distancia. A pesar de la lejanía, se oían algunos sonidos. Parecía una ciudad en el horizonte, de ocho mil hombres, mujeres y niños entregados a las sencillas tareas cotidianas necesarias para mantener semejante contingente de hombres en el campo. Marco trató de imaginarse las armerías y herrerías, que se montaban y desmontaban en cada campamento. Habría cocinas, edificios de intendencia, albañiles y picapedreros, carpinteros, curtidores, esclavos, prostitutas y miles de civiles que vivirían para sustentar a la poderosa Roma en la batalla y cobrarían por ello. Al contrario que las filas de tiendas de la legión de Mario, éste era un campamento fijo, con una sólida muralla y fortificaciones que rodeaban el asentamiento principal. En cierto modo, era una verdadera ciudad, aunque constantemente preparada para la guerra.

Renio se detuvo y Marco se situó a su lado a lomos de *Lancer* tirando de las riendas para frenar al tercer caballo que tenían, al que llamaban *Bandid* en honor a su dueño anterior. Peppis iba montado incómodamente sobre la manta de la silla, a lomos del animal, admirando con la boca abierta el campamento de la legión. El respeto y el temor del chico hicieron sonreír a Renio.

—Ahí está, Marco. Ahí se encuentra tu nuevo hogar. ¿Tienes a mano los documentos que te dio Mario?

Marco respondió palpándose el pecho, tocando el bulto doblado de pergamino que llevaba bajo la túnica.

—¿Entras conmigo? —preguntó. Era lo que esperaba. Renio formaba parte de su vida desde hacía tanto tiempo que la idea de ver marcharse a ese hombre, mientras él continuaba solo hasta las puertas, le resultaba dolorosa de expresar.

—Os acompaño a Peppis y a ti hasta el *Praefectus Castroru* el intendente. Él te dirá en qué centuria vas a ingresar. Apréndete la historia cuanto antes, cada centuria tiene su propia trayectoria y su orgullo.

—¿Algún otro consejo?

—Obedece todas las órdenes sin chistar. Por ahora, luchas como uno solo, igual que los salvajes de las tribus. Aprenderás a confiar en tus compañeros y a luchar en equipo, como una unidad, pero eso a algunos les cuesta mucho aprenderlo. —Se dirigió a Peppis—. Para ti, la vida será difícil. Haz lo que te digan y, cuando crezcas, te admitirán en la legión. No hagas nada que te avergüence. ¿Has entendido?

Peppis asintió sin palabras, tenía la garganta seca, de miedo ante una vida extraña.

—Yo aprenderé, y él también —dijo Marco.

Renio asintió y chasqueó la lengua para que el caballo se pusiera en marcha.

—Por descontado que aprenderéis.

El trazado ordenado y la limpieza de las calles, junto con las filas de edificios alargados y bajos para las tropas, produjo una satisfacción inclasificable a Marco. Renio y él recibieron una acogida cálida en las puertas tan pronto como mostraron los documentos, y continuaron a pie hacia la Prefectura, donde Marco se comprometería a servir a Roma en el campo de batalla durante muchos años. Le dio confianza el aplomo con que Renio caminaba por las calles estrechas, aprobando con satisfacción la perfección y el orden de los soldados que desfilaban en escuadras de diez. Peppis correteaba detrás de ellos cargado con el pesado equipaje a la espalda.

Tuvieron que enseñar los documentos dos veces más en el trayecto hasta el pequeño edificio blanco desde donde el prefecto del campamento se ocupaba de los asuntos del asentamiento romano en tierra extranjera. Finalmente les franquearon la entrada, y un hombre delgado de toga blanca y sandalias salió a las estancias exteriores a recibirlos cuando traspasaron la puerta.

—¡Renio! Me dijeron que habías llegado al campamento. Ya se ha corrido la voz

de que has perdido un brazo. ¡Dioses, cuánto me alegro de verte! —Les dedicó una sonrisa espléndida, era la imagen perfecta de la eficiencia romana, bronceada y acerada, y saludó a cada uno con un fuerte apretón de manos.

Renio también sonreía con verdadera cordialidad.

—Mario no me dijo que estabas aquí, Carac. Yo también me alegro de verte.

—¡No has envejecido, lo juro! ¡Dioses, no pareces un día mayor de cuarenta! ¿Cómo lo haces?

—Vida limpia —farfulló Renio, incómodo todavía con el cambio que Cabera había obrado en él. El prefecto levantó una ceja incrédulamente, pero no habló más del tema.

—¿Y el brazo?

—Un accidente durante la instrucción. Este muchacho, Marco, me hirió, y tuvieron que amputármelo.

El prefecto lanzó un silbido y volvió a apretar la mano a Marco.

—Jamás pensé que llegara a conocer a un hombre capaz de hacer mella en Renio. ¿Puedo ver los documentos que traes?

Marco asintió y, de repente, se puso nervioso. Entregó los documentos y el prefecto les señaló unos bancos largos, mientras leía. Finalmente, asintió.

—Vienes muy bien recomendado, Marco. ¿Quién es ese chico?

—Iba en el mercante que tomamos en la costa. Quiere ser mi criado y entrar en la legión cuando sea mayor. —El prefecto asintió.

—Hay muchos como él en el campamento, casi todos hijos bastardos de los soldados y las prostitutas. Si logra ponerse en forma, es posible que encuentre sitio, pero la competencia es feroz. Tú me interesas más, joven. —Entonces, se dirigió a Renio—. Háblame de él. Me fío de tu opinión.

—Marco es extraordinariamente veloz —dijo Renio con voz firme, como si se tratara de un informe—, sobre todo cuando le hierve la sangre. A medida que madure, espero que su nombre se haga famoso. Es impetuoso y excesivamente desenvuelto, y le gusta la lucha, en parte por su forma de ser y en parte por la edad. Servirá bien a la Cuarta Macedonia. Yo le he dado la instrucción básica, pero la ha superado y aún la superará más.

—Me recuerda a tu hijo. ¿Te has dado cuenta del parecido? —preguntó el prefecto en voz baja.

—No se... No se me había ocurrido —replicó Renio, incómodo.

—Lo dudo. De todos modos, siempre nos hacen falta hombres de calidad y éste es un buen sitio para que madure. Lo destino a la quinta centuria, la Puño de Bronce.

Renio contuvo la respiración bruscamente.

—Es un honor para mí.

El prefecto movió la cabeza quitándole importancia.

—Me salvaste la vida en una ocasión. Lamento no haber podido salvársela yo a tu hijo. No es más que una pequeña parte de la deuda que tengo contigo.

Se dieron la mano una vez más. Marco los observaba sin comprender.

—¿Y qué hay de ti, amigo mío? ¿Piensas volver a Roma a gastarte el oro?

—Esperaba que hubiera un sitio para mí, aquí —replicó en voz baja.

—Empezaba a pensar que no me lo preguntarías —contestó el prefecto con una sonrisa—. Falta un maestro de armas para instruir a los de la Puño. El viejo Belio murió de fiebres hace seis meses y no tengo con quién sustituirle. ¿Aceptarías el puesto?

—Sí, Carac —respondió Renio sonriendo de repente—. Gracias.

El prefecto le dio una palmada en la espalda, visiblemente satisfecho.

—Sed bienvenidos a la Cuarta Macedonia, señores. —Hizo una señal a un legionario que se mantenía firme no lejos de ellos—. Conduce a este joven a su nuevo alojamiento en la centuria Puño de Bronce. Manda al chico a los establos hasta que le asigne sus obligaciones con los otros chicos del campamento. Renio y yo tenemos que ponernos al día de muchas cosas... y tenemos mucho que beber mientras tanto.

## XXII

Alexandria estaba sentada en silencio, limpiando la mugre de una antigua espada en la pequeña armería de Mario. Se alegraba de que el cónsul hubiera recuperado su casa. Le habían contado que el propietario se había apresurado a regalársela al nuevo señor de Roma. Eso era mejor que verse obligada a vivir con los rudos soldados en los barracones de la ciudad... algo que, en el mejor de los casos, habría sido dificultoso. Bien sabían los dioses que no temía a los hombres, algunos de sus primeros recuerdos eran de hombres con su madre en la habitación de al lado. Entraban apestando a cerveza y a vino barato y salían con arrogancia. Al parecer, nunca duraban mucho. En una ocasión, uno de ellos trató de tocarla a ella y, entonces, vio a su madre enfadada de verdad por primera vez en su corta vida. Le partió el cráneo con un badil y, entre las dos, lo llevaron a rastras hasta un callejón, donde lo abandonaron. Su madre pasó varios días esperando que, en cualquier momento, la puerta se abriera de golpe y entraran para llevársela a la horca, pero no fue así.

Exhaló un suspiro sin dejar de rascar las capas de grasa incrustadas en la hoja de bronce, reliquias de antiguas campañas. Al principio, Roma le había parecido una ciudad de posibilidades ilimitadas, pero Mario había tomado el control hacía ya tres meses y ahí estaba ella, trabajando aún toda la jornada a cambio de nada, y un poco más vieja cada día. Otros hacían cambiar el mundo, sin embargo, su vida seguía siendo la misma. Únicamente por la noche, cuando se sentaba con el viejo Bant en su pequeño taller de orfebrería, creía estar progresando algo en la vida. El viejo la había enseñado a utilizar las herramientas y le había guiado las manos en los primeros movimientos torpes. No hablaba mucho, pero parecía disfrutar de su compañía, y a ella le gustaban tanto su silencio como sus bondadosos ojos azules. La primera vez que lo vio, el anciano daba forma a un broche en su taller, y en ese mismo momento supo que ella podía hacer ese trabajo. Era un oficio que valía la pena aprender, a pesar de ser esclava.

Frotó con más vigor. ¡No valer más que un caballo o que una buena espada, para un hombre! ¡Eso era injusto!

—¡Alexandria! —Quien la llamaba así era Carla. Por un instante, le tentó no responder, pero esa mujer tenía una lengua como un látigo, y la mayoría de las esclavas temían su desaprobación.

—Estoy aquí —dijo; dejó la espada en el suelo y se limpió las manos con el trapo. Habría otra tarea para ella, unas pocas horas más de trabajo, antes de irse a dormir.

—Aquí estás, cielo. Necesito que alguien vaya al mercado; ¿te importaría ir tú?

—¡Ahora mismo! —Alexandria se levantó inmediatamente. Durante los meses anteriores, había empezado a desear que le encargaran esos pocos recados esporádicos. Eran las únicas oportunidades de salir de la casa de Mario, y las últimas



veces le habían permitido ir sola. Al fin y al cabo, ¿adónde iba a huir?

—Tengo una lista de cosas que hay que comprar para la casa, y me parece que siempre consigues buenos precios —dijo Carla al tiempo que le daba una pizarra.

Alexandria asintió. Le gustaba regatear con los mercaderes, le hacía sentirse libre. La primera vez no fue sola, pero a pesar del testigo, a Carla le impresionó mucho la cantidad de dinero que la muchacha había ahorrado a la casa. Los mercaderes llevaban años sobrecargando el precio de las mercancías, sabiendo que Mario tenía los bolsillos grandes. La mujer mayor se percató de que la muchacha tenía facilidad para los tratos y la mandaba a la calle tanto como le era posible, también porque comprendía su necesidad de pequeñas dosis de libertad. Había personas que jamás se acostumbraban a la condición de esclavas y, poco a poco, se entristecían e incluso se desesperaban. A Carla le complacía ver cómo se le alegraba la cara a Alexandria sólo de pensar en una escapada a la calle.

Suponía que la muchacha sisaría una o dos monedas pequeñas de las sumas que se le confiaban, pero ¿qué importancia tenía eso? Les ahorraba muchas de plata, de modo que si se quedaba con una de bronce de vez en cuando, ella no se lo recriminaría.

—Anda, vete ya. Quiero que estés de vuelta lo antes posible, aunque quizá tengas tiempo también de pasear un poco, ¿entendido?

—Sí, Carla. Sólo un poco. Gracias.

La mujer mayor le sonrió y recordó sus tiempos juveniles, cuando el mundo le parecía un lugar emocionante. Estaba al corriente de las visitas de Alexandria al taller de Bant, el orfebre. Por lo visto, el viejo apreciaba a la muchacha. Pocas cosas sucedían en la casa de las que Carla no se enterase tarde o temprano, y sabía que Alexandria tenía en su cuarto un pequeño medallón de bronce en el que había tallado una cabeza de león con sus propias manos y con las herramientas de Bant. Era un bonito adorno.

Mientras observaba la desaparición de su esbelta silueta al volver una esquina, Carla se preguntó si se trataría de un regalo para Cayo. Según Bant, la muchacha tenía talento para el oficio. Sí, quizá porque lo hacía por amor.

El mercado era una profusión de olores y gente en movimiento, pero, por una vez, Alexandria no perdió el tiempo con la lista de la compra. Adquirió todo rápidamente a buen precio, aunque cortando la discusión antes de ajustarlo hasta el final. Parecía que a los mercaderes les gustaba regatear con la bonita muchacha y alzaban los brazos en el aire llamando a testigos, para que presenciaran lo que la joven se atrevía a pedir. Entonces ella les sonreía y su sonrisa hacía que algunos bajaran el precio más de lo que podían creer una vez la joven se había marchado. En cualquier caso, siempre más de lo que podían creer sus esposas.

Con los paquetes bien guardados en dos bolsas de tela, Alexandria se apresuró hacia su verdadero destino, una joyería diminuta del final de los puestos. Había entrado muchas veces a mirar las obras del orfebre. La mayoría de los objetos eran de bronce o peltre. La plata se trabajaba poco en joyería, y el oro era muy caro, a menos que se tratara de encargos específicos. El orfebre era un hombre de baja estatura, vestido con una túnica basta y un grueso mandil de cuero. Cuando Alexandria entró en el taller, la miró y dejó de trabajar en un pequeño anillo de oro para observarla. Tabbic era desconfiado y Alexandria notó su mirada fija en ella mientras ojeaba los objetos.

Por fin, reunió el valor suficiente como para dirigirse a él.

—¿Compra usted objetos? —le preguntó.

—Algunas veces —le respondió—. ¿Qué tienes?

Le enseñó el medallón de bronce que llevaba en el interior de la túnica; el hombre lo tomó de su mano y miró la talla alzando la pieza a la luz. La sostuvo un largo rato, pero la joven no se atrevía a decir nada por temor a irritarle. El hombre siguió sin pronunciar palabra, sólo daba vueltas al medallón en la mano examinando hasta la última señal del metal.

—¿De dónde lo has sacado? —le preguntó al cabo.

—Lo hice yo. ¿Conoces a Bant? —El hombre asintió lentamente—. Me ha enseñado a trabajar el metal.

—Es rudimentario, pero puedo venderlo. El trabajo es torpe, pero el dibujo es muy bueno. La cara del león está muy bien tallada, sólo te falta práctica con el martillo y el punzón. —Le dio otra vuelta más—. Y ahora, dime la verdad, ¿entiendes? ¿De dónde sacaste el bronce para hacerlo?

Alexandria lo miró inquieta, pero el hombre le sostuvo la mirada sin parpadear, aunque sus ojos parecían bondadosos. Rápidamente, le habló de sus regateos en el mercado y confesó que se había quedado con algunas monedas de muy poco valor pertenecientes a la casa, las suficientes para pagar el disco metálico en bruto en un puesto de baratijas.

—En ese caso —dijo Tabbic sacudiendo la cabeza— no puedo aceptarlo. No tienes derecho a venderlo porque no es tuyo. Las monedas eran de Mario, de modo que el bronce también le pertenece. Debes dárselo a él.

Alexandria notó que se le iban a escapar las lágrimas. Había empleado tanto tiempo en el pequeño medallón, y ahora todo el esfuerzo no valdría para nada. Lo miraba como hipnotizada mientras él le daba vueltas en la mano. Entonces, se lo puso en las manos a ella y dio media vuelta.

Abatida, se guardó el medallón nuevamente.

—Lo siento —dijo ella.

—Me llamo Tabbic —replicó el hombre volviéndose a ella de nuevo—. No me

conoces, pero tengo fama de honrado, y de orgulloso a veces. —Le enseñó otro disco metálico, de un color gris plateado.

»Esto es peltre. Es más blando que el bronce y comprobarás que es más fácil de trabajar. Se pule bien y no pierde tanto el color, sólo se vuelve mate. Tómalo; me lo devuelves cuando hayas hecho algo con él. Le colocaré un broche y se lo venderé a un legionario para cerrarse el manto. Si es tan bueno como el de bronce, podría pedir una moneda de plata por él. Recuperaré el precio del peltre y el del broche y tú te quedarás con seis o siete cuadrantes. Es una transacción económica, ¿entendido?

—¿Y tú qué ganas en ello? —preguntó Alexandria, con los ojos como platos, por el cambio súbito de fortuna.

—Nada, en lo primero que hagas. Sólo invierto un poco en la habilidad que creo que tienes. Da recuerdos a Bant de mi parte la próxima vez que lo veas.

Alexandria guardó el disco de peltre y otra vez se sintió al borde de las lágrimas. No estaba acostumbrada a las muestras de bondad.

—Gracias. Ofreceré el de bronce a Mario.

—No dejes de hacerlo, Alexandria.

—¡Oh!... ¿Cómo sabes mi nombre?

Tabbic volvió a tomar el anillo en el que estaba trabajando cuando ella llegó.

—Bant no habla de otra cosa, cuando nos vemos.

Alexandria tuvo que correr para cumplir con el trato que había hecho con Carla, pero tenía los pies ligeros y ganas de cantar. Haría algo precioso con el disco de peltre, y Tabbic lo vendería por más de una moneda de plata, y le pediría más hasta que sus trabajos se vendieran por monedas de oro, y un día, tendría lo suficiente como para comprar su libertad. La libertad. Era un sueño vertiginoso.

Al entrar en casa de Mario, el perfume de los jardines le llenó los pulmones y tuvo que detenerse un momento, sólo para respirar el aire de la tarde. Carla apareció y le recogió las bolsas y las monedas, y asintió al ver lo que había ahorrado, como siempre. Si la mujer percibió que Alexandria estaba distinta, no lo comentó, pero se fue con una sonrisa a llevar las compras a las frescas despensas del sótano, donde no se estropearían tan rápidamente.

A solas con sus pensamientos, Alexandria no vio a Cayo al principio, pues no le esperaba. El muchacho pasaba la mayor parte de los días cumpliendo el riguroso horario de su tío, y sólo volvía a casa a horas raras, para comer y dormir. Los guardianes de la puerta le dejaban entrar sin comentarios, estaban acostumbrados a sus idas y venidas. Se sobresaltó al ver a Alexandria en los jardines y se quedó quieto un momento, complaciéndose simplemente en observarla. El atardecer avanzaba con lentitud estival, cuando el aire es suave y la luz adquiere una pincelada gris de larga duración, antes de desaparecer.

Alexandria se giró al notar su proximidad, y sonrió.

—Pareces contenta —le dijo, sonriendo a su vez.

—Es que lo estoy —replicó ella.

No la había besado desde el día en que lo hiciera en los establos, en la casa de campo, pero le pareció que por fin había llegado la ocasión, el momento oportuno. Marco se había marchado y la ciudad y la casa parecían vacías.

Agachó la cabeza y el corazón le latió dolorosamente, una sensación semejante al temor.

Notó su aliento cálido antes de que sus labios se rozaran, y después lo saboreó y la envolvió en un abrazo natural, pues parecía que encajaran el uno en el otro sin esfuerzo ni propósito.

—No sabría decirte cuántas veces pienso en esto —murmuró Cayo.

Lo miró a los ojos, supo que tenía un regalo para él y descubrió que deseaba dárselo.

—Ven a mi habitación —le susurró al tiempo que lo tomaba de la mano. Él la siguió como en un sueño por los jardines hasta su habitación.

»Ya era hora —musitó Alexandria.

Al principio, a Cayo le preocupaba su torpeza, o lo que sería peor, su posible rapidez, pero Alexandria le guió los movimientos y notaba sus manos frescas sobre la piel. La muchacha tomó un frasco de aceite aromático de un repisa, y Cayo se quedó mirándola mientras ella vertía unas gotas perezosas en las palmas de las manos. El intenso aroma le llenó los pulmones cuando ella se sentó a horcajadas sobre él y empezó a aplicárselo frotándole suavemente el pecho y el vientre, lo cual le dejaba sin respiración. Cayo se untó las manos en su propia piel y le acarició los senos recordando la primera vez que había entrevisto las suaves curvas en el patio de la casa de campo, hacía ya tanto tiempo. Acercó la boca a uno de sus pechos suavemente, y después al otro, probando la piel y moviendo los labios sobre los pezones ungidos. Ella abrió la boca levemente y cerró los ojos al contacto de sus manos. Después se inclinó a besarlos y su pelo suelto los envolvió a los dos.

Mientras la noche caía, se unieron con apremio, y después otra vez juguetonamente, con deleite. Sin velas, había poca luz en la habitación, pero a Alexandria le brillaban los ojos y su piel parecía de oro, moviéndose debajo de él.

Cayo se despertó antes de la aurora y se encontró con la mirada de Alexandria fija en su rostro.

—Es la primera vez que lo hago —le dijo en voz baja. Algo le decía que no hiciera la pregunta, pero necesitaba saberlo—. ¿Tú también?

Alexandria sonrió, pero fue una sonrisa triste.

—Ojalá lo hubiera sido —contestó—, de verdad.

—¿Lo hiciste... con Marco?

Abrió los ojos un poco más de lo normal. ¿De verdad sería tan inocente que no se daba cuenta del insulto?

—Lo habría hecho, claro —replicó con aspereza—, pero no me lo pidió.

—Lo siento —dijo él sonrojándose—. No pretendía...

—¿Te dijo que lo habíamos hecho? —preguntó Alexandria.

—Sí —contestó Cayo con una expresión seria—, supongo que no fue más que un alarde.

—¡Dioses! La próxima vez que lo vea le clavo una daga en los ojos —exclamó Alexandria iracunda, recogiendo al mismo tiempo su ropa para vestirse. Cayo asintió con gravedad, procurando no sonreír al pensar en lo que sucedería cuando Marco regresara sin saber nada.

Se vistieron deprisa, ninguno de los dos quería que los curiosos vieran salir a Cayo de la habitación de Alexandria antes del amanecer. Lo acompañó fuera del ala de los esclavos y se sentaron juntos en el jardín, acariciados por una suave brisa nocturna que soplaba silenciosamente.

—¿Cuándo podemos volver a vernos? —preguntó Cayo en voz baja. Ella desvió la mirada; él pensó que no quería contestarle y sintió miedo.

—Cayo... Me ha gustado mucho cada momento de esta noche; tu tacto, tu roce, tu sabor. Pero te casarás con una hija de Roma. ¿Sabías que no soy romana? Mi madre era cartaginesa, la apresaron de pequeña y la esclavizaron, y después la convirtieron en prostituta. Yo nací tarde, no tenía que haberme tenido tan tarde. No llegó a recuperarse completamente del parto.

—Te quiero —dijo Cayo sabiendo que era verdad, al menos en ese momento, y con la esperanza de que fuera suficiente. Deseaba darle algo que demostrara que ella no era simplemente una noche de placer para él. Alexandria sacudió la cabeza levemente al oír sus palabras.

—Si me quieres, déjame quedarme aquí, en casa de Mario. He aprendido a hacer joyas y algún día tendré dinero suficiente para comprar mi libertad. Aquí podría ser más feliz que en ninguna otra parte, si me permito quererte. Lo sería, pero tú serías un soldado y marcharías a lugares lejanos del mundo, y yo vería a tu esposa y a tus hijos en la calle y tendría que saludarlos. No me conviertas en tu concubina, Cayo. Sé cómo es esa vida y no la deseo. No hagas que me arrepienta de lo de anoche, no quiero lamentar una cosa tan buena.

—Puedo darte la libertad —murmuró Cayo con dolor. Nada parecía tener sentido.

—No, no puedes —replicó ella con una mirada furibunda que controló rápidamente—. Claro, podrías robarme el orgullo y firmar mi libertad según la ley romana, pero me la habría ganado en tu lecho. Soy libre en las cosas importantes, Cayo. Ahora me doy cuenta. Para ser una ciudadana libre según la ley, tengo que

trabajar honradamente y comprarme la libertad; entonces sólo me perteneceré a mí misma. Hoy he conocido a un hombre que dice ser honrado y orgulloso. Yo también, Cayo, y no quiero dejar de ser ninguna de las dos cosas. No te olvidaré. Ven a verme dentro de veinte años y te regalaré un medallón de oro, hecho con amor.

—Así lo haré —dijo. Se inclinó y le dio un beso en la mejilla; luego se levantó y cruzó los fragantes jardines.

Salió a las calles de la ciudad y anduvo hasta perderse y cansarse tanto que no sentía nada más que entumecimiento.

## XXIII

Al aparecer la luna, Mario miró ceñudamente al centurión.

—Las órdenes eran precisas. ¿Por qué no las has cumplido?

—Mi general —contestó el hombre tartamudeando un poco—, supuse que se trataba de un error —dijo, poniéndose pálido. Conocía las consecuencias. Los soldados no mandaban mensajeros cuestionando las órdenes, las obedecían, pero lo que le habían pedido era una locura.

—Se te pidió que consideraras tácticas contra una legión romana. Concretamente, que buscaras formas de contrarrestar su mayor movilidad fuera de la ciudad. ¿Qué fue lo que no entendiste? —Hablabla ásperamente y el soldado empalideció más aún al ver que su pensión y su rango estaban pendientes de un hilo.

—Yo... Nadie espera que Sila ataque Roma. Nadie ha atacado nunca la ciudad...

—Estás rebajado. Vete a buscar a Octavio, tu segundo en el mando. Él cubrirá tu puesto.

El centurión se derrumbó. Tenía más de cuarenta años, jamás volverían a ascenderle.

—Señor, si de verdad vienen, quisiera estar en primera fila y salir a su encuentro.

—¿Buscas la redención? —preguntó Mario. El hombre asintió desesperadamente.

—Concedido. Tu cara será la primera que vean. Y vendrán, pero no como corderos, sino como lobos.

Mario se quedó mirando al hombre destrozado que se alejaba rígidamente y sacudió la cabeza. Eran tantos los que no podían creer que Sila atacaría su amada ciudad. Él estaba completamente seguro. Recibía noticias a diario de que Sila había logrado vencer a los ejércitos rebeldes de Mitríades, arrasando con fuego gran parte de la tierra griega en el proceso. Había transcurrido poco más de un año, y regresaba como un héroe conquistador. El pueblo le daría lo que pidiera. Desde una posición tan fuerte, no había posibilidades de que dejara a la legión en el campo o en una ciudad vecina mientras él y sus compinches volvían tranquilamente a ocupar sus asientos en el senado y reanudaban las actividades de costumbre.

—Ahora la ciudad es mía —murmuró entre dientes, mirando a los soldados que construían fortificaciones sobre las macizas puertas para los arqueros. Se preguntó dónde estaría su sobrino y, remotamente, se dio cuenta de lo poco que le había visto en las últimas semanas. Cansinamente, se frotó el puente de la nariz, consciente de que se estaba forzando en exceso.

Llevaba un año durmiendo apenas, construyendo vías de suministro, armando a sus hombres y planeando el sitio que había de suceder. Había reconstruido Roma como una ciudad fortificada, sin puntos débiles en ninguna parte de las murallas. Sabía que la ciudad resistiría, y Sila se estrellaría contra las puertas.

Escogía a sus centuriones con sumo cuidado y la pérdida de uno esa misma mañana le irritó. Todos los hombres se habían ganado el ascenso por su flexibilidad, su habilidad para reaccionar en situaciones nuevas, su disposición para el momento en que la mayor ciudad del mundo tuviera que enfrentarse a sus propios hijos en combate... y derrotarlos.

Cayo estaba borracho. Se encontraba en el borde de un balcón con una copa llena de vino en la mano, tratando de ver claro. Una fuente chapoteaba en el jardín de abajo y, medio adormilado, decidió ir a meter la cabeza en el agua. La noche era suficientemente cálida.

Cuando regresó, el ruido de la fiesta era una mezcla estruendosa de música, risas y griterío beodo. Era más de media noche y no quedaba nadie sobrio. Las parpadeantes lámparas de aceite de las paredes proyectaban una luz íntima sobre los invitados. Hacía horas que los esclavos escanciadores rellenaban las copas tan pronto como se vaciaban.

Una mujer se le aproximó, le pasó el brazo alrededor de los hombros riéndose y le hizo derramar un poco de vino tinto en el suelo de color crema. Con el pecho al descubierto, le tomó la mano desocupada y se la llevó a uno los senos al tiempo que le besaba.

Cayo se deshizo del beso en busca de aire, la mujer le quitó la copa y, tras vaciarla de un trago, la arrojó por encima del hombro y empezó a palparle entre los pliegues de la toga y a acariciarlo con erótica sabiduría. Cayo volvió a besarla y dio un traspiés hacia atrás bajo el peso de ella, hasta que topó con una columna cercana al balcón. Notó el frío de la piedra en la espalda.

Nadie les prestaba atención. Casi todos estaban semidesnudos y la piscina hundida en medio del suelo era un hervidero de parejas escurridizas. El anfitrión había animado la fiesta con varias esclavas jóvenes, pero la disipación se había generalizado bajo la influencia de la bebida y, a última hora, los últimos cien invitados estaban dispuestos a aceptar casi cualquier cosa.

Cayo gruñó cuando la desconocida abrió la boca sobre él e hizo una señal a un esclavo que pasaba para que le sirviera otra copa de vino. Unas gotas se le derramaron en el pecho desnudo y el muchacho se quedó mirando cómo resbalaban hasta la activa boca de la mujer; casi sin darse cuenta, acercó el vino derramado a los suaves labios de la mujer con la mano.

La música y las risas aumentaban a su alrededor. El aire estaba caliente y húmedo por el vapor de la piscina y la luz de las lámparas. Apuró el vino y arrojó la copa a la oscuridad por el balcón, aunque no llegó a oír el golpe en los jardines de abajo. Era la quinta fiesta en dos semanas, después de la noche con Alexandria. Creía que no volvería a salir porque estaba muy cansado, pero las fiestas de Diracio tenían fama de



locas. Las cuatro anteriores habían sido agotadoras y se dio cuenta de que aquélla podía terminar con él. Tenía la sensación de que su mente se elevaba, como si pudiera observar fríamente a los chiflados que se contorsionaban a su alrededor. En realidad, Diracio tenía razón cuando decía que las fiestas le ayudarían a olvidar, pero cada uno de los momentos que había pasado con Alexandria seguía presente, listo para acudir a su mente. Lo que había perdido era la capacidad de maravillarse y sentir júbilo.

Cerró los ojos con la esperanza de que las piernas lo sostuviesen hasta el final.

Arrodillado, Mitriádes escupió sangre en el suelo por encima de la barba sin levantar la cabeza. Poseía la fortaleza de un toro, había matado a muchos soldados en la batalla de la mañana y aun en ese momento, maniatado y desarmado, los legionarios romanos caminaban cautelosamente a su lado. Se reía de ellos, pero era una risa amarga. Cientos de hombres que habían sido sus amigos y seguidores yacían por todas partes, y el olor a sangre y vientres destripados impregnaba el aire. Su esposa e hijas habían sido masacradas por soldados de mirada fría que las habían sacado de la tienda por la fuerza. Sus generales habían muerto empalados y sus cuerpos colgaban inertes, sujetos en picas de la altura de un hombre. Era un día aciago que veía el fin de todas las cosas.

Recordó los meses pasados, cuando saboreaba las alegrías de la rebelión, el orgullo de que muchos griegos fuertes procedentes de todas las ciudades se acogieran a sus enseñas, unidos de nuevo ante un enemigo común. Durante un tiempo, todo parecía posible, pero en el momento presente sólo saboreaba cenizas. Se acordó de la primera plaza fuerte que cayó, la incredulidad y la vergüenza que se reflejaron en los ojos del prefecto romano cuando lo obligaron a contemplar el incendio de la ciudad.

—Mira las llamas —le musitó Mitriádes—. Así sucederá en Roma. —El romano intentó replicar, pero Mitriádes lo silenció con una daga en la garganta entre las aclamaciones de sus hombres.

Ahora, de la banda de amigos que había osado sacudirse el yugo del poder romano sólo quedaba él.

—He sido libre —murmuró con sangre en la boca, pero las palabras no lograron levantarle el ánimo como en otros tiempos.

Sonaron las trompetas y los caballos cruzaron al galope el pasillo abierto hasta donde aguardaba Mitriádes, que descansaba sentado sobre las piernas. Levantó la peluda cabeza, el cabello le cubría los ojos. Los legionarios de alrededor se pusieron firmes en silencio y él adivinó quién debía estar llegando. Tenía un ojo cerrado y pegajoso de sangre, pero con el otro vio una silueta dorada que se apeaba de un semental y entregaba las riendas a alguien. La inmaculada toga blanca resultaba incongruente en ese campo de muerte. ¿Cómo era posible que algo en el mundo no se hubiera contagiado de la amargura de una tarde tan funesta?

Unos esclavos cubrieron de juncos un sendero en el barro hasta el rey griego, que

permanecía postrado de hinojos. Mitríades se enderezó. No le verían abatido e implorante, máxime estando sus hijas tan cerca, descansando en paz.

Cornelio Sila llegó a su altura y se detuvo a mirarlo. Como si los dioses estuvieran de acuerdo, el sol escogió ese momento para salir de entre las nubes y encender el cabello rubio oscuro de Sila en el momento en que sacaba su *gladiu* de plata de una funda sencilla.

—Alteza, me has procurado grandes preocupaciones —dijo en voz baja.

—Hice cuanto pude —replicó Mitríades amargamente, entrecerrando los párpados, pero sin apartar la mirada de Sila.

—Pero ahora todo ha terminado. Tu ejército está destrozado. La rebelión ha concluido.

Mitríades se encogió de hombros. ¿Qué sentido tenía decir lo que era evidente?

—No he tomado parte en la matanza de tu esposa y tus hijas —prosiguió Sila—. Los soldados que la llevaron a cabo han sido ejecutados por orden mía. No hago la guerra contra las mujeres y los niños y lamento que te hayan sido arrebatadas.

Mitríades sacudió su cabeza como para despejar las palabras y los súbitos fogonazos del recuerdo. Cuando oyó a su amada Livia gritando su nombre, se hallaba completamente rodeado de legionarios armados con bastones que querían capturarlo vivo. Había perdido la daga en la garganta de un hombre, y también la espada, en las costillas de otro. Incluso entonces, con los gritos de su esposa en los oídos, le había partido el gaznate a un soldado que lo empujaba, pero al detenerse a recoger la espada caída, los demás lo golpearon hasta dejarlo sin sentido, y al volver en sí, se encontró atado y azotado.

Miró a Sila para comprobar si se burlaba, pero sólo vio un rostro adusto y creyó sus palabras. Desvió la mirada. ¿Acaso esperaba que el rey Mitríades rompiera a reír y dijera que todo lo perdonaba? Los soldados eran hombres de Roma y la silueta dorada que tenía delante era su señor. ¿Es que el cazador no es responsable de sus perros?

—Aquí está mi espada —dijo Sila, ofreciéndole el arma—. Jura por los dioses que nunca jamás te levantarás contra Roma y te respetaré la vida.

Mitríades miró el *gladiu* de plata procurando no acusar sorpresa. Se había hecho a la idea de que moriría, pero recibir el ofrecimiento de la vida tan repentinamente era como arrancarse postillas de heridas ocultas. Pedía tiempo para enterrar a su esposa.

—¿Por qué? —farfulló entre sangre seca.

—Porque creo que eres un hombre de palabra. Por hoy, ya ha habido bastantes muertes.

Mitríades respondió con un gesto de asentimiento y Sila se acercó con el acero limpio a cortar las ataduras. El rey percibió la tensión que cundía entre los soldados de alrededor cuando vieron al enemigo libre de nuevo, pero hizo caso omiso, tendió

la mano y tomó la hoja con la magullada mano derecha. El metal era frío sobre la piel.

—Juro que no volveré a alzarme contra Roma.

—Tienes hijos, ¿qué me dices de ellos?

Mitriades miró al general romano preguntándose cuánto sabría sobre él. Sus hijos estaban en el este, buscando apoyo para su padre. Volverían con hombres y suministros, y con renovados motivos de venganza.

—No están aquí. No puedo jurar por ellos.

—No —dijo Sila, sujetando firmemente la espada que el hombre agarraba—, pero puedes advertírselo. Si vuelven y levantan Grecia contra Roma mientras yo viva, infligiré a su pueblo un sufrimiento que no ha conocido jamás.

Mitriades asintió y soltó el filo de la espada. Sila la envainó, dio media vuelta y, a grandes zancadas, se dirigió hacia su montura sin una mirada atrás.

Todos los romanos que había a la vista se fueron con él y Mitriades se quedó solo, de rodillas, rodeado de muertos. Rígidamente, se puso en pie y el sinnúmero de dolores que lo asediaba le hizo estremecerse por fin. Se quedó mirando cómo los romanos desmontaban el campamento y se ponían en marcha hacia el oeste, de vuelta al mar; tenía los ojos fríos y confusos.

Sila cabalgó en silencio las primeras leguas. Sus amigos cruzaban miradas, pero durante un rato, nadie se atrevió a romper el sombrío silencio. Por fin, Padaco, un atractivo joven del norte de Italia, tocó a Sila en el hombro; el general detuvo al caballo y le miró, interrogante.

—¿Por qué le has perdonado la vida? ¿No volverá a atacarnos en primavera?

—Es posible —dijo Sila encogiéndose de hombros—, pero entonces tendré la certeza de que puedo vencerle. Quizá su sucesor no cometa tantos errores. Podría haberme pasado seis meses más persiguiendo a todos y cada uno de sus seguidores vivos por los pequeños campamentos de las montañas, pero no habríamos ganado sino odio. No, el verdadero enemigo, la verdadera batalla —hizo una pausa y miró hacia el horizonte occidental casi como si la vista alcanzara hasta las puertas de Roma—, la verdadera batalla no se ha librado todavía, y ya hemos perdido mucho tiempo aquí. Sigamos. Nos reuniremos con la legión en la costa, cuando esté lista para volver.

## XXIV

Cayo se apoyó en el alféizar de la ventana de piedra a contemplar la salida del sol sobre la ciudad. Oyó moverse a Cornelia detrás, en el alargado lecho, y la miró sonriendo para sí. La joven dormía todavía, con el largo cabello dorado esparcido sobre la cara y los hombros; se movía inquieta en sueños. Las noches habían sido calurosas, no era necesario taparse mucho, y se le veían las largas piernas casi hasta la cadera, pues había recogido la leve sábana con la mano y se la había acercado a la cara.

Pensó un momento en Alexandria, pero sin dolor. Los primeros meses habían sido penosos, a pesar de contar con las distracciones de amigos como Diracio. Recordó su propia ingenuidad y su torpeza de entonces y se estremeció. Sin embargo, había tristeza también; nunca más volvería a ser aquel niño inocente.

Había ido a ver a Metella en privado y había firmado un documento por el que la propiedad de Alexandria pasaba a la casa de Mario; podía confiar en que su tía la trataría con cariño. También había dejado una suma de monedas de oro, de sus propios fondos, para que se la entregaran el día en que lograra comprarse la libertad. Lo descubriría cuando fuera libre. Era un regalo insignificante, en comparación con lo que ella le había dado.

Sonrió al notar que se excitaba otra vez, sabiendo que tenía que salir de allí antes de que la casa se despertara. Cinna, el padre de Cornelia, era otro peso pesado de la política al que Mario trataba de controlar a fuerza de halagos. No se le debía irritar, y si lo sorprendía en el dormitorio de su amada hija, lo mataría aunque fuera sobrino de Mario.

La miró una vez más y, con un suspiro, empezó a vestirse. Pero por aquella muchacha valía la pena correr el riesgo muchas veces. Era tres años mayor que él, y virgen todavía, cosa que le sorprendió. Era suya en exclusiva, y eso le procuraba una satisfacción íntima y algo más que un poco del antiguo júbilo.

Se habían conocido en una reunión formal de familias de senadores, en la celebración del nacimiento de un par de gemelos del patriciado. La fiesta se llevó a cabo a mediodía y no tenía nada que ver con las libertinas orgías de Diracio; al principio, Cayo se aburrió con los interminables parabienes y discursos. Después, en un momento de calma, ella se le acercó y todo cambió. Llevaba un vestido oscuro de oro, casi marrón, con pendientes y un collar en la garganta del mismo metal precioso. La deseó desde el primer momento, y le agradó con la misma inmediatez. Era ingeniosa y desenvuelta, y lo quería a él. Era una sensación embriagadora. El primer día, se coló en su habitación subrepticamente por la ventana, desde los tejados, y vio cómo dormía, con el cabello alborotado y despeinado.

Aún recordaba cómo se había levantado de la cama y se había sentado sobre las

piernas con la espalda recta. Había tardado unos instantes en darse cuenta de que le estaba sonriendo. Suspiró otra vez y terminó de ponerse la ropa y las sandalias.

Estando Sila ausente de la ciudad durante casi un año a causa del recrudecimiento de la rebelión griega, le había resultado fácil olvidar que en algún momento había que tomar consideraciones. Sin embargo, Mario había trabajado desde el principio para el momento en que los estandartes de Sila apareciesen en el horizonte. Hacía meses que la ciudad bullía de emoción y temor. La mayoría de los habitantes se había quedado, pero el goteo constante de mercaderes y familias que se marchaban de la ciudad demostraba que no todos compartían la seguridad de Mario respecto al resultado. En todas las calles había tiendas clausuradas con tablones y el senado criticaba muchas decisiones que se tomaban, por lo que Mario volvía rabiando a casa en las horas tempranas de la mañana. Era una tensión que Cayo apenas podía compartir, distraído como estaba con los placeres de la ciudad.

Miró de nuevo a Cornelia al ajustarse la toga; ya había abierto los ojos. Al acercarse a besarle los labios, notó la excitación del deseo otra vez. Le acarició un seno con la mano y, al separar la boca para respirar, percibió que ella reaccionaba a la caricia.

—¿Volverás a verme, Cayo?

—Sí —contestó sonriendo; y sorprendido, descubrió que lo decía de verdad.

—Un buen general está preparado para cualquier eventualidad —dijo Mario al entregar los documentos a Cayo—. Esto son órdenes dineradas. Valen tanto como el oro en tus manos, son del tesoro de la ciudad. No espero que me las devuelvas, son un regalo que te hago.

Cayo miró las sumas y se esforzó por no sonreír. Eran cifras altas, pero apenas suficientes para cubrir las deudas que había contraído con los prestamistas. Mario no había podido vigilar a su sobrino a causa de los preparativos para el regreso de Sila, y Cayo había solicitado créditos a lo largo de los primeros meses para comprar mujeres, vino y esculturas... todo por elevar su posición en una ciudad que sólo respetaba el oro y el poder. Con riquezas prestadas, Cayo llegó al escenario social como un joven león. Incluso los que confiaban en su tío sabían que a Cayo había que vigilarlo, y jamás tuvo el menor problema con las sumas cada vez mayores que solicitaba, pues los ricos se peleaban por ser el siguiente en ofrecer financiación al sobrino de Mario.

Mario debió de darse cuenta de la decepción de Cayo y la interpretó como una señal de preocupación por el futuro.

—Espero ganar, pero sería un necio si no hiciera planes de desastre, tratándose de Sila. Si las cosas no resultan como he pensado, toma las órdenes y sal de la ciudad. He incluido unas referencias que te proporcionarán una litera en cualquier nave de la legión, para que te vayas a algún lugar lejano del Imperio. Además... he redactado

unos documentos en los que te nombro hijo de mi casa. Podrás enrolarte en cualquier regimiento y forjarte un nombre en un par de años.

—¿Y si acabas con Sila, tal como esperas?

—Entonces, proseguiremos con tu escalada en Roma. Te procuraré un lugar que conlleve la permanencia en el senado de por vida. Son puestos celosamente guardados, a la hora de las elecciones, aunque no creo que sea imposible. Nos costará una fortuna, pero estarás dentro, serás en verdad uno de los escogidos. ¿Quién sabe qué te deparará el futuro, después?

Cayo sonrió, contagiado por el entusiasmo de su tío. Utilizaría las órdenes para pagar las peores deudas. Claro que, a la semana siguiente, se celebraría la feria de caballos y corría el rumor de que acudirían príncipes árabes con razas nuevas de caballos de guerra, enormes sementales que se dejaban conducir con toques suaves. Costarían una fortuna, una muy semejante a la que tenía en las manos en ese momento. Se guardó los documentos en la toga al salir. Los prestamistas podrían esperar un poco más, estaba seguro.

En el frescor de la noche, fuera de la casa de Mario, sopesó las posibilidades que le ofrecían las horas restantes antes del amanecer. Como de costumbre, la ciudad en sombras no descansaba, y él no tenía ganas de dormir, en realidad. Los mercaderes y los carreteros se insultaban unos a otros, los herreros martilleaban, alguien se reía en una casa cercana y también se oía cacharrería rompiéndose. Le encantaba.

Podía ir a escuchar a los oradores en el foro, a la luz de las antorchas, e incluso participar en uno de los interminables debates con otros patricios jóvenes hasta que el alba los devolviera a todos a casa. O podía ir a casa de Diracio a satisfacer otros apetitos. Más valía no aventurarse a solas por las calles oscuras, pensó al acordarse de las advertencias de Mario sobre los diversos *raptore* que acechaban en los callejones sombríos, dispuestos a robar o a matar. La ciudad no era un lugar seguro por la noche, y no era difícil perderse en el laberinto de retorcidas callejuelas sin nombre. Un desvío erróneo podía llevar al paseante a un callejón atestado de desechos humanos y grandes charcos de orina, aunque normalmente, el olor avisaba con suficiente antelación.

Un mes antes, habría ido a buscar compañeros para pasar una noche loca, pero el rostro de una muchacha se asomaba a sus pensamientos cada vez con mayor frecuencia. Lejos de apaciguarse, su deseo de ella parecía encenderse al contacto. Cornelia pensaría en él, en sus habitaciones, en casa de su padre. Iría allí, escalaría el muro exterior y burlaría a los guardianes de la casa una vez más.

Sonrió para sí al recordar el miedo repentino, la última vez, cuando resbaló al escalar y se quedó colgado por encima de las duras piedras de la calle. Aunque ya conocía el muro palmo a palmo, un error de ese calibre le costaría dos piernas rotas, o algo peor.

—Vale la pena el riesgo, niña mía —musitó para sí observando su propio aliento, que se helaba en el aire nocturno por las calles oscuras de la ciudad, mientras él caminaba hacia su destino.

## XXV

El ajetreo matutino comenzaba en el hogar la casa de Cinna tan temprano como en cualquier otra casa romana, se calentaba agua, se encendían los fogones, se limpiaba y se preparaba la ropa de los miembros de la familia antes de que se despertaran... El sol no había salido completamente cuando una esclava entró en el dormitorio de Cornelia a recoger la ropa para la colada. Pensaba en las cien tareas que tendría que llevar a cabo antes del ligero almuerzo de media mañana y, al principio, no se dio cuenta de nada. Después, posó la mirada sin intención en una pierna musculosa que salía por un lado del lecho. Se quedó petrificada al ver a la pareja durmiendo, enlazados todavía.

Tras un momento de indecisión, la malicia brilló en sus ojos y tomó una honda bocanada de aire con intención de romper la quietud del aire con grandes gritos.

Cayo rodó desnudo hasta el suelo y se agachó. En un momento se percató de la situación, pero no perdió tiempo en maldecirse. Agarró la toga y la espada y voló hacia la ventana. La esclava corrió a la puerta sin dejar de gritar y Cornelia la insultó. Resonaron unos pasos como truenos y el aya Clodia entró en el dormitorio muy indignada. Cortó en seco los gritos de la esclava con un bofetón tan contundente que la hizo girar en redondo.

—Sal rápidamente, muchacho —le espetó Clodia, mientras la esclava gemía en el suelo—. ¡Más te vale merecer la pena que vas a causar!

Cayo asintió, pero se alejó de la ventana y volvió a la habitación con Cornelia.

—Si no escapo, me matarán por intruso. Diles quién soy, y diles que eres mía, que me casaré contigo. Diles que si alguien te hace daño, lo mataré.

Cornelia no respondió, se limitó a incorporarse y le besó.

—¡Dioses, déjame marchar! —dijo riéndose y separándose—. Hace muy buena mañana para salir de caza.

Se quedó mirándole y le hizo gracia ver los blancos glúteos que desaparecieron por el alféizar de la ventana; después trató de componerse para la escena que vendría a continuación.

Los primeros en acudir fueron los guardianes de su padre, conducidos por su adusto capitán, quien la saludó con un gesto de la cabeza, cruzó hasta la ventana y se asomó a mirar abajo.

—Continuad —gritó a sus compañeros—. Voy a perseguirlo por los tejados, vosotros, interceptadlo abajo. Colgarán mi pellejo en la pared, por esto. Mil perdones, señora —dijo a modo de despedida a Cornelia, y su rostro bermejo desapareció de la vista.

Cornelia hizo un esfuerzo por no romper a reír de la tensión.



Cayo resbalaba y se rascaba contra las tejas arañándose desde los hombros hasta las rodillas, por dar más importancia a la seguridad que a una velocidad suicida. Oyó los gritos del capitán a su espalda, pero no miró atrás. Las tejas le proporcionaban poco apoyo, lo único que podía hacer en realidad era controlar la velocidad al dejarse caer hacia el borde y saltar a la calle. Tuvo tiempo de maldecir al comprobar que se había dejado las sandalias en el dormitorio. ¿Cómo iba a saltar descalzo? Seguro que se rompería algún hueso, y ahí terminaría la persecución. Soltó la toga por no perder el *gladiu* el objeto más valioso, sin duda, de los dos. Logró sujetarse al alero del tejado y avanzó por él sin arriesgarse a ponerse de pie, por si hubiera arqueros aguardándole. No sería raro que un hombre tan rico como Cinna dispusiera de un pequeño ejército en su casa, como Mario.

Agachándose mucho, sabía que el capitán que lo perseguía jurando y resollando no lo vería, y echó una ojeada alrededor buscando la forma de salir del apuro. Tenía que saltar del tejado. Si se quedaba allí, bastaría con que lo registraran palmo a palmo para que dieran con él y lo empujaran de cabeza a la calle o se lo llevaran a rastras ante Cinna para que recibiera un castigo. Con el fuego de la traición en el cuerpo, Cinna no escucharía ningún ruego y lo condenaría a muerte acusado de violación. Se dio cuenta de que, en realidad, Cinna no tendría que acusarlo de nada, siquiera, no tendría más que llamar a un lictor, que lo ejecutaría allí mismo. Si se le antojaba, podía hacer estrangular a Cornelia para salvar el honor de la casa, aunque Cayo sabía que el viejo adoraba a su única hija. Si de verdad hubiera creído que podía infligirle algún mal, se habría quedado a defenderla, pero creía que la ira del padre no la rozaría.

Abajo, donde el tejado se abocaba a la calle, se oían gritos, como si los guardianes de la casa estuvieran formando un cordón bloqueando todas las salidas. Detrás, el rascar de sandalias con suelas metálicas contra las tejas se acercaba, de modo que respiró profundamente para calmarse y corrió, con la esperanza de que la velocidad y el equilibrio lo librasen de pasos en falso el tiempo suficiente como para salvarse. El capitán de la guardia gritó al reconocerlo, cuando salió del escondite, pero Cayo no tuvo tiempo de mirar atrás. La casa más próxima estaba demasiado lejos como para saltar y el único lugar accesible de todo el complejo era un campanario que tenía un ventanuco.

Alcanzó el alféizar del ventanuco de un salto desesperado, cuando finalmente perdió pie, y se aupó tomando grandes bocanadas de frío aire matutino. El campanario era muy reducido y tenía una escalera en el interior que descendía a la casa. Al principio, sintió la tentación de bajar por ella, pero entonces se le ocurrió un plan, empezó a respirar con más calma y estiró los músculos mientras esperaba a que el capitán llegase a la ventana.

Unos momentos después de haber tomado la decisión de esperar, el hombre tapó

la luz del sol y su cara apareció ante el joven arrinconado en el campanario. Se miraron un momento el uno al otro y Cayo observó con interés cómo el pensamiento de morir al trepar cruzaba el rostro de su perseguidor. Le hizo un gesto de asentimiento y se mantuvo tan retirado como pudo para dejarle entrar.

El capitán le sonrió malévolamente, jadeando, después de la carrera.

—Tenías que haberme matado cuando tuviste ocasión —le dijo desenvainando la espada.

—Te habrías caído por el tejado, y necesito tu ropa... sobre todo las sandalias —replicó Cayo con serenidad, desenvainando su *gladius* y manteniéndose relajado, aparentemente ajeno a su desnudez.

—¿Vas a decirme cómo te llamas, antes de que te mate? Es sólo por tener algo que contar a mi señor, ¿sabes? —dijo el capitán adoptando con agilidad una postura de combate.

—¿Vas a darme la ropa? Hace una mañana espléndida, poco adecuada para matar —replicó Cayo sonriendo sin esfuerzo.

El capitán empezó a contestar cuando Cayo atacó, pero sólo logró que le desviara la espada. El hombre esperaba ese movimiento y estaba preparado para recibirlo. Cayo comprendió inmediatamente que se enfrentaba a un oponente experto y se concentró, consciente de cada movimiento de la danza. El suelo era un espacio muy pequeño e incómodo y la escalera se abría entre ellos como una amenaza de caída.

Hicieron unas fintas y amagaron unos golpes alrededor del espacio, buscando puntos débiles. Al capitán le sorprendió la destreza del joven. Había adquirido el puesto en la guardia de Cinna tras ganar un torneo de esgrima en la ciudad, y sabía que era mejor que la mayoría de los hombres, sin embargo, sus estocadas eran desviadas una y otra vez con contragolpes veloces y precisos. No obstante, no le preocupaba. En el peor de los casos, se limitaría a resistir hasta que llegaran refuerzos y, tan pronto como los refuerzos se dieran cuenta de dónde estaban combatiendo, mandarían hombres por la escalera para reducir al intruso. La seguridad debió de reflejarse en el rostro, pues Cayo se decidió a emprender la ofensiva por fin, después de haber tomado el pulso al contrincante.

Rompió la guardia del capitán y le tocó un hombro. El hombre respondió a la herida con un gruñido, pero Cayo desvió su golpe de respuesta y abrió una raja en la coraza de cuero de su contrincante. El capitán se quedó con la espalda pegada a la pared del reducido campanario y, a continuación, un roce de filo en los dedos le hizo soltar el *gladius* que cayó escaleras abajo con estrépito, rebotando en los escalones. La mano le quedó inutilizada y miró a Cayo a los ojos esperando el golpe de gracia.

Sin perder velocidad, Cayo imprimió un giro a la espada en el último instante, de modo que golpeó al hombre en la sien con la parte plana y lo dejó tumbado en el suelo sin sentido.

Abajo se oían voces y Cayo empezó a desnudar al capitán moviendo las manos febrilmente.

—Vamos, vamos... —musitaba entre dientes. «Ten siempre un plan», le había aconsejado Renio en una ocasión, pero, aparte de quitar la ropa al hombre, no había tenido tiempo de pensar en el resto de la huida.

Tardó siglos en vestirse. El capitán empezaba a dar señales de vida, de modo que volvió a golpearle con el pomo y asintió al comprobar que el movimiento cesaba. Esperaba no haberlo matado, el hombre sólo había hecho lo que le pagaban por hacer, y sin regodeo. Respiró hondo, ¿escalera o ventana? Se detuvo sólo un momento, envainó su *gladiu* en la funda del capitán, la que le había quitado, y bajó la escalera hacia la casa.

Mario apretó los puños al escuchar las noticias del mensajero, que hablaba sin resuello.

—¿A cuántas jornadas de ti se encuentran? —preguntó con toda la calma que pudo.

—Si fuerzan la marcha, no serán más de tres o cuatro. He venido tan rápido como he podido, cambiando de montura, pero casi todos los hombres de Sila habían desembarcado cuando me puse en marcha. Esperé hasta asegurarme de que era el contingente principal, y no sólo una avanzadilla.

—Bien hecho. ¿Viste a Sila en persona?

—Sí, pero desde lejos. Me dio la impresión de que se trataba del desembarco de la legión entera, que regresa a Roma.

Mario lanzó una moneda de oro al mensajero, que la atrapó en el aire. El general se puso de pie.

—En tal caso, tenemos que prepararnos para recibirlo. Reúne al resto de los oteadores. Voy a preparar mensajes de bienvenida para que se los llevéis a Sila.

—¿General? —inquirió el mensajero, sorprendido.

—No hagas preguntas. ¿Acaso no es el héroe conquistador que vuelve con nosotros? Ven a verme aquí dentro de un rato. Tendré preparadas las misivas.

Sin más palabras, el hombre hizo una inclinación de cabeza y se marchó.

Los guardianes encontraron al capitán cuando salió desnudo del campanario, dando trompicones y sujetándose la cabeza. No hubo rastro del intruso, a pesar del registro exhaustivo que duró toda la mañana. Un soldado se acordaba de haber visto a un hombre vestido como el capitán, que había salido a registrar una calle lateral, pero no recordaba detalles suficientes como para describirlo. La búsqueda concluyó a mediodía, momento en que la noticia del regreso de Sila llegó a las calles de Roma.

Una hora después, un guardián de la casa encontró un pequeño envoltorio apoyado en las puertas de la entrada, lo abrió y halló la ropa del capitán, la vaina y las sandalias. El capitán lanzó un juramento cuando se lo entregaron.

Cayo fue llamado a presencia de Mario por la tarde y preparó la defensa de sus actos. Sin embargo, parecía que el general no sabía nada del escándalo, porque sólo le hizo una señal para que se sentara con los demás centuriones.

—Sin duda, a estas horas ya sabréis que Sila ha desembarcado con sus tropas en la costa, y que se encuentra a sólo tres o cuatro jornadas de la ciudad. —La asamblea asintió, sólo Cayo trató de ocultar la sorpresa que le produjo la noticia—. Se ha cumplido casi un año, desde el día en que Sila partió hacia Grecia. He tenido tiempo suficiente para prepararle una bienvenida adecuada. —Algunos hombres respondieron con unas risitas y Mario sonrió sombríamente.

—No se trata de un asunto ligero. Confío en todos vosotros, lo que aquí se diga no debe salir de estas cuatro paredes. No comentéis nada con vuestras esposas, concubinas ni amigos más íntimos. No me cabe duda de que Sila ha dejado espías en la ciudad observando todos mis movimientos. Estoy seguro de que está al corriente de nuestros preparativos y llegará perfectamente avisado de la disposición de Roma para la guerra civil.

Las palabras, pronunciadas por fin abiertamente, helaron el corazón a todos los presentes.

—Ni siquiera ahora puedo revelar la totalidad de mis planes, salvo lo siguiente: si Sila llega vivo a la ciudad, cosa que quizá no suceda, trataremos a su legión como enemigo que ataca y la destruiremos en el campo de batalla. Contamos con reservas de grano, carne y sal para meses. Cerraremos la ciudad a cal y canto y acabaremos con él desde las murallas. En estos momentos, se ha cerrado el tráfico de entrada y salida de Roma. La ciudad está sola.

—¿Y si deja a la legión en el campamento y acude a exigir su derecho de entrada? —preguntó un hombre al que Cayo no conocía—. ¿Te atreves a soportar la ira del senado, a declararte dictador?

Mario guardó silencio un largo rato, después levantó la cabeza y habló en voz baja, casi susurrando.

—Si Sila acude en solitario, lo mataré. El senado no me acusará de traición al Estado. Cuento con su apoyo en todo lo que haga.

Era cierto, ningún hombre influyente osaría interponer una moción ante el senado condenando al general. La posición estaba clara.

—Bien, señores, las órdenes mañana.

Cornelia aguardó pacientemente a que su padre terminara, dejando pasar la ira por encima de ella sin que la afectara.

—No, padre. No lo persigas. Va a ser mi esposo y lo recibirás en nuestra casa cuando llegue el momento.

—¡Antes veré pudrirse su cuerpo! —repuso Cinna, morado de ira renovada—. ¿Entra en mi casa como un ladrón y tú te quedas ahí sentada como un bloque de mármol y me dices que lo acepte? No lo acepto, hasta que su cuerpo yazca despedazado a mis pies.

Cornelia suspiró suavemente, esperando a que la tormenta amainara. Cerró los oídos a los gritos y se dedicó a contar las flores que se veían por la ventana. Finalmente, el tono cambió y volvió a prestar atención a su padre, que la miraba confuso.

—Le amo, padre, y él me ama a mí. Lamento haber causado vergüenza a la casa, pero el matrimonio la lavará, a pesar de las murmuraciones del mercado. Me dijiste que podía escoger yo misma al hombre que quisiera, ¿recuerdas?

—¿Estás encinta?

—No, que yo sepa. Nada se notará cuando nos casemos, no habrá espectáculo público. —Su padre asintió, aunque parecía envejecido y desinflado de repente. Cornelia se levantó y le puso la mano en el hombro.

»No lo lamentarás. —El padre gruñó, incrédulo.

—¿Conozco a ese saqueador de inocencia?

—Sí, estoy segura —contestó Cornelia con una sonrisa, aliviada por el cambio de humor—. Es el sobrino de Mario, Cayo Julio César.

—El nombre sólo me suena —contestó el padre con un encogimiento de hombros.

## XXVI

Cornelio Sila tomaba vino frío a pequeños sorbos a la sombra de su tienda, mirando el campamento de la legión. Sería la última noche que tendría que soportar lejos de su querida Roma. Se estremeció ligeramente con la brisa, y quizá también previendo el conflicto que se acercaba. ¿Conocía todos los aspectos del plan de Mario, o el viejo zorro le sorprendería? Encima de la mesa había mensajes de bienvenida, a los que no había prestado atención por tratarse de una formalidad.

Padaco llegó a caballo y frenó de modo espectacular, haciendo doblar las patas traseras a la montura al girar. Sila le sonrió. «¡Qué joven es, y qué atractivo!», advirtió para sí.

—Todo en orden en el campamento, general —dijo Padaco al tiempo que desmontaba. Su armadura estaba totalmente limpia y brillante, el cuero, suave y oscurecido de grasa. Al recibir el saludo y responder, a Sila le pareció un joven Hércules. Leal hasta la muerte y, sin embargo, consentido como un sabueso.

—Mañana por la noche entraremos en la ciudad. Ésta es la última jornada de suelo duro y vida de bárbaros —le dijo; prefirió dar una imagen sencilla, aunque la realidad era de lechos blandos y sábanas finas, al menos en la tienda del general. Su corazón estaba con sus hombres, pero las privaciones de la vida de legionario nunca habían atraído al cónsul.

—¿Vas a hablarnos de tus planes, Cornelio? Los demás están deseando saber qué piensas hacer respecto a Mario.

Padaco se había propasado un poco dejándose llevar por el entusiasmo y Sila levantó la mano.

—Mañana, amigo mío. Mañana habrá tiempo suficiente para los preparativos. Esta noche voy a retirarme temprano, después de tomar un poco más de vino.

—¿Necesitas... compañía? —preguntó Padaco bajando la voz.

—No... Espera. Mándame un par de prostitutas, de las más bellas. También puedo comprobar si me queda algo por aprender.

Padaco inclinó la cabeza como si hubiera recibido un golpe. Retrocedió hasta el caballo y se alejó al trote.

Sila suspiró al observar la rígida retirada y tiró al negro suelo el vino que le quedaba en la copa. Era la tercera vez que el joven se le insinuaba, tenía que afrontar el hecho de que se estaba convirtiendo en un problema. En el joven Padaco, la frontera entre la adoración y el rencor era tenue. Sería mejor mandarlo a otra legión antes de que causase problemas insoslayables. Suspiró una vez más, entró en la tienda y bajó el toldo de cuero que cerraba la entrada.

Los esclavos habían encendido los candiles y el suelo estaba cubierto de alfombras y telas. Un aceite dulce ardía en una taza diminuta, una mezcla exótica de

su agrado. Tomó una profunda bocanada de aire y percibió una mínima señal de movimiento que se dirigía hacia él por la derecha. Se dejó caer hacia atrás saliendo de la trayectoria del ataque y percibió la agitación del aire cuando un objeto rasgó el espacio por encima de él. Dio una patada con sus fuertes piernas y el atacante se derrumbó. Mientras el asesino rodaba por el suelo, Sila lo atrapó por la mano del cuchillo. Se subió sobre el pecho del hombre con todo su peso y sonrió al ver el cambio de expresión, de furia y temor, a sorpresa y desesperación.

Sila no era un hombre blando. Ciertamente, no era partidario de las pruebas romanas de valor más extremas, cuyas heridas y cicatrices demostraban valentía, pero se ejercitaba a diario y tomaba parte en todas las batallas. Sus muñecas parecían de hierro y no le costó esfuerzo cambiar la trayectoria del arma hasta que quedó apuntando a la garganta del hombre.

—¿Cuánto te ha pagado Mario? —le preguntó burlonamente, sin gran tensión en la voz.

—Nada. Te mato por gusto.

—¡Aficionado, de palabra y de obra! —añadió, y acercó el cuchillo un poco más al músculo palpitante—. ¡Guardias! ¡Acudid a vuestro cónsul! —gritó y, en unos instantes, el hombre fue reducido; Sila se levantó y se sacudió el polvo de la ropa.

El capitán de la guardia entró con todos los demás. Estaba pálido, pero logró formular claramente un saludo y se quedó en posición firme.

—Parece ser que un asesino ha logrado entrar en el campamento, ¡hasta la tienda del cónsul de Roma, sin que nadie se lo impidiera! —dijo Sila en voz baja, lavándose las manos en un cuenco de agua perfumada, sobre una mesa de roble; después las tendió para que un esclavo se las secase.

El capitán de la guardia tomó una profunda bocanada de aire para tranquilizarse.

—La tortura nos proporcionará el nombre de sus jefes. Supervisaré el interrogatorio personalmente. Dimitiré de mi puesto por la mañana, mi general, con tu permiso, señor.

Sila continuó como si el capitán no hubiera hablado.

—No me gusta que me aborden en mi propia tienda. Me parece una forma vulgar y rastrera de estropearme el descanso.

El general se agachó a recoger la daga haciendo caso omiso del frenético forcejeo del propietario, al que los soldados sujetaban con cuerdas anudadas con fuerza cruel. Entregó la fina hoja al rígido capitán.

—Me has dejado desprotegido. Toma esto. Ve a tu tienda y córtate la garganta con ello. Mandaré que recojan tu cuerpo enseguida.

El hombre asintió rígidamente y tomó la daga. Saludó nuevamente, giró sobre sus talones y salió de la tienda.

Padaco tocó suavemente a Sila en el brazo.

—¿Estás herido?

—Estoy bien —respondió Sila retirando el brazo con irritación—. ¡Dioses! Era un solo hombre. Mario debe de tener mala opinión de mí.

—No sabemos si se trata de un solo hombre. Pondré guardias alrededor de la tienda esta noche.

—No —dijo Sila sacudiendo la cabeza—. ¿Y que Mario piense que me ha asustado? Me quedaré con el par de prostitutas que ibas a mandarme y procuraré que una de ellas vele toda la noche. Tráemelas y haz desaparecer a todo el mundo. Creo que me han entrado ganas de un poco de diversión perversa.

Padaco saludó con elegancia, pero Sila vio el puchero que formaban sus gruesos labios cuando dio media vuelta, y tomó nota. Definitivamente, ese hombre era un peligro. No llegaría vivo a Roma. Un accidente de algo..., quizás una caída de su glorioso corcel. Perfecto.

Solo por fin, se sentó en una cama baja y pasó la mano por la suave tela que la cubría. Fuera se oyó una delicada tos femenina y Sila sonrió de placer.

Las dos muchachas que entraron cuando las llamó eran limpias y esbeltas e iban ricamente ataviadas. Ambas eran hermosas.

—Maravilloso —suspiró Sila al tiempo que daba unas palmadas en la cama, a su lado. A pesar de todos sus defectos, Padaco tenía buen gusto para las mujeres bellas, un don desperdiciado, dadas las circunstancias.

Mario miró a su sobrino con el ceño fruncido.

—¡No pongo en cuestión que hayas decidido casarte! Cinna será un puntal útil en tu carrera. Te conviene casarte con su hija tanto política como personalmente. Sin embargo, no me parece bien el momento que has escogido. ¿Pretendes que arregle un matrimonio a toda prisa, cuando es fácil que la legión de Sila llegue a las puertas de la ciudad mañana por la noche?

Un legionario se acercó apresuradamente al general con los brazos cargados de pergaminos y documentos, y trató de saludar. Mario lo detuvo levantando una mano.

—¿Hablarías de ciertos planes conmigo si las cosas no salieran bien mañana? —preguntó Cayo en voz baja.

Mario asintió y se dirigió al guardia.

—Espera fuera —le ordenó—. Iré a buscarte cuando termine aquí.

El hombre hizo otro amago de saludo y salió al trote del barracón del general. Tan pronto como se hubo alejado lo suficiente, Cayo volvió a hablar.

—Si, por algún motivo, nos salieran mal las cosas... y yo tuviera que huir de la ciudad, no quiero dejar a Cornelia atrás y soltera.

—¡No puede ir contigo! —replicó Mario secamente.

—No. Pero no puedo abandonarla sin la protección de mi nombre, al menos. Es



posible que esté encinta. —Odiaba tener que reconocer el alcance de la relación, era un asunto privado entre ellos dos, pero sólo Mario lograría disponer los sacrificios y los sacerdotes necesarios en el poco tiempo que les quedaba, y tenía que hacérselo comprender.

—Ya. ¿Su padre está al corriente de... tanta intimidad? —Cayo asintió—. En tal caso, considerémonos afortunados porque no esté ante la puerta con un látigo. De acuerdo, haré los preparativos para la más breve de las ceremonias de compromiso. ¿Mañana al amanecer?

Cayo sonrió de repente, aliviado de la tensión que le oprimía.

—Así está mejor —dijo Mario chasqueando la lengua, y sonrió—. Dioses, Sila ni siquiera está a la vista todavía, le falta un buen trecho para quitarme Roma de las manos. Me temo que piensas demasiado en las peores posibilidades. Mañana por la noche, tus prisas parecerán ridículas, cuando alcemos la cabeza de Sila en una pica, pero no importa. Vete. Compra un traje de boda y regalos. Y que me manden todos los gastos a mí. —Dio unas palmadas a Cayo en la espalda.

»¡Ah! Al salir, vete a ver a Catia: una señora madura que confecciona uniformes de hombre. Se le ocurrirán unas cuantas cosas y sabrá dónde obtenerlas en tan poco tiempo. ¡Vete!

Cayo salió sonriendo. Tan pronto como hubo desaparecido, Mario llamó a su ayuda de cámara y extendió los pergaminos en la mesa sujetando los extremos con pesos lisos de plomo.

—Bien, muchacho —dijo al soldado—. Convoca a los centuriones para otra reunión. Quiero oír todas las propuestas nuevas, por estrambóticas que parezcan. ¿Qué se me olvida? ¿Cuál es el plan de Sila?

—Mi general, quizá ya hayas pensado en todo.

—Nadie es capaz de pensar en todo; lo único que podemos hacer es prepararnos para cualquier eventualidad. —Con un gesto de la mano, Mario mandó al soldado a hacer el encargo.

Cayo encontró a Cabera jugando a los dados con dos legionarios de Mario. El anciano estaba enfrascado en el juego y el muchacho contuvo la impaciencia mientras el hombre tiraba otra vez y aplaudía de satisfacción. Las monedas cambiaron de manos y Cayo tomó al anciano por el brazo antes de que empezara otra ronda.

—He hablado con Mario. Puede arreglar la ceremonia para mañana al amanecer. Hoy necesito ayuda para prepararlo todo.

Cabera lo miró detenidamente mientras se guardaba las ganancias en el andrajoso vestido marrón. Saludó a los soldados con un movimiento de cabeza y uno de ellos, un poco arrepentido, le dio un apretón de manos antes de marcharse.

—Estoy deseando conocer a esa muchacha que tanto impacto te ha causado.

Supongo que será tremendamente bella.

—¡Desde luego! Es como una diosa joven, con los ojos castaños y tiernos y el cabello dorado. No puedes imaginarte cuán bella es.

—No. Yo nunca fui joven. Nací viejo y arrugado, para sorpresa de mi madre —respondió Cabera con seriedad, y Cayo rompió a reír. La emoción lo embriagaba, había arrinconado la sombra amenazadora de la llegada de Sila en el fondo del pensamiento.

—Mario me ha dado vía libre con el dinero, pero los comercios cierran muy pronto. No hay tiempo que perder. ¡Vamos! —Cayo tiró a Cabera del brazo y el anciano soltó una risita; le hacía gracia tanto entusiasmo.

A medida que la noche se cerraba sobre la ciudad, Mario dejó a los centuriones y salió a inspeccionar una vez más las defensas de las murallas. Se desentumeció al tiempo que caminaba y oyó el crujir de las articulaciones de la espalda, dolorida de tanto inclinarse sobre los planos muchas horas. Una voz de alarma le recordó que era una necedad andar por la ciudad de noche, a pesar del toque de queda. Pero la pasó por alto con un encogimiento de hombros. Roma jamás le haría daño, sabía que la ciudad amaba a su hijo tiernamente.

Como respondiendo a sus pensamientos, notó en la cara el viento cálido que ya refrescaba y le secaba el sudor que había transpirado en los concurridos barracones. Cuando terminara con Sila, procuraría construir un palacio mayor para la legión romana. Había una zona pobre adjunta a las instalaciones que podría allanarse por orden senatorial. Se lo imaginó recibiendo a jefes extranjeros en grandes salones. Sueños, pero agradables para pasear por las calles silenciosas, donde sólo el repiqueteo de sus sandalias rompía la quietud perfecta.

Vio las siluetas de sus hombres recortadas contra el cielo estrellado mucho antes de llegar cerca de ellos. Unos permanecían en sus puestos y otros recorrían las rutas previstas, que se cambiaban al azar. De un vistazo, supo que se mantenían alerta. Buenos soldados. ¿Quién sabía lo que les esperaba la próxima vez que cayera la noche? Se encogió de hombros y se alegró de que nadie le viera en las calles sombrías. Sila vendría y lo recibirían con acero. No había por qué preocuparse, de modo que tomó una profunda y refrescante bocanada de aire y lo dejó todo a un lado en su fuero interno. Sonrió alegremente cuando el primero de muchos centinelas le dio el alto.

—Así me gusta, muchacho. Sujeta esa lanza firme, vamos; el *pilu* es un arma temible, en una mano firme. Eso es. Se me ocurrió dar una vuelta por esta parte. No soporto la espera, ¿sabes? ¿Y tú?

El centinela saludó seriamente.

—No me importa, señor. Adelante, señor.

—Así se hace —asintió Mario—. Contigo, no pasarán.

—No, señor.

El legionario se quedó mirándole y asintió para sí. El viejo todavía tenía hambre. Mario subió los escalones de la muralla nueva que la legión había levantado alrededor y por encima de las viejas puertas de Roma. Era una construcción sólida y resistente de pesados bloques trabados, con un amplio pasaje en la parte superior, donde un muro menor protegería a sus hombres de los arqueros. Puso las manos en la lisa piedra y contempló la noche. Si él fuera Sila, ¿cómo tomaría la ciudad?

Las legiones de Sila tenían enormes máquinas de sitiar, pesadas ballestas, catapultas y máquinas de arrojar piedras. Mario las había utilizado todas, y las temía. Sabía que Sila, además de cargar sus máquinas con piedras enormes para abatir murallas, podía cargarlas también con proyectiles menores que abrieran brechas entre los defensores que no se agacharan a tiempo. Él en su lugar usaría fuego, arrojaría barriles de combustible por encima de las murallas para incendiar los edificios del interior. Con los barriles suficientes, los hombres de las murallas quedarían iluminados desde atrás y serían un blanco fácil para los arqueros. Ya se había ocupado de retirar algunas construcciones de madera de la muralla, sus hombres habían desmantelado viviendas rápida y eficientemente. Las que no había podido retirar contaban con enormes depósitos de agua y equipos de hombres preparados para manejarlos. Era una idea nueva en Roma, y tendría que desarrollarla mejor cuando la batalla hubiera terminado. Todos los veranos, el fuego hacía estragos en las viviendas de la ciudad, y a veces se extendía a otras antes de que lo detuviera una calle ancha o un grueso muro de piedra. Un pequeño contingente preparado con agua podría...

Se frotó los ojos. Había dedicado demasiado tiempo a pensar y a planear. No había dormido más que unas pocas horas en las últimas semanas y el cansancio empezaba a minar incluso su vitalidad.

Habría que trepar la muralla con escalas. La de Roma era fuerte, pero las legiones estaban acostumbradas a tomar fortalezas y castillos. Las técnicas de asalto ya eran prácticamente rutinarias. Mario murmuró para sí, sabiendo que el siguiente centinela estaba demasiado lejos como para oírle:

—Jamás han luchado contra romanos, menos aún contra romanos defensores de su propia ciudad. Ésa es nuestra verdadera ventaja. Conozco a Sila, pero él me conoce a mí. Ellos tienen movilidad, pero nosotros tenemos la plaza y la fuerza moral. Al fin y al cabo, mis hombres no estarán atacando a su querida Roma.

Animado con esos pensamientos, continuó andando hasta la siguiente sección de las murallas. Habló con cada uno de los hombres, recordaba nombres de vez en cuando, les preguntaba por sus progresos, por sus ascensos y por sus seres queridos. No descubrió rastro de debilidad en ninguno de ellos. Eran como perros cazadores de

mirada dura, dispuestos a matar por él.

Cuando hubo recorrido la sección y volvió a las calles oscuras de abajo, se sentía animado por la fe sencilla que los hombres depositaban en él. Los llevaría a buen término, y ellos lo llevarían a buen término a él. Volvió a los barracones a grandes pasos, canturreando una melodía militar con el corazón alegre.

## XXVII

Cayo Julio César sonrió a pesar de la sensación de debilidad nerviosa que le aleteaba en el estómago. Con ayuda de la costurera de Mario, había tenido a los criados comprando y organizando las cosas casi toda la noche. Sabía que la ceremonia tenía que ser sencilla, y le asombró el gran número de miembros de la nobleza congregado allí, una mañana fría. Los senadores habían acudido al templo de Júpiter con sus familiares y esclavos. A cada mirada que se encontraba le seguía una sonrisa, y el aire estaba cargado del suave aroma de flores e incienso. Mario y Metella se encontraban en la entrada del templo de mármol, su tía se enjugaba las lágrimas de los ojos. Los saludó con un movimiento nervioso de la cabeza mientras esperaba la llegada de la novia. Se recompuso una vez más su lujosa toga, de escote bajo alrededor del cuello y con una amatista solitaria colgada de una fina cadena de oro.

Deseó que Marco estuviera allí. Le habría ayudado contar con alguien que le conociera de verdad. Todos los demás formaban parte del mundo en el que se estaba forjando; Tubruk, Cabera, Mario e incluso la propia Cornelia. Con repentino dolor, cayó en la cuenta de que, para conseguir que todo pareciera real, necesitaba la presencia de alguien que le mirase a los ojos sabiendo toda su trayectoria hasta ese momento. Sin embargo, Marco se encontraba lejos, en tierras extranjeras: como el audaz aventurero que siempre había querido ser. Cuando volviese, ese día señalado no sería más que un recuerdo que no podrían compartir.

Hacía frío en el templo y Cayo tembló un momento, se le puso la piel de gallina y el vello se le erizó. Estaba en una estancia llena de gente que no le conocía.

Si su padre viviera, podría haberse refugiado en él mientras todos aguardaban la llegada de Cornelia. Habrían compartido una sonrisa o un guiño que dijera: «Mira lo que he conseguido».

Notó que los ojos se le llenaban de lágrimas y levantó la mirada hacia el techo para evitar que resbalaran por su rostro. El funeral de su padre había sido el fin de los momentos serenos de su madre. Tubruk negó con la cabeza cuando Cayo le preguntó si ella podría acudir. El viejo gladiador la amaba tanto como cualquiera, lo sabía. Quizá desde siempre.

Carraspeó y procuró centrar los pensamientos en el momento presente; era necesario dejar la infancia atrás. En la estancia había muchos amigos, se dijo. Tubruk era como un tío suyo, con su afecto gruñón, y Mario y Metella parecían haberlo aceptado sin reservas. Marco tendría que haber estado presente. Se lo debía.

Esperaba que Cinna se mostrase agradable. No había hablado con él desde la petición formal de la mano de Cornelia. El encuentro no fue una ocasión alegre, aunque el senador mantuvo la dignidad por su hija. Al menos, había sido generoso con la dote de Cornelia. Cinna le había entregado las escrituras de una gran casa de la

ciudad en una zona próspera de Roma. Con esclavos y guardianes como parte del regalo, Cayo vio solucionada una preocupación. Ahora, Cornelia estaría a salvo pasara lo que pasase. Frunció el ceño. Tendría que acostumbrarse al nuevo nombre y desechar el anterior junto con los demás símbolos de la juventud. Julio, el nombre de su padre. Sonaba bien al oído, aunque suponía que seguiría siendo Cayo para los que le habían conocido de niño. Le entristecía que su padre no hubiera vivido para verle adoptar el nombre de adulto. Se preguntó si estaría viendo a su único hijo en ese momento, esperaba que así fuera, y lamentó no disponer de su presencia un solo instante más para compartir el orgullo y el amor.

Se volvió sonriendo débilmente a Cabera, que le miraba con expresión amarga, con el escaso cabello alborotado por haber tenido que levantarse a una hora que consideraba infame. También lucía un nuevo vestido marrón para la ceremonia, adornado con un sencillo broche de peltre del que sobresalía, orgullosa, una luna llena. Julio reconoció en el broche la obra de Alexandria y sonrió otra vez a Cabera, quien respondió rascándose vigorosamente una axila. Julio siguió sonriendo y, al cabo de unos instantes, el arrugado rostro del anciano se resquebrajó en una sonrisa amable, a pesar de las preocupaciones.

El futuro permanecía oculto, como siempre cuando él formaba parte de un destino determinado. El anciano se irritó, como siempre, porque sólo podía desvelar los caminos que tenían poco que ver con su propia vida, pero ni siquiera el inconveniente de sus celos le impidió regocijarse con la dicha juvenil que emanaba de Julio como una oleada cálida.

Los votos de matrimonio tenían algo de maravilloso, incluso los que se arreglaban con tantas prisas como aquél. Todo el mundo estaba alegre y, al menos durante la celebración, se olvidaban los problemas venideros, o se pasaban por alto hasta el anochecer.

Cayo oyó a sus espaldas unos pasos en el mármol y, al volverse, vio que Tubruk se levantaba de su asiento y se acercaba a los testigos. El administrador de la casa de campo tenía su acostumbrado aspecto fuerte, curtido y saludable, y Cayo, al apretarle el brazo firmemente, tuvo la impresión de apretar un ancla del mundo.

—Te veo un poco perdido aquí arriba. ¿Te encuentras bien? —preguntó Tubruk.

—Estoy nervioso, orgulloso y asombrado de que haya venido tanta gente.

Tubruk miró con interés renovado a los asistentes y se volvió a Cayo enarcando las cejas.

—En este recinto se ha reunido la mayor parte del poder de Roma. Tu padre se sentiría orgulloso de ti. Yo me siento orgulloso de ti. —Se detuvo un momento, indeciso sobre la conveniencia de continuar—. Tu madre quería venir, pero está muy débil.

Cayo asintió y Tubruk le dio una palmada cariñosa en el brazo antes de volver a

su lugar, unas pocas filas más atrás.

—En mi pueblo, sencillamente agarramos a la chica por el pelo y la metemos en nuestra cabaña —murmuró Cabera, desbaratando la beatífica expresión del sacerdote con su escandaloso comentario. Al verlo, el anciano siguió hablando animadamente—. Si no funciona, entregamos al padre una cabra y tomamos a una hermana. Es una fórmula mucho más sencilla... sin resentimiento y con leche de cabra gratis para el padre. Cuando yo era jovencito, tenía un rebaño de treinta cabras, pero tuve que regalarlas casi todas y me quedé sin sustento suficiente. No fue una decisión acertada, pero es difícil lamentarlo, ¿no?

El sacerdote se sonrojó ante semejantes referencias informales a las costumbres bárbaras, pero Julio sólo soltó una risita.

—Viejo tramposo, cuánto te gusta escandalizar a estos rectos ciudadanos romanos.

—Es posible —contestó Cabera inspirando con fuerza por la nariz. Se acordó de las complicaciones que tuvo cuando quiso ofrecer su última cabra por adelantado a cambio de una noche de placer. A él le pareció normal, en aquel momento, pero el padre de la muchacha tomó una lanza de la pared y persiguió al joven Cabera por los montes, donde tuvo que permanecer escondido tres días con sus noches.

El sacerdote miró a Cabera con aversión. Perteneecía a la nobleza pero, como religioso, vestía una toga de color crema con capucha que sólo le dejaba el rostro al aire. Aguardaba pacientemente la llegada de la novia, como los demás. Cayo le había explicado que la ceremonia tenía que ser lo más sencilla posible porque su tío tendría que ausentarse muy temprano. El sacerdote se había rascado la barbilla, visiblemente molesto por el inconveniente, pero Julio le metió discretamente un pequeño monedero lleno entre los pliegues de la toga, como «ofrenda» para el templo. También la nobleza tenía pagos y deudas que satisfacer. El servicio sería breve. Cuando Cornelia fuera entregada por su padre, se elevarían unas plegarias a Júpiter, Marte y Quirino. Habían pagado oro a un augur para que predijera riqueza y felicidad a los esposos. Después se pronunciarían los votos y Julio pondría a Cornelia una sencilla alianza de oro en el dedo. Sería su esposa y él sería su esposo. Notó cómo una gota de sudor resbalaba por su espalda y trató de tranquilizarse con un encogimiento de hombros.

Al mirar de nuevo a su alrededor, se encontró directamente con los ojos de Alexandria, ataviada con un vestido sencillito y un broche de plata. Unas lágrimas brillaban en su mirada, pero lo saludó con una leve inclinación de cabeza y Cayo se calmó un poco.

Una música suave empezó a sonar en el fondo; las notas iban elevándose hacia el techo abovedado como el humo que despedían los incensarios. Julio miró hacia atrás, contuvo la respiración y se olvidó de todo lo demás.

Allí estaba Cornelia, alta y recta, con un vestido de color crema, un sutil velo dorado y la mano en el brazo de su padre, que era incapaz de disimular la deslumbrante sonrisa de su rostro. Cornelia llevaba el cabello teñido de un tono más oscuro y sus ojos parecían reflejar el mismo color cálido. Un rubí engarzado en oro del tamaño de un huevo de ave adornaba su garganta, contrastaba con el tono más claro de su piel. Estaba bellísima y parecía frágil. Lucía una pequeña corona de flores de verbena y mejorana. Cayo percibió el olor de las flores a medida que Cornelia y Cinna se acercaban. Cuando llegaron a su altura, Cinna soltó la mano de su hija y se quedó un paso por detrás.

—Cayo Julio César, la confío a tu cuidado —dijo formalmente.

—La acepto a mi cuidado —contestó Julio. La miró y ella le hizo un guiño lleno de picardía.

Una vez arrodillados, Cayo percibió de nuevo el olor de las flores que emanaba de Cornelia y, sin poder evitarlo, miró la cabeza coronada. Se preguntó si se habría enamorado de no haber conocido a Alexandria, o si la hubiera conocido antes de visitar las casas donde las mujeres se compraban por noches e incluso por horas. No habría estado preparado, en aquellos momentos no, hacía ya un año y una vida entera. El sereno murmullo de las oraciones pasaba por encima de sus cabezas; se sintió satisfecho. Cornelia tenía los ojos tiernos como una noche de verano.

El resto de la ceremonia transcurrió borrosamente para Cayo. Se pronunciaron los sencillos votos: «Adonde tú vayas, voy yo». Se arrodilló para la imposición de manos del sacerdote, que duró una eternidad, y de pronto salieron al sol y la multitud los aclamaba y gritaba: «¡*Felicite!*» y Mario se despedía de él con una gran palmada en la espalda.

—Ahora eres un hombre, Julio, ¡o ella te convertirá en hombre enseguida! —dijo en voz alta y lanzándole un guiño malicioso—. Llevas el nombre de tu padre. Se habría sentido orgulloso de ti.

—¿Quieres que suba ahora a las murallas? —preguntó Julio al tiempo que le devolvía el apretón con fuerza.

—Creo que podemos prescindir unas horas de ti. Preséntate a mí esta tarde a las cuatro. Metella ya habrá terminado de llorar a esa hora, creo.

Se sonrieron como niños y Julio se quedó en suspenso por un momento, solo con su esposa, en medio de una multitud de buenos deseos. Alexandria se acercó y Julio le sonrió, pero se puso nervioso de repente. Tenía el oscuro cabello sujeto con una cinta y, al verla, se le hizo un nudo en la garganta. Cuánta historia guardaban esos ojos oscuros.

—Llevas un broche muy bonito —le dijo.

Alexandria se palpó hasta dar con él.

—Te sorprendería saber cuánta gente me ha preguntado por él esta mañana. Ya



me han hecho algunos encargos.

—¡Negocios, el día de mi boda! —exclamó, y ella asintió sin vergüenza.

—Que los dioses bendigan tu casa —le dijo formalmente, y se alejó. Cayo, al dar media vuelta, se encontró con Cornelia, que lo miraba intrigada, y la besó.

—¡Qué joven tan bonita! ¿Quién es? —preguntó con cierta preocupación en el tono de voz.

—Alexandria. Es una esclava de la casa de Mario.

—No tiene actitud de esclava —replicó Cornelia, recelosa.

—¿Eso son celos? —contestó Cayo riéndose.

Cornelia no sonrió y, Cayo le tomó las manos tiernamente.

—Eres todo cuanto deseo, Cornelia, mi bella esposa. Ven a nuestro nuevo hogar y te lo demostraré.

La besó y Cornelia se tranquilizó pensando en averiguar todo lo que pudiera sobre la joven esclava de las joyas.

El nuevo hogar carecía de mobiliario y esclavos. Eran las únicas personas que había y las voces resonaban en el espacio vacío. El lecho, de madera oscura torneada, era regalo de Metella. Al menos tenía un colchón sobre los listones, y sábanas suaves.

El peso de los nuevos títulos les hacía sentirse torpes y vergonzosos, durante los primeros instantes.

—Podrías quitarme la toga, esposa —dijo Cayo con voz alegre.

—Sí, esposo. Tú podrías soltarme el cabello, quizá.

Entonces, recobraron toda su pasión y la torpeza quedó relegada al olvido durante el resto de la mañana, mientras en el exterior, la temperatura aumentaba.

—Voy a estar agotado, esta tarde —dijo Cayo entre jadeo y jadeo, con el cabello empapado de sudor.

—¿Tendrás precaución? —dijo Cornelia con el ceño ligeramente fruncido.

—Ni por asomo; me echaré de bruces al conflicto. A lo mejor, hasta empiezo yo la batalla, para impresionarte.

—Podrías impresionarme de otra forma —dijo ella pasándole un dedo suavemente por la línea del pecho y rozándole la suave piel.

—No —dijo él con un gruñido—, en este momento no puedo, pero espera un poco.

Cornelia siguió moviendo los dedos delicadamente, con los ojos chispeantes de malicia.

—A lo mejor soy tan impaciente que no puedo esperar. Creo que sé despertar tu interés.

Unos momentos después, Julio volvió a gruñir y estrujó las sábanas apretando los puños.

A las cuatro en punto, Julio aporreaba la puerta de los barracones, pero le informaron de que el general había vuelto a las murallas, a recorrer las secciones una por una. Julio se había cambiado la toga por un uniforme sencillo de legionario, de tela y cuero. Llevaba el *gladius* colgado del cinturón y un casco bajo el brazo. Estaba un poco mareado, después de las horas pasadas con Cornelia, pero descubrió que podía guardar el deseo en un rincón de sí mismo. Volvería a ella como amante joven, pero en ese instante era un soldado, sobrino de Mario y pupilo del mismísimo Renio.

Encontró a Mario hablando con un grupo de oficiales y se detuvo a unos pasos de ellos a observar los preparativos. Mario había dividido la legión en reducidos grupos móviles de dieciséis hombres, cada grupo con unas tareas asignadas, de modo que la defensa de las murallas resultara más flexible que si todas las centurias se ocuparan de ello. Todos los patrulleros informaron de que Sila se dirigía a la ciudad en línea recta, sin disimulos. Daba la impresión de que Sila pensara asumir el riesgo de un ataque directo, pero Mario sospechaba que el verdadero plan se adivinaría tan pronto como el ejército apareciese a la vista. Terminó de impartir las últimas órdenes y dio un apretón de manos a cada uno de los oficiales antes de que se situaran en sus puestos. El sol ya había sobrepasado el cenit de su trayectoria y sólo quedaban unas pocas horas para el crepúsculo.

Se volvió hacia su sobrino y sonrió al verlo tan serio.

—Quiero que recorras las murallas conmigo, serás unos ojos nuevos para mí. Dime cuanto se te ocurra para mejorar la defensa. Observa a los hombres, observa su expresión, su actitud, y juzga su estado de ánimo.

Julio asintió y Mario soltó un suspiro de exasperación.

—Y sonríe, muchacho. ¡Arriba el espíritu! —Se acercó más a él—. Cuando llegue la mañana, muchos de estos hombres habrán muerto. Son profesionales, pero aún conocerán el miedo. A algunos no les gustará nada enfrentarse a sus propios conciudadanos en la batalla, aunque he procurado que los más recalcitrantes no se encuentren en la sección del primer asalto. Dirige unas palabras personalmente a cuantos puedas, no hace falta una conversación larga, sólo observa lo que hacen y felicítales por ello. Pregúntales cómo se llaman y, cuando les contestes, pronuncia su nombre también. ¿Preparado?

Julio asintió nuevamente y enderezó la espalda. Sabía que la forma de presentarse ante los demás influía en la impresión que se causaba. Si avanzaba a pasos largos, con la espalda y los hombros rectos, los hombres se lo tomarían en serio. Se acordó de su padre, cuando, de niños, les enseñaba a dirigir soldados.

—Mantén la cabeza alta y no te disculpes a menos que sea absolutamente necesario. En ese caso, discúlpate una vez en voz alta y clara. No gimas, no ruegues ni te deshagas en elogios jamás. Piensa antes de hablar con un hombre y, cuando sea

preciso, utiliza pocas palabras. El silencio impone respeto, la charlatanería inspira desprecio.

Renio le había enseñado a matar lo más rápida y silenciosamente posible. Todavía estaba aprendiendo a ganarse la lealtad de los hombres.

Recorrieron despacio una sección de las murallas deteniéndose y hablando con cada uno de los soldados; se extendieron un poco más con el jefe de la sección, escucharon sus ideas y sugerencias, y felicitaron a todos por su disposición.

Julio cruzó la mirada con algunos y les hizo un gesto de asentimiento sin dejar de mirarlos. Se detuvo al lado de un hombre que tenía el pecho como un barril y que estaba ajustando una potente ballesta metálica montada en el mismo muro de piedra.

—¿Qué alcance tiene?

—Con el viento a favor —contestó el ballestero tras saludar marcialmente—, trescientos pasos, señor.

—Excelente, ¿la máquina puede apuntar?

—Un poco; todavía tiene poca precisión. Los del taller están trabajando en un pedestal móvil.

—Bien, tiene un aspecto mortífero, ciertamente.

El soldado sonrió con orgullo y pasó un paño por el mecanismo del cabestrante que devolvía los pesados brazos a su lugar.

—Es mortífera, señor. Un arma tan peligrosa tenía que tener nombre de mujer.

Julio asintió pensando en Cornelia y en sus doloridos músculos.

—¿Cómo te llamas, soldado?

—Trad Lepido, señor.

—Procuraré saber a cuántos enemigos abate esta ballesta.

—Serán unos cuantos, señor —replicó el hombre sonriendo de nuevo—. Nadie va a entrar en mi ciudad sin permiso del general, señor.

—Así se habla. —Julio reanudó el paseo con un poco más de confianza en sí mismo. Si todos los hombres eran tan rotundos como Trad Lepido, no habría ejército en el mundo capaz de tomar Roma. Alcanzó a su tío, que acaba de aceptar un trago de un frasco de plata, cuyo contenido le hizo resoplar.

—¡Por Marte bendito! ¿Qué es esto, vinagre?

—Señor, con el debido respeto —respondió el oficial procurando no sonreír—, diría que estás acostumbrado a cosechas mejores. Es alcohol puro.

—¡Alcohol puro! ¡Hay que ver cómo calienta! —replicó Mario bebiendo una vez más. Por fin se limpió los labios con el dorso de la mano—. Excelente. Manda un vale al intendente por la mañana. Creo que un frasco para los oficiales sería lo justo para combatir el frío de las noches de invierno.

—Sin duda, señor —replicó el hombre frunciendo un poco el ceño al tratar de calcular las ganancias que obtendría como proveedor exclusivo de su propia legión.

El resultado le satisfizo visiblemente y saludó a Julio marcialmente cuando éste pasó frente a él haciéndole un gesto de asentimiento.

Por fin, Mario llegó a los escalones que descendían a la calle señalando el final de esa sección. Julio había hablado, escuchado o saludado a cada uno de los cien soldados de esa parte de las murallas. Le hormigueaban los músculos faciales y, sin embargo, participaba un poco del orgullo de su tío. Eran hombres valientes y confortaba mucho saber que estaban dispuestos a dejar la vida a las órdenes de uno. El poder era seductor, y Julio participaba del cálido reflejo que se desprendía de su tío. La emoción iba en aumento, a medida que aguardaba con su ciudad la llegada de Sila y de la oscuridad.

Se habían levantado estrechas torres de madera a intervalos alrededor de toda la ciudad. Coincidiendo con la puesta de sol, un vigía dio un grito desde una de ellas y se corrió la voz a toda velocidad. El enemigo asomaba por el horizonte, desfilando hacia la ciudad. Se cerraron las puertas.

—¡Por fin! La espera empezaba a desgastarme —resopló Mario, precipitándose fuera del barracón mientras el largo ulular de las trompas de alarma se extendía por toda la ciudad.

Las reservas ocuparon sus posiciones. Los pocos romanos que todavía deambulaban por las calles corrieron a sus casas, a refugiarse de los invasores. Al pueblo le importaba poco quién gobernase la ciudad, siempre y cuando la propia familia estuviera a salvo.

Los plenos del senado de aquel día se habían pospuesto y también los senadores se encontraban en sus casas palaciegas, salpicadas por toda la ciudad. Ninguno había tomado el camino del oeste, aunque algunos habían enviado a su familia fuera de la ciudad, a las propiedades del campo, para no exponerlas al peligro. Unos cuantos salieron a los balcones con una sonrisa tensa a observar el horizonte, mientras las trompas seguían gimiendo por la ciudad en penumbra. Otros, encogidos de miedo, procuraban tranquilizarse en el baño o en la cama ayudados por esclavos masajistas. Roma no había sufrido un ataque en toda su historia. Siempre había sido muy fuerte. El propio Aníbal prefirió enfrentarse a las legiones romanas en campo abierto, en vez de asaltar la ciudad. Fue necesaria la personalidad de Escipión para cortarle la cabeza, a él y a su hermano. ¿Sería Mario tan hábil como Escipión, o sería Sila quien tomara Roma con manos ensangrentadas, al final? Uno o dos senadores ofrecían incienso a sus lares en los altares de su casa. Habían apoyado a Mario mientras éste se aseguraba el control de Roma, se habían visto obligados a ponerse de su parte públicamente. Muchos se jugaban la vida por la victoria de Mario, pues Sila jamás se inclinaba al perdón.

## XXVIII

Cuando la noche se cerró, se encendieron antorchas alrededor de la ciudad. Julio se preguntó qué les parecería a los dioses, al contemplarla desde arriba, ¿una especie de ojo brillante en la vasta negrura de la tierra? «Nosotros miramos hacia arriba, mientras que ellos miran hacia abajo», pensó.

Se encontraba con Cabera, al nivel del suelo, escuchando las novedades que se anunciaban a voces desde las atalayas de la muralla y corrían hasta el fondo de la ciudad como una arteria de información para los que no veían ni oían nada. Sin embargo, a pesar de los gritos, podía oírse a lo lejos el ruido de pasos de miles de hombres armados y caballos en movimiento; ruido que llenaba el dulce aire nocturno y aumentaba a medida que se acercaban.

No había duda. Sila conducía a su legión directamente por la Vía Valeria hacia las puertas de la ciudad, sin subterfugios. Los vigías informaron de la presencia de una fila de muchas millas de longitud de hombres con antorchas, que se hundía en la oscuridad y cuya cola desaparecía tras los montes. Era una formación en marcha en tierras amigas, no un acercamiento cauteloso al enemigo. La seguridad con que se desarrollaba la tranquila marcha sorprendió a muchos y les hizo preguntarse por las intenciones de Sila. Lo único cierto era que Mario no se dejaría acobardar por el aplomo ajeno.

Sila apretó los puños de emoción cuando las murallas y las puertas de la ciudad empezaron a brillar con el reflejo de las antorchas de su legión. Miles de guerreros y la mitad más de apoyo desfilaban en medio de la noche. El ruido era rítmico y ensordecedor, el estrépito de los pies sobre las piedras del camino levantaba ecos en la ciudad y alrededor de ella. Le brillaron los ojos a la luz de las antorchas y levantó la mano derecha con gesto indiferente. La señal se transmitió haciendo ulular grandes trompas en la oscuridad, que provocaban respuestas a lo largo de la gran fila de soldados.

Detener a una legión requería pericia y entrenamiento. Cada sección tenía que detenerse nada más oír la orden, de lo contrario se produciría una colisión y la precisión se perdería en el caos. Sila miró atrás, monte abajo, y asintió con satisfacción al ver detenerse a las centurias una por una, con las antorchas en alto, sujetas por manos firmes. Fue necesaria casi una hora desde la primera señal hasta el final, pero estaban todos en la Vía Valeria y el silencio natural de los campos parecía envolverlos en su eco. La legión esperaba órdenes, dorada y brillante.

Sila sonrió. También Mario estaría impaciente, aguardando el próximo movimiento. Que esperase, ahí estaba la debilidad clave de las posiciones

fortificadas: sólo podían defenderse y desempeñar un papel pasivo.

Sila esperó pacientemente; hizo una señal para que le llevaran vino fresco. En ese momento, observó la actitud rígida de uno de los antorcheros. Se preguntó por qué estaría tan tenso. Se inclinó hacia delante sin descender de la silla y percibió el fino hilillo de grasa hirviente que se derramaba de la antorcha en dirección a la mano desnuda del esclavo. Observó el rápido movimiento de los ojos del hombre, que iban y venían del frente al líquido abrasador. Vio también el sudor que le perlaba la frente ante el desafío de mantenerse impertérrito cuando notara la quemazón en la piel.

Creía en los augurios y, en esos momentos, ante las mismísimas puertas de Roma, sabía que los dioses estarían mirándole. ¿Sería un mensaje del Olimpo, una señal para que él la interpretase?

Ciertamente, los dioses le amaban, como lo demostraba su encumbrada posición. Los planes estaban hechos, pero siempre era posible un desastre, sobre todo ante un hombre como Mario. Las llamas danzantes de la grasa tocaron la piel del esclavo. Sila enarcó una ceja e hizo una mueca de sorpresa. A pesar del evidente dolor que debía de sentir, el hombre permanecía inmóvil, quieto como una piedra, dejando que el hilo abrasador le pasara por los nudillos y siguiera su curso hasta el polvo de las piedras del suelo. Sila le veía la mano envuelta en suave resplandor amarillo, a la luz de la antorcha, ¡y el hombre seguía sin mover un pelo!

—¡Esclavo! —lo llamó. El hombre se volvió hacia su señor y Sila le hizo un gesto de asentimiento.

—Estás relevado. Ve a lavarte la mano. Tu valentía es un buen augurio para esta noche.

El hombre asintió, agradecido, y apagó las diminutas llamas que quedaban aplastándolas con la otra mano. Se escabulló de su puesto con el rostro congestionado y jadeando de alivio. Sila aceptó con elegancia una copa fresca y brindó por las murallas de la ciudad; sus ojos quedaron ocultos tras la copa al levantarla, y saboreó el vino. No había nada que hacer, salvo esperar.

Mario apretaba con irritación el borde del sólido muro.

—¿Qué hace? —murmuró para sí. Veía la legión de Sila perdiéndose en la distancia, detenida a sólo unos centenares de pasos de la puerta que se abría a la Vía Valeria. Sus hombres esperaban con él, en tensión, como él.

—General, se encuentran justo fuera de tiro —musitó un centurión.

—Lo sé —contestó Mario, dominando un acceso de rabia—. Si cruzan la puerta, abrid fuego inmediatamente. Con esa formación, no lograrán tomar la ciudad jamás.

¡Era absurdo! Sólo un frente ancho podía hacer algo contra un enemigo convenientemente preparado. La formación en fila de una sola lanza no podría hacer absolutamente nada para romper las defensas. Apretó los puños con rabia. ¿Qué era

lo que se le escapaba?

—Que den la alarma tan pronto como se produzca cualquier cambio —ordenó al jefe de la sección, y volvió entre las filas hasta los escalones, y de allí a la calle de la ciudad.

Julio, Cabera y Tubruk aguardaron pacientemente a que Mario se acercase y le vieron cambiar impresiones con sus consejeros, que no tenían nada nuevo que ofrecerle, a juzgar por el movimiento de sus cabezas. Tubruk soltó el broche de seguridad de la vaina del *gladius* al notar la enervación que siempre precedía a los derramamientos de sangre. Se palpaba en el aire, y se alegró de haber estado allí todo el caluroso día. Cayo... no, Julio desde entonces, había estado a punto de ordenarle que regresara a la casa de campo, pero el muchacho percibió algo en los ojos del antiguo gladiador que le impidió darle la orden.

A Julio le habría gustado que el grupo de amigos se hubiera encontrado allí en pleno. Habría agradecido los consejos de Renio y el curioso sentido del humor de Marco. Aparte de eso, si se llegaba a producir el combate, había pocos hombres mejores de quienes rodearse. También él había soltado la espada y rascado la hoja contra la boca de metal unas cuantas veces, para evitar obstrucciones. Era la quinta vez que hacía lo mismo en un corto intervalo de tiempo, y Cabera le dio una palmada en el hombro que le sobresaltó un poco.

—Los soldados siempre se quejan de la espera. Yo la prefiero a la lucha. —En realidad, percibía la presión que ejercían sobre él los caminos serpenteantes del futuro y se debatía entre el deseo de llevarse a Julio lejos de allí, a un lugar seguro, o trepar a la muralla y luchar en el primer asalto. ¡Cualquier cosa, con tal de que los caminos se resolvieran en simples acontecimientos!

Julio miró atentamente las murallas fijándose en el número y las posiciones de los hombres, en los ágiles cambios de guardia, en las pruebas de las ballestas y demás armas mortíferas. Roma contenía el aliento, las calles estaban en silencio y, sin embargo, nada se movía ni cambiaba. Mario paseaba de un lado a otro a fuertes zancadas, dando órdenes a voces que mejor hubiera dejado a los hombres de confianza de la cadena de mando. Se habría dicho que la tensión también le afectaba a él.

Los relevos interminables de mensajeros cesaron por fin. Ya no había más agua que acarrear y las reservas de flechas y proyectiles estaban en su lugar. Sólo los pasos ansiosos de un mensajero de otra parte de la muralla rompían la tensión cada poco. Julio vio la expresión preocupada de Mario, que casi empeoró con la noticia de que no parecía que iba a haber ataque. ¿Sería posible que Sila pretendiera en verdad arriesgar el cuello entrando legalmente en la ciudad? Tanto valor le haría ganar admiradores, si se acercaba en persona hasta las puertas, pero Julio estaba seguro de que moriría, que lo mataría una flecha «accidentalmente», cuando se acercara. Mario

no dejaría viva a una serpiente tan peligrosa si se ponía a tiro de flecha.

Un mensajero embozado interrumpió sus pensamientos empujándolo al pasar a su lado. En ese momento, se produjo un cambio. Julio vio con horror que los hombres de la sección más próxima de la muralla eran abordados súbitamente desde atrás por sus propios compañeros. Estaban tan impacientes por la legión que aguardaba fuera que, en pocos instantes, cayeron por veintenas. Los aguadores soltaron los cubos que transportaban y hundieron sus dagas en los soldados que más cerca tenían, y los mataron antes incluso de que comprendieran que eran víctimas de un ataque.

—¡Dioses! —musitó—. ¡Ya están dentro!

Antes de haber desenvainado y percibir, más que ver, que Tubruk había hecho lo mismo, vio que encendían una flecha incendiaria en un brasero y la lanzaban al aire nocturno. Mientras ascendía describiendo un arco, el silencio que cubría los asesinatos se quebró. Al otro lado de las murallas, la legión de Sila empezó a aullar como si los infiernos se hubieran abierto y hubieran emergido al exterior.

Abajo, en la oscura calle, Mario estaba de espalda a la muralla cuando vio la expresión de sorpresa de un centurión. Dio media vuelta a tiempo de ver al hombre arañando el aire, empalado en una daga larga que le habían clavado en la espalda.

—¿Qué es eso? Por la sangre de los dioses... —Tomó una gran bocanada de aire disponiéndose a correr hacia las secciones más cercanas, cuando vio una flecha encendida que subía hacia la noche sin estrellas, negra como la tinta.

—¡A mí! ¡La Primigenia a las puertas! ¡Resistid en la puerta! ¡Tocad a rebato! ¡A rebato! ¡Ya están aquí!

Se le quebró la voz, pero los que tocaban la trompa yacían en charcos de su propia sangre. Uno todavía forcejeaba contra sus asaltantes sujetándose al fino tubo de bronce, a pesar de las sañudas puñaladas que recibía. Mario sacó la espada, que pertenecía a su familia desde hacía generaciones. Tenía el rostro negro de ira. Los dos hombres murieron; se llevó la trompa a los labios y probó la sangre que salpicaba el metal.

A su alrededor, en la oscuridad, le contestaron otras trompas. El enemigo había ganado el primer asalto, pero juró que el combate no estaba decidido todavía.

Julio vio que el grupo de mensajeros disfrazados iba armado y se dirigía hacia Mario, que blandía la trompa ensangrentada y la brillante espada negra ya de sangre. La muralla se alzaba a su espalda cubierta de inquietas sombras de antorcha.

—¡Aquí! ¡Van a por el general en medio de la confusión! —dijo a voces a Tubruk y a Cabera, cargando contra la retaguardia del grupo sin dejar de gritar.

Del primer golpe, alcanzó en el cuello a uno de los que corrían, cuando aminoraron la velocidad para zafarse de otros grupos de luchadores enzarzados. Por fin, los hombres de Mario cayeron en la cuenta de que el enemigo se había disfrazado, pero luchar era difícil y, entre los destellos de color y los golpes del



combate, nadie sabía qué grupos eran amigos y cuáles enemigos. Era una estratagema devastadora y, murallas adentro, había estallado el caos.

Julio rasgó con la hoja un músculo de una pierna, arrolló en la carrera al cuerpo que se desplomaba y le satisfizo el desplazamiento y el resquebrajamiento de huesos que percibió bajo las sandalias. Al principio, le sorprendió que el grupo no luchara, pero enseguida se dio cuenta de que tenía órdenes de asesinar a Mario, por eso procuraban evitar cualquier otro peligro.

Tubruk derribó a otro hombre de un salto que los derrumbó a ambos cuan largos eran en los duros guijarros del suelo. Cabera se hizo cargo de otro soldado de Sila lanzando la daga y clavándosela en el costado; el hombre se tambaleó. Julio, al pasar ruidosamente a su lado, lo remató utilizando el arma como una hoz, y notó el satisfactorio esfuerzo del brazo al entrar en contacto y segar.

Más allá, Mario continuaba solo y varias sombras negras iban rodeándolo. Aulló desafiante al ver que se acercaban y, de repente, Julio supo que ya era tarde. Más de cincuenta hombres cargaban contra el general. Todos los soldados de las cercanías yacían muertos o agonizantes. Uno o dos todavía gritaban de rabia, pero tampoco podían alcanzar a su tío.

Mario escupió sangre y flema y levantó la espada amenazadoramente.

—Vamos, muchachos. No me hagáis esperar —farfulló entre dientes, mientras la furia mantenía la desesperación a raya.

Julio notó un fuerte tirón por el cuello que lo detuvo en seco. Gritó de rabia y, al darse la vuelta para enfrentarse al ataque, lo agarraron por el brazo de la espada. Se encontró frente a Tubruk, que lo miraba seriamente.

—No, chico. No hay nada que hacer. Escapa mientras puedas.

Julio forcejeó contra la mano que lo sujetaba y juró con rabia incoherente.

—¡Suéltame! Mario está...

—Lo sé. No podemos salvarlo. —El rostro de Tubruk estaba frío y blanco—. Sus hombres están muy lejos. De momento, nos han dejado en paz, pero son muchos. Vive para vengarlo, Cayo. Vive.

Julio giró sobre sus talones, sujeto todavía, y, a cincuenta pasos, vio a Mario, que caía bajo una masa enorme de cuerpos, algunos inertes ya, como sin huesos, muertos por su espada. Vio que los demás blandían garrotes y descargaban sobre el general un torrente de porrazos hasta hundirlo en el suelo con despiadada ferocidad.

—No puedo huir —dijo Julio.

—No —dijo Tubruk con un juramento—, pero puedes retirarte. Esta batalla está perdida. La ciudad está perdida. Mira, los que están en las puertas son los propios traidores de Sila. La legión nos aplastará si no movemos ahora. Vamos.

Sin esperar acuerdo alguno, Tubruk agarró al joven por debajo de un brazo y empezó a llevárselo a rastras, mientras Cabera lo agarraba por el otro brazo.

—Bien, vamos a por los caballos, cruzaremos la ciudad hacia otra puerta. Después seguiremos hasta la costa y abordaremos una galera de la legión. Tienes que salir de aquí. Por la mañana, quedarán muy pocos de los que han apoyado a Mario —añadió Tubruk en tono sombrío.

El joven se dejó llevar sin oponer resistencia, pero de pronto se tensó de espanto al ver que la noche se movía sola, se llenaba de sombras alrededor. Varias espadas les presionaron la garganta y Cayo se preparó anticipándose al dolor que sentiría, cuando una orden rasgó la noche.

—A éstos no. Los conozco. Sila los quiere vivos. Atadlos con las cuerdas.

Forcejearon, pero fue en vano.

A Mario le arrebataron la espada de la mano y oyó el estruendo casi lejano, cuando la arrojaron contra las piedras. Recibía los golpes de los garrotes no con dolor, sino como simples impactos que le volteaban la cabeza de un lado a otro entre crujir de cuerpos. Se le rompió una costilla y le pareció un carámbano de dolor, y después, el brazo se le retorció y el hombro se le dislocó con un desgarrón. Recobró la conciencia y volvió a perderla cuando una sandalia le rompió los dedos. ¿Dónde estaban sus hombres? Seguro que acudirían a salvarle la vida. No era así como tenían que suceder las cosas, no había previsto terminar así. Ése no era el hombre que había entrado en Roma a la cabeza de un gran desfile triunfal, vestido de púrpura y arrojando monedas al pueblo que lo amaba. Ése era un objeto destrozado que resollaba sangre y vida sobre los afilados guijarros y que se preguntaba si sus hombres llegarían por fin a salvarlo, a él, que los amaba a todos como un padre a sus hijos.

Le tiraron de la cabeza hacia atrás y esperaba que a continuación una espada le segara la garganta descubierta. Tras largos momentos de agonía, la espada no llegó y sus ojos vieron la imponente mole negra de la puerta Valeria. Una multitud de sombras saltaba por encima, los cuerpos la cubrían como si de un traje obscuro se tratara. Vio primero a unos equipos de hombres que levantaban la inmensa tranca y, después, el crepitar de las antorchas que brillaban al otro lado. La gran puerta se abrió, detrás se encontraba la legión de Sila, con el propio general a la cabeza, con el cabello recogido hacia atrás mediante una diademada de oro, la toga de un blanco puro y las sandalias doradas. Parpadeó para quitarse la sangre de los ojos y, a lo lejos, oyó un nuevo clamor de espadas, cuando la Primigenia se lanzó en avalancha desde todos los lugares de la ciudad al rescate de su general.

Ya era tarde. El enemigo estaba dentro y el general había perdido. Sabía que incendiarían Roma, nada podría evitarlo. Sus tropas serían aplastadas, habría una matanza cruenta y la ciudad sería violada y destruida. Al día siguiente, si Sila seguía con vida, heredaría un manto de cenizas.

La mano que le agarraba la cabeza se tensó y lo alzó más produciéndole un dolor

distinto entre muchos otros. Mario sintió una cólera fría contra el hombre que avanzaba tan altivamente hacia él, aunque mezclada con un matiz de respeto hacia un enemigo valioso. ¿No se juzgaba a los hombres por sus enemigos?

De ser así, Mario era grande. Los pensamientos iban y venían, brumosos a causa de las fuertes contusiones. Le pareció que perdía el conocimiento sólo unos instantes, y volvió en sí al recibir una bofetada de un soldado con cara de bruto; sonrió al verle sangre en las manos. El hombre empezó a limpiarse en su sucia toga, pero entonces, una voz se dejó oír y habló con claridad y potencia.

—Cuidado, soldado. Tienes sangre de Mario en las manos. Creo que se le debe respeto.

El hombre se quedó mirando al conquistador con la boca abierta, incapaz de comprender. Se alejó unos pocos pasos, en dirección a la masa creciente de soldados, con las manos tías, alejadas del cuerpo.

—Son pocos los que comprenden, ¿verdad, Mario?, lo que significa haber nacido para la grandeza. —Sila se situó de forma que Mario pudiera mirarle a la cara. En sus ojos chispeaba una satisfacción que Mario no había esperado ver. Desvió la cabeza para expectorar sangre de la garganta, y la dejó caer por la barbilla sin fuerza. No tenía energía para escupir ni deseaba mantener un diálogo ingenioso y seco en los momentos anteriores a la muerte. Se preguntó si Sila respetaría la vida de Metella, aunque sabía que probablemente no. Julio... esperaba que hubiera escapado, aunque seguramente estaría enfriándose ya entre los muchos cadáveres que les rodeaban.

El ruido de fondo de la batalla iba en aumento y Mario oyó que sus hombres repetían su nombre como una consigna al tiempo que luchaban por abrirse camino hasta él. No quería alimentar esperanzas, resultaba insoportable. La muerte tardaría unos segundos y sus hombres sólo encontrarían su cadáver.

Sila se dio unos golpecitos en los dientes con la uña pensativamente.

—¿Sabes? A cualquier otro general, simplemente lo ejecutaría y después negociaré con la legión el cese de las hostilidades. Al fin y al cabo, soy cónsul y estoy en mi derecho. No tendría por qué ser un asunto complicado el permitir a las fuerzas opositoras que se retirasen de la ciudad y conducir a mis hombres en su lugar hasta los barracones. No obstante, creo que tus hombres continuarán hasta que caiga el último, con el coste añadido de cientos de vidas más por parte de los míos. ¿Acaso no eres el general del pueblo, amado por la Primigenia? —Volvió a darse unos golpecitos en los dientes y Mario concentró sus esfuerzos en superar el dolor y el agotamiento que amenazaban con sumirlo de nuevo en las tinieblas.

»Para ti, Mario, tengo que encontrar una solución especial. Ésta es mi oferta. ¿Me oye? —preguntó a uno de los hombres que Mario no veía. Otros bofetones lo sacaron del estupor.

»¿Estás todavía con nosotros? Di a tus hombres que acepten mi autoridad legal

como cónsul de Roma. La Primigenia tiene que rendirse y mi legión se desplegará por la ciudad sin incidentes ni ataques. De todos modos, ya estamos dentro, lo sabes. Si eres capaz de hacerles llegar el mensaje, te dejaré marchar de Roma con tu esposa, bajo la protección de mi honor. Si te niegas, no quedará vivo ni uno de tus hombres. Los destruiré de calle en calle, de casa en casa, junto con cuantos te han favorecido o apoyado en algún momento, con sus esposas, hijos y esclavos. En pocas palabras, borraré tu nombre de los anales de la ciudad y no quedará un hombre vivo que te haya llamado amigo. ¿Entiendes, Mario? Ponedlo de pie y sujetadlo. Que venga el aguador a aclararle la garganta.

Mario oyó las palabras y trató de retenerlas en sus pensamientos arremolinados y plúmbeos. Se fiaba del honor de Sila tanto como de su capacidad para escupir, pero la legión podía salvarse. Los mandarían lejos de Roma, naturalmente; les confiarían alguna tarea degradante vigilando minas de estaño en los confines del norte, limpiándolas de salvajes pintarrajeados, pero estarían vivos. Había apostado y había perdido. Lo embargó una lúgubre desesperación que amortiguó el intenso dolor de huesos rotos, que se movieron en manos de los hombres de Sila, hombres que, un año antes, no se habrían atrevido a ponerle un dedo encima. Los brazos le colgaban inertes, insensibles y ajenos a él, pero eso ya no importaba. Un último pensamiento le impidió hablar inmediatamente. ¿Le convenía darse tiempo con la esperanza de que sus hombres lograran abrirse paso victoriosamente e invirtieran la situación a su favor? Volvió la cabeza y vio la masa de hombres de Sila que se abrían en abanico haciéndose con las calles, y comprendió que la posibilidad de una represalia rápida ya no existía. A partir de ese momento, sería el combate más sucio y enconado, y gran parte de su legión se encontraba todavía en las murallas, sin posibilidades de unirse a los demás. No.

—De acuerdo. Tienes mi palabra. Deja que los hombres de mi legión que más cerca se encuentren me vean, y les daré la orden.

—Si faltas a tu palabra —dijo Sila con una mueca de recelo—, morirán por centenares. Tu mujer sufrirá tortura hasta la muerte. Pongamos fin a esto. ¡Llévadlo al frente!

Mario gruñó de dolor cuando lo sacaron de la sombra de la muralla y lo llevaron a rastras hacia el lugar donde el estruendo de armas era más intenso. Sila hizo un gesto de asentimiento a sus asesores.

—Tocad retirada —ordenó secamente, en un tono que dejó escapar el primer síntoma de nervios desde que Mario lo había visto. Las trompas tocaron la melodía e, inmediatamente, las filas primera y segunda retrocedieron dos pasos del enemigo manteniendo las posiciones con espadas ensangrentadas.

La legión de Mario había descendido de las murallas del sureste de la ciudad e invadía las calles. Recorrían en masa hasta el último callejón con los ojos brillantes

de ira y sed de sangre. Detrás de ellos, iban sumándose otros a cada momento, a medida que las murallas se quedaban sin defensores. Cuando levantaron a Mario para que hablara, un gran aullido se elevó de entre ellos, un sonido animal de venganza. Sila se mantenía en su lugar, pero se le tensaron los músculos de alrededor de los ojos. Mario respiró tan hondo como pudo para hablar y notó la presión de una daga en la columna vertebral.

—Primigenia —dijo con voz ronca, pero reunió fuerzas y volvió a intentarlo—. ¡Primigenia! No hay deshonor. No hemos sido traicionados, sino atacados por los hombres que Sila dejó aquí. Ahora, si me amáis, si alguna vez me habéis amado, ¡matadlos a todos y quemad Roma!

Sin prestar atención a la daga que le desgarraba, se mantuvo un largo momento en pie, fuerte ante sus hombres, mientras ellos aullaban de júbilo ferozmente. Después, se desplomó en el suelo.

—¡Por el fuego del infierno! —exclamó Sila al ver la embestida de la Primigenia—. ¡Filas de a cuatro en fondo! ¡Formación de combate y ataque! ¡A mí la Sexta Compañía! ¡Al ataque! —Desenvainó la espada en el momento en que la compañía más cercana se cerraba protegiéndolo. Ya olía la sangre y el humo en el aire, pero faltaban horas para el amanecer.

## XXIX

Marco miró por encima del parapeto forzando la vista en dirección a las lejanas hogueras del enemigo. El lugar era hermoso, pero nada suave. Los inviernos mataban todo lo viejo y débil y hasta los espinos parecían marchitos y derrotados, colgados en los empinados peñascos de los puertos de montaña. Después de más de un año haciendo de explorador por los montes, tenía la piel de un color tostado oscuro y el cuerpo correoso de músculos nervudos. Había empezado a demostrar que a él «le daba la espina», como decían los veteranos para referirse a la facultad de oler las emboscadas, descubrir a un rastreador y desplazarse sin ser visto por las peñas en la oscuridad. A todos los rastreadores expertos «les daba la espina», y a los que no les daba al cabo de un año, no les daría jamás... ni llegarían a ser rastreadores de primera categoría, aseguraban.

Marco fue ascendido por primera vez al mando de ocho hombres porque, tras descubrir una emboscada de una tribu de pieles azules, dirigió a los demás exploradores en una maniobra envolvente desde atrás. Redujeron al enemigo a picadillo, pero hasta después de consumados los hechos, no cayeron en la cuenta de que habían seguido sus instrucciones sin discusión. Era la primera vez que veía a los nómadas salvajes tan de cerca, la imagen de los rostros pintados de azul todavía se le aparecía en sueños, cuando ingería comida mala o vino barato.

La política de la legión era controlar y pacificar la zona, lo cual significaba en la práctica carta blanca para matar a tantos salvajes como pudieran. Menudeaban las atrocidades. Se perdían guardianes romanos y aparecían atados a un poste con las entrañas al sol inclemente. La compasión y la bondad se evaporaban rápidamente entre el calor, el polvo y las moscas. La mayor parte de las acciones eran de menor importancia. En un terreno tan escabroso y hostil, no se podían llevar a cabo las batallas de rigor a las que tan aficionados eran los legionarios romanos. Las patrullas salían y regresaban con un par de cabezas o algún hombre de menos. Parecía que el resultado quedaba en tablas, como si ninguna de las dos partes tuviera fuerza suficiente para exterminar a la otra.

Tras doce meses de lo mismo, los asaltos a las caravanas de provisiones aumentaron y se hicieron más brutales de repente. Los hombres de Marco y algunos jefes más fueron asignados a reforzar la guardia de los barriles de agua y salazones que debían transportarse a los puestos de avanzada más aislados.

Se sabía desde siempre que esas edificaciones irritaban a las tribus como una piedra en las botas, y por eso atacaban con frecuencia los pequeños fortines de piedra de los montes. La legión relevaba regularmente a los hombres destinados allí, y muchos volvían al campamento fijo contando historias espeluznantes de cabezas arrojadas por encima de los parapetos y palabras escritas con sangre en las murallas a

la salida del sol.

Al principio, los deberes de la guardia de la caravana no se le hacían pesados a Marco. Cinco de sus ocho hombres eran expertos y de temperamento frío, y cumplían las tareas sin quejas ni alboroto. De los tres restantes, Japek protestaba continuamente, indiferente al poco aprecio que le tenían sus compañeros; a Rupis le faltaba poco para retirarse y lo habían rebajado a las filas por un error de mando, y el tercero era Peppis. Cada uno representaba un problema diferente y Renio se limitó a sacudir la cabeza cuando le pidió consejo.

—Son tus hombres, solúcionalo tú —fue lo único que le dijo.

Marco nombró su segundo a Rupis, al cargo de cuatro de ellos, con la esperanza de devolverle un poco de orgullo. Sin embargo, el hombre se lo había tomado como un insulto velado y casi le enseñaba los dientes cada vez que le daba una orden. Tras pensarlo un poco, Marco ordenó a Japek que manifestara por escrito cada una de sus quejas en el momento en el que se le ocurrieran, hasta que reuniera un muestrario suficiente como para presentárselo al centurión cuando volvieran al campamento fijo. El centurión tenía fama de no soportar a los necios, y Marco se alegró al comprobar que ni una sola queja había sido recogida en el pergamino que le había proporcionado de las reservas de la legión. Un triunfo pequeño, quizá, pero el joven se esforzaba por aprender a tratar con la gente o, como decía Renio, a obligarles a hacer lo que uno quiere sin fastidiarles tanto que lo hagan mal. Cada vez que lo pensaba, sonreía; tenía gracia que el único maestro de diplomacia de su vida fuera Renio, precisamente.

El problema de Peppis no podía resolverse con unas palabras ni con un bofetón. Había empezado con buen pie en los barracones fijos, había crecido en altura y corpulencia gracias a la buena alimentación y al ejercicio. Pero desafortunadamente, tenía tendencia a robar en las despensas; muchas veces enseñaba el botín a Marco, lo cual le ponía en un grave aprieto. Peppis no abandonaba ese hábito ni obligándole a devolver todo lo robado y propinándole una azotaina breve pero contundente, y al cabo de un tiempo, Leónides, el centurión de la Puño de Bronce, mandó al chico a Marco con un nota en la que decía: «Es responsabilidad tuya. Son tus espaldas».

Los turnos de guardia empezaron bien, con la eficiencia que Marco empezaba a considerar normal, aunque sospechaba que no era la misma normalidad que en el resto del Imperio. Se pusieron en marcha una hora antes del amanecer por caminos que se perdían en los oscuros montes de granito. Un destacamento de guardia de treinta y dos soldados para cuatro carretas de bueyes cargadas de barriles fuertemente atados. Iban al mando de un viejo explorador llamado Peritas, que tenía veinte años de experiencia a sus espaldas y no se dejaba engañar por nadie. En conjunto, formaban un contingente formidable, traqueteando por los sinuosos senderos de montaña y, aunque Marco había percibido miradas que los seguían casi desde el principio, se acostumbró a esa sensación enseguida. Su unidad tenía asignada la

misión de abrir camino, y Marco llevaba a dos de sus hombres por un empinado terraplén de piedras sueltas y musgo seco cuando se encontraron cara a cara con unos cincuenta hombres delgados y pintados de azul, armados para la guerra hasta los dientes.

Durante unos momentos, ambos grupos se miraron con la boca abierta, y en un abrir y cerrar de ojos, Marco ya había dado media vuelta y descendido por el terraplén, con sus dos compañeros pisándole los talones. Detrás de ellos sonó un grito tremendo, de modo que no hubo necesidad de dar voces de alarma a la caravana. Los pieles azules, ocultos en los márgenes del sendero, se precipitaron por el borde y cayeron sobre los guardias de la caravana blandiendo espadas largas y rasgando el aire de la montaña con gritos salvajes.

Los legionarios no se quedaron con la boca abierta. En el momento en que los pieles azules cargaron, armaron las ballestas con flechas y un zumbido de muerte pasó por encima de las cabezas de Marco y sus hombres como una nube, lo cual les dio tiempo para alcanzar el camino y enfrentarse al enemigo. Marco recordaba que había desenvainado el *gladius* y había matado a un guerrero que no dejó de dar voces hasta el momento en que le rebanó la garganta con el arma.

El ataque arrolló a los legionarios en los primeros momentos. Su fuerza radicaba en la formación, pero en el tortuoso camino, tenían pocas posibilidades de unir los escudos entre sí. No obstante, Marco vio que cada uno resistía y atacaba aisladamente, adustos e inexpresivos ante el horror azul de la tribu. Cayeron más hombres por los lados y se encontró con la espalda contra una carreta; se agachó bajo una estocada, hundió su hoja, más corta, en el jadeante estómago azul y la sacó rasgando hasta el costado. Advirtió que los intestinos parecían de color amarillo brillante, sobre el tinte azul, mientras se defendía de otros dos contrincantes. Cortó una mano a la altura de la muñeca y rajó el vientre al otro guerrero cuando intentaba saltar a la carreta. El guerrero cayó boca arriba en el polvo asfixiante con una mueca en el rostro y Marco lo pisoteó ciegamente mientras clavaba la espada en el brazo al siguiente. Le pareció que la refriega duraba mucho y, cuando por fin el enemigo reculó y huyó montaña arriba a esconderse, le sorprendió que el sol estuviera todavía en el mismo lugar que al comienzo. Sólo había transcurrido un breve lapso de tiempo. Buscó a los de su unidad con la mirada y se alegró al ver las caras conocidas, jadeantes y salpicadas de sangre, pero llenas de vida.

Muchos no tuvieron tanta suerte. Rupis ya no le enseñaría más los dientes. Yacía con la piernas tendidas contra una carreta, con una amplia y roja sonrisa abierta en la garganta. Doce más murieron en el ataque y, a su alrededor, casi treinta cuerpos azules se desangraban en su propia tierra. Era una imagen desalentadora, y las moscas empezaban a llegar en manada al banquete.

Mientras Marco pedía a Peppis que le trajera un vaso de agua, Peritas empezó a



organizar las guardias otra vez y convocó a los generales para que le dieran un rápido informe. Marco tomó el frasco que le dio su ayudante y se apresuró a llegar a la cabeza de la columna.

Parecía que el calor y el polvo hubieran absorbido toda la humedad del rostro de Peritas, con los años, y sólo le hubiera quedado un trozo de madera dura y unos ojos que se asomaban al mundo con distraída indiferencia. Era el único que disponía de montura, de todo el grupo. Marco lo saludó y él respondió con un movimiento de cabeza.

—Podríamos volver, pero creo que éste es el mayor daño que pueden hacernos, de momento. Si regresáramos con los cadáveres, eso supondría una pequeña victoria para ellos, de modo que seguimos adelante. Atad a los muertos a las carretas y cambiad las guardias de nuevo. Quiero a los que estén más frescos en la avanzadilla, por si surgen otros obstáculos. Enhorabuena a los que sorprendieron al enemigo y le obligaron a salir antes de tiempo. Probablemente han salvado la vida a unos cuantos romanos. Faltan menos de cincuenta millas hasta el fortín del monte, de modo que, adelante. ¿Alguna pregunta?

Marco miraba al horizonte. No había preguntas. Los hombres morían, se les incineraba y se les enviaba de nuevo a Roma. Así era la vida en el ejército. A los supervivientes los ascendían. Hasta ese momento, no se había dado cuenta de que la suerte tuviera tanto que ver, pero Renio asintió cuando le preguntó y añadió que, aunque los dioses tuvieran héroes favoritos, a las flechas no les importaba en qué pecho se clavaban.

Las verdaderas dificultades se presentaron cuando el diezmado destacamento llegó a las últimas millas del viaje. Habían empezado a ver pieles azules que los observaban desde el sotobosque, entreveían retazos de piel pintada de vez en cuando. No eran tantos como para enviar una unidad al ataque y los pieles azules nunca habían utilizado armas arrojadas, de modo que los legionarios no les prestaban mayor atención, aunque tampoco soltaban la espada.

Cuanto más se acercaban al fortín, más enemigos se distinguían. Una veintena, al menos, avanzaba al mismo paso que ellos por un nivel superior al del camino, ocultándose entre los árboles y el sotobosque y asomándose de vez en cuando al exterior para burlarse de los soldados de Roma y abuchearlos. Peritas trotaba en su montura con el ceño fruncido y la mano en el pomo de la espada.

Marco esperaba que de un momento a otro le arrojasen una lanza. Se imaginaba a un guerrero apuntándolo y casi notaba el lugar entre los omóplatos donde se le clavaría la punta. Ciertamente, llevaban lanzas, pero no parecían dispuestos a arrojarlas, al menos hasta ese momento. Sin embargo, la comezón del punto entre los omóplatos no cesaba. Sus deseos de llegar cerca del fortín aumentaban, aunque temía

lo que pudieran encontrar. Debían de haberse reunido varias tribus, porque ninguno de ellos había visto antes tantos pieles azules en la misma zona. Si alguno vivía lo suficiente como para informar al resto de la legión, tendría que dar parte de que el atrevimiento de las tribus era cada vez mayor, así como sus efectivos.

Por fin tomaron una curva del camino y avistaron la última parte del trayecto, menos de una milla de empinada cuesta arriba hasta la pequeña fortaleza del grisáceo monte. Por las llanuras que rodeaban el otero campaban más pieles azules, incluso había algunas tiendas instaladas a la vista de la fortaleza, y observaban la caravana con los ojos entrecerrados. Por detrás de los soldados, se oían pasos en las rocas y el roce de los pies desnudos desprendía algunas piedras que caían rebotando al suelo. Empezaron el lento ascenso hacia el fortín con los nervios a flor de piel, los carreteros agitaban y chasqueaban el látigo con inquietud.

Marco no divisaba vigías y un temor solapado empezó a hacer presa en él. No lo conseguirían y... si lo conseguían, ¿con qué se encontrarían?

La lenta marcha prosiguió hasta que los pormenores del fortín se hicieron visibles. Todavía no se había asomado nadie a la muralla y, con un vuelco de corazón, Marco comprendió que no podía haber nadie vivo en el interior. Llevaba la espada en la mano y la balanceaba nerviosamente al tiempo que caminaba.

De repente, todos los pieles azules de alrededor gritaron a una. Marco se atrevió a mirar atrás y vio a unos cien guerreros que cargaban contra ellos.

Peritas descendió por la fila de legionarios.

—¡Abandonad las carretas! ¡Hacia el fortín! —gritó y, de pronto, todos echaron a correr. Los gritos aumentaron con júbilo salvaje, detrás de ellos, cuando los carreteros saltaron de las carretas y emprendieron la carrera. Marco corría manteniendo la espada separada del cuerpo, sin atreverse a mirar atrás de nuevo. Oía tan cerca el golpeteo de duros pies desnudos y el intenso griterío del ataque de los pieles azules que no podía tranquilizarse. Vio aparecer las puertas y entró en un apretado grupo de soldados que empujaban y jadeaban; inmediatamente, se volvieron a dar ánimos a los más lentos.

La mayoría lo consiguió. Sólo dos hombres, demasiado cansados o asustados como para hacer un último esfuerzo, cayeron ensartados en numerosas espadas, enfrentándose en el último momento como animales acorralados. Los pieles azules alzaron espadas húmedas y rojas desafiadamente, cuando los supervivientes cerraron y atrancaron la puerta y, Peritas, apeado del caballo, empezó a gritar órdenes de registro y defensa del fuerte. ¿Quién entendía el razonamiento morboso de los salvajes? Quizás hubiese otros guerreros aguardando en el interior, sólo por el gusto de liquidarlos cuando se creyeran a salvo.

Sin embargo, el fortín estaba vacío, a excepción de los cadáveres. Una cincuentena de hombres y veinte caballos defendían cada fortín. Hombres y animales

yacían donde habían sido asesinados y mutilados. También habían destripado a los caballos; los hediondos despojos cubrían el suelo de piedra y nubes de moscas azules y negras zumbaron en el aire al ser interrumpidas. El olor hizo vomitar a dos hombres y a Marco le dio otro vuelco el corazón. Estaban atrapados, en el futuro sólo habría enfermedad y muerte. En el exterior, los pieles azules entonaban cantos y aclamaciones.

## XXX

Antes de que cayera la noche, Peritas había mandado encerrar los cadáveres de los legionarios en una bodega vacía. Los caballos muertos suscitaron mayores problemas. El fortín estaba completamente limpio de armas, no había quedado ni un hacha en ninguna parte. Entre cinco o seis hombres, arrastraron los resbaladizos cadáveres, pero no pudieron subirlos por los peldaños de piedra y arrojarlos por encima de la muralla. Finalmente, el centurión Peritas mandó que apilaran los cuerpos inertes contra la puerta, para obstaculizar un posible ataque. Era lo mejor que podían esperar. Nadie creía que lograsen sobrevivir a la noche y el miedo y la resignación se apoderaron de todos. En lo alto de la muralla, Marco observaba las hogueras con los ojos entrecerrados.

—Lo que no entiendo —dijo a Peppis en un susurro— es por qué nos han dejado entrar en el fuerte. Lo han tomado una vez y habrán tenido algunas bajas, de modo que ¿por qué no acabar con nosotros en el exterior?

—Son salvajes, señor —dijo Peppis con un encogimiento de hombros—. A lo mejor les gusta lo difícil, o humillarnos. —Siguió con su tarea de afilar espadas con una piedra cóncava de amolar—. Peritas dice que nos echarán de menos, cuando no lleguemos por la mañana, y que mandarán una fuerza de asalto mañana por la noche, o incluso antes. No tenemos que aguantar mucho, pero yo no creo que los pieles azules nos den semejante oportunidad. —Siguió pasando la piedra por el filo plateado.

—Creo que podríamos resistir aquí un día. Ellos son muchos, de acuerdo, pero no tienen nada más a su favor. Claro que, ya lo han tomado una vez.

Guardó silencio al oír un cántico en la oscuridad. Si forzaba la vista, distinguía unas siluetas bailando que se recortaban contra las llamas de las hogueras.

—Hay quien se divierte mucho, esta noche —musitó. Se le hizo la boca agua. Habían envenenado el pozo del fortín con carne putrefacta y se habían llevado todo lo comestible. Sin lugar a dudas, si los refuerzos no llegaban en uno o dos días, la sed haría el trabajo de los pieles azules. Quizá tuvieran la intención de que los romanos murieran bajo el sol abrasador con la garganta seca. Eso encajaría con los macabros relatos que había oído sobre ellos, con un matiz renovado, a medida que la noche se cerraba sobre el fortín y sobre los nerviosos soldados.

Peppis se asomó por encima del parapeto y lanzó un bufido.

—Ahí abajo hay uno que está meando contra la muralla —dijo en un tono entre ofendido y jocoso.

—Ten cuidado, no te asomes tanto ni levantes tanto la cabeza —replicó Marco pegado a las duras piedras, también, para atisbar por el borde exponiéndose lo menos posible.

Cerca, asombrosamente cerca, justo debajo de ellos, se bamboleaba un piel azul sujetándose las partes y regando el fortín de orina en arcos cortos. El hombre sonriente captó el movimiento de arriba y dio un respingo, aunque se recuperó enseguida. Saludó con la mano a la pareja que lo miraba y meneó sus atributos masculinos en dirección a ellos.

—Diría que ha bebido un poco más de la cuenta —murmuró Marco sonriendo a su pesar. Vio cómo el hombre se pasaba un abultado pellejo de vino alrededor del cuerpo y chupaba de él derramando más del que bebía. Con ojos adormilados, el piel azul colocó el tapón en su sitio al tercer intento e hizo un gesto hacia arriba diciendo algo beodamente en su lengua.

Aburrido de que no le contestaran, dio dos pasos y se desplomó de cara en el suelo.

Marco y Peppis siguieron mirándolo. No se movía.

—No está muerto, hincha y deshincha el pecho. Estará borracho —musitó Peppis—. Seguro que es una trampa. Son taimados los pieles azules, lo dice todo el mundo.

—A lo mejor, pero no hay más que uno, y con uno puedo. No nos vendría mal ese vino, por lo menos a mí —contestó Marco—. Voy a bajar. Tráeme una cuerda. Bajaré por la muralla y treparé otra vez antes de que haya verdadero peligro.

Peppis corrió sigilosamente a cumplir el encargo y Marco siguió observando atentamente al hombre tumbado y el entorno.

Sopesó el riesgo y sonrió sardónicamente. Todos iban a morir durante la noche o al amanecer, ¿qué importaba el riesgo? Simplificando el problema, la tensión disminuyó. La certeza casi absoluta de la muerte tenía un poder tranquilizador, a su manera. Al menos tomaría un trago. El odre de vino parecía suficientemente lleno como para proporcionar medio vaso a la mayoría de sus compañeros.

Peppis se ató un extremo de la cuerda y tendió el resto desenroscándolo en silencio por los veinte metros de caída hasta el suelo. Marco comprobó que el *gladiu* estuviera bien envainado y revolvió el pelo al chico.

—Hasta pronto —musitó al tiempo que sacaba una pierna por el borde del parapeto; enseguida desapareció en la negrura de abajo. La oscuridad era tan completa que Peppis apenas distinguía el bulto que se acercaba sigilosamente al hombre dormido, con el *gladiu* preparado en la mano.

Le «dio la espina» de nuevo y apretó la mandíbula. Allí había algo que no encajaba y ya era tarde para evitar la trampa. Alargó un pie para despertar al piel azul borracho y no le sorprendió que saltara súbitamente. Lo agarró por la garganta antes de que la expresión de triunfo del hombre terminara de formarse. Entonces, dos más se levantaron del polvo. Lo que había olido era la presencia de los otros dos, ocultos en sepulturas poco profundas, perfectamente inmóviles durante horas con una disciplina casi inhumana. Mientras atacaba, pensó que seguramente se habrían

enterrado antes incluso de que la caravana romana apareciese. No eran simples salvajes, eran guerreros.

Al parecer sólo eran tres, jóvenes que buscaban ascender de rango o a su primera víctima. Se levantaron con la espada en la mano y el primer revés de Marco fue detenido con un fuerte entorchocar de metales que le hizo estremecerse. Vendrían otros, tenía que zanjar el asunto antes de que todo el ejército de pieles azules se le echara encima.

Deslizó el filo de su arma por el filo polvoriento del guerrero y chocó contra una ruda guardia de bronce. El hombre sonrió burlonamente, Marco le dio un puñetazo en el estómago con la otra mano y rasgó de nuevo con la espada atravesándolo cuando el hombre se doblaba de dolor y sorpresa. El guerrero se derrumbó con las venas abiertas y se golpeó fatalmente contra el suelo.

El tercero no estaba tan ducho como su compañero, pero Marco oyó gritos y supo que era el momento de huir. La prisa le hizo perder precaución y se agachó tarde; una cuchillada salvaje le cortó la oreja y le marcó una línea en la cabeza.

Se retiró hacia la izquierda y clavó la hoja al hombre en el corazón hundiéndosela de costado entre las costillas pintadas de azul. Cuando el guerrero cayó gorgoteando, Marco oyó el mismo estruendo de pies corriendo que tan vividamente recordaba de la carrera de la tarde hacia el fortín. Ya era tarde para tratar de alcanzar la cuerda, de modo que se volvió y soltó el pellejo de vino que tenía el primer cadáver; quitó el tapón y tomó un gran trago mientras la oscuridad se llenaba de espadas y sombras azules a su alrededor.

Lo rodearon blandiendo las espadas, les centelleaban los ojos incluso en la oscuridad. Marco posó el odre de vino a sus pies y levantó el *gladius*. No se movían, pero percibió que todos los ojos miraban a los cadáveres. Pasaron unos largos instantes en silencio, uno de ellos, corpulento, calvo y azul, con un arma larga y curva, se adelantó.

El guerrero apuntó a la distancia e hizo un gesto dirigido a Marco. Marco hizo un gesto negativo con la cabeza y señaló hacia el fuerte. Algunos se rieron, pero el hombre cortó las risas con un seco movimiento de la mano. El guerrero avanzó otro paso sin temor, apuntando a la garganta de Marco con la espada. Con la otra mano señaló hacia las hogueras nuevamente y después al joven romano. El círculo se apretó en silencio, Marco percibía la cercanía de los hombres a su espalda.

—Quieres decir, tortura en el fuego hasta la muerte —dijo, asintiendo y señalando las hogueras.

El gran guerrero azul asintió también sin quitarle los ojos de encima. Dio unas órdenes y otro guerrero puso la mano en el filo de la espada de Marco y se la quitó.

—¡Ah! Desarmado y torturado hasta la muerte, eso no lo había entendido —prosiguió Marco forzando la voz en un tono complaciente, sabiendo que no le

entendían. Sonrió y ellos le sonrieron también.

El fortín quedó atrás, entre las sombras, y seguramente fue cosa de su imaginación, pero vio la cara de Peppis recortada contra el cielo un momento, al volver la vista atrás.

Salieron juntos de la oscuridad al llegar al campamento de las pieles azules. Marco observó que se preparaban para la guerra. Había armas dispuestas en atados y los guerreros danzaban y aullaban al lado de las hogueras escupiendo algo que tenía que ser alcohol, a juzgar por las llamas azules que surgían y chisporroteaban cada vez que recibían el líquido. Lanzaban aclamaciones y luchaban, y más de uno permanecía sentado cubriéndose los brazos y la cara de un barro claro, el origen, pensó Marco, del tinte azul.

Apenas tuvo tiempo de verlo todo antes de caer de rodillas junto a la hoguera de un empujón y verse obligado a aceptar un rudimentario recipiente de arcilla con un licor claro. Se le llenaron los ojos de lágrimas al captar los vapores del cuenco, pero apuró el contenido procurando no atragantarse. Era un licor muy fuerte y, con un gesto, rechazó el segundo trago, prefería mantenerse sobrio. Sus guardianes se sentaron en el suelo alrededor de él, parecía que hicieran comentarios sobre su atuendo y sus modales. Lo cierto era que no paraban de señalarle y reírse. Marco hizo caso omiso y se preguntó si tendría ocasión de escapar. Se fijó en las espadas de los guerreros más próximos, que se habían quitado los cinturones y habían dejado las armas envainadas en la hierba, a mano. Quizá pudiera hacerse con una...

Un sonido de trompa interrumpió su concentración. Mientras todos miraban hacia el lugar de donde provenía, Marco miró furtivamente otra vez al arma que más próxima tenía, y vio que un guerrero tenía la mano puesta encima. Al levantar la mirada, se encontró con los ojos del hombre fijos en él, y chasqueó la lengua con ironía mientras el fornido guerrero sacudía la cabeza y sonreía, enseñándole unos dientes marrones y podridos.

Quien tocaba la trompa era el viejo piel azul al que había visto en primer lugar. Debía de tener cincuenta años y, al contrario que los musculosos guerreros jóvenes, lucía un gran vientre que le abultaba la ropa y se agitaba cada vez que movía los delgados brazos. Debía de ser el jefe, porque los guerreros reaccionaban rápidamente a sus órdenes. Tres hombres de aspecto diestro desenvainaron sus largas espadas y dedicaron gestos de asentimiento a sus amigos del círculo. Alguien sacó unos tambores pequeños y empezó a marcar un ritmo rápido. Los tres hombres escucharon tranquilamente el ritmo que llenaba la noche, después empezaron a moverse a una velocidad que Marco no habría podido imaginar siquiera. Las espadas eran como barras de luz matutina, se movían con fluidez convergiendo unas con otras de una forma completamente distinta a las secuencias romanas que Marco había aprendido.

Comprendió que entablaban un combate más semejante a una danza que a una

competición violenta. Los hombres daban vueltas y saltaban, y las espadas zumbaban cortando el aire de la tórrida noche.

Los siguió con la mirada como hipnotizado, hasta que los participantes volvieron a adoptar posturas relajadas y el tambor guardó silencio. Cuando estallaron las aclamaciones, Marco las secundó sin recato, pero se tensó cuando el viejo se acercó a él.

—¿Gusta? ¿Son hábiles? —preguntó el hombre con un fuerte acento extranjero.

Marco disimuló la sorpresa y asintió con una estudiada expresión neutra.

—Estos hombres tomaron el fortín. Son los krajkas, los mejores, ¿sí? —Marco asintió de nuevo—. Tus hombres lucharon bien, pero los krajkas entrenan bien cuando andan, sí, ¿desde pequeños? Vamos a tomar todos los feos fortines de esa forma, ¿sí? ¿Piedra a piedra y a esparcir cenizas? Así lo haremos.

—¿Cuántos... krajkas hay? —preguntó Marco.

—No suficientes —replicó el viejo sonriendo y enseñando tres únicos dientes en sus negras encías—. Practicamos con los que vienen hoy contigo. Otros guerreros necesitan ver luchar a tus guerreros, ¿sí?

Marco asintió. El futuro se presentaba nefasto para los que quedaban en el fuerte. Les habían dejado resguardarse entre las murallas sólo para que los pieles azules jóvenes recibieran su baño de sangre luchando contra un número reducido de defensores. Era escalofriante. Los legionarios creían que se trataba de tribus rayanas en la animalidad, en cuanto a inteligencia. Los prisioneros a los que capturaban se volvían locos, se desataban mordiendo las cuerdas y se suicidaban con cualquier objeto afilado que encontraran si no lograban escapar. Esa prueba de planificación minuciosa —más el hecho de que uno hablara una lengua civilizada— revelaba la existencia de una amenaza que no se tomaba con la seriedad que requería.

—¿Por qué no me han matado los hombres? —preguntó Marco. Hizo un esfuerzo por mantener la calma cuando el viejo se le acercó aún más y lo envolvió en su aliento agrio.

—Están impresionados. Tú matas tres hombres con espada corta. Matas como hombre, no con arco ni arrojando lanzas. Te traen para que yo te vea, eres raro, no como los otros, ¿sí?

Un fenómeno, un romano que mata bien. Supo lo que pasaría a continuación antes de que el viejo siguiera hablando.

—No es bueno guerreros jóvenes admirar romanos. Combate con krajka, ¿sí? Si ganas, vuelves fortín. Si krajka mata, todos ven y tienen esperanza en días futuros, ¿sí?

Marco asintió. No había nada más que hacer. Miró las llamas fijamente y se preguntó si le permitirían utilizar el *gladiu*

Se acercaron pieles azules de todas las hogueras dejándolas prácticamente



indefensas. Marco comprendió que los soldados del fortín no podían darse cuenta de la ocasión que se les presentaba. Seguirían viendo los puntos luminosos en la oscuridad y no sabrían que el grueso de los hombres se había congregado a ver la competición.

Permitieron a Marco ponerse de pie y trazaron un círculo clavando dagas en la tierra. Los pieles azules se situaron fuera de la circunferencia, algunos sobre un amigo cargado a hombros para que pudiera ver. Mirara donde mirase, sólo veía un muro grueso de piel azul y sonrisas de dientes amarillos. Observó que abundaban los ojos enrojecidos y pensó que la pintura debía de tener un componente irritante para la piel. El panzudo viejo piel azul entró en el círculo, entregó el *gladiu* a Marco solemnemente y se retiró con precaución. Marco no le miró. No se necesitaba olfato de explorador para percibir la hostilidad reinante. Si perdía, sería reducido a picadillo en una demostración de destreza; si ganaba, la muchedumbre lo despedazaría. Se acordó de Cayo un instante, se preguntó lo que habría hecho su amigo y sonrió. Cayo habría matado al jefe en el momento en que le entregó la espada. Al fin y al cabo, la situación no podía ser peor.

El jefe no se ocultó, su vientre se proyectaba sobre el espacio del círculo, pero a Marco no le pareció correcto echar a correr y agujerear al pobre diablo. Quizá los soltaran; miró de nuevo a los rostros que lo rodeaban y se encogió de hombros: no era muy probable.

Una aclamación grave se dejó oír cuando un krajka entró en el círculo por un pasillo que los guerreros abrieron brevemente y volvieron a cerrar, recuperando su lugar a empujones para no perder detalle. Marco lo miró de arriba abajo. Era mucho más alto que la mayoría de los pieles azules y le sobrepasaba a él casi ocho centímetros, a pesar del estirón que había dado desde que saliera de Roma. Llevaba el pecho descubierto y movía la musculatura con ligereza bajo la piel pintada. Marco calculó que probablemente estarían igualados en alcance de brazo. Él tenía los brazos largos, con fuertes muñecas ganadas a fuerza de horas practicando con la espada. Sabía que tenía una posibilidad, por muy bueno que fuese el contrincante. Seguía trabajando con Renio a diario y, poco a poco, iba quedándose sin oponentes de valía en las prácticas.

Observó el movimiento y el paso del oponente. Lo miró fijamente a los ojos, pero no halló clave alguna. El hombre no sonreía y, de todos modos, tampoco entendería los insultos. Recorría el borde del círculo siempre fuera de su alcance, por si el romano intentaba un asalto a la desesperada. Marco giraba sin moverse del sitio, siguiéndolo con la vista, hasta que se situó en su lugar en el lado opuesto, a seis metros de distancia. Táctica, táctica. Renio decía que no dejara de pensar nunca. El objetivo era vencer, no ser justo. Se estremeció al verle blandir una espada que le llegaba de la cadera al suelo, una hoja brillante de bronce pulido. Y el filo. No se

había fijado hasta ese momento, pero los pieles azules utilizaban armas de bronce, y un duro *gladiu* de hierro no tardaría en estropearle el filo, si lograba sobrevivir a los primeros asaltos. Le volaba el pensamiento. Bronce despuntado. Era más blando que el hierro.

El hombre se acercó y se desentumeció los hombros desnudos. Sólo llevaba unas calzas e iba descalzo, tenía un aspecto sumamente atlético y se movía como un felino.

—Si lo mato —preguntó Marco dirigiéndose al jefe—, soy libre, ¿sí?

La muchedumbre rompió a reír y Marco hubo de preguntarse cuántos entenderían su lengua. El viejo piel azul asintió, sonrió y señaló el comienzo con un gesto de la mano.

Marco dio un respingo cuando los tambores se impusieron al bullicio de la muchedumbre. El guerrero se relajó visiblemente siguiendo el ritmo de los tambores; se agachó y adoptó una postura de luchador blandiendo la espada con firmeza. Los centímetros de más de su arma le darían la ventaja en el alcance, pensó Marco al tiempo que rotaba los hombros. Levantó la mano y dio un paso atrás para quitarse la túnica. Le alivió deshacerse de ella, con el calor sofocante que hacía, aumentado además por la proximidad de la hoguera y la multitud sudorosa. Los tambores intensificaron el ritmo y Marco se centró en la garganta del contrincante; a algunos les ponía nerviosos. Se quedó totalmente inmóvil mientras el otro se balanceaba ligeramente. Dos escuelas diferentes.

El *krajka* apenas se movió, pero Marco percibió el ataque, se hizo a un lado y se zafó de la hoja de bronce. No la detuvo con el *gladiu* sino que aprovechó la ocasión para juzgar la velocidad del guerrero.

Una segunda estocada, suave continuación de la primera, le llegó a la cara, entonces subió el *gladiu* desesperadamente y los metales entrechocaron. Las hojas resbalaron una sobre otra y el muchacho notó sudor nuevamente en el flequillo. El contrincante era rápido y ágil, asestaba golpes mortales que no parecían más que toques y fintas. Marco detuvo otra estocada baja dirigida al estómago y se impulsó hacia delante para clavar el acero en el cuerpo azul.

Pero ya no estaba allí y cayó cuan largo era en el duro suelo. Se levantó enseguida y tomó buena nota de que el *krajka* se retiraba para permitirselo. No iba a matarlo rápidamente. Marco inclinó levemente la cabeza hacia él con la mandíbula apretada. «No sientas rabia —se dijo— ni vergüenza —palabras de Renio—. No importa lo que suceda en el combate siempre y cuando el enemigo caiga al final a tus pies».

El *krajka* dio un salto ligero adelante, hacia él. En el último momento, la espada de bronce se disparó y Marco tuvo que agacharse, pero no enlazó el movimiento con una estocada por debajo del ataque y vio que el contrincante se disponía a encajar un revés rasgando hacia abajo. ¡No era la primera vez que luchaba con un romano! El pensamiento le estalló en la cabeza como un fogonazo. Ese hombre conocía su estilo

de lucha, quizás incluso lo hubiera aprendido con algunos legionarios desaparecidos, durante unos meses, antes de acabar con ellos.

Era mortificante. Todo cuanto le habían enseñado provenía de Renio, un soldado y gladiador romano bien entrenado. No conocía ningún estilo más, no podía recurrir a nada más. Era evidente que el krajka poseía un dominio magistral de su arte.

La espada de bronce atacó de nuevo y Marco la detuvo. Se concentró en la garganta azul, que respiraba con ligereza, sin perder de vista las maniobras de los brazos y el sinuoso movimiento del cuerpo. Dejó pasar una estocada lateral y se alejó de otra con un paso, calculando la distancia a la perfección. En el espacio intermedio, atacó cual serpiente y marcó una fina línea roja al krajka en el costado.

La multitud enmudeció, súbitamente asustada. El krajka parecía no comprender y se alejó de Marco deslizándose un par de pasos. Frunció el ceño y Marco entendió que no había percibido el rasguño. Se llevó la mano a la línea roja y la miró con expresión neutra. Después se encogió de hombros y danzó de nuevo, la espada de bronce parecía un borrón de luz en las sombras.

Marco captó el ritmo de los movimientos y empezó a trabajar en contra de la movilidad continua interrumpiendo la fluidez, obligando al krajka a recular de un salto ante una espada blandida rígidamente, y una vez más cuando las duras sandalias le pisaron los pies.

Avanzó sabiendo que la confianza del oponente se tambaleaba. Cada paso iba acompañado de una estocada que se fundía en otro paso describiendo una trayectoria continua, remedo del estilo que el krajka utilizaba contra él. El *gladius* se convirtió en una extensión de su brazo, como un pincho en la mano que sólo precisaba rozar para matar. El krajka esquivó una estocada a la garganta por un pelo y Marco notó la mirada ardiente que se le posaba desde arriba. Al guerrero le enfurecía no estar ganando fácilmente. Detuvo otra estocada y las sandalias romanas aplastaron de nuevo los pies descalzos.

El krajka soltó un gruñido ahogado de dolor y giró saltando en el aire como un espíritu, igual que lo habían hecho los bailarines antes. Era un paso de su danza, y la espada de bronce giró con él, pero se salió de la trayectoria inadvertidamente y rasgó a Marco la piel del pecho. La multitud gritó y, cuando el hombre llegó al suelo, Marco levantó el brazo izquierdo y atrapó la hoja de bronce con la mano.

El krajka lo miró asombrado a los ojos y vio, por primera vez en todo el combate, que esos ojos lo miraban a él, fríos y negros. La mirada lo dejó petrificado y la vacilación lo mató. Notó la entrada del *gladius* en la garganta por delante y el chorro húmedo de sangre que se le llevaba la fuerza. Le habría gustado arrancarse la hoja cortándose los dedos como espigas maduras, pero no le quedaba energía y se derrumbó desmadejadamente a los pies de Marco.

Marco inclinó un poco la cabeza y, al agacharse, vio el filo mellado y abollado de

la espada de bronce allí donde lo había golpeado. Le corría sangre por los nudillos, proveniente del corte de la palma de la mano, pero podía mover los dedos rígidamente. Entonces, esperó a que la multitud se abalanzara sobre él y lo matara.

Hubo un silencio largo y, en medio del silencio, la voz del anciano piel azul dio unas órdenes secas. Marco, con el *gladiu* flojo en la mano, no levantaba la mirada del suelo. Oyó pasos y, al dar media vuelta, el anciano lo tomó del brazo. El hombre tenía los ojos ensombrecidos de estupefacción y algo más.

—Ven. Cumplo mi palabra. Vuelve con tus amigos. Vamos a por todos vosotros al amanecer.

Marco asintió sin atreverse a creer que era cierto. Buscó algo que decir.

—El krajka era un gran luchador. Jamás he combatido mejor.

—Sí. Era mi hijo. —El hombre pareció envejecer al hablar, como si los años se acabaran de posar sobre su espalda y lo hundieran bajo su peso. Llevó a Marco fuera del círculo, al espacio abierto, y señaló hacia la noche.

—Ahora, tú casa. —Permaneció en silencio mientras Marco se alejaba en la oscuridad.

A medida que se acercaba, Marco veía negra la muralla del fuerte, en la oscuridad. Cuando todavía se hallaba a cierta distancia, empezó a silbar una melodía para que los soldados lo oyeran y no le atravesaran el pecho con una flecha de ballesta.

—¡Peppis! Estoy solo, échame la cuerda —gritó en el silencio.

Se oyeron ruidos en el interior, producidos por sus compañeros que se asomaban a la noche.

Una cabeza apareció en lo alto, en medio de la oscuridad, y Marco reconoció los rasgos avinagrados de Peritas.

—¿Marco? Peppis dijo que te habían atrapado los pieles azules.

—Así es, pero me han soltado. ¿Me echáis una cuerda o no? —le espetó Marco. Hacía frío y se puso las manos en las axilas para mantenerlas calientes. Oía conversaciones en murmullos, arriba, y maldijo a Peritas por sus manías cautelosas. ¿Por qué iban a prepararles una trampa los pieles azules si podían limitarse a esperar a que murieran de sed?

Por fin, una cuerda se deslizó muralla abajo y Marco trepó, a pesar de que los brazos le ardían de cansancio. Arriba, lo ayudaron a ganar el saliente de la muralla interior y, entonces, Peppis casi lo tumba en el suelo del abrazo que le propinó.

—Pensé que iban a comerte —dijo el chico. Tenía la cara llena de churretes, de las lágrimas que había derramado, y Marco sintió haberlo llevado a ese lugar desolado la última noche de su vida. Con un gesto afectuoso le revolvió el pelo.

—No, chico. Dijeron que estaba muy talludo para comer. Les gustan jóvenes y tiernos.

Peppis tragó saliva horrorizado y Peritas se rió entre dientes.

—Dispones de toda la noche para contarnos lo sucedido. No creo que nadie quiera dormir. ¿Hay muchos ahí fuera?

Marco miró a su superior y comprendió que algunas cosas no podían decirse abiertamente delante del chico.

—Los suficientes —contestó bajando la voz.

Peritas desvió la mirada y asintió para sí mismo.

Al amanecer, Marco y sus compañeros esperaban apesadumbrados el asalto, con los ojos agotados por la falta de sueño. Todos estaban en la muralla y volvían la cabeza al menor movimiento de un pájaro o un conejo entre los matorrales. El silencio era aterrador, pero cuando una espada lo rompió al caerse, más de unos pocos maldijeron al soldado al que se le había resbalado.

Entonces oyeron a lo lejos las estridentes trompas de la legión romana, que despertaban el eco en los montes. Peritas corrió por el estrecho paso del interior de las murallas y gritó de júbilo cuando avistaron tres centurias de hombres que salían de los senderos de la montaña a doble velocidad de marcha. Sólo unos instantes después, una voz dijo:

—Se acercan al fortín —y las puertas se abrieron de par en par.

Los centuriones de la legión no se demoraron en el envío de una fuerza de asalto cuando la caravana no volvió en el tiempo previsto. Tras los recientes ataques, querían hacer una demostración de fuerza y, en las horas negras, iniciaron la marcha nocturna de treinta millas.

—¿No habéis encontrado rastro de pieles azules? —preguntó Peritas, ceñudo—. Cuando llegamos nosotros, había centenares alrededor del fortín. Esperábamos que atacaran.

Un centurión negó con la cabeza y frunció los labios.

—Hemos encontrado rastros, hogueras mal apagadas y basura. Parece que se marcharon todos durante la noche. No hay forma de saber lo que piensan los salvajes, ¿no? Seguramente, alguno de sus hechiceros vería un pájaro de mal agüero o cualquier otro mal augurio.

Miró alrededor del fuerte y percibió el hedor de los cadáveres.

—Parece que hay mucho que hacer aquí. Tenemos orden de ocupar este lugar hasta el próximo relevo. Mandaré a cincuenta contigo de vuelta al campamento fijo. A partir de ahora, nadie se moverá sin un contingente fuertemente armado. Estamos en territorio hostil, ya sabes.

Marco abrió la boca para replicar, pero Peritas le hizo dar media vuelta hábilmente poniéndole una mano en el hombro, y lo mandó fuera con un suave empujón.

—Lo sabemos —dijo, antes de dar media vuelta también y salir a disponer a sus hombres para la marcha de regreso.

## XXXI

La banda callejera se había envuelto en rollos de tela cara, robados en tiendas o talleres de costureras. Iban dando tumbos y haciendo eses por la calles, derramando el vino tinto que llevaban en vasijas de arcilla.

Alexandria atisbaba por las puertas cerradas de la casa de Mario con el ceño fruncido.

—La escoria de Roma —musitó para sí. Con todos los soldados de la ciudad enzarzados en combate, los que disfrutaban del caos no habían tardado en salir a las calles. Como de costumbre, eran los pobres los que más sufrían. Sin guardias de ninguna clase, los saqueadores asaltaban las casas y, entre carcajadas y gritos, se llevaban cuanto hallaban de valor.

Alexandria vio que uno de los rollos de tela estaba salpicado de sangre y sus dedos se encendieron por ganas de disponer de un arco y clavar una flecha al delincuente en la boca.

Se escondió de nuevo tras el poste de la puerta, una vez hubieron pasado, y se estremeció cuando una mano fornida golpeó la puerta buscando puntos débiles. Apretó en la mano el martillo que había tomado del taller de Bant. Estaba dispuesta a partir la cabeza a cualquiera que intentase escalar la verja. El corazón le dio un vuelco al oír que se detenían; distinguió todas las palabras beodas que cruzaron entre ellos.

—Hay un prostíbulo en Vía Tantius, muchachos. Podríamos ir a hacer negocios gratis —dijo una voz áspera.

—Tendrán guardianes, Brac. Yo no abandonaré un puesto así, ¿y tú? Además, si yo fuera un guardia me aseguraría de que me pagaran por los servicios. Esas prostitutas se alegrarían de disponer de un hombre fuerte que las protegiese. Lo que queremos es otra mujercita con dos hijitas jóvenes para ofrecerles protección en ausencia del marido.

—Pero me toca a mí primero. La última vez no me quedó casi nada —replicó la primera voz.

—Porque era demasiado para ella. Después de mí, las mujeres no quieren a nadie más.

Se rieron grosera y brutalmente, y Alexandria se estremeció cuando les oyó alejarse por fin. Unos pasos leves sonaron a su espalda y se giró con el martillo en alto.

—No pasa nada, soy yo —dijo Metella, pálida. Había oído el final de la conversación. Las dos tenían lágrimas en los ojos.

—Mi señora, ¿estás completamente segura?

—Sí, Alexandria, pero tienes que correr. Será peor si te quedas aquí. Sila es

vengativo y su rencor no tiene por qué salpicarte a ti. Vete con ese Tabbic. ¿Tienes el papel que firmé?

—Sí, claro. Es mi posesión más preciada.

—Guárdalo a buen recaudo. Se avecinan unos meses difíciles y peligrosos. Necesitas demostrar que eres libre. Invierte el dinero que Cayo te dejó y mantente a salvo hasta que la legión de la ciudad haya restaurado el orden.

—Ojalá pudiera agradecerérselo, al menos.

—Espero que tengas ocasión, algún día. —Metella se acercó a las trancas, las abrió y miró la calle de arriba abajo—. Vete ya, aprisa. No hay nadie en la calle en este momento, pero no dejes de correr hasta el mercado. No te detengas bajo ningún concepto, ¿entiendes?

Alexandria asintió con rigidez, la recomendación no era necesaria después de lo que había oído. Miró a Metella, con su tez pálida y sus ojos oscuros, y tuvo miedo por ella.

—Mi señora, me preocupa que te quedes en esta casa tan grande, completamente sola. ¿Quién va a cuidar de ti, con la casa vacía?

Metella levantó la mano suavemente.

—No temas por mí, Alexandria. Tengo amigos que me harán desaparecer de la ciudad como si fuera un espíritu. Buscaré un lugar cálido en el extranjero y allí me retiraré, lejos de las intrigas y el sufrimiento de una ciudad en expansión. Me atrae la vejez en un lugar tranquilo, donde la lucha de la juventud no sea más que un recuerdo lejano. No salgas de la calle principal. No me quedaré tranquila hasta que el último miembro de mi familia se encuentre lejos, sano y salvo.

Alexandria le sostuvo la mirada un momento con los ojos brillantes de lágrimas. Después asintió una vez, cruzó la verja y la cerró firmemente tras de sí antes de alejarse con rapidez.

Metella la siguió con la mirada y todo el peso de los años se le vino encima, en contraste con el paso ligero de la joven. Envidiaba la facilidad con que la juventud sabía empezar de cero, sin mirar atrás, hacia el pasado. No dejó de mirarla hasta que dobló una esquina y desapareció de la vista, y entonces dio media vuelta hacia su casa, vacía y resonante. Por fin, la gran casa y el jardín habían quedado solitarios.

¿Cómo era posible que Mario no estuviera allí? Un pensamiento inquietante. Sus ausencias habían sido tan frecuentes por causa de las largas campañas, aunque al final siempre había regresado rebosante de vitalidad, ingenio y fortaleza. La idea de no volver a tenerlo a su lado era una herida grave que no quería considerar con detenimiento. Resultaba más fácil imaginarse que estaba fuera, con la legión, conquistando nuevas tierras o construyendo enormes acueductos en reinos extranjeros... Se iría a dormir y, cuando se despertara, el dolor horrendo que la consumía por dentro habría desaparecido, y él estaría allí para abrazarla.



Olió humo en el aire. Desde el ataque de Sila a la ciudad, hacía tres días, había incendios constantemente que se propagaban, desatendidos, de casa en casa, de calle en calle. Todavía no habían alcanzado las mansiones de piedra de los ricos, pero con el tiempo, el fuego que consumía Roma acabaría también con ellas y las cenizas se acumularían sobre las cenizas hasta que no quedara nada de los sueños.

Se volvió a contemplar la ciudad que descendía suavemente colina abajo. Se apoyó en el muro de mármol y el frío le pareció reconfortante, en comparación con el calor pegajoso que hacía. Se veían inmensas columnas de humo negro que se arremolinaban y ascendían por el aire en muchos lugares, y se deshacían en una capa gris, el color de la desesperanza. El aire traía gritos de soldados saqueadores que luchaban sin piedad y de *raptore* callejeros que mataban y violaban a quien se les pusiera por delante.

Deseó que Alexandria llegara indemne a su destino. La guardia de la casa había desertado la primera mañana, al tener noticia de la muerte de Mario. En realidad, se consideraba afortunada porque no la hubieran asesinado en el lecho y hubieran saqueado la casa, pero la traición seguía doliéndole. ¿Acaso no les habían dado un trato justo y bueno? ¿De qué podía uno fiarse en un mundo en el que el juramento de un hombre se disolvía al primer soplo de brisa cálida?

Naturalmente, a Alexandria no le había dicho la verdad. No tenía medio alguno de huir de la ciudad. Si ya era peligroso mandar a una esclava joven a la calle, aunque sólo fuera un trayecto de unas pocas calles, era imposible que una dama tan conocida pudiera trasladarse con sus bienes entre los lobos que campaban por los caminos de Roma, al acecho, precisamente, de oportunidades semejantes. Quizás hubiera podido viajar en compañía de alguna esclava, disfrazada de esclava también ella. Con un poco de suerte, es posible que hubieran salido con vida, aunque parecía más probable que las hubieran herido, vejado y abandonado a los perros en cualquier parte. Hacía tres días que Roma era una ciudad sin ley, circunstancia que para algunos suponía una libertad embriagadora. De haber sido un poco más joven y valiente, quizá se hubiera arriesgado, pero Mario había sido todo su valor durante mucho tiempo.

Con él, podía soportar las habladurías de las damas de la sociedad, que murmuraban a su espalda sobre su falta de descendencia. Con él, podía enfrentarse al mundo con el vientre vacío sin dejar de sonreír y sin permitirse un lamento. Sin él, no osaba salir sola a las calles y empezar de nuevo como una refugiada pobre.

Unas sandalias con suela metálica pasaron corriendo ante las puertas y Metella tuvo un estremecimiento que comenzó en los hombros y se le extendió por todo el cuerpo. El combate no tardaría en extenderse hasta esa zona, y los saqueadores y los asesinos que se movían con Sila arrancarían las verjas de hierro de la antigua casa de Mario en la ciudad. Durante los dos primeros días, había recibido informes, hasta que sus mensajeros la abandonaron. Los hombres de Sila habían entrado en la ciudad por

centenares, habían tomado las calles una tras otra y las defendían utilizando los servicios que Mario había creado. Puesto que la Primigenia estaba desperdigada por las murallas de la ciudad, no lograron reunir el grueso de sus fuerzas para oponerse al invasor durante la mayor parte de la primera noche de lucha, y entre tanto, Sila había logrado entrar subrepticamente y se conformaba con continuar la lucha poco a poco, aplastando barricadas callejeras con las máquinas de sitiar y flanqueando las calles que iban quedando atrás con las cabezas de los hombres de Mario. Decían que había incendiado el gran templo de Júpiter, y que las llamas eran tan grandes que las losas de mármol se habían resquebrajado y habían estallado arrastrando consigo las columnas y los sólidos pilares, cayendo sobre la plaza como una tormenta. La gente decía que era un augurio, que Sila había ofendido a los dioses, aunque de todos modos, parecía que iba ganando.

Después, no recibió más informes y por la noche supo que los rítmicos cánticos de victoria que se oían por Roma no provenían de las gargantas de la Primigenia.

Se llevó una mano al hombro, tomó el trozo de tela de la túnica y lo desató. Con un movimiento, lo dejó caer y se llevó la mano al otro hombro. Un momento después, el vestido cayó al suelo en un lío de tela; salió de allí desnuda y, dando la espalda a las puertas, se dirigió a los arcos y a la entrada, en dirección al interior de la casa. El aire parecía más fresco sobre la piel expuesta y se estremeció otra vez, pero con cierto placer. ¡Qué raro se le hacía pasear desnuda por las estancias!

A medida que caminaba, iba quitándose pulseras de las manos y anillos de los dedos y, al pasar junto a una mesa, dejó encima un puñado de metales preciosos. Se quedó con la alianza de matrimonio de Mario, pues le había prometido que jamás se la quitaría. Se soltó las cintas del pelo, los bucles le cayeron por la espalda como una ola y, con una sacudida de cabeza, se esponjó los rizos y las ondas.

Entró en el cuarto de baño descalza y limpia, el vapor la envolvió en la más tenue capa de brillante humedad. Aspiró el aire, y la calidez le llegó a los pulmones.

La piscina era profunda y el agua se acababa de calentar, la última tarea de las esclavas y criadas antes de partir. Exhaló un leve suspiro y entró en la limpia piscina de azulejos azul oscuro. Cerró los ojos unos momentos y pensó en los años pasados con Mario. Nunca le habían importado sus largas ausencias de Roma ni el compartir la casa con la Primigenia. De haber sabido lo poco que iba a durar, habría ido con él, pero no era momento de lamentarse inútilmente. Nuevas lágrimas se escaparon de sus párpados cerrados sin esfuerzo ni descarga de tensión.

Recordó el primer nombramiento oficial de Mario y la satisfacción que le procuraba cada ascenso en la escala de la autoridad. Habían tenido una juventud gloriosa y habían hecho el amor salvaje y gozosamente. Ella era una niña inocente cuando el musculoso soldado le hizo proposiciones. Nada sabía entonces del lado feo de la vida ni del sufrimiento de ver pasar los años sin la alegría de los hijos. Todas sus

amigas habían dado a luz a gritos a un hijo tras otro, y algunos le partían el corazón, sólo de verlos, sólo por el vacío repentino que le inspiraban. Fueron los años en que Mario pasó más tiempo lejos de ella, incapaz de soportar sus ataques de rabia y sus acusaciones. Durante una temporada, albergó la esperanza de que Mario le fuera infiel, y le había dicho que estaba dispuesta a aceptar el fruto de esa unión como si fuera suyo. Entonces, le tomó las manos tiernamente y se las besó con cariño.

—Sólo existes tú, Metella —le dijo—. Si el destino nos niega esa única alegría, no voy a escupírselo a la cara. —Creyó que jamás se le pasarían los débiles gemidos que le atenazaban la garganta. Entonces, Mario la tomó en brazos y se la llevó al lecho, y le dispensó tanto cariño que volvió a llorar, al final. Había sido un buen esposo y un buen hombre.

Sin abrir los ojos, alargó un brazo hacia el borde de la piscina. Encontró el fino cuchillo de hierro que había dejado allí. Era de él, se lo había dado después de que su centuria defendiera un fortín de montaña durante una semana ante una numerosa horda de salvajes. Tomó la hoja con dos dedos y se la pasó ciegamente por la muñeca. Aspiró hondo y la mente se le quedó adormecida, inundada de paz.

El filo cortó, pero lo curioso era que no dolía de verdad. Era una sensación lejana que pasaba casi desapercibida, mientras su imaginación revivía antiguos veranos.

—Mario. —Creyó haber pronunciado el nombre en voz alta, pero la estancia permaneció quieta y silenciosa, y el agua azul se tornó roja.

Cornelia miró a su padre con el ceño fruncido.

—No pienso marcharme de aquí. Ésta es mi casa y aquí estoy tan segura como en cualquier otra parte de la ciudad, en estos momentos.

Cinna miró alrededor y reparó en la sólidas verjas que aislaban la vivienda de la calle. La casa que le había dado como dote era sencilla, de ocho habitaciones solamente, todas en el mismo piso. Era muy bonita, pero él habría preferido una más fea, con un muro alto de ladrillo alrededor.

—Si la turba viene a buscarte, o los hombres de Sila, con intenciones de violar y destruir... —La emoción reprimida le quebró la voz, al hablar, pero Cornelia no cejó.

—La guardia se encargará de la turba, y nada en toda Roma detendrá a Sila, si la Primigenia no lo consigue —replicó Cornelia. Hablaba serenamente, pero en su interior, la corroían las dudas. Ciertamente, la casa de su padre era como una fortaleza, pero la suya era suya y de Julio y, si sobrevivía, allí iría a buscarla.

—¡No has visto cómo están las calles! —dijo su padre en voz tan alta que casi fue un grito—. ¡Hierve de pandillas de animales buscando presas fáciles...! Ni siquiera yo puedo salir sin la guardia. Han incendiado muchas casas, o las han saqueado. Es el caos. —Se pasó las manos por la cara y su hija vio que no se había afeitado.

—Roma lo superará, padre. ¿No querías trasladarte al campo cuando estallaron

los disturbios del año pasado? Si me hubiera marchado entonces, no habría conocido a Julio y no me habría casado.

—¡Ojalá me hubiera marchado! —le espetó Cinna en tono salvaje—. Ojalá te hubiera sacado de aquí entonces. No estarías aquí ahora, en peligro, con...

Cornelia se acercó a su padre y le acarició la cara.

—Tranquilízate, padre. Todas esas preocupaciones sólo te hacen daño. Esta ciudad ha visto muchos momentos de agitación. Pasará y yo estaré a salvo. Tendrías que haberte afeitado.

Cinna tenía lágrimas en los ojos y Cornelia se encontró de pronto con un abrazo aplastante.

—Suave, viejo padre. Ahora estoy delicada. —Cinna bajó los brazos y la miró sin comprender.

—¿Embarazada? —le preguntó con la voz ronca de afecto. Cornelia asintió.

—¡Mi niña preciosa! —exclamó, y volvió a abrazarla pero con delicadeza.

—Vas a ser abuelo —le susurró al oído.

—Cornelia —dijo él—. Tienes que venir conmigo ahora mismo. Mi casa es más segura que ésta. ¿Por qué te arriesgas tanto? Ven a casa.

¡Cuánto poder tenía la palabra! Deseaba que se la llevara a un lugar seguro, deseaba ardientemente volver a ser una niña pequeña, pero no podía. Sacudió la cabeza negativamente, con una sonrisa forzada que sirviera de bálsamo al agujijón del rechazo.

—Déjame más guardianes, si así te sientes mejor, pero ahora, mi casa es ésta. Mi hijo nacerá aquí y, cuando Julio pueda volver a la ciudad, vendrá aquí en primer lugar.

—¿Y si lo han matado?

Un súbito sentimiento de dolor hizo cerrar los ojos a Cornelia, las lágrimas le escocían bajo los párpados.

—Padre, por favor... Julio volverá a mí. Estoy... estoy segura.

—¿Sabe algo del niño?

Mantuvo los ojos cerrados deseando que la debilidad pasara. No iba a empezar a llorar, aunque le habría gustado apoyar la cabeza en el pecho de su padre y dejarse llevar a otra parte.

—Todavía no.

Cinna se sentó en un banco, cerca del alegre estanque del jardín. Se acordó de las conversaciones con el arquitecto, cuando preparaban la casa para su hija. Parecía que hubiera pasado mucho tiempo. Suspiró.

—Puedes conmigo, hija. ¿Qué voy a decir a tu madre?

—Dile —contestó Cornelia sentándose a su lado— que estoy bien y soy feliz y que daré a luz dentro de unos siete meses. Dile que estoy disponiendo la casa para el

nacimiento, lo comprenderá. Cuando la paz vuelva a las calles, os mandaré a un mensajero para que os diga que... tenemos alimentos suficientes y nos encontramos bien de salud. Fácil.

—Más vale que... —replicó el padre con la voz ligeramente quebrada, aunque procuraba imprimirle firmeza—, que ese Julio sea buen marido contigo... y buen padre. De lo contrario, mandaré que lo azoten. Tenía que haberlo hecho ya, cuando me dijeron que andaba rondándote por los tejados.

Cornelia se pasó la mano por los ojos con la intención de enterrar la preocupación y se obligó a sonreír.

—Padre, no eres cruel, de modo que no finjas que lo eres.

El hombre esbozó una sonrisa y el silencio se prolongó.

—Esperaré dos días más, y después mandaré a la guardia para que te lleve a casa.

—No —dijo Cornelia apretando el brazo a su padre—. Ya no te pertenezco. Julio es mi esposo y espera encontrarme aquí.

Entonces, ya no pudo contener más las lágrimas y comenzó a llorar. Cinna la abrazó estrechamente contra el pecho.

Sila fruncía el ceño viendo a sus hombres apresurarse a tomar la Vía Sacra, que les abriría el acceso al gran foro y al centro de la ciudad. Tras la primera cruenta refriega, la batalla por Roma le había sido favorable, pues había tomado las zonas una a una en escaramuzas rápidas y brutales, y se había hecho fuerte en ellas contra un enemigo desorganizado. Antes de que el sol terminara de salir, la mayor parte del cuarto suroriental de Roma estaba bajo su control, lo cual le proporcionaba una extensa zona donde descansar y reagruparse. Después surgieron obstáculos tácticos. Con la ampliación lineal de las zonas controladas, cada vez contaba con menos hombres para defender la frontera, y sabía que estaba en peligro permanente de sufrir cualquier clase de ataque que agrupara hombres en los lugares donde la concentración de los suyos era menor.

El avance de Sila perdió rapidez y el general daba órdenes cada vez más seguidas de mover unidades de un lado a otro o de que resistieran en un punto concreto. Sabía que, antes de pedir la rendición, tenía que hacerse con una base sólida. Después de la últimas palabras de Mario a sus hombres, Sila comprendió que era posible que lucharan hasta la muerte: la lealtad de esos soldados era legendaria incluso dentro de un sistema en el que esa clase de lealtad se promovía y se cultivaba. Tenía que hacerles perder la esperanza, pero no lo conseguiría avanzando lentamente.

En ese momento, se encontraba en la plaza de la cima de la colina Coelius. Todo el conjunto de calles que se extendía por detrás hasta la puerta Coelimumontana era suyo. Habían apagado los incendios y su legión se hallaba atrincherada desde allí hasta la puerta Raudusculana, en la punta sur de las murallas de la ciudad.

Casi un centenar de soldados suyos se encontraban en la plaza, divididos en grupos de cuatro. Todos se habían ofrecido voluntarios, y el gesto le impresionó. ¿Sería eso lo que sentía Mario cuando sus hombres daban la vida por él?

—Ya conocéis las órdenes. Seguid moviéndoos y provocando confusión. Si os ganan en número, huid hasta que podáis atacar de nuevo. Sois mi suerte, y la suerte de la legión. Que los dioses os acompañen.

Saludaron como un solo hombre y él les devolvió el saludo con el brazo rígido. Pensaba que, al cabo de poco, la mayoría habrían muerto. Si hubiera sido de noche, le habrían prestado un mayor servicio, pero a plena luz del día serían poco más que una distracción. Vio a los cuatro últimos salir de la barricada y entrar a la carrera por una calle lateral.

—Envolved el cuerpo de Mario y colocadlo al fresco, en la sombra —dijo Sila a un soldado—. No sé cuándo tendré el placer de organizarle un funeral apropiado.

Una súbita lluvia de flechas cayó desde dos o tres calles más allá. Sila observó atentamente el arco que describían y dedujo el lugar donde probablemente se encontraban los arqueros, con la esperanza de que alguna cuadrilla de las suyas estuviera por allí. Las flechas negras pasaron por encima de ellos pero la segunda andanada cayó a su alrededor, hasta estrellarse contra la piedra del patio que Sila había adoptado como centro de mando provisional. Un mensajero cayó al suelo con una flecha emplumada en el pecho, y otro gritó aunque no parecía que lo hubieran tocado. Sila frunció el ceño.

—Guardia. Llévate a ese mensajero a otra parte y dale unos latigazos. Los romanos no gritan ni se desmayan por ver sangre. Procura que yo pueda ver un poco de la suya en su espalda, cuando volváis.

El guardia asintió y el mensajero, mudo de terror por si le aumentaban el castigo, fue conducido a otro lugar. Un centurión se acercó corriendo a Sila y se cuadró.

—Mi general, la zona está asegurada. ¿Toco avance lento?

—Me irrita el ritmo lento que llevamos —dijo, mirándolo fijamente—. Toca a la carga en esta sección y que los demás nos alcancen como puedan.

—Señor, con tu permiso, quedaremos expuestos a un ataque por los flancos —dijo el hombre taxativamente.

—Vuelve a poner en tela de juicio una orden mía en la guerra y haré que te cuelguen como a un vulgar delincuente.

El hombre palideció y, girando sobre sus talones, se fue a dar la orden.

Sila rechinó los dientes de irritación. ¡Ah, qué no daría por un enemigo en campo abierto! La batalla en la ciudad no se veía, era violenta; los hombres se despedazaban unos a otros con espadas sin que nadie lo viera, en callejones lejanos. ¿Dónde estaban las cargas gloriosas, la música de las armas en la batalla? Pero sería paciente y, al final, los aplastaría a costa de desesperación. Oyó el toque de carga y vio a los

hombres de las barricadas dismantelar las secciones y prepararse para arrastrarlas hacia delante. Se le aceleró la sangre de emoción. Que intentaran atacar por los flancos, con tantas cuadrillas entremezclándose por las calles para atacar por la retaguardia.

Olió humo reciente en el aire y vio las llamas que salían de las ventanas altas de las calles de enfrente. Imponiéndose sobre el eterno entrecocar de armas, se oían gritos y se veían personas arriesgándose, desesperadas, por los salientes de los edificios, a poca distancia del caos de hombres desparramados por la calle. Morirían contra las grandes piedras de las calzadas. Sila vio a una mujer que perdía apoyo y caía de cabeza al duro bordillo. Se quebró como una muñeca retorcida.

El humo se le introdujo por los orificios de la nariz. Otra calle más, y luego otra. Sus hombres se movían con rapidez.

—¡Adelante! —los animó, y el corazón se le aceleraba más y más.

Orso Ferito desplegó un mapa de Roma sobre una sólida mesa de madera y miró los rostros de los centuriones de la Primigenia que lo rodeaban.

—La línea que he trazado es el territorio que Sila tiene bajo control. Lucha en un frente cada vez más abierto y se le puede atacar en punta de lanza prácticamente por cualquier lado. Propongo que ataquemos al mismo tiempo por aquí y por aquí. — Señaló dos puntos en el mapa y miró a los presentes. Estaban sucios y cansados, como Orso. Pocos habían dormido más de una o dos horas seguidas en los tres días de batalla e, igual que los soldados, estaban al borde del agotamiento total.

Orso había asumido personalmente el mando de cinco centurias cuando presencié el asesinato de Mario a manos de Sila. Había oído la última consigna de su general y todavía hervía de rabia cuando pensaba en el petulante Sila clavando la daga a un hombre al que él amaba más que a su propio padre.

El día siguiente fue un caos en el que murieron por centenares en ambos bandos. Orso mantuvo el control de sus hombres y ordenó ataques breves y cruentos seguidos de rápidas retiradas antes de que llegaran refuerzos. Como la mayoría de los hombres de Mario, no era un personaje de alcurnia, sino que se había criado en las calles de Roma. Sabía cómo luchar en las calles y en los callejones en los que se había movido de niño, y antes del amanecer del segundo día se había convertido en líder extraoficial de la Primigenia.

Su influencia se notó inmediatamente, tan pronto como empezó a coordinar los ataques y las defensas. Prescindió de algunas calles porque carecían de importancia estratégica. Ordenó desalojar las viviendas, las incendió y retiró a sus hombres a cubierto de las flechas. Sin embargo, lucharon por otras calles una y otra vez, y concentró a las fuerzas disponibles para evitar que Sila pasara. Habían perdido muchos hombres, pero lograron contener la toma rápida de la ciudad e impedirle

totalmente en muchas zonas. A partir de ese momento, no terminaría todo con tanta rapidez: Sila tenía una lucha dura entre manos.

Aunque su madre le hubiera puesto otro nombre, Orso siempre había sido Orso, el oso, para sus hombres. Tenía el cuerpo rechoncho y cubierto de vello negro y duro, igual que el rostro, hasta las mejillas. En los hombros, que parecían de piedra, se le acumulaba sangre seca y, como el resto de sus compañeros, que se habían visto obligados a prescindir de sus hábitos romanos de aseo, apestaba a humo y sudor rancio.

Había escogido la sala de reuniones al azar, la cocina de la residencia de alguna familia. El grupo de centuriones había llegado de la calle y el mapa estaba desplegado. El propietario se encontraba en el piso superior, en algún lugar. Orso suspiró mirando el mapa. Era posible abrir brechas, pero se necesitaba la ayuda de los dioses para vencer a Sila. Miró una vez los rostros que rodeaban la mesa y le resultó difícil no estremecerse al ver la esperanza reflejada en ellos. Él no era Mario, lo sabía. Si el general continuara vivo y estuviera en esa cocina, habrían tenido una posibilidad de luchar. Pero así...

—No tienen más que veinte o cincuenta hombres en cualquier punto del frente. Si abrimos brecha rápidamente, con dos centurias en cada posición, también podríamos hacerlos pedazos antes de que recibieran refuerzos.

—¿Y entonces, qué? ¿Vamos a por Sila? —preguntó un centurión. Mario habría sabido cómo se llamaba, reconoció Orso en su fuero interno.

—No podemos saber dónde se ha situado la serpiente. Es muy capaz de plantar una tienda de comandancia como señuelo para asesinos. Propongo que nos retiremos inmediatamente y dejemos a unos pocos hombres vestidos de civil a la espera del momento adecuado para atacarle.

—A los hombres no les gustará. No sería una victoria aplastante, y eso es lo que quieren.

—Los hombres son soldados de la mejor legión romana, maldita sea —replicó Orso conteniéndose la ira—. Harán lo que se les ordene. Esto es un juego de números, si podemos llamarlo juego. Ellos tienen más. Nosotros controlamos un terreno prácticamente igual de extenso, pero con menos hombres. Ellos pueden mandar refuerzos más rápidamente que nosotros y... cuentan con un general mucho más experto. Lo mejor que podemos hacer es destruir a cien y escapar con el menor número posible de bajas. Sila sigue teniendo el problema de defender un frente cada vez más largo.

—Nosotros tenemos el mismo problema, hasta cierto punto.

—Pero no es ni la mitad de grave. Si logran pasar, entran en la gran ciudad, donde podemos flanquearlos fácilmente y cortarles la retirada. Todavía estamos en poder de la mayor parte, con mucho. Nosotros, por el contrario, cuando rompamos su frente,



entraremos directamente en el centro de su territorio.

—Y allí hay hombres, Orso. No estoy convencido de que tu plan funcione — prosiguió el centurión.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Bar Galenio, señor.

—¿Oíste lo que Mario dijo a voces antes de que lo mataran?

—Sí, señor —replicó el hombre, ligeramente sonrojado.

—Yo también. Estamos defendiendo nuestra ciudad y a sus habitantes de un invasor ilegal. Mi general ha muerto. He asumido el mando provisionalmente hasta que termine la crisis actual.

—A menos que tengas algo constructivo que añadir a la discusión, te aconsejo que aguardes fuera; te avisaré en cuanto terminemos. ¿Está claro? —Aunque Orso había llevado la conversación en tono tranquilo y cívico, todos los presentes percibieron la cólera que irradiaba como una fuerza física. Hacía falta valor para no apartarse un poco.

Bar Galenio asintió.

—Me gustaría quedarme.

Orso le puso una mano en el hombro y miró a otra parte.

—Todo de cuanto dispongamos que pueda lanzar proyectiles, incluidos todos los hombres que tengan un arco, que se concentren en esos dos puntos dentro de una hora. Les arrojaremos lo que sea y, después, dos centurias cargarán contra sus defensas a mi señal. Iré al frente del ataque por la zona del mercado viejo porque lo conozco bien. Bar Galenio irá al frente del otro. ¿Alguna pregunta?

Hubo un silencio en la mesa. Galenio miró a Orso a los ojos y asintió.

—Entonces, reunid a vuestros legionarios, señores. Hagamos que el viejo se sienta orgulloso. La consigna es «Mario». La señal será tres toques cortos. Dentro de una hora.

Sila se apartó de los hombres ensangrentados que jadeaban ante él. De los cien que había enviado a las refriegas de las horas anteriores, sólo once había vuelto a informar, y los once estaban heridos, todos y cada uno.

—Mi general. Las cuadrillas móviles sólo han tenido un triunfo parcial —dijo un soldado tratando por todos los medios de mantenerse erguido, a pesar del agotamiento de los pulmones—. En la primera hora causamos mucho destrozo y, calculando por encima, derrotamos a más de cincuenta enemigos en pequeñas refriegas. Siempre que era posible, los sorprendíamos solos o en pareja y los aplastábamos, como ordenaste, señor. Pero después, debió de correr la voz y nos atacaron por las calles. Quien los dirige debe de conocer la ciudad perfectamente, señor. Algunos subimos a los tejados, pero había hombres esperándonos arriba. —

Hizo una pausa para tomar aire otra vez y Sila aguardó con impaciencia a que el hombre se tranquilizara.

»Vi caer a varios de los nuestros a manos de mujeres o niños que salían de las casas con cuchillos. No queríamos atacar a los civiles, pero descuartizaron a los nuestros. Mi propia cuadrilla cayó ante un grupo similar de la Primigenia, que se había quitado la armadura exterior y llevaba sólo espadas cortas. Habíamos corrido mucho, nos acorralaron en un callejón y...

—Dijiste que tenías informes que dar. Sabíamos desde el primer momento que los grupos móviles causarían poco estrago. Sólo pretendía sembrar terror y caos, pero al parecer, queda una cierta apariencia de disciplina en la Primigenia. Sin duda, un segundo de Mario ha tomado el control táctico general. Tendrá intención de contraatacar rápidamente. ¿Tus hombres vieron algún preparativo?

—Sí, mi general. Estaban reuniendo hombres sigilosamente por las calles. No sé dónde ni cuándo atacarán, pero pronto se producirá alguna clase de asalto.

—Apenas vale ochenta de mis hombres, pero me será útil. Presentaos a los cirujanos. ¡Centurión! —espetó a un hombre que estaba a su lado—. Lleva a todos los hombres a las barricadas. Van a intentar abrir brecha. Triplica las guarniciones del frente. —El hombre asintió e hizo una señal a los mensajeros para que llevaran las órdenes a la avanzadilla del frente.

De súbito, el cielo se tornó negro de flechas que zumbaban y agujijoneaban como un enjambre de muerte. Sila las vio caer. Apretó los puños y la mandíbula al verlas acercarse silbando a su posición. Los hombres que le rodeaban se tumbaron en el suelo, pero él permaneció erguido, sin parpadear, echando chispas por los ojos.

Cayeron innumerables flechas y se clavaron a su alrededor, pero no le tocaron. Se volvió con una sonrisa hacia sus consejeros y oficiales, que iban poniéndose de pie. Uno se quedó de rodillas tirando de una flecha que se le había clavado en el pecho y escupiendo sangre por la boca. Otros dos miraban al cielo con ojos vidriosos, inmóviles.

—Un buen augurio, ¿no os parece? —dijo sin dejar de sonreír. Enfrente, en alguna parte de la ciudad, una trompa dio tres notas cortas; inmediatamente, un rugido respondió. A pesar del ruido, Sila oía un nombre que se repetía y, por unos momentos, conoció la duda.

Al grito de «¡Mario!», la Primigenia se lanzó a la carga.

## XXXII

Alexandria aporreó la puerta de la pequeña joyería. ¡Tenía que haber alguien! Sabía que el hombre podía haberse marchado de la ciudad como tantos otros, y la idea de llamar la atención la hacía palidecer. Oyó un crujido en la calle, cerca, como de una puerta al abrirse.

—¡Tabbic! ¡Soy yo, Alexandria! ¡Por todos los dioses, ábreme, hombre! —Dejó caer el brazo jadeando. Se oían gritos cerca de allí, el corazón se le desbocó.

—Vamos, vamos —musitó. Entonces, la puerta se movió y apareció Tabbic con una mirada furibunda y un hacha fuertemente agarrada en la mano. Al verla, se tranquilizó tanto que prácticamente desapareció la furia de su rostro.

—Entra, muchacha. Las bestias han salido esta noche —dijo ásperamente. Miró calle arriba y calle abajo. Parecía vacía, pero percibía ojos que lo vigilaban.

En el interior, la joven desfalleció de alivio.

—Metella... me ha enviado, me... —balbuceó la joven.

—Está bien, muchacha. Ya me lo contarás más tarde. Mi mujer y los niños están arriba preparando algo de comer. Sube con ellos. Aquí estás a salvo.

Se detuvo un momento y se volvió hacia él, incapaz de reprimirse.

—Tabbic, tengo documentos y todo lo demás. Soy libre.

El hombre se inclinó hacia ella y la miró a los ojos empezando a sonreír.

—¿Y cuándo no lo has sido? Ahora sube, anda. Mi mujer se preguntará a qué viene todo el jaleo.

En los manuales no había nada respecto al asalto a una barricada en la que se ha abierto brecha, en una calle de la ciudad. Orso Ferito simplemente pronunció el nombre de su general a voz en grito y emprendió la subida del montón de restos de carretas y puertas como un vendaval, directo a los brazos del enemigo. Doscientos hombres lo secundaron.

Hundió el *gladiu* en la primera garganta que encontró, pero sólo se libró de que lo mataran porque resbaló en la insegura barricada y cayó rodando al otro lado. Se levantó blandiendo la espada de un lado a otro y, en recompensa, oyó un satisfactorio crujir de huesos. Sus hombres lo rodeaban avanzando a machetazos y estocadas. Orso no podía saber si progresaban o no, ni cuántos habían muerto. Sólo sabía que el enemigo estaba enfrente y que él tenía un arma en la mano. Con un rugido, cortó el brazo a un hombre desde el hombro en el momento en que lo levantaba para zafarse de él. Agarró el escudo, el brazo cercenado se soltó y cargó con el hombro protegido por el escudo contra dos hombres que se encontraban en su camino, después los pisoteó. Uno de ellos levantó la espada y Orso notó un líquido caliente que le corría por las piernas, pero hizo caso omiso. La zona estaba despejada, aunque el fondo de la calle se estaba llenando de hombres. Vio que el capitán tocaba a la carga y fue a su

encuentro a toda velocidad por el espacio abierto. En ese momento supo lo que significaba ser una fiera en los pueblos salvajes que habían conquistado. Era una extraña sensación de libertad. No había dolor, sólo un estimulante distanciamiento del miedo y el agotamiento.

Cayeron más hombres ante su espada y la Primigenia se llevó a todos por delante cortando y administrando la muerte con el brillante metal.

—¡Señor! ¡Las calles laterales! ¡Llegan refuerzos enemigos! —Orso iba a sacudirse la mano que le tiraba del brazo, pero la disciplina del entrenamiento entró en escena.

—¡Son demasiados! ¡Retirada, muchachos! ¡Ya les hemos dado bastante, por ahora! —Levantó la espada triunfalmente y empezó a retroceder corriendo por donde habían llegado, jadeando incluso al ver las bajas que habían causado a Sila. Más de cien, si sabía algo de contar.

De vez en cuando reconocía algún rostro. Uno o dos se movían débilmente todavía, y sintió la tentación de detenerse a recogerlos, pero detrás se oía el estrépito de sandalias sobre la piedra y supo que tenían que llegar a las barricadas o ser aplastados con la espalda contra ellas.

—Vamos, muchachos. ¡Mario!

Todos respondieron a la consigna y empezaron a trepar de nuevo. En lo alto, Orso se volvió a mirar, los hombres más lentos caían y eran pisoteados. La mayoría había conseguido llegar y, al dar media vuelta de nuevo para seguir corriendo por el otro lado, los arqueros de la Primigenia volvieron a disparar por encima de las cabezas de sus compañeros, y más hombres murieron sobre la calle empedrada gritando y retorciéndose. Orso se reía sin dejar de correr, con la espada decaída a causa del agotamiento que amenazaba con vencerlo. Bajó la cabeza para entrar en un edificio y se detuvo resollando, agarrándose las rodillas con los brazos. La herida del muslo era grave y sangraba incesantemente. Se le iba la cabeza y sólo fue capaz de gemir cuando unas manos se lo llevaron lejos de la barricada.

—Señor, no puedes detenerte ahí. Los arqueros sólo nos cubren hasta que se queden sin flechas. Tenemos que seguir una o dos calles más. Vamos, señor.

Oyó las palabras, pero no estaba seguro de haber contestado. ¿Dónde estaba su energía? La pierna se le debilitaba. Deseó que Bar Galenio hubiera tenido al menos el mismo éxito.

Bar Galenio yacía sobre su propia sangre, con la espada de Sila clavada en la garganta. Sabía que estaba agonizando y trató de escupir al general, pero sólo pudo chapurrear un líquido viscoso. Al otro lado de la barricada, sus hombres se habían encontrado con una centuria que acaba de recibir refuerzos y a punto estuvieron de caer en el primer asalto. Tras varios instantes de combate furibundo, abrieron brecha

en el muro de piedra y madera apilada y se arrojaron sobre la masa de soldados del otro lado. Sus hombres se llevaron a muchos consigo, pero, sencillamente, eran demasiados. El frente no era débil en aquel punto.

Bar sonrió para sí enseñando los dientes ensangrentados. Sabía que Sila podía reforzar sin tardanza cualquier posición. Era una lástima no tener ocasión de comentárselo a Orso. Deseó que su peludo compañero hubiera salido mejor parado que él, de lo contrario, la legión se vería otra vez sin jefe. Una insensatez, arriesgarse en semejante empresa, pero habían muerto tantos el nefasto primer día de confusión y ejecución... Sabía que Sila reforzaría las posiciones.

—Creo que está muerto, señor —oyó Bar decir, y también oyó la respuesta de Sila.

—Qué lástima. Se ha quedado con una expresión muy extraña. Me habría gustado preguntarle qué estaba pensando.

Orso enseñó los dientes al centurión que quería ayudarlo a ponerse en pie. Le dolía la pierna y tenía una muleta bajo el brazo, pero no estaba de humor para que lo ayudaran.

—¿No ha vuelto nadie? —preguntó.

—Hemos perdido las dos centurias. Esa sección acababa de recibir refuerzos cuando cargaron, señor. No parece que la táctica pueda volver a funcionar, señor.

—Entonces, tuve suerte —gruñó Orso. Nadie le miró directamente. La había tenido, al caer sobre una sección de las barricadas poco guarnicionada. Bar Galenio debió de reírse al ver que tenía razón en ese aspecto. Era una lástima no poder invitarle a un trago.

—Señor, ¿hay más órdenes? —preguntó un centurión. Orso negó con un gesto.

—Todavía no. Pero las habrá en cuanto sepa qué posición tenemos.

—Señor —el joven vaciló.

—¿Qué hay? —preguntó Orso, girándose hacia él—. Escupe, muchacho.

—Algunos hombres hablan de rendirse. Nos hemos quedado con la mitad de las fuerzas y Sila controla las vías de aprovisionamiento hasta el mar. No podemos vencer y...

—¿Vencer? ¿Quién ha dicho que íbamos a vencer? Cuando vi morir a Mario, supe que no venceríamos. Comprendí que Sila partiría la espalda a la Primigenia antes de que nos pudiéramos reunir en número suficiente como para causarle verdaderos problemas. No se trata de vencer, muchacho, se trata de luchar por una causa justa, de cumplir órdenes y de honrar la muerte y la vida de un gran hombre.

Miró a los oficiales reunidos. Sólo unos pocos no se atrevían a mirarle a la cara, y supo que se encontraba entre amigos. ¿Cómo lo habría dicho Mario?

—Un hombre puede esperar toda la vida un momento como éste y no llegar a

verlo jamás. Algunos, simplemente envejecen y se marchitan sin que se les presente la ocasión. Moriremos jóvenes y fuertes, no aceptaría otra cosa.

—Pero, señor, quizá podamos salir de la ciudad y dirigirnos a las montañas...

—Ven afuera. No voy a malgastar un gran discurso contigo, carajo.

Orso soltó un gruñido y salió cojeando. En la calle había unos cien soldados de la Primigenia cansados y sucios, con vendajes en las heridas. Parecían vencidos de antemano y ese pensamiento le dio palabras.

—¡Soy soldado de Roma! —Su voz, profunda y recia por naturaleza, se dejó oír a lo lejos e hizo erguirse algunas espaldas.

»Lo único que he querido en mi vida era cumplir mi tiempo de servicio y retirarme a un bonito terreno. No quería perder la vida en tierra extranjera y que me olvidaran. Pero entonces, me encontré al servicio de un hombre que fue más un padre para mí que mi verdadero padre, y lo vi morir, oí sus últimas palabras y me dije, «Orso, amigo mío, es posible que éste sea tu sitio». Y es posible que, a fin de cuentas, sea suficiente.

»¿Alguno de los presentes creía que viviría eternamente? ¡Qué planten coles otros, y que se sequen al sol! ¡Yo moriré como un soldado, en las calles de la ciudad que amo, defendiéndola!

Bajó un poco la voz como si contara un secreto. Los hombres se acercaron y aparecieron unos cuantos más.

—Entiendo esta verdad. Pocas cosas hay más valiosas que los sueños o las esposas, que los placeres de la carne o incluso que los niños. Sin embargo, las hay, y saberlo nos convierte en hombres. La vida no es más que un día cálido y corto entre noches largas. Oscurece para todos, incluso para los que luchan y fingen que siempre serán jóvenes y fuertes.

Señaló a un soldado maduro que escuchaba doblando una pierna blandamente.

—¡Tinasta! Veo que pones a prueba esa vieja rodilla tuya. ¿Creías que con la edad dejaría de dolerte? ¿De qué vale esperar a que se te doble de debilidad y que entonces otros más jóvenes te empujen a un lado? No, amigos míos, hermanos míos. Sigamos adelante mientras la luz sea fuerte y el día brille.

Un soldado joven levantó la cabeza y preguntó en voz alta:

—¿Nos recordarán?

—Durante un tiempo, hijo —contestó Orso con un suspiro, aunque sonreía—, pero ¿quién recuerda a los héroes de Cartago o de Esparta, hoy en día? Ellos saben cómo acabaron sus días, y con eso basta. Es lo único que nos quedará.

—Entonces —dijo el joven de nuevo, en voz baja—, ¿no hay posibilidad de victoria?

—Hijo. —Orso se acercó a él cojeando, apoyándose en la muleta—. ¿Por qué no te vas de la ciudad? Podríais escapar con unos cuantos, si lográis burlar a las

patrullas. No tenéis obligación de quedaros.

—Lo sé, señor —el joven hizo una pausa—, pero me quedo.

—Entonces, no es necesario retrasar lo inevitable. Reunid a los hombres. Que tomen todos posiciones para atacar las barricadas de Sila. El que desee marcharse, que se marche con mi bendición. Que busquen otra vida en otra parte y jamás cuenten a nadie que una vez lucharon por Roma cuando Mario murió. Señores, hasta dentro de una hora. Tomad las armas una vez más.

Orso se quedó mirando alrededor mientras los hombres comprobaban el estado de las espadas y la armadura como les habían enseñado. Más de uno le dio una palmada en la espalda al pasar hacia sus posiciones, y Orso creyó que el corazón iba a estallarle de orgullo.

—Así me gustan los hombres, Mario —musitó para sí—. Así me gustan los hombres.

## XXXIII

Cornelio Sila se hallaba sentado en un trono de oro, sobre un mosaico de un millón de azulejos blancos y negros. Cerca del centro de Roma, su propiedad había quedado incólume a pesar de los disturbios y era un placer encontrarse de vuelta y con el poder entre sus manos una vez más.

La legión de Mario había luchado casi hasta el último hombre, como había predicho. Sólo unos pocos intentaron huir al final, y Sila los persiguió sin piedad. Unas vastas trincheras de fuego rodeaban las murallas exteriores de la ciudad y, según le habían informado, miles de cadáveres ardieron días e incluso semanas, hasta que por fin las cenizas se enfriaron. Tenía la certeza de que los dioses habrían visto el magnífico sacrificio y salvarían a su ciudad escogida.

Cuando el fuego se extinguiera, habría que limpiar la ciudad. No quedaba rincón de las murallas libre de las cenizas oleosas que flotaban en el aire y escocían en los ojos.

Había declarado traidores a todos los legionarios de la Primigenia, y el senado les había confiscado las tierras y propiedades. Familias enteras habían sido arrastradas a la calle por vecinos envidiosos de sus riquezas, centenares habían sido ejecutados, y todavía continuaba el trabajo. Sería una cicatriz amarga en la gloriosa historia de las siete colinas pero ¿qué otra cosa podía haber hecho?

Mientras reflexionaba, una joven esclava se le acercó con una copa de zumo de fruta helado. Era temprano para tomar vino y todavía quedaban muchos por ver y condenar. Sabía que Roma volvería a levantarse gloriosamente pero, para que así fuera, había que arrancar de su guarida al último de los amigos y partidarios de Mario —al último de los enemigos de Sila— del tejido sano de Roma.

Se estremeció al tomar un sorbo de la copa de oro y se pasó un dedo por el ojo hinchado y por el borde amoratado de un corte de la mejilla derecha. Había sido la batalla más tremenda de su vida, la campaña contra Mitríades palidecía, en comparación.

La muerte de Mario le vino a la memoria otra vez, como le sucedía con frecuencia últimamente. Impresionante. Su cuerpo se había salvado de las llamas. Sila pensaba en erigirle una estatua en la cima de una de las colinas. Así demostraría su propia grandeza, honrando a los muertos; o, sencillamente, podía mandar que lo arrojaran a las fosas comunes, con los demás. Carecía de importancia.

La sala en la que se hallaba estaba prácticamente vacía. En el techo abovedado se veía una reproducción de Afrodita, que lo miraba con cariño, una bella mujer desnuda envuelta en su propio cabello. Quería que los que se encontraban con él supieran que los dioses lo amaban. La esclava se encontraba a pocos pasos, con la vasija, pendiente de volver a llenarle la copa a la menor señal. Sólo había una persona más allí, el



torturador, que aguardaba con un brasero pequeño y las estremecedoras herramientas de su oficio extendidas en una mesa ante sí. Tenía el mandil de cuero salpicado del trabajo de la mañana, y todavía no había terminado.

Las puertas de bronce, casi tan grandes como las que se abrían al senado, resonaron cuando las golpearon con un guantelete de malla. Al abrirse, Sila vio entrar a dos soldados de su legión arrastrando a un soldado corpulento atado por los tobillos y las muñecas. Se lo acercaron tirando de él por el lustroso mosaico; le habían golpeado en el rostro y tenía la nariz rota. Detrás de los soldados, entró un escriba y consultó los datos en un fajo de pergaminos.

—Éste es Orso Ferito, amo —dijo el escriba—. Lo encontraron bajo un montón de hombres de Mario y lo han identificado dos testigos. Era el jefe de un puñado de traidores de la resistencia.

Sila se levantó ágilmente y se acercó al hombre al tiempo que indicaba a la guardia que lo soltara. Estaba consciente, pero una sucia mordaza de tela impedía que emitiera algo más que gruñidos.

—Cortadle la mordaza. Quiero interrogarle —ordenó Sila, y su orden fue cumplida al punto y brutalmente, con un filo que arrancó nueva sangre y nuevos gruñidos al hombre postrado.

—Dirigiste una de las cargas, ¿no es así? ¿Fuiste tú? Mis hombres decían que habías asumido el cargo, después de Mario. ¿Eres tú?

Orso Ferito lo miró con un destello de odio. Se fijó en la contusión y en la herida del rostro de Sila y sonrió enseñando una dentadura rota y ensangrentada. La voz ronca que salió disparada hacia Sila parecía preceder de un pozo profundo.

—Volvería a hacerlo —dijo.

—Sí. Yo también —replicó el general—. Sácale los ojos y después, que lo ahorquen. —Hizo una señal al torturador, quien rescató del brasero una púa de hierro candente sujetando el extremo negro con unas pinzas gruesas. Orso forcejeó retorciendo los músculos cuando le ataron los brazos con tiras de cuero. El torturador, impasible, le acercó el metal lo suficiente como para quemarle las pestañas, después se lo clavó presionando y recibió en recompensa un suave gruñido de animal.

Sila vació la copa sin saborear el jugo. Miraba sin placer y se felicitó por su ausencia de emociones. Sabía que no era un monstruo, pero la gente esperaba un jefe fuerte, y lo iban a tener. En cuanto el senado pudiera volver a reunirse, se declararía dictador y se arrogaría el poder de los reyes antiguos. Entonces, Roma conocería una nueva era.

Ferito fue sacado de la sala a rastras, inconsciente, camino de la horca, y Sila sólo dispuso de unos instantes a solas, antes de que las puertas resonaran de nuevo y otros soldados entraran con el pequeño escriba. Conocía al joven que se tambaleaba entre los soldados.

—Julio César —dijo—. Capturado en plena exaltación, creo. Soltadlo, señores; no es un plebeyo cualquiera. Quitadle la mordaza... con cuidado.

Miró al joven y le satisfizo ver cómo se erguía. Tenía algunas contusiones en el rostro, pero Sila sabía que sus hombres se habrían cuidado de despertar la cólera de su general prodigando malos tratos antes del juicio. Era alto, algo más de seis pies, la musculatura bien desarrollada y la piel bronceada. Desde el rostro, dos ojos azules le miraban fríamente, y percibió la fuerza que emanaba del joven y se dirigía a él llenando toda la estancia, hasta que sólo quedaron ellos dos, olvidados los soldados, el torturador, el escriba y la esclava.

Sila echó la cabeza atrás levemente y su rostro se distendió y se iluminó con expresión de agrado.

—Metella murió, lamento decir. Se quitó la vida antes de que mis hombres entraran en su casa a salvarla. Le habría perdonado la vida, pero tú..., tú eres un problema diferente. ¿Sabías que el anciano al que detuvieron contigo escapó? Al parecer, logró quitarse las ataduras y soltó al otro... Tubruk, ¿no es eso? Unos compañeros inusitados, para un joven patricio. —Percibió un destello de interés en el rostro del muchacho.

»Por descontado, tengo hombres persiguiéndolos, pero hasta el momento no ha habido suerte. Si mis hombres te hubieran atado con ellos, me atrevería a decir que tú también estarías libre en estos momentos. El destino es como una amante caprichosa... por pertenecer a la nobleza te has quedado aquí, mientras las ratas de cloaca huyen en libertad.

Julio no dijo nada. No esperaba vivir una hora más y comprendió de pronto que nada de lo que dijera tendría sentido ni validez. Enfurecerse con Sila sólo serviría para divertirlo un rato, y rogar despertaría su crueldad. Permaneció en silencio, sin dejar de mirarlo.

—¿Qué sabemos de él, escriba? —dijo Sila al hombre del pergamino.

—Sobrino de Mario, hijo de Julio, ambos muertos. Madre, Aurelia, viva todavía, pero perturbada. Posee una pequeña finca de campo a pocas millas de la ciudad. Deudas considerables con casas particulares, sumas no reveladas. Esposo de Cornelia, hija de Cinna, desposados la mañana de la batalla.

—¡Ah! —exclamó Sila—. El meollo del asunto. Cinna no es amigo mío, aunque es demasiado artero como para haber apoyado a Mario abiertamente. Es rico, comprendo que desearas el apoyo de ese anciano, pero sin duda, tu vida es más valiosa.

»Voy a hacerte una proposición sencilla: Deja a esa Cornelia, júrame lealtad y te perdono la vida. De lo contrario, mi torturador, aquí presente, ya está calentando las herramientas otra vez. Mario querría que conservaras la vida, jovencito. Haz la elección correcta.

A Julio se le escapaba la cólera por los ojos. Lo que sabía de Sila no le servía de ayuda. Podía tratarse de un truco cruel para obligarle a negar a quienes amaba antes de ejecutarlo de todos modos.

Sila, como si le hubiera leído el pensamiento, habló de nuevo.

—Divórciate de Cornelia y conserva la vida. Un acto tan simple será la vergüenza de Cinna, lo debilitará. Tú serás libre. Todos estos hombres son testigos de mi palabra como gobernador de Roma. ¿Qué respondes?

Cayo se mantenía perfectamente inmóvil. Odiaba a ese hombre. Había matado a Mario, había mutilado a la República que tanto amaba su padre. Perdiera lo que perdiese, la respuesta estaba clara y era necesario pronunciar las palabras.

—Respondo que no. Termina de una vez.

Sila parpadeó sorprendido y luego rompió a reír a carcajadas.

—¿Qué familia tan curiosa! ¿Sabes cuántos hombres han muerto en esta misma sala en estos últimos días? ¿Sabes a cuántos se les ha sacado los ojos, se les ha castrado y se les ha abrasado? ¿Y tú te burlas de mi piedad? —Volvió a reírse y la carcajada resonó bajo la bóveda ásperamente.

»Si te devuelvo la libertad, ¿intentarás matarme? —Julio asintió.

—Dedicaré el resto de mi vida a ese fin.

—Eso pensaba —replicó Sila sonriéndole con auténtico placer—. Eres audaz, y el único miembro de la nobleza que rechaza un trato conmigo. —Sila calló un momento y levantó la mano en dirección al torturador, que permanecía preparado. Pero bajó la mano con displicencia.

—Vete, eres libre. Sal de mi ciudad antes de que se ponga el sol. Si vuelves mientras yo viva, tendré que matarte sin juicio ni audiencia. Cortadle las cuerdas, señores. Habéis maniatado a un hombre libre. —Se rió entre dientes un momento, pero se quedó inmóvil cuando las cuerdas cayeron en retorcidos círculos a los pies de Julio. El joven se frotó las muñecas, aunque su expresión seguía siendo pétreo.

Sila se levantó del trono.

—Llévalo hasta las puertas y que se marche. —Volvió a mirar a Julio a los ojos—. Si alguien te pregunta alguna vez por qué, di que es porque me recuerdas a mí, y es posible que haya matado suficiente por hoy. Eso es todo.

—¿Y mi esposa? —preguntó en voz alta cuando los guardias lo tomaron de nuevo por los brazos.

Sila se encogió de hombros.

—Quizá la tome para mí si aprende a complacerme.

Julio forcejeó fieramente, pero no pudo evitar que se lo llevaran a rastras.

—General —dijo el escriba, todavía desde la puerta—, ¿es una decisión sabia? Al fin y al cabo, es sobrino de Mario...

Sila suspiró y aceptó otra copa de zumo de la esclava.

—Los dioses nos salvan de los hombres pequeños. Te he dicho mis motivos. He conseguido cuanto deseaba, ahora, el aburrimiento acecha. Está bien contar con algún peligro suelto. —Miró a lo lejos—. Es un joven impresionante. Creo que en él hay dos Marios.

La expresión del escriba demostraba que no entendía nada.

—¿Mando pasar al siguiente, cónsul?

—Basta por hoy. ¿Los baños están calientes? Bien, los principales del senado cenan conmigo esta noche y quiero presentarme fresco.

Sila siempre quería el baño tan caliente como pudiera soportarlo. Le relajaba maravillosamente. Sólo le ayudaban dos esclavas de la casa, y salía desnudo del agua sin cohibirse ante ellas. Ellas también estaban desnudas, salvo el oro que adornaba sus muñecas y su cuello.

Había escogido a ambas por la rotundidad de sus cuerpos y, con gusto, les permitió que le secaran la humedad del cuerpo. Era bueno para el hombre admirar objetos bellos. Elevaba el espíritu por encima del nivel de las bestias.

—El agua me ha subido la sangre a la superficie, pero me siento aletargado —les susurró al tiempo que daba unos pasos hacia la camilla de masajes. La encontró mullida y se relajó por completo. Cerró los ojos escuchando a las dos jóvenes, que ataban en un manojo unas finas varitas de abedul recogidas esa misma mañana, verdes todavía.

Las esclavas se situaron a ambos lados del cuerpo arrebolado por el calor. Cada una tenía en la mano el manojo de ramas, que parecía un cepillo de casi tres pies de longitud. Al principio, prácticamente le acariciaban con las ramitas de abedul y dejaban débiles señales blancas en la piel.

Soltó un tenue gruñido y ellas se detuvieron.

—Amo, ¿lo quieres más fuerte? —preguntó una tímidamente. Tenía la boca amoratada, de las atenciones que le había prodigado la noche anterior, y las manos le temblaban ligeramente.

Sila sonrió sin abrir los ojos y se desperezó en la camilla. ¡Qué vigorizante! ¡Espléndido!

—Sí, sí —replicó soñadoramente—. Aplicaos, muchachas, aplicaos.

## XXXIV

Julio estaba con Cabera y Tubruk en el muelle, con el rostro ceniciento y frío. El día, sin embargo, como burlándose de los nefastos acontecimientos de su vida, era cálido y perfecto, sólo una brisa ligera soplaba del mar sobre los polvorientos viajeros. Había tenido que emprender el viaje solo, con una montura de lomo hundido, que fue lo único que encontró a cambio de un anillo de oro. Con una mueca de dolor, dio un rodeo por las fosas que ardían llenas de cadáveres y llegó al trote a la principal calzada occidental en dirección a la costa.

Un poco más adelante, había oído un saludo conocido y vio salir a sus amigos de entre unos árboles. El reencuentro fue jubiloso, pues los tres estaban vivos, aunque el ambiente se fue entristeciendo a medida que se relataban las respectivas peripecias.

A pesar de la intensidad de esos momentos, Julio se dio cuenta de que Tubruk había perdido vitalidad. Tenía un aspecto demacrado y sucio y relató brevemente la vida brutal que habían llevado en las calles, donde sucedían toda clase de horrores durante el día, y aun peor por la noche, cuando los gemidos y los chillidos eran los únicos indicios. Cabera y él habían decidido esperar una semana en el camino de la costa con la esperanza de que Julio lograra huir.

—Después —dijo Cabera— pensamos en robar unas espadas e ir a liberarte.

Tubruk replicó con una carcajada y Julio comprendió que habían intimado más durante los días que habían pasado juntos. Pero tampoco eso le animó. Julio les habló de la caprichosa crueldad de Sila y cerró los puños de rabia nuevamente mientras escupía las palabras.

—Volveré a Roma. Le cortaré las pelotas si toca a mi esposa —añadió en voz baja al final.

Sus compañeros no pudieron sostenerle la mirada mucho tiempo, y hasta Cabera perdió momentáneamente su buen humor habitual.

—Tiene a su disposición las mejores mujeres de Roma, Cayo —musitó Tubruk—. Es de los que disfrutan retorciendo un poco la daga. Su padre la mantendrá a salvo, incluso se la llevará fuera de Roma si hay peligro. Ese viejo es capaz de mandar a su propia guardia contra Sila, si se atreve a amenazarla. Eso lo sabes.

Julio asintió con la mirada perdida, necesitaba que le convencieran. Antes de partir, habría intentado llegar hasta ella aprovechando la oscuridad de la noche, pero se había decretado el toque de queda nuevamente y deambular por las calles habría significado la muerte instantánea.

Al menos Cabera se las había arreglado para apropiarse de algunos objetos de valor durante la temporada pasada en las calles con Tubruk. Un brazalete de oro hallado entre las cenizas les había procurado mejores caballos y lo suficiente para sobornar a la guardia de las murallas. Los títulos de propiedad que Julio llevaba

todavía pegados a la piel valían por sumas tan elevadas que no se podían cambiar fuera de una ciudad, y les enfurecía tener que conformarse con unas pocas monedas de bronce teniendo abundancia en papel tan a mano, pero inútil para ellos. Julio no estaba seguro siquiera de que la firma de Mario siguiera teniendo validez, pero pensó que el hábil general habría pensado en ello. Estaba preparado casi para cualquier cosa.

Se gastó dos de las escasas y preciosas monedas en el envío de unas cartas, misivas que había entregado a unos legionarios que regresaban a la ciudad y a otros que se dirigían a la costa y a Grecia.

Cornelia sabría al menos que estaba vivo, pero tardaría mucho tiempo en volver a verla. No podría regresar bajo ningún concepto hasta que pudiera hacerlo con fuerza y apoyo, y la amargura de tal circunstancia lo minaba y lo reconcomía hasta el agotamiento y el vacío. Marco tendría noticia del desastre sucedido en Roma y no volvería ciegamente a buscarlo, cuando concluyera la temporada de servicio. Era sólo un consuelo menor. Lamentó la ausencia del amigo como nunca hasta entonces.

Cien pesares más le asediaban a medida que recordaba, tan dolorosos que no podía permitir que enraizaran. El mundo había dado un cambio fundamental para él. Mario no podía estar muerto. El mundo estaba vacío sin él.

Cansados de tres días de camino, los tres hombres entraron al trote en el bullicioso puerto naval del oeste de Roma. Tubruk fue el primero que habló, tras desmontar y atar a los caballos a un poste, en la entrada de una posada.

—Aquí hay banderas de tres legiones. Con tus documentos, te darán un nombramiento en cualquiera de ellas. Ésa tiene su base en Grecia, esa otra en Egipto y la última se encuentra en misión comercial en el norte. —Tubruk hablaba con calma, demostrando que sus conocimientos sobre los movimientos del Imperio no se habían desvanecido, a pesar del tiempo que había pasado como administrador de la casa de campo.

Julio se sentía incómodo y a merced de cualquier peligro, en el muelle, aunque la decisión no podía tomarse a la ligera. Si Sila había cambiado de parecer, podía haber hombres armados en esos momentos de camino hacia el puerto, con orden de matarlo o devolverlo a Roma.

Tubruk no tenía consejos importantes que ofrecer. Ciertamente, había reconocido las enseñas de las legiones, pero sabía que llevaba quince años de retraso en lo tocante a líderes y política. Le contradecía tener que dejar semejante decisión en manos de los dioses. Julio pasaría al menos dos años de su vida en la unidad que decidiese, fuera cual fuese, y podían terminar echándolo a cara o cruz.

—Personalmente, Egipto me suena bien —dijo Cabera mirando ensoñadoramente al mar—. Hace mucho tiempo que se me cayó de las sandalias el polvo de ese lugar.

—Percibía la curva que el futuro dibujaba en torno a ellos. Pocas vidas se encontraban ante decisiones tan sencillas, o quizá todas, pero casi nadie era capaz de identificarlas cuando se presentaban. ¿Egipto, Grecia o el norte? Cada destino tenía su atractivo. El muchacho debía tomar la decisión solo, pero al menos Aegyptus era caliente.

Tubruk observó las galeras que se mecían en sus amarras buscando una que descartar. Todas las naves bamboleantes estaban vigiladas por legionarios atentos y ocupadas por un hormiguero de hombres que hacían reparaciones, fregaban o rearmaban la nave después de haber viajado por todo el mundo.

Se encogió de hombros. Dio por sentado que cuando la situación en Roma se estabilizase y volviera la paz, él regresaría a la casa de campo. Alguien tenía que ocuparse de mantenerla viva.

—Marco y Renio están en Grecia. Si quieres, podrías reunirte allí con ellos —dejó caer Tubruk al tiempo que se volvía a mirar el camino en busca de una polvareda delatora de perseguidores.

—No. No he conseguido nada, sólo unos votos matrimoniales y una expulsión de Roma dictada por mi enemigo —musitó Julio.

—El enemigo de tu tío —puntualizó Cabera.

Julio se volvió lentamente hacia el anciano con una mirada inquebrantable.

—No. Ahora es enemigo mío. Lo veré muerto, tiempo al tiempo.

—Tiempo al tiempo, sí. De momento, tienes que marcharte y aprender a ser soldado y oficial. Eres joven. Esto no es el fin para ti, es el principio de tu carrera. —Tubruk le sostuvo la mirada un instante pensando en lo mucho que empezaba a parecerse a su padre. Al cabo de un momento, el joven asintió brevemente y dio media vuelta. Volvió a la observación de los barcos.

—Será Egipto. Siempre he querido ver la tierra de los faraones.

—Una buena elección —manifestó Cabera—. Te enamorarás del Nilo, y las mujeres huelen a esencias y son bellísimas. —Al anciano le satisfizo ver sonreír a Julio por primera vez desde que los capturasen aquella noche. Le pareció un buen augurio.

Tubruk dio una moneda a un niño para que les cuidara los caballos una hora y los tres hombres se dirigieron a la galera en la que ondeaban las enseñas de la legión egipcia. Al acercarse, la actividad de los que allí trabajaban les pareció aún más febril.

—Diría que se están preparando para zarpar —advirtió Tubruk señalando con el pulgar los barriles de víveres que los esclavos iban cargando. Carne en salazón, aceite y pescado se balanceaban sobre la estrecha franja de agua antes de ser recogidos por los brazos de los sudorosos esclavos de a bordo y apuntados y tachados en una pizarra con la típica eficiencia romana. Con un silbido, Tubruk llamó la atención de

un soldado, que se les acercó.

—Tenemos que hablar con el capitán, ¿se encuentra a bordo? —le preguntó. El soldado les echó una mirada rápida y, a pesar del polvo del viaje, les dio el visto bueno. Al menos Tubruk y Julio tenían aspecto de soldados.

—Así es. Zarpamos a mediodía, con la marea. No puedo aseguraros que os reciba.

—Dile que está aquí el sobrino de Mario, recién llegado de la ciudad. Esperamos aquí —replicó Tubruk. El soldado enarcó una ceja levemente y miró a Julio.

—Tienes razón, señor. Se lo comunico inmediatamente.

El oficial se acercó al costado del amarradero y subió a la cubierta de la galera por la estrecha pasarela. Desapareció tras la alta estructura de madera que dominaba el barco y que debía de ser, supuso Julio, el cuartel general del capitán. Durante la espera, se fijó en las características de la enorme nave, en los orificios para los remos del costado, que servirían para salir del puerto o, en la batalla, para embestir naves enemigas a toda velocidad, y en las enormes velas cuadradas que se izarían para aprovechar el viento.

En la cubierta no se veían objetos sueltos, como convenía a un barco romano de guerra. Todo lo que podía herir cuando el mar se encrespaba estaba bien amarrado. En varios lugares, había escalones que descendían a los niveles inferiores, y todos tenían una escotilla que podía cerrarse, de modo que las olas de gran tamaño no barrieran a la tripulación. Parecía una nave bien organizada, pero hasta que conociera al capitán no sabría cómo serían las cosas durante los siguientes dos años de su vida. Olía a alquitrán, sal y sudor, el olor de un mundo ajeno y desconocido. Se rió de sí mismo, presa de un curioso nerviosismo.

De las sombras de la cubierta salió un hombre alto con uniforme completo de centurión. Tenía un aspecto curtido y aseado, el cabello canoso y muy corto y la lustrosa coraza brillante, con un tono claro de bronce bajo el sol. Cruzó la cubierta hasta el costado del amarradero con expresión vigilante e hizo un gesto de asentimiento a los tres hombres que esperaban.

—Buenos días, señores. Soy el centurión Gaditico, capitán en funciones de esta nave, y pertenezco a la legión Tercera Partica. Zarpamos con la próxima marea, de modo que no puedo dedicaros mucho tiempo, pero el nombre del cónsul Mario tiene mucho peso todavía. Decid lo que os trae aquí y veré lo que puedo hacer.

Directo al grano, sin ampulósidades. Julio sintió una simpatía inmediata por el hombre. Buscó entre los pliegues de la túnica y sacó el fajo de documentos que Mario le había dado. Gaditico lo tomó y rompió el sello con el pulgar. Leyó rápidamente, con el ceño fruncido y asintiendo de vez en cuando.

—¿Estos documentos fueron escritos antes de que Sila retomara el control? —preguntó sin levantar la mirada del pergamino. Julio sintió deseos de mentir, pero



supuso que el centurión le estaba poniendo a prueba.

—Sí. Mi tío no... esperaba que Sila venciera.

Gaditico asintió de nuevo y sopesó al joven que tenía ante sí mirándolo fijamente.

—Lamenté que fuera derrotado. Tenía buena reputación y era beneficioso para Roma. Estos documentos tienen la firma de un cónsul... son perfectamente válidos. No obstante, estoy en mi derecho de negarte una litera hasta que sepa con claridad en qué condiciones te encuentras respecto a Cornelio Sila. Aceptaré tu palabra si eres un hombre veraz.

—Lo soy, señor —replicó Julio.

—¿Te buscan por delitos criminales?

—No.

—¿Huyes de alguna clase de escándalo?

—No.

El hombre le sostuvo la mirada unos instantes otra vez, pero Julio no la desvió. Gaditico dobló los documentos y se los guardó entre la ropa.

—Te permitiré que prestes juramento como tesario, el oficial de menor graduación. No tardarás en ascender si demuestras aptitudes; de lo contrario, los ascensos serán lentos o inexistentes. ¿Entendido?

Julio asintió impasiblemente. La temporada de la gran vida en Roma se había terminado. Aquello era el acero del Imperio que permitía a la ciudad disfrutar del júbilo y la despreocupación. A partir de ese momento, tendría que ponerse a prueba a sí mismo sin el beneficio de un tío poderoso.

—Y esos dos, ¿qué título tienen? —preguntó Gaditico refiriéndose a Tubruk y Cabera.

—Tubruk es el administrador de mi hacienda. Él vuelve a Roma. El anciano se llama Cabera, es mi... criado. Me gustaría que me acompañase.

—Es muy viejo para remar, pero le buscaremos algún trabajo. Nadie huelga en una nave que yo comande. Todo el mundo trabaja. Todo el mundo.

—Entendido, señor. Algo sabe de curar. —A Cabera se le habían puesto los ojos ligeramente vidriosos, pero asintió lentamente.

—Eso será útil. ¿Vas a inscribirte por dos años o por cinco? —preguntó Gaditico.

—Dos, para empezar, señor —replicó Julio con voz segura. Mario le había recomendado que no dedicara toda la vida a la legión firmando contratos largos, sino que dejara una puerta abierta a la ampliación de la experiencia.

—En tal caso, sé bienvenido a la Tercera Partica, Julio César —dijo Gaditico con brusquedad—. Ahora, sube a bordo, preséntate al primer oficial y él te proporcionará litera y equipo. Preséntate a mí dentro de dos horas para prestar juramento.

Julio dio media vuelta y asintió en dirección a Tubruk, quien se acercó y le apretó la mano y la muñeca.

—Que los dioses favorezcan al valiente Julio —dijo el viejo guerrero con una sonrisa. Después se dirigió a Cabera—. Y tú, mantenlo alejado de bebidas fuertes, mujeres débiles y hombres que tengan dados propios. ¿Entendido?

Cabera emitió un ruido vulgar con la boca.

—Yo tengo dados propios —replicó.

Gaditico volvió a cruzar la cubierta fingiendo que no escuchaba las despedidas.

El anciano percibió que el futuro se asentaba, una vez tomada la decisión, y el punto de tensión que tenía en el cráneo desapareció sin haberlo notado apenas. Percibió también la mejoría repentina del ánimo de Julio y él mismo se animó de igual modo. El joven nunca se preocupaba por el futuro ni por el pasado, pero eso le duraría poco. Al abordar la galera, los tenebrosos y cruentos sucesos de Roma parecían de otro mundo.

Julio dio un paso en la oscilante cubierta y tomó una profunda bocanada de aire.

Un soldado joven, que acabaría de empezar la veintena, se encontraba cerca y los miraba con expresión maliciosa. Era alto y fornido, con el cutis lleno de señales y hoyos, cicatrices antiguas de acné.

—Sabía que eras tú, barbo de lodazal —dijo—. He reconocido a Tubruk en el muelle.

Julio tardó unos momentos en reconocerlo. De pronto, se acordó.

—¿Suetonio? —exclamó. El hombre se tensó ligeramente.

—Tesario Prando, para ti. Soy jefe de guardia en esta centuria. Soy oficial.

—Tú también lo eres, ¿no, Julio? —dijo Cabera con claridad.

Julio asintió mirando a Suetonio. Ese día no tenía paciencia para preocuparse de los sentimientos del anciano.

—De momento —contestó a Cabera, y se dirigió de nuevo a su antiguo vecino.

»¿Cuánto tiempo llevas con esa graduación?

—Un año —contestó Suetonio rígidamente. Julio asintió.

—Tengo que procurar hacerlo mejor. ¿Me enseñas mi camarote?

Suetonio enrojeció de rabia ante los bruscos modales de Julio. Sin una palabra más, les dio la espalda y se alejó a grandes zancadas.

—¿Un viejo amigo? —musitó Cabera mientras caminaban detrás de él.

—No, en realidad no. —Julio no añadió nada más y Cabera no insistió. En el mar tendría tiempo de oírlo todo.

Julio suspiró en su fuero interno. Pasaría dos años de su vida con esos hombres, ya era suficientemente duro como para tener a Suetonio allí además, recordándole de niño lampiño. La unidad surcaría las aguas del Mediterráneo manteniéndose en territorio romano, salvaguardando el comercio e incluso, quizá, tomando parte en batallas terrestres o navales. Los pensamientos le hicieron encogerse de hombros. Según la experiencia adquirida en la ciudad, no valía la pena preocuparse por el

futuro... siempre era una sorpresa. Se haría mayor y más fuerte y ascendería de categoría. Con el tiempo, sería lo suficientemente fuerte como para volver a Roma y mirar a Sila cara a cara. Entonces, ya se vería.

Con Marco a su lado, llegaría la hora de la verdad y vengaría la muerte de Mario.

## XXXV

Marco aguardaba pacientemente en la antecámara de la sala de la prefectura del campamento. Para pasar el tiempo hasta que le dejaran entrar y saber cuál sería su inmediato futuro, leyó la carta de Cayo otra vez. La misiva había viajado varios meses, transportada de mano en mano por legionarios que iban acercándose paulatinamente a Iliria. Por fin, la habían adjuntado a un paquete de órdenes para la Cuarta Macedonia y se la habían entregado al joven oficial.

La muerte de Mario fue un golpe terrible. Le habría gustado tener ocasión de demostrar al general que su fe en él era sólida. Le habría gustado agradecersele como hombre, pero ahora ya sería imposible. Aunque no había conocido a Sila, se preguntó si el cónsul sería peligroso para Cayo... Julio, ya, y para él.

La noticia del desposorio le hizo sonreír, pero se estremeció al leer las breves líneas sobre Alexandria y adivinó mucho más de lo que Julio le contaba. Según las palabras de Julio, Cornelia parecía un ángel. En realidad, era la única noticia buena de toda la misiva.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos al abrirse la maciza puerta de la sala. Un legionario salió y saludó. Marco se levantó y le devolvió el gesto marcialmente.

—El prefecto te recibirá ahora —dijo el hombre. Marco asintió y entró desfilando en la habitación; adoptó la posición de firmes a la distancia prescrita respecto a la mesa de roble del prefecto, donde no había nada más que una vasija de vino, un tintero y unos pergaminos puntillosamente colocados.

Renio estaba presente, de pie en una esquina, con una copa de vino. También se encontraba Leónides, el centurión de la Puño de Bronce. Carac, el prefecto del campamento, se levantó al entrar el joven y le hizo una señal para que se sentase. Marco se sentó rígidamente en una silla sólida.

—Ponte cómodo, legionario. No estamos en un tribunal militar —masculló Carac paseando la mirada por los documentos del escritorio. Marco trató de relajar un poco su actitud.

»Dentro de una semana cumples los dos años firmados, como sin duda sabrás —dijo Carac.

—Sí, señor —contestó Marco.

—Tu historial ha sido excelente hasta la fecha. Control de un contubernio, éxito en actos contra tribus locales, campeón del torneo de esgrima de la Puño de Bronce el mes pasado. Tengo entendido que los hombres te respetan, a pesar de tu juventud, y te consideran fiable en momentos de crisis..., aunque algunos dirían «sobre todo en momentos de crisis». La opinión del oficial al mando es que cumples correctamente la rutina, pero que destacas en la batalla o en las dificultades, característica de valor para un oficial joven apto para la vida activa en la legión. Es posible que te beneficie

la actual expansión del Imperio. Encontrarás trabajo activo en cualquier parte allí donde lo desees.

Marco asintió cautelosamente y Carac hizo una señal a Leónides.

—Tu centurión habla bien de ti y de la forma en que has refrenado los robos de ese muchacho... Peppis. Al principio, se habló algo de tu capacidad para encajar en la legión con tu carácter, pero has sido sincero y claramente leal a la Cuarta Macedonia. En resumen, muchacho, me gustaría que te reengancharas, con un ascenso al mando de cincuenta, aumento de la paga, rango superior y tiempo de entrenamiento con la espada para los torneos, si fuera necesario. ¿Qué dices?

—¿Puedo hablar con libertad, señor? —preguntó Marco con el corazón desbocado en el pecho.

—Naturalmente —dijo Carac frunciendo el ceño.

—Es una oferta generosa. Estos dos años con la Macedonia han sido felices. Tengo amigos aquí. Sin embargo..., señor, me crié en casa de un romano que no era mi padre. Su hijo y yo éramos como hermanos y juré que siempre lo apoyaría, que sería su espada cuando fuéramos hombres. —Notó la mirada de Renio clavada en él mientras hablaba—. Se encuentra con la Tercera Partica en este momento, una centuria naval en la que le queda poco más de un año de servicio. Cuando vuelva a Roma, me gustaría reunirme con él allí, señor.

—Renio me ha contado algo de la historia entre ese... Cayo Julio y tú. Entiendo muy bien esa clase de lealtad. Quizá sea lo que nos hace algo más que animales en el campo de batalla. —Carac sonrió animadamente y Marco miró a los otros dos, sorprendido al no hallar la reprobación que temía.

—¿Creías que no lo entenderíamos? —dijo Leónides con voz serena y grave. Hijo, eres muy joven. Servirás en muchas legiones antes de que te jubilen con una parcela en el campo. Sin embargo, lo más importante de todo es que sirvas a Roma constantemente, sin queja. Nosotros tres hemos dedicado la vida a ese fin..., a verla a salvo y fuerte, envidiada por el mundo.

Marco miró a los tres hombres y sorprendió una sonrisa de Renio cuando éste se llevaba a la boca la copa de vino. Juntos, eran la personificación de lo que siempre había deseado ser de niño, unidos por las creencias, la lealtad y la sangre en un todo inquebrantable.

Carac tomó un documento de pergamino grueso.

—Renio estaba seguro de que ésta sería la única forma de retenerte en la legión el tiempo suficiente como para participar en la competición de espada de la Graeca, este invierno. Te obliga por el período de un año y un día. —Se lo entregó y a Marco se le puso un nudo de emoción en la garganta.

Esperaba tener que devolver el equipo de oficial y recoger la paga antes de emprender a solas el viaje de regreso a Italia. Una oferta semejante, cuando el futuro

se le presentaba tan amargo, fue como un regalo de los dioses. Se preguntó cuánto tendría que ver Renio en ello, pero de pronto decidió que no le importaba. Quería quedarse con la Macedonia y verdaderamente se había debatido entre la fidelidad a su amigo de la infancia y la satisfacción de haber encontrado a su propia familia en la legión.

A partir de ese momento, disponía de un año más para crecer y prosperar. Se le abrieron los ojos ligeramente al leer el alambicado latín del documento. Carac se dio cuenta.

—Como ves, hemos incluido el ascenso. Mandarás a cincuenta, a las órdenes de Leónidas y bajo la responsabilidad directa de su *opti* Daritus. Te aconsejo que comiences en el cargo con mentalidad abierta. Cincuenta hombres no es lo mismo que ocho: los problemas serán nuevos para ti y la instrucción marcial requiere aptitudes complicadas. Será un duro año de prueba, pero creo que lo disfrutarás.

—Sí, señor. Gracias, es un honor.

—Un honor que te has ganado, joven. Me han contado lo que sucedió en el campamento de los pieles azules. La información que trajiste ha servido para replantear nuestra política con esa gente. Quién sabe, quizá dentro de un año hayamos establecido relaciones comerciales con ellos. —Carac disfrutaba a ojos vista de ser portador de buenas noticias, y Renio observaba en actitud aquiescente.

«Será mi gran año», se juró Marco mientras leía el documento hasta el final y tomaba nota de la cantidad de onzas de aceite y sal que podía retirar de las reservas, la suma asignada para reparaciones y daños y todo lo demás. El nuevo puesto conllevaba mil cosas que debería aprender rápidamente. También la paga era mucho mejor. Sabía que la familia de Cayo le mantendría, si se lo pidiera, pero la idea de tener que depender de la caridad cuando volviera a Roma le dolía. En las nuevas condiciones, podría ahorrar algo y volver con unas cuantas monedas de oro.

De pronto se le ocurrió una idea.

—¿Tú te quedas también en la Macedonia? —preguntó a Renio. El guerrero se encogió de hombros y tomó un sorbo de vino.

—Es probable, me gusta esta compañía. De todos modos, hace tiempo que cumplí la edad de retirarme. Carac tiene que arreglar las cuentas cada vez que las envía. Me gustaría saber qué hace Sila con Roma. Aunque lo haya oído en los boletines, no me importaría comprobar si está cuidando bien a nuestra querida novia y, al contrario que el tuyo, mi contrato de maestro de espada no es vinculante.

—¡Cuánto me gustaría volver a Roma! —terció Carac con un suspiro—. Hace catorce años que me destinaron allí por última vez, pero ya sabía que iba a ser así, cuando me alisté. —Sirvió copas de vino para todos y rellenó la que Renio tenía en la mano.

—Brindemos por Roma, señores, y por el próximo año. —Se levantaron y

entrechocaron las copas los cuatro a un tiempo, sonriendo abiertamente, muy lejos de Roma todos ellos.

Marco posó la copa, tomó la pluma del tintero y firmó con su nombre completo el documento oficial.

—Marco Bruto —escribió.

Carac le tomó el brazo derecho fuertemente.

—Una buena decisión, Bruto.

## Nota histórica

Existe muy poca información histórica sobre los primeros años de la vida de Julio César. En la medida de lo posible, le he dado una infancia como la que podría haber tenido cualquier hijo de familia romana poco relevante. Naturalmente, algunas destrezas atribuidas a mi personaje pueden inferirse de los logros que alcanzó más tarde. Por ejemplo, cuando se salvó en Egipto gracias a la natación, a la edad de cincuenta y dos años. Según el biógrafo Suetonio, dominaba muy bien las espadas y los caballos y poseía una resistencia sorprendente, hasta el punto de preferir trasladarse a pie que a caballo y llevar la cabeza descubierta, fueran cuales fuesen las condiciones meteorológicas. Lamento decir que Renio es ficticio, aunque era costumbre contratar a expertos especializados en las diversas artes. Sabemos que un tutor de Alejandría enseñó retórica a César, y también podemos leer la loa que Cicerón hizo, a su pesar, de las dotes oratorias de César para convencer y conmover en caso de necesidad. Su padre murió cuando él contaba sólo quince años, y es cierto que contrajo matrimonio con Cornelia, hija de Cinna, poco después, aparentemente por amor.

Aunque Mario era tío suyo por el lado paterno, y no por el materno, como lo cuento aquí, el general sí que respondía en gran medida al personaje que presento. En flagrante oposición a la ley y las costumbres, fue cónsul siete veces en total. Cuando hasta el momento sólo era posible enrolarse en la legión si se poseían tierras y se obtenían rentas de ellas, Mario abolió dicho requisito y supo ganarse la lealtad fanática de sus soldados. Fue Mario quien hizo del águila el símbolo de todas las legiones romanas.

La guerra civil entre Sila y Mario ocupa un lugar relevante en este libro, pero me pareció necesario simplificar la acción en favor de la narración. Cornelio Sila rendía culto a Afrodita, efectivamente, y algunos aspectos de su vida eran motivo de escándalo incluso entre la tolerante sociedad romana. No obstante, fue un general de capacidades extraordinarias que en una ocasión sirvió a las órdenes de Mario en una campaña en África, cuyos éxitos se disputaron el uno al otro. El aborrecimiento entre ellos era recíproco e intenso.

Cuando Mitríades se rebeló en el este contra la ocupación romana, tanto Mario como Sila querían movilizarse contra él, pues les parecía una campaña fácil con posibilidades de ganar grandes riquezas. Sila, en parte por motivos personales, lanzó a sus hombres contra Roma y Mario en el año 88 a.C. con el pretexto de «liberarla de tiranos». Mario se vio obligado a huir a África y regresó más tarde con un ejército que reunió allí. El senado no podía hacer nada contra jefes tan poderosos y le



permitió el regreso al tiempo que declaraba a Sila enemigo del Estado, aprovechando su ausencia, pues se encontraba luchando contra Mitríades. Mario fue elegido cónsul por última vez, pero murió durante el mandato y dejó al titubeante senado en una situación difícil. Al principio buscaron la paz, pero la posición de Sila era muy fuerte, después de la aplastante victoria en Grecia. Es cierto que perdonó la vida a Mitríades, pero confiscó grandes riquezas y saqueó antiguos tesoros. He comprimido todos esos años y he hecho morir a Mario en el primer ataque, un final injustamente rápido, quizá, para un hombre tan carismático.

Cuando Sila volvió de la campaña de Grecia, llevó a sus ejércitos a una rápida victoria contra los leales del senado y finalmente entró en la ciudad de nuevo en el año 82 a.C. Exigió el título de dictador, y fue en el desempeño de dicho cargo cuando conoció a Julio César, que hubo de comparecer ante él acusado de ser partidario de Mario. A pesar de la rotunda negativa de Julio a divorciarse de Cornelia, Sila no lo condenó a muerte. Según la historia, el dictador dijo haber visto «muchos Marios en ese César», comentario que, de ser verdadero, demostraría cierta percepción profunda del carácter del hombre, como me gustaría haber conseguido en este libro.

La época de la dictadura de Sila fue un período brutal para la ciudad. El cargo singular que detentaba y del que abusó se había instituido como medida de urgencia en tiempos de guerra, con un concepto similar a la ley marcial de las democracias modernas. Antes de Sila, el título venía acompañado de unos límites de tiempo absolutamente estrictos, pero él logró zafarse de las restricciones e infligió con ello una herida fatal a la República. Una de las leyes que aprobó prohibía el acercamiento de tropas a la ciudad, ni siquiera para los tradicionales desfiles triunfales. Murió a la edad de sesenta años y, por un tiempo, pareció que la República recobraría por fin su antigua fuerza y autoridad. Pero lo impediría un joven de veintidós años llamado César, que se encontraba en Grecia en esa época. Al fin y al cabo, Mario y Sila habían demostrado la fragilidad de la República a la hora de enfrentarse a una ambición tenaz. Sólo caben especulaciones respecto a la reacción de César cuando oyó a Mario decir: «Haced sitio a vuestro general» y vio caer a la inquieta turba ante los mismísimos ojos de la casa del senado.

Las historias sobre estos personajes, principalmente las que escribieron Plutarco y Suetonio poco después de la época, constituyen una lectura sorprendente. Al investigar en la vida de César, la pregunta «¿Cómo lo hizo?» surge una y otra vez. ¿Cómo un hombre tan joven logró recuperarse del desastre de encontrarse en el lado de los perdedores en una guerra civil, hasta el punto de que su nombre llegara a ser sinónimo de rey? Tanto *za* como *káise* provienen de *Caesa* y todavía se usan dos mil años más tarde.

A veces, las historias pueden resultar un poco áridas, pero aun así, recomendaría *Caesa* de Christian Meier a cualquier persona interesada en los pormenores que aquí he tenido que omitir. Se trata de una vida tan plagada de incidentes fascinantes que ha sido un gran placer revivirlos aquí. Los sucesos del segundo libro son aún más asombrosos.



Estudió en la *St. Martin's School* y en la *Taylor's School*, para licenciarse en Filología Inglesa en la Universidad de Londres, enseñando dicha materia en la *St. Gregory's Roman Catholic School* de Londres durante siete años, dedicándose posteriormente a la escritura a tiempo completo.

Sus libros más conocidos pertenecen a la ficción histórica, con más ficción que historia, mostrando una excelente y entretenida narrativa. Junto con su hermano Hal, ha escrito libros juveniles, que fomentan la imaginación y la aventura.